3 1761 08107063 3

PURCHASED FOR THE

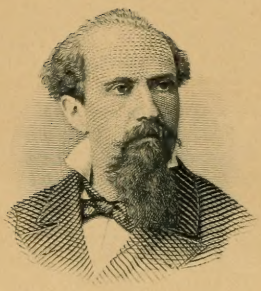
UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

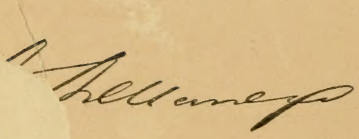
FROM THE

CANADA COUNCIL SPECIAL GRANT

FOR

LATIN AMERICAN STUDIES





N. AVELLANEDA

12

ESCRITOS Y DISCURSOS

CRÍTICA LITERARIA É HISTÓRICA

La tiranía de Rosas no avergüenza, porque suscitó el heroísmo y necesitó derramar sangre hasta la fatiga.

Cuatro ó cinco estrofas representando un estado del espíritu, dando expresión á las agitaciones del corazón y que contengan uno de aquellos versos que son como una fibra del alma, bastan para salvar una memoria de hombre en el naufragio de los tiempos.

El Gobierno es la autoridad y la autoridad se compone igualmente de estos dos elementos ineludibles: la razón como la fuerza.

N. AVELLANEDA.

BUENOS AIRES

COMPAÑÍA SUD-AMERICANA DE BILLETES DE BANCO

1910

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/escritosydiscurs01avel

ESCRITOS Y DISCURSOS

TOMO I

N. AVELLANEDA

ESCRITOS Y DISCURSOS

CRÍTICA LITERARIA É HISTÓRICA

a mi amigo Manuel Macías

Albarracín

Mar 4/912

La tiranía de Rosas no avergüenza, porque suscitó el heroísmo y necesitó derramar sangre hasta la fatiga.

Cuatro ó cinco estrofas representando un estado del espíritu, dando expresión á las agitaciones del corazón y que contengan uno de aquellos versos que son como una fibra del alma, bastan para salvar una memoria de hombre en el naufragio de los tiempos.

El Gobierno es la autoridad y la autoridad se compone igualmente de estos dos elementos ineludibles: la razón como la fuerza.

N. AVELLANEDA.

BUENOS AIRES

COMPAÑÍA SUD-AMERICANA DE BILLETES DE BANCO

1910

F
2846
A94
c.1
LIBRARY
JAN 19 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

DECRETO DEL PODER EJECUTIVO

OBRAS DEL DOCTOR AVELLANEDA

Buenos Aires, Mayo 27 de 1909.

Vista la Ley de Presupuesto vigente que establece una partida especial para la publicación de las obras completas del doctor don Nicolás Avellaneda, y

Considerando:

Que es deber de los poderes públicos honrar la memoria de sus grandes ciudadanos, vulgarizando el conocimiento de las personalidades históricas y sugiriendo el estudio de sus obras artísticas, literarias ó científicas como el medio más eficaz de mantener su recuerdo y de estimular su imitación;

Que las obras del doctor Avellaneda están autorizadas por una larga experiencia de la vida pública, como que casi todas proceden de las épocas en que ocupó las más eminentes posiciones en el Gobierno y en la Administración del país;

Que los deudos del doctor Avellaneda han puesto desinteresadamente á disposición del Gobierno todos los documentos que constituyen sus obras completas, lo que además de garantizar su autenticidad facilita su publicación;

El Presidente de la República —

DECRETA:

Artículo 1.º — Desígnase al doctor Juan M. Garro para correr con todo lo relativo á la edición de las obras completas del doctor don Nicolás Avellaneda, á cuyo efecto queda autorizado para recibir de la familia los materiales respectivos [a].

Art. 2.º — Los gastos que demande la realización de este acto se imputarán al inciso 16, Item 136, Anexo E del Presupuesto vigente.

Art. 3.º — Los fondos autorizados por la Ley de Presupuesto se pondrán á disposición del doctor Garro en la Habilitación del Ministerio, librándose á ese efecto la correspondiente orden de pago.

Art. 4.º — La edición concluída se entregará á la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, en el número de ejemplares necesarios para su conveniente distribución en toda la República.

Art. 5.º — Diríjase nota á la familia del doctor Nicolás Avellaneda agradeciendo en nombre del Poder Ejecutivo la entrega de los documentos que formarán sus obras completas.

Art. 6.º — Comuníquese, etc.

FIGUEROA ALCORTA.

R. S. NAÓN.

(a) Los doce volúmenes de *Escritos y Discursos* que se publican, comprenden todos los materiales que los hijos del doctor Avellaneda han entregado como producción de él, ya ordenados para la imprenta. Se ha creído interpretar el pensamiento del Gobierno respetando escrupulosamente la selección y distribución de esos materiales hecha por aquéllos. — EL EDITOR.

NICOLAS AVELLANEDA

NOTICIA BIOGRAFICA

Lux verbi.
(Palabras inscriptas en su mausoleo)

El doctor don Nicolás Avellaneda vió la luz de la vida en la ciudad de Tucumán el día 3 de Octubre de 1837. Fueron sus padres el doctor don Marco M. de Avellaneda y doña Dolores Silva y Zavaleta, sobrina del conocido Deán de este apellido; y sus abuelos don Nicolás de Avellaneda y Tula, oriundo de Catamarca, y doña Salomé González, hija de Córdoba, uno y otra de antiguas y meritorias familias coloniales difundidas en ambas provincias.

Tiene aquél una página honrosa como servidor público. Fué miembro de la gran Asamblea de 1813, teniente gobernador de Catamarca en 1817, época en que pertenecía á la gobernación de Tucumán, y primer gobernador de la misma después de segregada de ella en 1821. Formó parte más tarde del memorable Congreso de 1826, mostrándose en él, según Alberdi, leal á los principios republicanos. Se señala todavía en Catamarca la casa donde vivió: es la que lleva hoy los números 619 á 637 en la calle San Martín, á inmediaciones de la plaza 25 de

Mayo. Emigró á Bolivia durante la Tiranía, como tantos otros, y murió en Febrero de 1855.

Los hechos del padre del doctor Avellaneda son demasiado conocidos y no hay necesidad de rememorarlos. Pasó como un meteoro, pero su huella de luz no se ha borrado ni se borrará de los patrios anales. Fué á un tiempo pensamiento y acción, héroe y mártir, y " Dios, al decir del hijo, le había dado el doble don del corazón conmovido y de la palabra que trasmite sus palpitaciones ".

Inmolado bárbaramente por orden de Oribe el 3 de Octubre de 1841, se ha pretendido hacer pesar sobre él exclusivamente la responsabilidad del nefando crimen. Pero una carta confidencial de Rozas, publicada por vez primera el año pasado por el señor don Mariano de Vedia y Mitre, prueba que aquél lo estimuló y aplaudió. Dirigiéndose en ella á Oribe el 1.° de Diciembre de 1841, dícele, entre otras cosas: " La ejecución de los salvajes unitarios y decapitación del feroz salvaje unitario Avellaneda, colgando su cabeza en la plaza de Tucumán á la espectación pública, es todo de la mayor importancia. La mandé celebrar con salvas y otras demostraciones de justo regocijo, lo mismo que lo fué la del salvaje unitario Acha ". [a]

Triste coincidencia! El 3 de Octubre de 1837 nace el doctor Avellaneda, y el mismo día, cuatro años después, es segada en la plenitud de la vida la cabeza de

(a) *La Nación*, número del 3 de Octubre de 1909.

su ilustre padre. Es fácil imaginar la situación de su hogar de niño, desolado por la desaparición de su jefe y presa del espanto por los excesos inauditos de los seides de Rozas. La infortunada madre hubo de reunir todas sus fuerzas para soportar el peso de tanta adversidad y proveer al cuidado de la tierna familia. La permanencia en Tucumán hízose imposible para todos los que no fueran servidores de la Tiranía, y tuvo que emprender con sus pequeñuelos el camino del destierro, aumentando con sus comprovincianos aquel éxodo patético que presenció la República en los días aciagos del Terror y que tanto enaltece el patriotismo argentino.

Los emigrantes de las provincias del Norte hacen alto y se establecen en Potosí. La familia del doctor Avellaneda, empero, reside en Tarija y Tupiza, los pueblos más inmediatos á la frontera, como si aquel en cuyo torno se agrupara entonces, el abuelo Avellaneda y Tula, ferviente unitario y apasionado de Rivadavia, quisiera estar cerca de la patria para hacer más fácil el regreso, pues era de los que acariciaban la ilusión de que el eclipse de su partido sería fugaz y la abandonaban murmurando la frase aquella, un tanto jactanciosa: " Seremos llamados ".

La vida de los emigrados en Bolivia ha inspirado al doctor Avellaneda una página intensa y colorida, sentimental y de soberana belleza; perfecta, en opinión del estadista y literato uruguayo doctor Carlos María Ramírez. Evoca en ella sus recuerdos de niño asociándolos á las nostalgias, tristezas y esperanzas de los proscriptos.

Cuando la familia hubo vuelto á Tucumán tras larga y penosa ausencia, el niño Avellaneda, no obstante lo deficiente de su aprendizaje primario, daba muestras de una precocidad intelectual poco común, comparable sólo, en aquel medio, con la que habíase hecho admirar en su ilustre padre y que le valió una de las tres becas asignadas á Tucumán en el célebre Colegio de Ciencias Morales fundado por Rivadavia. Justamente halagados los suyos con tan felices disposiciones, resolvieron darle carrera universitaria, y para realizar el designio enviáronle á estudiar en la antigua y prestigiosa Universidad de Córdoba. Hizo el viaje á fines de Febrero de 1850 en compañía de los jóvenes Manuel y Benjamín Paz, Manuel Zavaleta y Agustín Molina. El doctor Avellaneda ha consignado en un álbum del segundo el recuerdo de la salida de Tucumán.

El Colegio de Monserrat era entonces, y habíalo sido desde su fundación por Duarte y Quiroz en 1685, el albergue de la juventud que de otras provincias ó de las naciones vecinas iba á Córdoba en busca de la enseñanza de su Universidad, á la cual estaba anexo. En él ingresaron como alumnos internos Avellaneda y sus compañeros. Merece insertarse la partida referente á él que se registra en los libros del viejo establecimiento. Dice así: "El día 6 de Marzo de 1850 entró al colegio don Nicolás Avellaneda, natural de Tucumán, de catorce años, hijo del finado don Marco Avellaneda y de doña Dolores Silva. Por justas consideraciones que se han tenido presentes queda obligado su patrón, don Manuel de la Lastra,

á pagar sólo cincuenta pesos al año por sus alimentos. ARELLANO ".

La pensión establecida en ese tiempo era de setenta pesos anuales. Según esto la rebaja hecha al joven Avellaneda fué de más de una tercera parte, y las justas consideraciones que tuviéronse para ello debieron ser los informes sobre su aplicación y la cortedad de recursos de la familia. El Rector del Colegio que suscribe la partida es el doctor don Eduardo Ramírez de Arellano, Provisor del Obispado de Córdoba, sacerdote dignísimo y miembro de una antigua y respetable familia.

Seis años cursó en la Universidad de Córdoba, desde 1850 hasta 1855, estudiando durante ellos filosofía, matemáticas y cuatro de derecho. Cinco de estos seis años corresponden á su internado en el Colegio de Monserrat. El sexto pasólo fuera de él, viviendo, según lo manifiesta en carta á la familia que conservan sus hijos, en casa de doña Agustina Huergo, " pagándole quince pesos de alquiler mensual ".

Terminó sus estudios de derecho en 1855 y regresó á su provincia en Diciembre, sin haber desempeñado la *previa* ni la *ignaciana*, nombres de los exámenes finales que habilitaban entonces para recibir los grados de licenciado y doctor. Cuadra aquí reproducir lo que él mismo escribe el 28 de Noviembre de 1855, casi en vísperas de la vuelta á Tucumán. La página es ingenua y deja traslucir sus nobles ambiciones á la vez que el sentimiento de sus fuerzas y su confianza en el porvenir.

" Vine á Córdoba el 1.° de Marzo de 1850, y regreso á mi provincia el 1.° de Diciembre de 1855. He estudiado dos años de filosofía y cuatro de derecho. Mi aplicación ha sido sincera, pero falto de dirección en mis estudios muchas veces, sin maestros y sin método, mucho temo que mis adelantos no hayan correspondido á mi amor al estudio, y sobre todo á las esperanzas de mi familia. Vine muy niño (antes de cumplir catorce años) con todos los sueños é ilusiones de mi edad; sueños é ilusiones que se enardecieron á la sombra de mi Colegio, encontrando alimento en mis lecturas de poetas é historiadores que encarnaban y arraigaban más en mí con el desarrollo progresivo de mi juventud y de mi ambición. Muchas de estas ilusiones se han desvanecido para siempre, como son irrecuperables las hojas caídas del árbol; pero me siento todavía muy rico y no me inquieta su pérdida ".

Los largos años de la Tiranía, especialmente los últimos, fueron de crisis para la Universidad de Córdoba: crisis de estudiantes, de recursos y de profesores. La concurrencia de los primeros disminuyó notablemente con la dispersión de las familias; mermaron los segundos en grado considerable con la disminución de aquéllos y el empobrecimiento de la provincia, que sufragaba una parte de sus gastos; y sus mejores catedráticos y los hombres más preparados para serlo, tomaron camino del destierro para sustraerse á vejámenes y persecuciones. Caída la Dictadura, el Gobierno de la Confederación se preocupó de su suerte é inicióse para ella un período de resurgimiento. Pero éste fué lento, porque había que recons-

truirlo todo en el país y los medios no eran proporcionados á las necesidades.

No debemos extrañarnos entonces de que la enseñanza en la vieja Universidad resintiérase de los defectos, acaso exagerados, que anota el joven Avellaneda. Así y todo, alguna luz irradió ella durante la larga noche de la Tiranía, aunque su intensidad no excediera á la de los faroles de papel de las aldeas, que él mismo ha sabido valorar después, debidamente, en escritos y discursos. No todo había de ser malo en sus aulas, hallándose al frente de algunas de ellas catedráticos como los doctores Vicente Agüero, José Severo de Olmos, Luis Cáceres y Pedro Lucas Funes, cuyos talentos hiciéronles descollar entre sus contemporáneos.

En cuanto á los textos que servían para la enseñanza, eran sin duda atrasados y deficientes el de matemáticas, obra del español García, y el de filosofía, física y astronomía, escrito en latín por el Padre Altieri, reemplazado antes de 1854, sucesiva ó conjuntamente, por los de Bouvier, Mora y Balmes. Los demás eran: para la teología, Bouvier y Perrone; para el derecho canónico, Devoti y Donoso; para el derecho público eclesiástico, de la Sota y D'Aguesseau; para el derecho natural, Ahrens; para el de gentes, Bello; para la economía política, Garnier; para el derecho romano, los Comentarios de Arnoldo Vinnio (*Vinnius castigatus* por Sala); para el derecho español, las Institutas del guatemalteco José María Alvarez, con notas y suplementos del doctor Vélez Sársfield; para el derecho constitucional, Story; y para la práctica forense,

el Prontuario del doctor Castro [b]. Sin ser la última palabra de la ciencia, estos libros tienen cada cual su mérito, y con ellos puede darse una sólida enseñanza.

Consideramos de utilidad mencionar los nombres de algunos de los contemporáneos de estudios del doctor Avellaneda en Córdoba, condiscípulos ó no. El aula anuda vínculos perdurables, y en este caso ellos pueden servir para explicar sus éxitos principales en la vida pública. Nos limitaremos á los que han alcanzado tal cual notoriedad. Fueron ellos: Benjamín Paz y Manuel Zavaleta, antes nombrados, Juan Manuel y Wenceslao Díaz Colodrero, Benjamín y Serafín de la Vega, Natanael Morullo, Uladislao Castellano, Luis Vélez, Abel Bazán, Salustiano Zavalía, Jerónimo del Barco, Ramón Febre, Leonidas Echagüe, Agustín Patiño, Pablo Julio Rodríguez, Felipe Cabral, Adolfo Cano, Nicéforo y Temístocles Castellano, Tomás Puig, Simón de Iriondo, Manuel M. Zavalla, Aquilino Ferreira, Santiago Cáceres, Antonio del Viso, Rafael García, Filemón Posse, Jerónimo Cortés, Jenaro Pérez, Cayetano R. Lozano, Mariano Echenique, Manuel D. Pizarro, Tiburcio Padilla, Andrés Ugarriza, Ramón Videla, Ezequiel Tabanera, Rainerio J. Lugones, Emiliano García, Joaquín Quiroga, Juan M. Yániz.

(b) El doctor Avellaneda, siendo Presidente de la República, pidió á su condiscípulo el doctor P. Julio Rodríguez, de Córdoba, los textos por los cuales había estudiado, para mandarlos á la Exposición Universal de Filadelfia.

Queda dicho que el joven Avellaneda regresó á Tucumán en Diciembre de 1855, como igualmente que no se doctoró en Córdoba, á pesar de haber cursado con brillo los cuatro años de derecho que se enseñaban en su Universidad. Es verosímil que pensara hacerlo el año siguiente, porque no cabe suponer que renunciara á la obtención del grado que constituía la suprema aspiración de los estudiantes universitarios.

Pero es lo cierto que se quedó en su ciudad natal y no lo hizo. Acaso los prestigios de la literatura lo atrajeron con fuerza irresistible y relegaron á segundo término, en su espíritu, los textos jurídicos; porque después de colaborar en el periódico *El Guardia Nacional*, funda en 1856 *El Eco del Norte*, dando en uno y otro libre cauce á sus inclinaciones literarias. Hay que decir, sin embargo, que no por esto se divorció del derecho, pues el mismo año hizo en los tribunales, en un proceso ruidoso, la defensa del ex-gobernador don José María del Campo.

Vires adquirit eundo. El trabajo y el estudio dan vuelo á su inteligencia. Encuentra limitado el horizonte y siente la necesidad de un teatro más amplio donde espaciarlo. Era indispensable que el joven Avellaneda saliera de Tucumán, y ello planteaba en el seno de la familia el problema del punto hacia el cual había de dirigirse.

Dos ciudades concentraban la intelectualidad argentina en aquel entonces: Buenos Aires y Paraná. El doctor Agustín de la Vega, tío de Avellaneda, procuraba

empeñosamente inclinarlo á la segunda, por razón de sus vinculaciones con los hombres de la Confederación que permitíanle asegurarle una buena colocación. Otros parientes daban preferencia á la primera, y por ella decidióse con reflexión madura el joven Avellaneda, decidiendo al hacerlo de su destino en la vida. Y es así que á los diez y nueve años de edad, " pobre, ignorado, sin más apoyo que su talento virtual y su voluntad de acero, — flexible y elástica — emprende la conquista de la gran aldea, á la sazón divorciada de la Confederación, más que por accidentes políticos, por contrastes sociales y económicos ". (Groussac).

Llegado á Buenos Aires el 6 de Junio de 1857, donde habíale precedido su hermano Marco, reanuda sus interrumpidos estudios de derecho para terminar su carrera, y el 7 de Noviembre del mismo año da el examen general, equivalente al de *previa* de la Universidad de Córdoba. El 27 de Marzo de 1858 desempeña la tesis *(ignaciana* en aquélla) para recibir el grado de doctor, siendo su padrino en este acto el doctor don José Roque Pérez, en cuyo bufete de abogado hacía su práctica forense y quien le había asociado en el trabajo en Enero de ese año, reconociéndole la tercera parte en las utilidades. El 20 de Octubre ingresa en la Academia de Práctica Forense, y es designado para pronunciar en 1859 el discurso de apertura. [c].

(c) Habíanle precedido en este honor, en los años anteriores, los académicos Manuel Quintana y Manuel Obarrio.

Presidía dicha Academia en ese tiempo el doctor don Eduardo Acevedo, reputado jurisconsulto y hombre público uruguayo, é integraban la mesa directiva los doctores José Roque Pérez, Miguel Esteves Saguí y Manuel Rafael García. El grupo de académicos á que perteneciera el doctor Avellaneda era digno de tales maestros. Formábanlo con él Manuel Quintana, Manuel Obarrio, Ceferino Araujo, Benjamín Paz y Manuel Zavaleta, sus condiscípulos en Córdoba los dos últimos, Pedro y Aurelio Palacios, Mariano J. Pinedo, Juan E. Barra, Cosme Beccar, Pablo Cárdenas, Eduardo Basavilbaso, Angel J. Carranza, Amancio Pardo, Benjamín Llorente, Miguel García Fernández, Jorge Echeverría, Pedro Aguilar y Teófilo García.

En el examen general obtuvo la clasificación de *bueno*, por unanimidad, y en el de tesis la de *sobresaliente*, también por unanimidad. Estas notas, la confianza depositada en él por un abogado de la talla del doctor Pérez, la elección recaída en su persona para el expresado discurso y la dispensa de un año de Academia que le hiciera el Superior Tribunal de Justicia, revelan claramente que el joven Avellaneda avanzaba con rapidez en "la conquista de la gran aldea", que muy pronto habría de prodigarle sus aplausos.

Espíritu curioso y observador, desde que pisa la ciudad de sus ensueños lleva con avidez su atención á todo lo que le rodea, hombres y cosas, siendo visible el anhelo de conocer sin dilación el medio ambiente donde ha de desenvolver su múltiple actividad. Sus tareas escolares

no obstan á este trabajo de observación ni le impiden consignar, en cartas á sus amigos de Tucumán, algunas de las impresiones que van quedando en su retina. Es interesante por la perspicacia y clarovidencia del juicio, la que se refiere á la personalidad de Sarmiento.

En la segunda mitad del año 1859 el joven doctor Avellaneda está ya en plena luz, porque deja de ser un desconocido y atrae sobre sí, con las manifestaciones brillantes de su talento, la atención del elemento intelectual de Buenos Aires. Toma á su cargo la defensa de *La Reforma Pacífica*, acusada nada menos que por el doctor Dalmacio Vélez Sársfield en nombre del Directorio del Banco de la Provincia, y el 1.° de Octubre entra á redactar con el doctor don Miguel Cané *El Comercio del Plata*, la valiente hoja fundada en Montevideo por Florencio Varela para combatir á Rozas y trasladada después á esta ciudad por su hermano político y copropietario don Juan Nepomuceno Madero. Breve es su colaboración en ella, pero sus artículos alcanzan gran éxito y queda consagrado periodista de primera fila ante la opinión ilustrada.

Por eso, cuando el doctor don Juan Carlos Gómez hubo de dejar la redacción de *El Nacional*, uno de los órganos de mayor prestigio y autoridad en aquella época, lo señaló al propietario como el más indicado para reemplazarle en la tarea. Aceptó la remuneración de doscientos pesos mensuales que se quiso fijarle, y huelga decir que su desempeño correspondió á la confianza de que había sido objeto. Asumió la redacción el 17 de Noviem-

bre de 1859, declarando bajo su firma que no se enrolaba cual un extraño en las filas del pueblo de Mayo, pues ocupaba su puesto *por derecho de nacimiento,* y dejóla en Marzo de 1861, á consecuencia de la clausura del periódico determinada por un artículo aparecido el 18 de Febrero, que contenía apreciaciones sobre el general Urquiza en las que se vió, parece, una incitación al asesinato político.

Rudo era el golpe para el doctor Avellaneda, pero el general Mitre, gobernador de Buenos Aires en ese entonces, mitigólo dirigiéndole una carta en tono paternal, halagüeña por el concepto y la alta procedencia. " Me ha sucedido con usted, empieza diciéndole, lo que con un hijo querido, á quien viendo un arma peligrosa en las manos, se la he arrebatado de ellas aun á riesgo de herirme ". Mortificante debió serle el incidente, á pesar de todo, sabiéndose sospechado de designios siniestros cuando sus propósitos eran nobles y levantados.

Todas las puertas abríanse ya para él y su fortuna estaba hecha. En 1860, sin perjuicio de su labor periodística, mézclase resueltamente en las agitaciones de la vida democrática y su palabra resuena cálida y elocuente en las asambleas políticas, consagrando al mismo tiempo sus entusiasmos á la enseñanza universitaria. En dicho año es llevado á la Legislatura por el voto popular y nómbrasele profesor de economía política, dándole ocasión la tribuna parlamentaria y la cátedra de poner en evidencia sus conocimientos político-sociales y destacar sus relevantes dotes oratorias.

Como diputado interviene eficazmente en todos los grandes debates, distinguiéndose siempre por su espíritu sinceramente nacionalista y el dominio de los asuntos controvertidos. Como catedrático rejuvenece y presta brillo á la enseñanza de la ciencia de Adam Smith, estudiándola en sus fuentes, siguiendo su desenvolvimiento con el auxilio de los autores en boga, relacionando principios y doctrinas con los fenómenos propios y haciéndoles perder su aridez con la magia de su palabra. De esto y de aquello han dado testimonio sus discípulos y sus colegas en las bancas de la Legislatura.

Por ese tiempo, 1865, escribió su conocido libro *Estudios sobre las Leyes de Tierras,* que alcanzó dos ediciones en pocos meses, y produjo y dió á la prensa un *Manifiesto en Derecho* en un importante pleito de la familia Díaz Vélez, relacionado con la legislación agraria. El primero fué todo un éxito, y á fe que con razón, porque á la belleza de la forma únense el conocimiento de nuestros antecedentes en la materia y el de la legislación americana, la solidez de la doctrina y la visión clara de las exigencias del progreso nacional sobre este punto de vital importancia. Merece ciertamente los elogios que le tributara Alberdi.

Quien de tal manera daba pruebas de sus aptitudes, estaba llamado á los altos puestos de la política y de la administración. Así lo comprendió el gobernador doctor don Adolfo Alsina, quien le nombró su ministro de gobierno en 1866. Ocupaba todavía una banca en la Legislatura, porque había sido reelecto varias veces, y la dejó para

desempeñar el elevado y honroso cargo que se le brindaba.

La trascendencia de su labor en él puede inducirse del contenido de sus Memorias, que hoy se reproducen. Junto con el mérito de introducir el primero la práctica de la presentación de estos documentos, debe acreditársele en su *haber* de ministro la supresión de las denuncias é investigaciones fiscales sobre la propiedad; la reforma de la legislación de tierras, á la que orienta debidamente; la promoción de la del régimen municipal con el intento de asegurar su existencia y hacerlo apto para los fines de su institución; la preparación de un plan de descentralización administrativa y judicial, de amplio concepto y tendencias acertadas; la sabia exposición del problema de la educación pública y los rumbos luminosos que le señala; y por último, la redacción del Código de Procedimientos, que decretó y en la cual colaboró personalmente.

Todos estos trabajos llevan el sello del talento y del estudio, siendo de admirar en ellos la flexibilidad del primero, el espíritu de observación, el caudal de ideas atesoradas y la sagacidad para aplicarlas á los hechos de la vida real. Ha alcanzado apenas los treinta años de edad y se revela ya un verdadero estadista.

Llega á manos de Sarmiento la primera de sus Memorias, y no bien lee en ella lo concerniente á su tema favorito, escríbele desde Nueva York el 20 de Septiembre de 1867: " La parte que en el Mensaje consagra usted á la educación primaria me ha hecho esperar por la salvación de la América. ¡Cuánto hubiera dado por tenerla

antes de publicar el prospecto de *Ambas Américas!*... Aquí tal documento haría sensación. Juez como me considero en estas materias, su trabajo tiene méritos que acaso usted mismo no estima bastante. Prescindo de los del estilo, que le son propios. Acaso algo me debe en la iniciación, pero hay suyo el conjunto y la inteligencia de toda la verdad, cosa á que no se llega sino por grados... Con hombres como usted, con exposiciones magistrales como la suya, creo que estamos á la víspera de empezar una nueva época en las ideas de gobierno y en los medios de llevarlas á cabo". El gran educacionista había descubierto á su futuro ministro de instrucción pública. Allí, en esa Memoria de 1867, está el secreto de la elección del doctor Avellaneda para dirigirla en la presidencia Sarmiento.

Gobernador y ministro se honraban y completaban, y ello hizo que la administración Alsina fuese fecunda en iniciativas y actos de gobierno. Pero la voluntad férrea del uno llegó á chocar con el espíritu ecuánime y moderado del otro, y el ministro renunció el cargo en Febrero de 1868 por no suscribir el decreto de destitución de un empleado subalterno (el doctor Eduardo Wilde), inmolado á exigencias políticas del momento.

Muy poco más de diez años habían transcurrido desde que el doctor Avellaneda llegara á Buenos Aires sin más capital que su inteligencia, su energía y sus nobles y legítimas ambiciones, y ya su persona gozaba de gran prestigio en todas las esferas sociales y alternaba con los hombres superiores de su tiempo. Había sembrado con talento y

mano profusa, y debía seguir recogiendo frutos copiosos. El 12 de Octubre de ese mismo año 1868 siéntase Sarmiento en el sillón de los presidentes argentinos, y el doctor Avellaneda es llamado á desempeñar la cartera de justicia, culto é instrucción pública, entrando así á formar parte de aquel gran ministerio en el que figuraron Vélez Sársfield, Gorostiaga, Gainza y Mariano Varela. Su escenario era ahora toda la Nación, y por cierto que si no lo llenó él solo con su nombre, tuvo un papel principal en los actos de la memorable presidencia.

Vasta, fecunda y trascendental fué su acción en los asuntos del ministerio á su cargo, principalmente en lo tocante á la instrucción pública. No puede decirse que él la creara, pero sí que la trazó los rumbos que debe tener como factor decisivo del progreso nacional, y completóla con nuevos é importantes organismos que fueron otros tantos incentivos para la ambición de la juventud á la vez que ensanchaban las zonas de su influencia.

Un presidente como Sarmiento y un ministro como el doctor Avellaneda eran por sí solos, en materia educativa, promesa segura de impulso certero y perseverante. *Fervet opus* desde el primer momento en forma de circulares, decretos, mensajes, leyes y memorias. Un soplo de vida difúndese por todos los ámbitos del país, y el pensamiento luminoso del joven ministro, vestido de las pompas mágicas de su estilo, conquista la inteligencia y el corazón de sus conciudadanos para la causa de la pública educación. Apasiónanse por ella gobernantes y gobernados y unos y otros facilitan la realización de sus

altos designios. Con razón pudo decir más tarde que la frase bella es también un medio de gobierno.

Larga y prolija resultaría la enumeración de los actos con que impulsó la instrucción primaria, secundaria y especial. Baste decir, tomando lo más resaltante, que durante su ministerio y por su iniciativa diéronse las leyes de subvención á la educación común y de fomento de las bibliotecas populares, ambas de positiva influencia en el progreso de la ilustración general; estableciéronse colegios nacionales en Santa Fe, Corrientes, Santiago del Estero, Jujuy, Rioja y San Luis, que carecían de ellos; fundáronse escuelas normales en varias provincias, y de agronomía en Tucumán, Salta y Mendoza, las primeras que tuvo la República; amplióse la enseñanza de los colegios de San Juan y Catamarca con cátedras especiales de mineralogía; fueron ensanchados y modernizados los estudios de la vieja Universidad de Córdoba con la creación de la Facultad y Academia de Ciencias Físico-matemáticas; se instalaron en la misma ciudad el Observatorio Astronómico y la Oficina Meteorológica; trajéronse profesores extranjeros para estos y otros establecimientos científicos y educativos; y finalmente, se organizó la inspección de la enseñanza secundaria y decretóse la formación del censo escolar.

Todos los problemas concernientes á la instrucción pública en sus diversos grados pusiéronse en el tapete y fueron objeto de iniciativas y medidas de gobierno. Se ha dicho del hermoso movimiento que en favor de ella se produjo en la presidencia Sarmiento, del que fuera

el alma el doctor Avellaneda, que pecó de fantástico y precipitado, y que por tal razón algunas de sus creaciones, como las bibliotecas populares, no pudieron arraigar y sólo quedaron de ellas las grandes brechas abiertas en los presupuestos para subvenir á los gastos que demandaron.

Pudieran ambos contestar á esta crítica que los propulsores del adelanto de los pueblos necesitan mirar lejos para debelarles los caminos que conducen á él y ponerlos en condiciones de alcanzarlo. Es posible el extravío por impaciencia ó exceso de entusiasmo. Pero es preferible el movimiento, aun á riesgo de extraviarse, siempre que se vaya en pos de lo mejor, á la quietud que cristaliza y momifica. No importa averiguar cuántas bibliotecas subsisten de las que tuvieron origen en la ley encaminada á promoverlas. Los volúmenes dispersos en todas las provincias despertaron y alimentaron el deseo de la lectura. y esto fué ya un progreso. No siempre la buena semilla fructifica en el momento. Tarda á las veces en hacerlo, y entonces el fruto tiene como compensación el ser ópimo y duradero.

Descollante en todo sentido fué el papel del doctor Avellaneda como ministro. Con frecuencia llevó la palabra del Ejecutivo en el Congreso, aún en asuntos extraños á su cartera, y su opinión era generalmente respetada y seguida en los consejos de gobierno. Merece recuerdo especial la labor empeñosa é inteligente que consagró á la Exposición Nacional de Córdoba, la primera de su género celebrada en el país y cuya inauguración tuvo lugar

el 12 de Octubre de 1871, habiéndola precedido de algunos meses el ensayo de máquinas agrícolas en las márgenes del Río Segundo, que formaba parte del concurso.

Fué éste trascendental en la vida económica de la República, pero su realización encontró serias dificultades, no siendo la menor la hostilidad velada y aun manifiesta de una gran parte de la prensa de Buenos Aires. El presidente y su ministro hubieron de desplegar buena dosis de energía para vencerlas, viéndose el segundo en la necesidad de hacer varios viajes á Córdoba con tal motivo. Gracias á ello y á la colaboración asidua é ilustrada del presidente de la Comisión señor Eduardo Olivera, pudo el país celebrar su primera exposición nacional. Su apertura, clausura y el ensayo de máquinas en Río Segundo dieron oportunidad al doctor Avellaneda de pronunciar aquellos discursos magistrales que repercutieron hondamente en la opinión y han quedado como modelos de belleza y elocuencia política.

Catorce meses antes de la expiración de la presidencia Sarmiento, en Agosto de 1873, el doctor Avellaneda se retiró del ministerio por haber aceptado su candidatura para el próximo período, proclamada en Buenos Aires y en diversas ciudades de la República. En el mes de Septiembre emprende una jira política por algunas provincias, inflamando la opinión en Rosario y Córdoba con arengas vibrantes, y colabora después, asiduamente, en los órganos de publicidad de su partido. Tuvo competidores dignos de él en la arena electoral, Mitre y Alsina, y la campaña dió origen á grandes movimientos populares, los

más importantes hasta entonces, y también á agresiones enconadas y violentas. Dieron la nota en este sentido los partidarios del primero, á quienes acaudillaba el doctor Eduardo Costa, con procedimientos y desplantes inusitados. Alsina, el popular y fogoso tribuno, era el más temible, y sobre él naturalmente dejaba caer el *leader* sus golpes más formidables. No le inquietaba tanto el doctor Avellaneda, porque aparte de estimarle personalmente, no tenía de su lado, según lo dijo en su famoso discurso de Chivilcoy, sino un ejército de *maestros famélicos y de canónigos repletos* que nada significaban como elementos electorales.

Cuando el doctor Avellaneda se separó del gobierno de Sarmiento era un hombre público eminentemente *presidenciable*. Su candidatura no nació como un hongo, de la noche á la mañana, sino que fué la resultante lógica de su brillante actuación en el poder, templada en el más alto espíritu nacional, y de las múltiples y valiosas vinculaciones que durante ella tuvo la habilidad de formar.

Muchos de sus condiscípulos y contemporáneos en Córdoba venían ejerciendo influjo en la prensa, en el magisterio, en el foro, en la magistratura, en los consejos de gobierno, y también en los cargos eclesiásticos. A todos ellos tendióles la mano desde el ministerio y procuró vincularlos á su gestión. Realzó el prestigio de los que ya le tenían, sacó de las sombras y dió expectabilidad á los que á pesar de sus merecimientos hallábanse relegados al olvido, y su correspondencia con ellos fué tan frecuente como sus atenciones se lo permitían. De la tendencia que

la informara, da idea el siguiente párrafo de una carta dirigida el 4 de Abril de 1873 al Rector del Colegio Nacional de Córdoba, doctor don Emiliano Cabanillas: "Entre tanto, cualquiera que sea el éxito el momento actual es grande, mostrando unidos á los que partiendo del mismo lugar nos habíamos en seguida extraviado por los diversos senderos de la vida".

Esa unión fué obra suya, y mediante ella pudo contar en su hora para la campaña presidencial con algo más que *maestros famélicos y canónigos repletos;* con la inmensa mayoría del elemento intelectual de toda la República. Esta es la verdad verdadera, y puede hoy afirmarse que llegó á la magistratura suprema ungido por la voluntad popular.

Influyó también en el triunfo del doctor Avellaneda la circunstancia de haber el doctor Alsina prestádole su concurso en el último momento, procediendo en ello con desprendimiento de patriota y visión de político. Pero el partido adverso no se resignó con su suerte y apeló al recurso supremo de las armas, veinte días antes de la transmisión del mando. A fines de Diciembre la revolución del 24 de Septiembre estaba completamente dominada, mas no sin dejar gérmenes de malestar en el país y de descontento en el campo de los vencidos.

Bajo tales auspicios, nada gratos por cierto, inauguróse la presidencia del doctor Avellaneda. La composición de su primer ministerio fué la siguiente: de lo interior, el doctor don Simón de Iriondo; de hacienda, el doctor don Lucas González; de guerra y marina, el doctor don Adolfo

Alsina; de relaciones exteriores, el doctor don Bernardo de Irigoyen, y de justicia, culto é instrucción pública, el doctor don Onésimo Leguizamón. Las vicisitudes de la política obligáronle á frecuentes cambios de colaboradores; habiéndolo sido además de los nombrados, en las respectivas carteras y según el orden establecido: Domingo Faustino Sarmiento, Saturnino M. Laspiur y José Benjamín Gorostiaga; Victorino de la Plaza, Norberto de la Riestra y Santiago Cortínez; Julio A. Roca y Carlos Pellegrini; Manuel A. Montes de Oca y Rufino de Elizalde; Bonifacio Lastra y Miguel Goyena.

El doctor Avellaneda no podía dejar de mostrarse como presidente lo que había sido como ministro; es decir, un verdadero hombre de estado. Lo fué indudablemente, y hoy el aserto no admite contradicción. Lo fué por su visión clarísima de los destinos de la Nación, por la amplia concepción de los problemas concernientes á su seguridad y engrandecimiento y el acierto en resolverlos; por la flexibilidad y eficacia de su acción en las situaciones difíciles; por la subordinación invariable de su conducta á las exigencias é intereses nacionales; porque puso arriba de todo el prestigio y honra de la patria, dióla días de gloria y afirmó en los argentinos el sentimiento de su respeto é intangibilidad.

Cuando se recuerda que su presidencia tuvo como principio y como epílogo dos grandes revoluciones y se desenvolvió combatida por pasiones políticas enconadas y una crisis económica aguda, acrece á nuestros ojos el mérito de la obra realizada durante ella y cobran ma-

yor relieve los actos principales que la caracterizaron, pudiendo resumirla en estas palabras: robustecimiento de la entidad nacional en el interior, y extensión de su nombre en el exterior.

Vasto es el campo y sólo cabe detenerse en los puntos culminantes. En el gobierno del doctor Avellaneda se salvó y afirmó para siempre el crédito de la Nación en las plazas extranjeras, *economizando sobre el hambre y la sed* de los gobernados; lleváronse á feliz término las cuestiones pendientes con el Brasil y el Paraguay y se restablecieron las relaciones con el Uruguay; se obtuvo la incorporación de la República en las convenciones postales de Berna y París; ensancháronse los ferrocarriles y los telégrafos; se edificó la Casa de Moneda; creóse la gobernación de Patagones para afianzar la soberanía argentina en una extensa zona de los territorios del Sur y sustraerla á las pretensiones de Chile; se empezó la colonización del Chaco en forma previsora; se promovió y llevó á cabo la repatriación de las cenizas de nuestro Gran Capitán; sometióse al salvaje de las pampas y entregáronse 15.000 leguas al dominio de la civilización; se estableció la navegación del Río Negro, anhelada desde los tiempos de la Colonia; y por último, completóse la organización del país dándole á Buenos Aires como capital definitiva.

Muy incompleta sería esta síntesis de la administración Avellaneda si no dijéramos que la instrucción pública continuó mereciendo su atención preferente; que propendió con acertadas medidas al aumento de la inmigra-

ción, á la internación del inmigrante en toda la República y á su agrupación en numerosas colonias; que promovió eficazmente el adelanto industrial, cuya iniciación seria fué la Exposición Nacional de Córdoba, haciendo que el país estuviese dignamente representado en los certámenes mundiales de París y Filadelfia y prestando su concurso personal y el del gobierno á los doce internos que prepararon la Exposición Continental de 1882, de la que fué iniciador y presidente honorario. A su presidencia está ligado también, y justo es recordarlo, un hecho de la mayor importancia en los anales de nuestro intercambio comercial: la exportación á los mercados extranjeros de las primeras toneladas de trigo y maíz de producción nacional, cuyo aumento progresivo nos permite hoy figurar entre los más fuertes proveedores de cereales para el consumo universal.

En el orden meramente político hay un acto del doctor Avellaneda que ha sido muy diversamente apreciado. Nos referimos á la *conciliación* con el partido que fué su adversario en la contienda electoral, que hizo la revolución de 1874, que siguió combatiéndolo durante su presidencia y que volvió á levantarse en armas en las postrimerías de él en 1880. Júzganlo los unos como una cobardía, y atribúyenlo los otros á refinado maquiavelismo. Ambos juicios, á ser ciertos, dejarían mal parada su reputación. Pero no lo son.

Observa el doctor Alberdi en alguno de sus escritos que la distancia permite á menudo ver cosas que oculta la proximidad. Y aunque él se refiere al espacio, la ob-

servación es también exacta, y acaso en mayor grado, tratándose del tiempo. Pues bien, después de treinta y tres años hase disipado la bruma que envolviera los sucesos de aquel tiempo, y es permitido afirmar que la *conciliación* no encubrió ni una debilidad ni una perfidia, sino que fué un hábil acto de gobierno impuesto por las circunstancias.

El levantamiento armado de 1874 había sido un fracaso colosal, y no es dable concebir que el doctor Avellaneda, teniendo de su lado el brazo fuerte de su ministro de la guerra doctor Alsina y el partido que acaudillaba, creyera posible que los vencidos intentaran otro que hiciera peligrar su presidencia, no obstante aquello del cañón en la calle con la mecha encendida, de que se valiera para pintar la gravedad de la situación. Los adversarios, empero, eran una gran fuerza social y política, sobre todo en la ciudad y provincia de Buenos Aires, y la conciliación brindábales un medio decoroso de deponer su actitud airada, reconocer como un hecho consumado el gobierno existente y prestarle su colaboración.

El país ganaba con ello y también el doctor Avellaneda, porque el arbitrio de la fuerza, aunque de éxito seguro, llevaba aparejado el peligro de mermar su autoridad moral colocándole en situación de dependencia de los que manejaban sus resortes. Quiso ser presidente en la integridad del concepto, y no un pupilo, con el nombre de tal, de influencias preponderantes en el gobierno. Demasiado noble y patriota era el doctor Alsina para intentar reducirlo á esa condición; pero la sola posibilidad del he-

cho habría traído desmedro á su personalidad de mandatario.

No pretendemos decir una novedad al explicar de esta manera la discutida conciliación de 1876. Lo ha sido ya por otros, del mismo modo; siendo digno de mención al respecto un artículo de *La Prensa* de 20 de Noviembre de 1905, impregnado de la sensatez y claridad de juicio peculiares de su redactor principal. Merecen los honores de la reproducción algunos de sus párrafos, tanto más cuanto que el autor tuvo oportunidad más de una vez, según creemos, de penetrar en las intimidades del pensamiento político del doctor Avellaneda. He aquí como se expresa, después de trazar á grandes rasgos el cuadro de la situación:

"El doctor Avellaneda, dando testimonio de su talento político poco común, hizo su composición de lugar y adoptó una política presidencial propia. Alsina y su partido le eran necesarios, pero no le convenía consolidar su supremacía, que disminuiría su autoridad. Vió claro y comprendió que el aniquilamiento de los mitristas por los alsinistas rompía el equilibrio de las fuerzas populares orgánicas de Buenos Aires, sobre el cual debía asentar su presidencia".

"Su fórmula política fué doble, por así decirlo: con ella propendió á la pacificación del país destemplando el espíritu revolucionario, y á la independencia de su autoridad disminuyendo la influencia preponderante del partido autonomista. Destempló el espíritu belicoso de la oposición haciendo gobierno, y redujo el poder de los

autonomistas con la incorporación á él de los rivales".

"Esa fué la famosa conciliación, mediante la cual el doctor Avellaneda afirmó su autoridad presidencial, que se emancipó de la tutela y de la agresión de los grandes partidos, como lógica consecuencia del contrapeso del influjo de éstos en la gestión gubernamental. A partir de esa evolución, mitristas y alsinistas valieron menos, y el presidente valió más".

Se ha llegado á tachar por algunos de indecisa y vacilante la conducta del doctor Avellaneda en las situaciones de peligro, refiriéndose en especial el reproche á su actitud en la gravísima crisis de 1880. Los acontecimientos políticos se juzgan y resuelven con diverso criterio, según el punto de vista desde el cual se los considere y la posición que los autores ocupan en la escena. El juicio y acción del magistrado supremo de un país no pueden ser iguales, en casos como el de que se trata, al juicio y acción de los demás ciudadanos, aunque le presten su concurso y compartan con él el gobierno.

Es posible que el presidente Avellaneda tuviera momentos de vacilación en presencia del mayor de los conflictos que sacudieran su administración y del sentimiento de sus responsabilidades de gobernante ante los contemporáneos y la posteridad. Acaso esa vacilación, si la hubo, se refiriese á los procedimientos más que á la finalidad de la acción. De todos modos afrontó la tormenta con serenidad de ánimo y previsión de estadista, economizando en lo posible el derramamiento de sangre y rescatando la derramada con la solución del viejo, temible

y trascendental problema de la capital definitiva de la República.

El doctor Avellaneda bajó con dignidad tranquila las gradas de la presidencia el 12 de Octubre de 1880; pero antes de dejarle en el llano anotemos, como rasgo propio de su individualidad, que acostumbraba redactar él mismo todos ó casi todos los documentos de su firma; ya fuesen mensajes á la Legislatura de Buenos Aires y al Congreso nacional, ó circulares, decretos y memorias ministeriales.

Hizo íntegramente la jornada, y al término de ella pudo entregar en paz á su sucesor en el mando la autoridad suprema que ejerciera durante seis años. Mas para ello habíale sido necesario correr las grandes borrascas que azotaron la nave de su gobierno, y sus fuerzas físicas y morales estaban quebrantadas. Para rehacerlas substrájose á la política y se reconcentró en el estudio, buscando en los goces apacibles de las letras esparcimiento y distracción para su espíritu fatigado, y quien sabe si no también herido por más de un desencanto.

En 1881 es elegido rector de la Universidad de la capital federal, por la asamblea de académicos de las tres Facultades que entonces la constituían. En el desempeño del cargo prepara y hace sancionar por el Congreso la ley universitaria de 1885 que lleva su nombre y dentro de la cual, con ligeras reformas, continúa desenvolviéndose la institución. Como la provincia de Tucumán habíale confiado en 1882 su representación en el Senado, tuvo oportunidad de sostener y defender el pro-

yecto de dicha ley, á la vez que hacía oír su palabra elocuente en la discusión de todos los asuntos de importancia. En su rectorado introduce la práctica de los informes anuales y promueve mejoras de positiva utilidad.

En el decurso de 1882 á 1884 produce trabajos de mérito, tales como el Estudio referente al *Ensayo histórico sobre el Tucumán* del señor Groussac, *El Pavorde don Juan Sala, El Maestro Antonio Gómez, Berryer, Escuela sin Religión,* aparte de muchos otros de formas más ligeras aunque de igual intensidad de pensamiento. Campea en todos ellos la corrección y brillo del estilo, junto con la abundancia de las ideas y el vigor del raciocinio. Había levantado su tienda en los dominios de las letras y preparábase para una abundante cosecha. Lo que hubiera sido en cantidad y calidad si la muerte no troncha tan pronto su existencia, pruébalo el volumen de *Escritos* que alcanzó á publicar y que debía ser el primero de la serie.

Doquiera que se encuentra deja estampada su huella luminosa. En el mes de Enero de 1882 pasa una breve temporada en Montevideo, y su verbo fecundo resuena con los prestigios del talento y del saber en discursos pronunciados en el Ateneo, en la Escuela Superior de Niñas, en el Centro Gallego, en la Asociación Rural y en la Escuela de Artes y Oficios. Trasládase al Brasil en Agosto del mismo año, en momentos delicados para las relaciones de ambos países, y su persona llena la escena de la capital fluminense. Habla en banquetes que dedícanle la prensa y el comercio, en el Club Gimnástico, en

el Liceo Literario Portugués y en la Asociación Industrial, captándose la admiración y simpatía de todos. Embajador sin credenciales, pregona en público y en privado la confraternidad de los dos pueblos, contribuye eficazmente á disipar las nubes que empiezan á amontonarse en el horizonte y prepara el terreno para las soluciones pacíficas que vinieron más tarde.

Las ocupaciones de escritor dejaban tiempo al doctor Avellaneda para hacerse oír y aplaudir, no solamente en el Congreso desde su butaca de senador, sino también en fiestas literarias, artísticas é industriales. Muchos fueron sus discursos en esas ocasiones, y nunca faltó en ellos el primor de la frase y la idea trascendental. Había pensado mucho y hondo, y en cualquier situación la savia del pensamiento maduro fluía con abundancia de sus labios.

Cuando descendió de la presidencia su organismo estaba ya minado por el terrible mal de Bright que le llevó á la tumba. Tuvo seguramente el presentimiento de su próximo fin, y más de una vez debió pensar, entristecido, que su destino asemejaríase al de aquel otro espíritu selecto objeto de sus reverencias, que en plena vibración sintió *romperse lleno el vaso de su existencia.*

Su esposa ejemplar, su familia y la comunicación intelectual con sus amigos y autores predilectos, podían atenuar su dolencia; mas era ésta de aquellas que la ciencia no detiene, á lo menos en su estado actual, y cuyo desenlace es sólo cuestión de tiempo. En el mes de Junio de 1884 hizo un viaje á su provincia natal y al

Rosario de la Frontera, buscando las caricias de las brisas tibias y embalsamadas que *jugaron con sus cabellos de niño;* pero todo fué en vano, y hubo de regresar en Octubre del mismo año sin haber encontrado mayor alivio.

En su paso por Córdoba nos fué dado presentarle nuestros respetos en la estación del ferrocarril. Tenía en el semblante las huellas de la enfermedad y velábalo un ligero tinte de melancolía. Creemos del caso consignar algo que no hay por qué silenciar, y que antes bien debe ser conocido. Hablando aparte de la situación política del país con su pariente y amigo el señor don Nemesio González, emitió respecto de ella un juicio francamente adverso y condenatorio. Se lo oímos momentos después al señor González, que era persona de su confianza.

Muy enfermo ya, decide buscar en Europa el auxilio de la ciencia, y en Junio de 1885 embárcase en el paquete *Río Negro* con rumbo al viejo mundo, acompañado por su esposa é hijas solteras. Fija su residencia en París y pónese en manos de los mejores facultativos. El mal, empero, avanza y la catástrofe se acerca. Después de pocos meses emprende el regreso; mas no le es dado volver á respirar el aire de la patria, pues su vida apágase en el mar á bordo del *Congo* el día 25 de Noviembre de aquel año, á los 34° de latitud Sur, al enfrentar la Isla de Flores.

El señor don Moisés A. Arévalo, con información segura, ha referido así sus últimos momentos: " Por la mañana del día 25 Avellaneda sintió que la muerte se

aproximaba. Sin embargo, como de costumbre esmeróse en su *toilette* y hasta se hizo afeitar. Después aceptó la unción santa de un piadoso eclesiástico, el padre Letamendi, y quiso que su esposa escuchara su confesión á fin de que la trasmitiera á sus hijos. Apoyó en seguida la cabeza en el hombro de su noble compañera, y con edificante entereza, sin sacudimientos, serena, tranquilamente, se produjo la transición de la vida á la muerte. Fué el ocaso apacible, melancólico, de un hermoso día. El doctor Aristóbulo del Valle, que venía también á bordo, ayudó á envolver su cuerpo inanimado con la bandera de la patria".

Sus restos fueron desembarcados é inhumados con honores especiales, rindiéndoseles los de capitán general. El gobierno decretó ocho días de duelo en toda la República, y sobre su tumba hablaron, entre otros, el presidente Roca, el doctor Manuel D. Pizarro en nombre del Senado de la Nación, el doctor Leopoldo Basavilbaso en el de la Universidad, el general Lucio V. Mansilla en el del ejército, el doctor Adolfo E. Dávila en el de la prensa, el doctor Pedro Goyena, el doctor Tristán Achával Rodríguez, el doctor Juan Zorrilla de San Martín y el doctor Jorge Damianovich.

Al ser trasladados el 25 Noviembre de 1908 al sepulcro que los guardará definitivamente, obra hermosa de Coután, tributáronsele nuevos honores oficiales, formando en la Recoleta todas las fuerzas de la guarnición y asistiendo á la fúnebre ceremonia numerosa y escogida concurrencia. Los cordones del ataúd eran llevados por el Pre-

sidente de la República, sus Ministros y los hijos del gran hombre. En la mañana pronunció una oración laudatoria en el templo de Santo Domingo el R. P. Modesto Becco.

Así se extinguió aquella existencia esplendorosa, sin haber dado de sí todo lo que era capaz y cuando, sustraída á la vorágine de la política y reconcentrada en el estudio y la meditación, surcaba con vuelo majestuoso los dominios del saber y empezaba á derramar á manos llenas nuevos y lozanos frutos de su ingenio privilegiado. Nada más que cuarenta y ocho años alcanzó á vivir, y por lo que hizo se puede calcular lo que habría hecho de concedérsele vida más duradera.

Llenó bien, empero, la suya, porque no dejó ociosas las facultades excepcionales con que Dios habíale enriquecido. Sus éxitos comienzan en edad juvenil, y sin detenerse conquista rápidamente las más altas posiciones que pueden ambicionarse en pueblos como los nuestros. A los veintidós años reemplaza al doctor don Juan Carlos Gómez en la redacción de *El Nacional,* órgano éste de primer rango en la prensa de entonces, y periodista aquél de fuste y merecido renombre. Simultánea y seguidamente ocupa una banca en la Legislatura de Buenos Aires, que conserva varios períodos, alternando en ella con reputados jurisconsultos y estadistas; asciende en la Universidad las gradas de la cátedra de economía política y eleva su enseñanza á la altura de las modernas investigaciones y teorías; desempeña el ministerio de gobierno en la administración del doctor Adolfo Alsina, dejando marcada su huella con iniciativas y medidas

de gran trascendencia. A los veintisiete años rehusa una cartera nacional que le es ofrecida por el vicepresidente en ejercicio del poder doctor don Marcos Paz; antes de los treinta es ministro de justicia, culto é instrucción pública en la presidencia Sarmiento; á los treinta y seis ciñe la banda de primer magistrado de la República; y á los cuarenta y dos, terminado su mandato, pasa al Senado nacional y al rectorado de la Universidad.

Es aplicable á la vida del doctor Avellaneda lo que Gladstone dice de la de lord Macaulay: que fué extraordinariamente llena, de continua labor; una elevada meseta sin depresiones. Y también, guardada proporción de medio y circunstancias, este juicio que el gran hombre de estado de la moderna Inglaterra consagra al insigne historiador: "En la esfera del pensamiento bien puede considerársele como el niño mimado de la suerte, porque todo lo que intentaba lo conseguía, y cuanto tocaba convertíase en oro y joyas".

Se creyó un tiempo que fué ante todo y sobre todo un temperamento artístico y literario, esclavo de la frase y perseguidor incansable de la belleza de la palabra hablada ó escrita. No han faltado tampoco quienes negáranle condiciones de estadista y no encontraran en sus escritos y discursos otra cosa digna de aplauso que el primor escultural de la forma. Sólo la emulación y los enconos políticos han podido dictar juicios semejantes. Serenado el ambiente y calmadas las pasiones que desataran las contiendas partidarias, la figura del doctor Avellaneda destácase hoy en plena luz, con todas sus

líneas y relieves. Se reconoce ya que las dotes eximias del orador y del literato hermanábanse en él con el pensamiento grave y ponderado del publicista y hombre de gobierno.

"Nadie ha tenido en América en más alto grado que Avellaneda, ha dicho el doctor Carlos María Ramírez, ese mágico secreto de conciliar las bellezas del pensamiento y del estilo con la meditación profunda y las duras exigencias de los temas áridos. Sus documentos oficiales, aún en los instantes de angustia y peligro, llevan el sello del estadista y el sello del literato, sin que el uno perjudique al otro, como el brillo retórico no quita fuerzas á las arengas de Cicerón y Demóstenes".

Sus estudios en la Universidad de Córdoba y los complementarios que hizo en la de Buenos Aires fueron puramente jurídicos y carecieron aún de la escasísima preparación literaria que después se ha exigido para la carrera del foro; no pudiendo llamarse tal la enseñanza del latín y otros ramos que precedía á los cursos de derecho. Pero aprendió bien el primero, y ello permitióle empezar á saborear desde los claustros del histórico Colegio de Monserrat las bellezas de la literatura romana. Esto y la lectura asidua de Espronceda, Zorrilla y otros, muy escasos, autores españoles y franceses al alcance de los estudiantes, fueron todo el caudal literario que adquiriera durante sus años de escolar en la ciudad de Córdoba.

Déjase ver por esto, que su variada y meritoria producción en el campo de las letras fué en gran parte *ex*

abundantia mente y *ex abundantia corde,* cicunstancia que aquilata su valía y no debe olvidarse al aplicarle el escalpelo de la crítica. El latín, ese latín tan desdeñado hoy y excluído como inútil, cuando no perjudicial, de los planes de la enseñanza secundaria, sirvióle al doctor Avellaneda no solamente para penetrar el sentido de los textos de la legislación madre de todas, si que también para gustar las delicadezas de los escritores clásicos de la antigua Roma.

La característica de las luchas democráticas en estos países de Sur América ha sido y continúa siendo, aunque con atenuaciones, el apasionamiento y la violencia. Se llega fácilmente á la exaltación en la defensa de las causas que se abraza, y ella engendra en las contiendas procedimientos extremos, sea que se mantengan en el terreno de la propaganda y del comicio, ó se apele, para dirimirlas, al recurso supremo de las armas. El hecho, con ser deplorable, acusa á lo menos virilidad y altivez, y tiene explicación en la herencia de la sangre y en lo rudimentario de su civilización.

La actuación política, por tal motivo, deja siempre en pos de sí odios y prevenciones, tanto más enconados cuanto mayor ha sido el surco abierto por ella en el campo social. El lote principal se lo llevan, naturalmente, los hombres que por sus condiciones superiores acaudillan partidos y son cabezas de columna en los grandes movimientos cívicos. Lo fué en época agitada el doctor Avellaneda, y las pasiones embravecidas arrojaron lodo á manos llenas sobre su nombre, empleándose todas las

formas del dicterio para que nada quedara indemne: desde la sátira liviana pero henchida de sutil veneno, hasta el golpe de maza grosero y brutal.

Mas todo eso debía pasar y ha pasado con los años, porque también es propio del carácter nacional algo que mucho nos enaltece en medio de defectos que no son exclusivamente nuestros: el rápido olvido de los agravios reales ó imaginarios y la nobleza en reconocer los méritos verdaderos, sin distinción de amigos y adversarios. Antes que la tumba se cerrara sobre sus despojos mortales, ya empezó para el doctor Avellaneda la hora de la reparación. Las disidencias han ido reduciéndose hasta desaparecer, en cuanto á lo fundamental de su acción, siendo hoy unánime el homenaje de admiración y respeto que se le tributa en los aniversarios de su muerte.

Al inaugurar en Mayo de 1880 las sesiones del Congreso nacional, dejó caer, acentuándolas, estas meditadas palabras: " Espero tranquilo, sin jactancia pero con convicción, los juicios mismos de la opinión contemporánea, cuando ésta haya calmado sus pasiones ". Los hechos han demostrado que no era vana su confianza.

Merece su personalidad la consagración en el monumento á la vez que en la memoria de sus conciudadanos. Tiene ya la segunda, pero tarda en llegar la primera. Estaciones de ferrocarriles, escuelas, bibliotecas, asociaciones, calles, pueblos y partidos de campaña llámanse con su nombre esclarecido, atestiguando ello que el consenso general le ha colocado justicieramente en el rango

de los beneméritos de la Nación; mas se hace esperar todavía la perpetuación en el mármol ó el bronce.

" Antes que se erija el *publicum sacrum* y se decrete lo irrevocable, ha escrito el señor Groussac, conviene que desfilen los años, apagando de paso así el entusiasmo irreflexivo como la denigración sistemática. Henos aquí en los términos del éxito ".

Han corrido varios otros desde entonces, y el voto de la opinión nacional reclama con apremio su cumplimiento. Lo tendrá seguramente, siendo de desearse que se elija para el homenaje el sitio que el mismo escritor señala. " Una lógica obscura, agrega, que nuestra ignorancia ha de achacar á coincidencia fortuita, dispondrá sin duda que la estatua de Avellaneda se levante á la distancia entre la de Alsina y la de Sarmiento, sus amigos y colaboradores en la obra patriótica: entre la del gran provinciano, el déspota del bien cuya imagen en Palermo acabará de exorcizar las frescas alamedas, y la del gran patriota que se yergue en el corazón de su pueblo, y que murió en brazos de ese mismo Avellaneda á quien la malevolencia presentaba como enemigo de Buenos Aires ".

Es ciertamente el que le corresponde.

Buenos Aires.

JUAN M. GARRO.

ESCRITOS Y DISCURSOS

BUENOS AIRES EN 1857

Señor Don José Posse, de todo mi aprecio: Me propongo hacer un paréntesis en mis estudios, para contestar su carta conducida por Bousquet. Desde el Rosario escribí á N. N., enviándole los números de *El Nacional* que refieren las interpelaciones formuladas al Ministro del Interior, sobre la conducta del Gobierno de Tucumán; y á manera de comentario, agregaba unas líneas piadosas con que le ayudaba á lamentar las veleidades de su fortuna política. Le confieso que había tal vez en esa oficiosidad algo de la satisfacción triunfante del niño que se complace en mostrar roto, sin nada adentro, el *Cuco* con que antes se le ha asustado...

He querido arrojar este andrajo de nuestras miserias de Provincia para hablarle con más desembarazo de Buenos Aires, la bella y populosa ciudad.

Esta carta y la que sigue, fueron recogidas por el doctor Pedro Goyena durante su estadía en Tucumán. La primera ha sido escrita por Avellaneda, recién llegado á Buenos Aires, á la edad de 19 años, y está dirigida á don José Posse, famoso periodista, muy prestigioso en el interior de la República. — NOTA DEL EDITOR.

Bajo su aspecto político, Buenos Aires marcha á la aventura. No hay actualmente en los hombres que dirigen su política un designio trascendente, un fin determinado, de aquellos que pudieran darle carácter y significación. Dedicados á las tareas de la administración y al desenvolvimiento de los intereses locales, no se preocupan un solo momento en señalar un término á la situación anormal y transitoria en que se halla colocada esta Provincia. — Como los calaveras, viven con el día.

En cambio, los intereses locales se muestran bien servidos; todos los días se promulgan nuevas leyes tendientes á proteger su desarrollo. Estas leyes son todas concebidas bajo inspiraciones felices, estimulan nuevas empresas que vienen á explotar ramos desconocidos en nuestra industria, y favorecen el comercio aliviándolo de trabas é impuestos aduaneros. Por este lado no hay un reproche que hacer al Gobierno, á las Cámaras; pues en todas sus medidas económicas siguen el impulso liberal de la época, aprovechando de las últimas deducciones de la ciencia y de la experiencia que ofrecen los pueblos europeos, agobiados, oprimidos por la voracidad fiscal del sistema proteccionista.

Buenos Aires ostenta grandiosos edificios y algunas obras públicas que pueden considerarse como una iniciación avanzada en esas maravillas de esplendor, actividad y movimiento que distinguen á las ciudades comerciales del viejo mundo. Dos grandes muelles se adelantan sobre el río, magnífico umbral que la ciudad del Plata ofrece hospitalaria al pie del extranjero que viene á compartir con nosotros las inquietudes del presente y las esperanzas de un mismo porvenir.

El río! el inmenso Plata! Sentado en la escalinata del muelle y siguiendo el proceso de las olas, que se dilatan más allá del horizonte visible, muchas veces mi emoción me ha

hecho sonreír, suscitándome el recuerdo legendario del ingénuo estupor, del místico azoramiento de nuestro Obispo Molina, no pudiendo arrancar un día entero, ni su espíritu, ni sus ojos, de la contemplación del grandioso espectáculo.

Tras de los muelles se levanta la Aduana, con sus ámplios depósitos en los que se encerrarán por un momento las mercaderías europeas, para salir de allí á derramarse por la República toda.

La Aduana, edificio en su género sin rival en la América del Sud, ocupa parte del Fuerte antiguo, sombría residencia de los Virreyes. Es sin duda feliz contraste el haber destinado á los usos del comercio libre el mismo edificio que simbolizaba el monopolio y el prohibicionismo en los largos años de la Colonia.

En estos días hemos presenciado los primeros ensayos del Ferrocarril al Oeste, y con sincera emoción se han visto alzarse gruesas columnas de humo, que revelaban la aparición del agente prodigioso que conquista pueblos y desiertos para el trabajo y la civilización. Prescindiendo de la utilidad inmediata de este camino, el primero que viene á extenderse en los vastos territorios de las Repúblicas del Plata, todos lo hemos saludado patrióticamente, como manifestación fecunda en promesas de nuevos móviles, de nuevos intereses que absorberán la actividad y las fuerzas malgastadas antes en sacudimientos estériles.

Bien merece también ser muy especialmente mencionado el teatro de Colón, en el que se encuentra el espectáculo escénico elevado á una altura verdaderamente europea. A Tamberlick ha sucedido la Grúa, artista que sabe cuál es la natural expresión de todas las pasiones, y que tiene en los recursos mágicos de su voz el maravilloso don de comunicarlas. Comprendo que han de ser siempre intensas, inol-

vidables, las primeras impresiones de la ópera; pero lo son sin duda, mucho más, cuando una artista como la Grúa viene á revelarnos las sensaciones artísticas del canto, y un teatro como el de Colón es el lugar de la iniciación. Dentro de ese cuadro de luz y de armonía he visto á las lindas porteñas, de ojos grandes, expresivos y soñadores... *¡Ave, fœmina!* el que ha de luchar y palidecer por ti, te saluda!

He conseguido desprenderme de toda desconfianza lugareña, y sin timidez provinciana, siempre que me lo permiten mis estudios frecuento la mejor sociedad de Buenos Aires, guiado y apoyado por la solicitud cariñosa de antiguos amigos de mi padre.

Quiero contarle algunas de mis impresiones...

He visitado al señor Fragueiro y á su señora, que me han acogido con toda benevolencia. Es don Mariano Fragueiro un hombre altamente culto, de fisonomía atrayente y simpática. Su carácter ecuánime, cierta dignidad personal y una urbanidad constante, le han conquistado prestigio y consideración en la sociedad porteña.

He comido en casa de N. N., tendero aristocrático, respetado por su probidad y sólida fortuna. En el modo de desplegar la servilleta, de abrir los brazos, en sus gestos habituales, en todo revela la larga práctica del mostrador. Su mesa, su salón, parecen la prolongación de la tienda, y hasta cuando conversa, no puede desprenderse de las expresiones más usuales del regateo.

N. N. respira salud, contento de vivir, y su bonhomía sanchesca hace singular contraste con la nerviosidad y romanticismo de su mujer, que llora al no sentirse comprendida, y se queja de no haber podido hacer su vida igual á su sueño. Pobre señora! Al mismo tiempo que suspira por el alma gemela destinada á comprenderla, tiene que defender-

se de la más prosaica obesidad, que la acecha, que la invade!...

Martín Gómez me ha puesto en guardia, advirtiéndome el peligro de sus confidencias. Verdadero peligro para quien no tiene siempre á su disposición la capa de José.

En lo de B. he pasado horas muy gratas. Es un centro de cultura exquisita, en el que se suman todos los prestigios sociales. A la luz de los lindos ojos, llenos de malicia, de la encantadora J... he escrito una página, que ha quedado en su álbum.

He sido también presentado al joven Llavallol, que pertenece á una familia antigua, de arraigo colonial. Vive rodeado de todas las comodidades del lujo, y hace los honores de su casa con distinción y sencillez. Sus viajes por Europa le han dado gran desenvoltura y mucha amenidad á su conversación.

He conocido en X. el tipo opuesto, el del estanciero porteño, tipo difundido y de rasgos característicos: confiado y generoso, impresionista y efusivo, disimulando mal su engreimiento localista, del que no puede defenderse, y que le hace ver en todo provinciano un intruso, ó por lo menos, un comensal que se ha invitado á sí mismo...

En uno de esos salones mundanos encontré á Sarmiento. Me habló de usted con franca estimación, y se manifestó muy complacido cuando le aseguré que usted no le guardaba rencor por sus travesuras de *gaucho malo*.

He asistido al entierro de una niña de Carranza. El acompañamiento fué hasta el cementerio, y con este motivo lo he visitado. Hay hermosos monumentos y artísticos mausoleos, dominando generalmente el gusto francés, lo que se hace más visible al notar las flores y plantas que lo circundan. Pero creo que estas flores se avienen muy mal con

nuestro carácter grave, que sólo busca en las tumbas lo que éstas inspiran por sí mismas: veneración, ideas elevadas y melancólicas. El carácter francés, ligero y superficial, ha ido hasta enredar flores en las tumbas, como para hacer bajar hasta ellas un pensamiento risueño. Para nosotros, hijos del español, la muerte sólo infunde pavor y concentración. Es el juicio eterno de las almas que reciben la vida del bienaventurado, ó los tormentos del precito. Para el francés es sólo el tránsito fugaz, el sueño que nos lleva á despertar en un mundo mejor, y armoniza las inscripciones de las losas con los árboles en flor que las sombrean.

"Voy al campo", "Hasta mañana", "Adiós! pero no por siempre": son inscripciones que los enciclopedistas pusieron de moda por mucho tiempo...

En otra ocasión le haré una revista detenida de la prensa, analizando la tendencia y propaganda de los distintos diarios. Entonces señalaré á usted cómo *Los Debates* llevan la iniciativa en política, pudiendo considerarse este periódico el órgano popular del partido unitario, para presentarle después *El Nacional,* completamente absorbido por las cuestiones comerciales y administrativas, teniendo siempre por ideal y por tipo los Estados Unidos del Norte. Tras de ellos viene *La Tribuna* que, frívola, caprichosa, alimentándose con las novedades diarias, presenta el retrato al daguerreotipo de la sociedad que le da vida. *La Prensa,* periódico fundado por el joven Monguillot para servir los intereses nacionales, no ha respondido á la expectativa. En su segundo número se había ya extraviado la cuestión que venía á dilucidar. Dijo: "la República Argentina". Se le respondió: "Urquiza!" Y los demás diarios, apasionados por indelebles recuerdos, se ocuparon prolijamente en renovar la historia de las querellas entre Buenos Aires y el vencedor

de Caseros. Anduvo poco avisado Monguillot, dejándose llevar á este terreno, pues en vez de descender al fondo de la cuestión, explicando cuán mal entendidos son los intereses que alejan á Buenos Aires de las Provincias, se empeñó en hacer el panegírico de Urquiza y su gobierno, lo que ha resultado contraproducente en este ambiente caldeado por partidos que tanta tenacidad ponen en sus ódios.

Los Debates, *La Tribuna*, idealizan la situación de Buenos Aires, haciéndola proyectar sombras ofensivas sobre las demás Provincias, pues el reverso del cuadro hace inevitable presentarlas extenuadas y pobres bajo la bota del caudillo...

Esta carta se prolonga insensiblemente y debo ya ponerle punto final. Muy pronto volveré á escribirle, y le prometo seguirle confiando, sin reservas, mis juicios sobre las personas y cosas que se vayan presentando. Tengo por delante un mundo nuevo para describírselo, física y moralmente; y usted, por su parte, no me olvide, me debe también largos relatos de la vida que ha llevado y lleva en medio de esas pasiones salvajes que lo solicitan y maltratan. Nunca más que hoy, para atemperar mis entusiasmos juveniles, me son necesarios sus estímulos de luchador y los avisos de su experiencia.

Buenos Aires, Agosto de 1857.

DOMINGO F. SARMIENTO

CARTA AL DOCTOR VALLEJO

Al fin puedo escribirle... Créalo, mis ocupaciones y la agitación en que vivimos no me han permitido hacerlo. La política bien puede ser una distracción para los espíritus frívolos, incapaces de apasionarse por nada; pero es matadora, absorbente, para los que llevamos á ella convicciones profundas, sinceras y el verdadero amor de nuestro país. Se necesita para esto un temple de alma, una robustez poderosa, como la de Sarmiento, que después de haber trabajado y escrito más que todos nuestros publicistas juntos, se halla aún con el mismo entusiasmo del principio de su carrera.

Vivo en medio de todos estos hombres, que tan grandes nos parecen vistos desde allá; los observo, los toco á cada momento, en sus defectos, en sus calidades, y puedo hacer el inventario de cada uno, exceptuando á N. N. á quien no he querido tratar. (1)

Usted deseará conocerlos al través de mis impresiones, sorprendidos en los entretelones, fuera de la escena, sin el gesto convencional, la expresión estatuaria que dan á sus fi-

---

(1) Esta prevención juvenil persistió en el Dr. Avellaneda, pues nos consta que jamás hizo amistad, ni mantuvo trato social con el personaje aludido. — N. DEL E.

sonomías para mostrarse al público. Voy á satisfacer su curiosidad, prometiéndole independencia en los juicios y prolijidad en las informaciones...

Desde luego, le diré sinceramente que en toda esta pléyade de políticos y escritores, sólo descubro un hombre superior: Sarmiento. Prescinda usted de sus rudezas y exuberancias verbales, que tanto deslustran los escritos que diariamente se escapan de su pluma, para mezclarse á los sucesos, á la opinión, y ayudarlos á producirse, y usted reconocerá conmigo que tiene la dote característica del hombre superior: — Ha dado su pensamiento á la época.

¿Quién nos había señalado antes que él, la verdadera significación de nuestros fenómenos nacionales?

La guerra social soplaba por todas partes, todos los vínculos se rompían, las campañas se alzaban contra las ciudades, y éstas guerreaban entre sí; y para explicarnos el caos, la disolución y la sangre, sólo teníamos preconizadas por Zuviría y por Frías, que sigue sus huellas... las doctrinas de la teología moral sobre el desenfreno de las pasiones, la corrupción de las costumbres... y demás lugares comunes. ¡Venerables lugares comunes, que disimulan en la sonoridad del discurso la ausencia de observación y de pensamiento!

Sarmiento ha sido el primero en explicarnos el carácter de nuestras luchas; y desde el *Facundo* ya sabemos por qué peleamos, cuáles son los elementos enemigos, rivales, que trabajan la vida de nuestra sociedad, y cuál la política y los principios que deben adoptarse para salir del *Infierno* que atravesamos.

Sarmiento tiene también otras credenciales de gloria que son imperecederas. El ha sido en la América del Sud el apóstol de los principios económicos que están llamados á

cambiar la faz de este continente desierto. — El primero que pidió la libre navegación de los ríos, la supresión del pasaporte, de todas las trabas fiscales, para que se muevan libremente los hombres, las mercaderías, las ideas; la abolición del sistema enfitéutico, que perpetúa el feudalismo y la estancia salvaje y solitaria, para ser reemplazado por el arrendamiento libre y la propiedad barata, que poniéndose al alcance de todos, puede hacer á todos propietarios y trabajadores.

La iniciación de este solo órden de ideas, basta para asegurarle á Sarmiento notoriedad histórica; como aquel otro título que para mí eclipsa á los demás, el de haber sido el primer propagandista de la educación primaria en este país, envuelto en sombras, en el que todavía se suceden los accidentes trágicos de la Conquista, en el que siguen disputándose la posesión de su suelo el europeo analfabeto y el indígena salvaje. Cuando Sarmiento me habla de educación, de instrucción popular, se me representa un vidente, un iluminado, é inspira á mi fervor intelectual y patriótico, anhelos sinceros de continuar con todas mis armas peleando la gran cruzada, aunque mi palabra y mi acción se reduzcan á un simple grito de fe, á un relámpago más en medio de la vasta tormenta. (1)

Los progresos de la educación en Chile le son debidos, lo mismo que Buenos Aires le deberá los suyos... y después de un siglo, cuando nuestro gaucho, descendiendo de su caballo, y el compadrito, abandonando las *orillas,* encuentren en la escuela la revelación de sus deberes y derechos

(1) Sarmiento, nueve años después elegido Presidente de la República, confió al doctor Avellaneda el Ministerio de Justicia, Culto é Instrucción Pública, que lo desempeñó durante casi todo su gobierno. — N. DEL E.

ciudadanos; cuando la República entera sea un centro de atracción de todas las fuerzas vivas y civilizadoras del mundo, entonces se reconocerá que Sarmiento ha sido el artífice más decisivo en esa obra de cultura y de regeneración.

No debemos tampoco olvidar, en lo que á nosotros los argentinos afecta, que Sarmiento ha sido el primer expositor del régimen federal, como experiencia y como doctrina; el primero que nos ha explicado las instituciones norteamericanas, que las conoce mejor que los jueces de la Corte Suprema de Washington.

Voy ahora á marcarle, con algunos rasgos, sus hábitos intelectuales y procederes literarios. En esto es originalísimo. Desde luego, verdadero autodidacta, no acepta, ni ha soportado nunca, la influencia de las disciplinas científicas. Se ha desviado de la fuente en que todos bebemos; no sigue leyendo los autores franceses que, dice, nada de estable han sabido fundar. Para él, la ciencia está en la Alemania; la tradición de los derechos y de las libertades públicas en Inglaterra y Estados Unidos; y, como consecuencia, me aconseja la lectura única de libros alemanes é ingleses.

Procediendo de estos orígenes, Sarmiento profesa opiniones extrañas, profundas, que colocan la historia de las ideas y de los desenvolvimientos progresivos del espíritu humano sobre otras bases que las que todos conocemos. No entro á repetírselas detenidamente, porque se haría muy larga la disertación; pero veamos un ejemplo: ¿qué es para Sarmiento la Revolución Francesa? Lo que usted no se imagina. Nó la humanidad, que se detiene en su camino para proclamar los derechos augustos que ha conquistado en su calvario de dieciocho siglos; nó el triunfo del principio cristiano, que se apodera de un pueblo para que lo realice y lo propague por el mundo; sinó únicamente la pasión por una

idea que ya había dejado su luz esplendente en otras páginas del mundo y de la historia: — un motín de estudiantes sublimes que pusieron en delirios á la Europa!

Y Sarmiento tiene razón. La proclamación de los derechos de los pueblos y del hombre pertenece á un movimiento consumado ya en la humanidad hace tres siglos, nó á la Europa sinó á la América, y es obra de los viejos y fervientes Puritanos que abandonaron el antiguo continente en busca de libertad para sus opiniones y sus creencias.

La declaración de los derechos del hombre, que era el evangelio de la Revolución Francesa, usted la encuentra en la primer Constitución que ha aparecido en el mundo, en la del Estado de Massachussets, de donde la tomó Sieyes palabra por palabra. Los revolucionarios franceses, aparentando romper con las tradiciones de la humanidad, sólo fueron unos plagiarios.

Así el movimiento de los pueblos modernos por el camino ascendente de la libertad y del derecho, puede resumirse desde la Media Edad y fijarse por los siguientes jalones: la personalidad, la conciencia del *yó,* el propio sentirse, como dicen los alemanes, desconocido de las sociedades antiguas que absorbían y sacrificaban al individuo — introducido, implantado en la Europa por la virilidad de la raza germánica; — la emancipación religiosa de la conciencia, operada por esta misma raza y, como continuación del mismo movimiento, el primer paso dado por la anglosajona en el establecimiento de los derechos políticos. De aquí partieron los Puritanos, víctimas de la opresión y de la guerra en su país. Mientras las luchas religiosas desgarraban á la Europa, ellos desde el fondo de sus bosques las declaraban criminales é imposibles, estableciendo la libertad sin restricciones de la conciencia; y sin detenerse allí, de lo individual subieron á

lo general, y después de haber sancionado los derechos del hombre, todos los que reclama el libre desenvolvimiento de su personalidad, de su pensamiento y de su conciencia en todas las manifestaciones posibles, concluyeron proclamando la soberanía de los pueblos.

Lea, querido amigo, la admirable Constitución de Massachusets, y verá que todo lo que hubo de santo y de verdadero en la explosión de las ideas francesas, fué tomado de allí. Lea usted las *Instituciones puritanas* de Wilson y los *Comentarios* de Story, y descubrirá que no hay derecho del hombre ó de los pueblos, que no haya sido proclamado antes que en Europa entre las selvas solitarias de la América.

La vuelta de estas ideas á la Europa, de donde habían salido en gérmen, produjo el incendio de la Revolución Francesa, que lógicamente ha dejado destrucción y cenizas en su camino. La Revolución Francesa se apoyaba en base falsa y deleznable, — como yo se lo he demostrado á Sarmiento, para que complete sus teorías, — y es la abjuración del pasado, con el que los pueblos no pueden romper sin precipitarse á los abismos; y es la resurrección de un viejo error, que tal vez se armonizaba con las condiciones de vida de las sociedades antiguas, pero que es la muerte de los pueblos modernos: me refiero á la omnipotencia del legislador, llámese pueblo ó rey, para suprimir ó crear de un golpe, leyes, instituciones; y es también, en sus conatos por establecer su universalidad en todos los países, el desconocimiento completo de lo que el derecho, la libertad, el régimen de gobierno, tienen de local, de especial, subordinados á contingencias temporales y á la idiosincrasia de los pueblos. Estos falsos puntos de partida, que abren libre campo á las utopías, á los plagios exóticos, son los que han ensangrentado la Europa y la América.

La raza germánica, fiel á su misión secular, se ha apresurado á cortar las alas de esas quimeras; y ella, que había introducido el sentimiento de la individualidad, es la que también ha demostrado lo individual del derecho, para que no se sacrifique la existencia del hombre y de las naciones á engañosas teorías. Es la escuela histórica de la Alemania la que ha mostrado con la historia del mundo, que el derecho, como el idioma, es una encarnación de la vida de los pueblos, de su carácter, de sus hábitos, de sus transformaciones sucesivas, de los respetos que se deben al pasado, con el que marchan inflexiblemente ligados; y probado también que no se puede sacarlos de los cimientos seculares de su existencia, sin hundirlos en precipicios sin medida. Es de la Alemania, de esa escuela histórica, de donde han surgido las ideas directivas que señalan la orientación mental del siglo. De ahí el cambio operado en las altas regiones de la legislación y de la política; el adiós á la omnipotencia del legislador, á las teorías absolutas, y los pueblos puestos en camino de buscar las instituciones que sean más adecuadas para asegurar su progresivo desenvolvimiento, aunque no realicen el ideal de perfección de los ideólogos franceses. De ahí el nuevo carácter que desde Hegel reviste la crítica literaria, que busca también en las grandes obras lo que se había buscado en el derecho: las manifestaciones del génio nacional, que sintetiza la vida, el carácter de los pueblos en las producciones de sus grandes escritores y que explica á los unos por los otros. De ahí la nueva manera de escribir la historia, que dejó de ser la crónica pálida de los hechos, para convertirse en análisis profundos del carácter y el sello que tienen los pueblos y las razas, para mostrar el proceso peculiar de las ideas políticas y económicas que se ha operado en su seno.

¡Cosa sorprendente, y que sin embargo la explican los antecedentes que tan sumariamente le acabo de apuntar! El espíritu francés, tan altamente dotado de sentido práctico y de fino criterio, partiendo de las falsas ideas de su revolución, fué á extraviarse en la utopía socialista, que no es sólo la negación del pasado, sino de los principios sobre los que reposa la vida de las sociedades; y después de sacudir el amable yugo, retórico y seductor, de los Luis Blanc, Ledru Rollin, Flocón, ha ido á caer en el plebiscito de 1851, para sacar del fondo de las urnas el poder absoluto y las pesadillas sangrientas de la epopeya napoleónica. Mientras tanto, el espíritu alemán, tan abstracto, tan ideal como es, partiendo de una certeza, — el sentimiento individual del hombre y del derecho, que es su consecuencia, — ha venido á establecer la única y verdadera base sobre la que puede descansar la existencia de los pueblos, su legislación, sus instituciones y sus progresos...

Sarmiento siempre instruye, pero á veces no me convence. Discutimos, y el egotista intemperante, orgulloso, que denuncian las crónicas, me escucha... Es que el orgullo, mi querido amigo, sólo resulta funesto para las almas vulgares. Ayer, en nuestra larga charla, hemos disentido. Voy á repetirle mi alegato, porque el tema es de actualidad palpitante, y después me complacería mucho conocer su juicio.

La célebre autora de *La cabaña del tío Tom,* había escrito en su popular novela esta frase: "Hoy los pueblos se constituyen en un solo día; la civilización y la ciencia han resuelto ya todos los problemas concernientes á la organización de las sociedades, y no ha quedado á éstas otra tarea que la de elegir, entre las soluciones, la que más les convenga".

¿De dónde venía esta sentencia, que parece sujetar la vi-

da, el desarrollo, la educación y el progreso de los pueblos, á reglas ya encontradas y á fórmulas empíricas?

Era el deslumbramiento de una gran obra. Los hijos de Washington, al abrigo de su célebre Constitución, habían realizado una historia maravillosa de acrecentamiento social y de fuerzas desenvueltas en el hombre mismo, y su orgullo los inducía á presentar al mundo su ley fundamental, no solamente como la base y el emblema de su portentosa suerte, sino como la panacea llamada á curar las dolencias de todos los pueblos.

Sea ó no exacta esta explicación, lo cierto es que la novela de Mrs. Stowe, — libro admirable de efusiones santas y de bellezas, pero sin *arte,* al sentir de George Sand, y que por lo tanto era por sí mismo una protesta contra el empirismo de las reglas *á priori,* — fué rápidamente leída por la Europa culta, y volvió, precedida por su aplauso, á la América bárbara. Por ese entonces ya existía en el Paraná el caduco Gobierno de la Confederación, y sus hombres de Estado, viviendo en una aldea, impotentes para obrar por falta de elementos, ocupaban sus ócios leyendo romances, de los que recogían, á veces, algunas frases sonoras con que entretener la expectativa de los pueblos. El Presidente de la Confederación dirige un día un mensaje al Congreso, y la frase de *La cabaña del tío Tom* aparece allí en uno de sus párrafos más prominentes. Sarmiento, entonces en Chile, redactaba *La Crónica,* y al leer el documento gritó: *al plagio,* dedicándole un artículo.

¿Por qué Sarmiento notaba lo que había pasado inapercibido para los otros? Es que la idea expresada por Mrs. Harriet Beecher Stowe, le preocupaba precisamente en aquellos momentos, dando hasta dirección á sus estudios. Meses después hacía aparecer un libro: *Comentarios de la Consti-*

tución, y en su primera página se leía: ¡Eureka! el grito de júbilo por la gran solución hallada.

¿Cuál era esta solución? Sarmiento decía: "Hemos copiado literalmente la Constitución norteamericana, y de esta suerte nos hemos apropiado en un día lo que allí ha sido la elaboración lenta de muchos años, la jurisprudencia formada por los tribunales, las doctrinas de sus publicistas y, por decirlo de una vez, todo el saber constitucional de un pueblo, que es hoy el primero en la realización de la vida libre". ¿No parece que mientras se escribían estas líneas, su autor ha debido estar repitiendo el período de Mrs. Stowe: "Hoy los pueblos se constituyen en un solo día?" Las palabras de Sarmiento son visiblemente la amplificación y el comento.

Sarmiento no ha necesitado, sin embargo, vivir muchos años para ver cuán frágil es una organización política que sólo se apoya en la sabiduría extraña. Ah! cuántos como aquel guerrero de Ossián, al tender los brazos en las tinieblas, sólo encuentran los huesos de sus antiguos compañeros!... He puesto delante de sus ojos nuestras crisis y desgarramientos de ayer, de hoy; nuestros hombros doblados y las heridas abiertas, sin cicatrizar, y he podido decirle: luego entonces, señor Sarmiento, los pueblos no se constituyen en un solo día, y es falso que baste repetir una ley extraña para apropiársela con su jurisprudencia, con su doctrina, que la hacen ley viva allí donde ha surgido, sin copiar ajenos modelos, como un producto de los hombres y de las cosas.

Sarmiento queda con la palabra, y hará uso de ella en la próxima... carta.

El doctor Pérez ha tenido la bondad de hacerme notar que Sarmiento frecuenta más el Estudio desde que me trata, y que es visible el agrado con que conversa y discute con-

migo. Y su amabilidad ha llegado hasta repetirme conceptos elogiosos que, le confieso ingénuamente, me han llenado de satisfacción, y que he aceptado como un generoso estímulo, porque el incienso que desciende de lo alto se puede aspirar sin peligro de marearse.

La verdad es, que sin que me detengan las prevenciones que le suscitan las inconductas reales ó imaginadas que le atribuyen, las naturales resistencias que provoca su combatividad militante, atropelladora, yo me le he acercado francamente, atraído, conquistado por la irradiación luminosa y vibrante de su genial talento.

Cuando empecé á escribir estas líneas, me animaba el deseo de hacer desfilar ante usted todos los personajes que surgen con más relieve de los sucesos contemporáneos, y recién me apercibo que en esta larga carta sólo me he detenido en Sarmiento, sólo me he ocupado de las ideas que me sugiere en nuestras sabrosas y frecuentes charlas. Y será éste el mejor testimonio de todo lo que me atrae, de todo lo que me interesa el autor de *Facundo*.

. . . . . .

Buenos Aires, 1859.

EL DOCTOR FACUNDO ZUVIRIA

"El principio religioso, como elemento político, social y doméstico", por el doctor don Facundo Zuviría.—He ahí un nuevo libro que la mano trémula de un anciano viene á ponernos por delante. El pide lo que tal vez no obtendrá: la lectura de sus numerosas páginas, á estos pueblos que van tan de prisa por su camino, queriendo, y con razón, romper los vínculos que los ligan á su cuna; alejarse á todo escape de un pasado que ayer era la anarquía ó tiranías sangrientas, y un poco mas allá la Colonia española con su obscurantismo y con su atraso, con su fuente inagotable de males, que habrían sido capaces de arrebatar el porvenir á otros pueblos que no llevaran en sus condiciones naturales gérmenes tan poderosos de progreso.

Es imposible leer el libro del doctor Zuviría sin que una triste reflexión asalte al espíritu. El que ha escrito esas páginas tan laboriosas, que recogen erudición en todas *las fuentes del saber humano,* tuvo siempre sin duda el placer de las meditaciones pacientes y tranquilas, llevó consigo un pensamiento detenido, la fuerza del espíritu que habilita para los largos y sostenidos trabajos de la ciencia; y sin embargo, su vida se ha gastado en los sufrimientos y en la acción, pudiendo solamente dedicar al estudio y á la producción serena estas últimas horas de sus fatigados años.

¡Cuántas vocaciones, así interrumpidas, cuántas facultades

sacadas de su esfera para malgastarse en terrenos estériles, nos presenta la agitada existencia de estos países!

Tal, nacido para las reflexiones profundas de la ciencia, para pasar su vida como el sabio alemán, ajeno á los ruidos del mundo, ahondando su pensamiento delante de la llama ahogada de su chimenea, ha tenido, no obstante, que torcer las inclinaciones todas de su alma, para entregarse, como el doctor Zuviría, á la vida activa, á la vida militante, á la política de estos países, que hace tantas víctimas de los que bien la sirven, con sus padecimientos y martirios, con sus largos y penosos destierros.

Así, el doctor Zuviría, para poderse encerrar en su gabinete silencioso, para tomar la pluma allí donde le dejó el naufragio, en una tierra que no es siquiera su Patria, y emprender labores de sostenido aliento, ha necesitado cumplir setenta años de edad, que la política lo abandone, y que la suerte, separándolo de sus antiguos compañeros, lo deje aislado en medio de las generaciones nuevas, cuyo espíritu no comprende, como ellas mismas no aciertan á entender ese lenguaje misterioso del pasado que él se obstina en hablarles.

El doctor Zuviría predica y muestra en su libro el poder civilizador del sacerdote cristiano, del misionero y del asceta. Podía ser esto oportuno, lo ha sido, sin duda, en otra época de la vida de los pueblos; pero, ¿dónde están hoy los creyentes que vayan á recoger su santa enseñanza? ¿Dónde se ha ido el pueblo que escuchaba de rodillas su palabra como descendida de los cielos?

El culto ha perdido, con su santo prestigio, sus inefables emociones; los templos se ofrecen cada día más desiertos, y el verbo que desciende de la cátedra evangélica, cae sobre los desnudos pavimentos sin hallar quien lo recoja. El humo de las piadosas lámparas que se extinguen en el san-

tuario, asciende silencioso, sin llevar consigo, como en otros tiempos, las ardientes plegarias de los que se postran y ruegan bajo las bóvedas sagradas...

El libro del doctor Zuviría, como su título mismo lo indica forzosamente, no aparece animado por un pensamiento original, y nada nuevo presenta á las consideraciones del espíritu. Su tema es viejo, casi tan viejo como la humanidad y el mundo, y se halla agotado. No queremos, con esto, hacerle un reproche, pidiendo al autor lo que él no ha querido ni ha tenido intención de darnos. La fuerza creadora de la inteligencia váse con la savia y el fuego de los años, y es muy raro el que, como Milton, puede conservar entero el vigor de su pensamiento cuando el tiempo ha cernido su nieve sobre él...

El pensamiento de un anciano se alimenta de reminiscencias lejanas, se reproduce y se repite bajo la forma blanda de una enseñanza ó de un consejo; y el doctor Zuviría no ha tenido más propósito, para la formación de su libro, que recoger en estos últimos días de concentración y de descanso las lecturas furtivas que han sido en otro tiempo el solaz oculto de su agitada vida.

Bajo este respecto, su erudición no puede ser más vasta, y el doctor Zuviría es sin duda uno de los hombres de su generación que más comercio ha mantenido con los libros.

La civilización antigua y la civilización nueva, los filósofos paganos y la filosofía cristiana, los Santos Padres y el racionalismo, desde Bacón á Descartes, todos son traídos á decir su palabra y autorizar con su nombre la doctrina que enseña la preeminencia del principio religioso, como elemento constitutivo de las sociedades humanas.

Ningún hombre célebre falta á esta prolija convocación. Todos están allí para proclamar esta gran verdad, desde que

las primeras nociones sobre Dios y el hombre se designaron claras en el espíritu, desde que la filosofía estoica, tan pacientemente formada al través de los siglos, se presentó para presidir á la formación del gran monumento del mundo antiguo, la jurisprudencia romana; para quebrar la fatalidad, que ligaba al hombre con sus vínculos de hierro, constituyéndolo dueño de sus destinos y levantando en su conciencia el culto férreo del deber; doctrina precursora del Cristianismo, que habría sido la religión divina de la humanidad, si así como tuvo discípulos sobre el trono del mundo, á Epitecto entre los esclavos, á Séneca y Cicerón entre sus grandes expositores, hubiera también tenido un Cristo muriendo en el Calvario por los hombres y por el triunfo de sus santos principios...

El libro del doctor Zuviría, principalmente en sus últimas páginas, donde se sienten claramente los temblores de su mano desfallecida de anciano, es de una solemne y grande tristeza. Hay en ellas algo de los adioses del moribundo, de las últimas palabras que se dirigen á la tierra, á las puertas de la eternidad y *pensando ya en el cielo!* Es un alma llena de piadoso fervor, que sondea sus creencias, que las arregla y las dispone, para presentarse con ellas ante Dios. Principia á murmurarse una plegaria, como suspiro que escapa involuntariamente del alma; pero de pronto sobreviene la reflexión, y el ruego que se entona bajo las bóvedas del templo, es substituído con páginas austeras de enseñanza para el pueblo... Así, á cada momento, esa alma de anciano olvida su tarea y se evade al cielo!

No participamos, por cierto, de todas las opiniones del doctor Zuviría; é inclinándonos con él ante el sentimiento religioso, que como el amor de lo bello y la idea de lo infinito son una facultad del espíritu humano que jamás podría

arrancársele, no lo acompañamos, empero, en esa reconstrucción obcecada que él se obstina en hacer de los monumentos derruidos del pasado. Por nuestra parte, aceptamos la enseñanza de Bossuet, y creemos con él que hay *locura insana,* temerario intento, en tratar de reanimar á lo que Dios ha retirado las fuentes de la vida.

Esa máquina del Catolicismo, que un día, tan pesada como es, gravitara sobre el mundo, y que el doctor Zuviría quisiera levantar de nuevo, está bien donde Dios y la marcha progresiva del espíritu humano la han puesto, sepultada bajo el polvo de los siglos. La creencia cristiana no admite, como las religiones antiguas, la evocación de las sombras de los muertos. Hay profanación en perturbar su sueño eterno.

El Catolicismo autoritario y el renunciamiento conventual, resucitados con su extinguido prestigio, serían la reconducción al pasado, los instrumentos rotos de un despotismo caduco, el despotismo de la conciencia, puestos otra vez en movimiento, y las cadenas ya quebrantadas traídas de nuevo para trabar el libre desenvolvimiento de los pueblos. Desde que Descartes desencadenó la razón del hombre para que paseara por el mundo su luz y sus sombras, el argumento de *autoridad*, vieja palanca del Catolicismo, desapareció para no volver más á la tierra.

Podrían así señalarse muchos errores y prejuicios en el libro del doctor Zuviría; pero... es de reconocerse que, cristiano militante y convencido, no se halla cegado por el fanatismo, y ninguna de sus páginas brilla con su fuego sombrío. Por el contrario, parece inspirarlo el ejemplo de Jesús, conteniendo el brazo armado de Pedro en el Huerto de los Olivos. El libro entero está reflejando la mansedumbre de su alma, de su carácter y de sus creencias. Y debemos todavía notar, para hacerle cumplida justicia: — único, tal vez,

entre los hombres de su escuela, no ha ido á buscar exclusivamente sus inspiraciones en la *Imitación de Cristo;* no nos predica la filosofía de la inmovilidad, el quietismo absurdo del monje del siglo XIII, esa doctrina que cae sobre el hombre como la lápida de un sepulcro.

Chateaubriand, eligiendo entre los escombros dispersos del pasado la piedra de su tumba, y descendiendo á ella con el crucifijo en la mano, saludaba al mismo tiempo la república futura, la democracia naciente, la aurora de mejores tiempos. El doctor Zuviría, fiel como el autor del *Genio del Cristianismo* á sus antiguas creencias, cierra también su libro, que es el testamento de su alma, haciendo su profesión de fe en los destinos de su Patria.

Marcando la diferencia que nos separa, á él, hombre de una generación que se ha ido, y á nosotros, que tenemos un puesto entre la que llega recién á la vida, enviamos nuestro homenaje de respeto sincero al noble anciano, que no permite que los últimos años de su vida, — que son para todos el desfallecimiento penoso de una alma que se extingue, — se deslicen estériles, y quiere sacar de ellos todavía una lección que espera sea provechosa á la Patria que tanto ha servido.

El doctor Zuviría parece haberse dicho como Arnauld, el célebre teólogo de Port Royal: para el reposo, basta con la eternidad!

Esas últimas horas, que todos miran correr inertes bajo su pie, según la expresión de un antiguo, él las anima con el estudio y las consuela con la religión y la ciencia. Noble constancia de trabajador, venerable ejemplo, digno de presentarse al respeto del pueblo.

Julio de 1860.

JUAN CHASSAING

I

Un mes ha pasado después de su muerte, y todavía no acertamos á desprender la mirada de su tumba.

Muchos buscamos al amigo para siempre perdido, y los demás se inclinan queriendo sorprender en los misterios de la muerte el secreto de una existencia que parecía dotada con fuerzas para recorrer una carrera inmensa.

Apenas había alcanzado á los veinticinco años, y su muerte ha sido un acontecimiento. Ninguno de los hombres de nuestra generación ha herido de un modo más profundo la imaginación de sus contemporáneos. Se le había visto una vez, escuchado su voz vibrante que parecía querer imponerse á los sucesos mismos; y desde entonces, ya no se desprendía de la memoria aquella aparición, y una curiosidad instintiva, y un secreto anhelo del corazón, se ligaban á todos sus pasos.

Con sólo verlo, con sólo oirlo, se tenía el presentimiento de un gran destino.

La mayor parte de las gentes sabía apenas de donde venía; pero todos se preguntaban adónde iba. Tanto ardor de voluntad, aquella inteligencia dominadora, su espíritu inquieto, atormentado por una ambición ó por un sueño, debían labrar un surco profundo. ¿No han sido siempre éstas

las calidades que han anunciado á los hombres destinados á influir, con su nombre y su acción, en los sucesos de su tiempo?

Juan Chassaing era una preocupación pública. Su muerte, contristando á sus amigos, ha dejado un vacío en la imaginación del pueblo. El problema de aquella vida prometida á todas las glorias, se ha resuelto tristemente en la tumba.

Un eco de dolor ha respondido desde los confines de la República á la triste nueva. Hasta allí había llegado su nombre, y el país se hallaba en la expectativa de su suerte. El tiempo en que vivimos es escaso de grandes personalidades. Una sociedad que se elabora, sólo lleva á su superficie naturalezas como ella, — incompletas; y por eso, apenas se diseña en el horizonte político una fisonomía acentuada con rasgos salientes y originales, cuando los pueblos se apoderan vivamente de ella, asociándola á sus más caras esperanzas.

II

La muerte suele á veces engrandecer la reputación de aquellos á quienes sorprende en el principio de su carrera. El corazón, sublevándose contra esta injusticia de la suerte, rodea de prestigios fantásticos la tumba prematura, y llora sobre ella perdidas facultades y fuerzas que quizá los sucesos habrían desmentido.

Chassaing no era todavía más que una sombra, pero se hallaba dotado de todas las calidades para esculpir fuertemente su figura en la historia de su país. La muerte ha sido para él cruel y dando á su memoria esa vibración simpática de la compasión y de las lágrimas, le ha arrebatado en verdad un gran papel en la escena de su tiempo.

Conocemos entre nuestros amigos algunos que le aventajaban tal vez por la inteligencia, ó que le eran superiores por algún otro don espontáneo acordado por la naturaleza. Pero, ¿quién á su inteligencia reunía su voluntad poderosa, la audacia que aborda todos los caminos, y la perseverancia infatigable en el propósito que mantiene asido á la obra, cuando los demás la han abandonado ó perdido?

Y luego, esa fascinación que sabía ejercer sobre todos los que se le aproximaban, aquel secreto que suele ser el instinto de las grandes ambiciones, para atraerlas á sus designios, envolviéndolos en no sé qué círculo mágico, imposible de romperse; fascinación que lejos de perderse en el tumulto de las reuniones populares, se convertía entonces en un poder, y en un poder incontrastable.

Una noche, el "Club del Pueblo" debatía las condiciones de un *compromiso,* para poner término momentáneo á la lucha desbordada de los partidos. La opinión aceptaba este arreglo, y una fuerte mayoría lo sostenía en el Club.

De pronto, Chassaing se levanta. Extiende su brazo con ademán resuelto, como arrojando el guante al pensamiento que triunfaba, y con cinco palabras, tal vez sin fuerza fuera de aquella escena y de aquel lugar, arrebata á su auditorio, lo hace palpitar de entusiasmo, y momentos después el Club se desbanda en grandes grupos que seguían al joven tribuno por las calles, gritando: *no hay transacción!*

Sí, esta era la escena de Chassaing; aquí se desarrollaban sus grandes calidades, y era necesario verlo en ella para comprenderlo y para sentirlo.

Su alma estaba llena de esos acentos que ponen en presencia del orador un pueblo, y él mismo necesitaba envolverse en la corriente popular y aspirar su hálito de fuego. Su elocuencia embriagadora y vertiginosa, era la elocuencia de la tribuna de las arengas.

A veces, durante largas sesiones del Club del Pueblo, Chassaing se había mantenido silencioso; pero aquel inmenso auditorio no sentía completo su entusiasmo, no pensaba haberse estremecido hasta en su última fibra, y reclamaba á grandes voces la palabra de su tribuno. Chassaing retrocedía, vacilaba. Temía entregarse á los arrebatos de la improvisación, á los gritos de su alma. Pero la seducción de las emociones supremas, que repele y que atrae, la necesidad de derramar su corazón en el corazón de todos, lo vencían por fin, y hablaba... retirándonos después, profundamente impresionados, pensando sobre el alcance futuro de su talento y virtudes de carácter...

Ah! pobre joven! El viviría todavía, sin ese esfuerzo interno que quemaba su vida. Su alma lo ha muerto, y por eso nunca arrancaba de ella sus acentos vibradores, sin que una sombra de muerte viniera á empalidecer su frente. Un instinto secreto se lo decía, y cuando nos había hablado de patria y de libertad, de todos los anhelos de su pensamiento, su frase se interrumpía bruscamente, sus labios quedaban palpitantes, como prosiguiendo un monólogo interior, y se comprimía las sienes, como sintiendo próximas á estallar sus arterias.

Pero otro instinto más fuerte que él lo arrastraba. Había nacido para agitarse tras de un grande intento, para buscarlo y perseguirlo al través del torbellino. Necesitaba ir á todas partes. Llamaba la acción y el pensamiento; y el pensamiento y la acción venían en tumulto á ocupar su vida.

El ha estado en los campos donde se combatía por la libertad de su Patria; tribuno, ha electrizado las muchedumbres; publicista, procuraba dirigir desde las columnas de su diario la opinión pública; y después de haber agotado fuerzas que parecían pertenecer á diez vidas, su alma insomne,

atormentada, melancólica, necesitaba salir del mundo, desplegarse en lo infinito, y raudales de poesía brotaban de sus labios.

III

Sí, es justo que delante de la tumba de Chassaing experimentemos atormentados este sentimiento de inquietud que no se resigna ante la muerte. En esta tumba hay una misión bruscamente interrumpida, un porvenir que se entierra, y á ella han bajado grandes pasiones, grandes fuerzas y un destino que apenas asomaba.

¿Cuál habría sido ese destino? Imposible es decirlo.

La vida de Chassaing, concluída en su mañana, se asemeja á aquellos grandes coros que precedían á la tragedia griega. Ellos resonaban con el ruido confuso de todas las voces, de todas las armonías; los personajes atravesaban la escena arrojando el grito de sus pasiones, y sobre sus cabezas se mecía el destino con su brazo de hierro y sus sentencias enigmáticas. El auditorio se sentía sobrecogido y solicitado para presenciar un grande y solemne espectáculo, sin acertar á definirlo en su mente.

El Correo del Domingo publicaba el otro día el más inspirado, el más bello de los cantos de Chassaing: su *Himno á Colón.*

La primera estrofa muestra al sublime aventurero en busca de su mundo. Ya se le divisa, asomando entre las olas, mundo de salvajes, con sus torrentes y sus montañas, con sus bosques y sus llanuras. El grito de ¡tierra! suena; el buque ancla... Colón se lanza; y el poema se cierra.

¿Qué había en ese mundo apenas entrevisto en lontanan-

za? La estrofa del poeta sólo ha resonado con su murmullo confuso y lejano; y esta estrofa es la mejor imágen de su vida, desapareciendo apenas se diseñaba en sus primeros albores, pero dejando en todos los espíritus el pensamiento de grandes cosas.

Diciembre de 1864.

EL CONGRESO DE TUCUMAN

(FRAGMENTO)

I

¿Qué quedará de nuestras ruidosas Asambleas, de tantos debates apasionados que inflaman la atmósfera política, y de todas estas cuestiones que se nos presentan tan decisivas é imponentes? Nosotros mismos estamos ya viendo cómo un olvido sepulcral suele suceder á emociones tan violentas, y que luchas parlamentarias, que al parecer debieran dejar huellas de fuego, apenas alcanzan á consignar de sí un vago recuerdo. Nuestros oradores mismos no fijarán sus miradas sin tristeza sobre los voluminosos Diarios de Sesiones, especie de necrópolis para sus discursos, que nadie recuerda, que nadie consulta, como si les hubieran dado vida otros hombres, otra época, otras pasiones.

Vivimos por otra parte en tiempos de transición, y sería muy aventurado juzgar sobre los resultados definitivos y permanentes de todas estas elucubraciones del pensamien-

---

Al reproducir el doctor Avellaneda el presente estudio, en 1883, lo precedía de la siguiente nota: "Este fragmento pertenece á nuestros primeros escritos y se denuncia por sí mismo. Basta así su fecha (1864) para explicar su estilo, sus ideas y, en una palabra, su composición". — N. DEL E.

to argentino, buscando constituir la República bajo formas regulares, en el órden y en la libertad. En esta lucha permanente entre el hecho rebelde y la ley desconocida, cuando todo se presenta incierto y embrionario y mientras asistimos á la penosa elaboración de una sociedad naciente, se hace casi imposible discernir lo que será un gérmen fecundo, un movimiento creador, ó una agitación estéril.

Pero siempre que la Patria argentina no haya desaparecido de la tierra, y mientras exista un pueblo noble y generoso que responda á este nombre, el Congreso de Tucumán atravesará los tiempos eternamente glorificado.

Ha dado nacimiento á un pueblo, y este pueblo que tiene su cuna en el *Acta de la Independencia* que aquél firmara, bendecirá por los siglos de los siglos su nombre venerando. Su nombre se halla inscripto al pie del monumento inmortal, y vencerá con él la indiferencia de los tiempos y el olvido de las gentes, que se agrupan y precipitan al través de las edades.

¡Y cómo es triste, y cómo es dramática su agitada y gloriosa historia! El Congreso aparece en medio de la conflagración general del país, y con el llanto en los ojos y el corazón conmovido arroja aquel largo sollozo que nos ha trasmitido el alma elegíaca del Padre Rodríguez. ¿Quién puede leer todavía aquella página de *El Redactor,* sin sentirla caer como una ola de amargura? Ella es torpe como el dolor en sus manifestaciones; las palabras que dejan entrever el caos, se acumulan penosamente con sombrío y pesado colorido. Fáltale aliento al que las escribe, y el tormento de aquella trabajosa concepción se posesiona del lector... De pronto cruza un soplo de heroísmo, la expresión brilla como un rayo de sol sobre una armadura, y la página concluye flameando el estandarte de los libres y repitiendo su juramento: *La Libertad ó la Muerte.*

Después, la vacilación, la duda, el desmayo. El Congreso ensaya tímidamente sus fuerzas, y las siente impotentes para dominar la anarquía. Pero llega el peligro, y el peligro supremo lo exalta. ¡Silencio! La epopeya de los combates, después de haber brillado con el valor de los héroes y el fulgor de los aceros, se ilumina súbitamente con el esplendor de la idea. La Colonia termina; la República empieza. Tres siglos caen al pie de los Andes, y la aurora de los nuevos siglos emblanquece sus cumbres, mientras resuena por todos los ámbitos del continente la voz fulminante que destierra á los reyes, la voz poderosa que convoca á los pueblos á fundar una nación...

La guerra interior se desata, desastrosa y terrible! Los ejércitos españoles avanzan amenazadores, sofocando la rebelión con la sangre, y el Congreso se levanta entonces en ademán sublime, dominando con su actitud las convulsiones internas, convirtiendo el peligro en triunfo y abatiendo las banderas españolas para proclamar sobre ellas: paso al porvenir!

Y después de aquel esfuerzo sobrehumano, el gigante vuelve á convertirse en niño. Con el grito de la Independendencia ha arrojado su alma sublime á los vientos, y vedlo ahí cómo se entretiene en cándidas fantasías, soñando el imperio de los Incas, después de haber proclamado el imperio de la libertad. Sus discusiones son pueriles. Desconoce la Revolución que él mismo ha declarado irrevocable como el destino; no comprende al pueblo que acaba de crear... hasta que un día se sorprende en sus juegos infantiles y concluye él mismo burlándose con el verso festivo de un poeta.

El Congreso necesita retemplarse en otra atmósfera. El Director se lo dice, y él también lo comprende. Los hom-

bres del 9 de Julio se trasladan al pueblo del 25 de Mayo. Un pensamiento grandioso lo invade. Es el primero de los Congresos que intenta constituir la República. La Constitución de 1819, monumento el más curioso de nuestra historia legislativa, sale de su seno, y la desorganización interior, estallando salvaje por todas partes, le contesta con los tumultos vertiginosos del Año Veinte.

El Congreso desaparece en el caos, y no se escucha siquiera su voz, subiendo desde el fondo del abismo. Su historia se cierra como los poemas indios, en las tinieblas y en la sangre.

II

No nos proponemos narrar tan extensa historia, que apenas un volúmen podría contener. Aunque para ello no nos faltasen preparación y fuerzas, *El Correo del Domingo* (1) no se mostraría muy bien avenido con tan pesado fárrago; y por esto sólo escribiremos algunas páginas hasta poner al Congreso de Tucumán en presencia de aquel solemne día, en el que "lleno del santo amor de la justicia, é invocando al Eterno que preside el Universo", proclamó la independencia de las Provincias de la Unión. Para mejor conocer su fisonomía, necesitamos, sin embargo, decir breves palabras sobre la gran Asamblea nacional que lo había precedido.

Forzoso es confesarlo. El Congreso de Tucumán, este Congreso de vida inmortal sobre la tierra argentina, no reunió en su seno ni los hombres más importantes del país, para brillar con el fulgor de su inteligencia, ni promulgó

(1) Se publicaba en este periódico el presente escrito.

aquellas leyes que ya provocan las revoluciones sociales ó las resumen, columnas miliarias que se destacan en la historia de los pueblos.

La Asamblea de 1813 le había arrebatado esta gloria. Ella fué la inteligencia revolucionaria de la América elevándose al solio del legislador. No bastaba la pasión por la libertad que incendiaba al Nuevo Mundo. Era necesario apoderarse de la ley; y sus leyes fueron los rayos de la Revolución, que abren la tierra, cavan la tumba en que sepultan el pasado, y que después de haber derribado á la Colonia, la reviven infundiéndole el alma de un pueblo nuevo. (1)

Por esto apenas la Asamblea se instala, se apresura á borrar de la cabeza de la América los signos de la servidumbre secular. La unge con el nuevo óleo de los libres. Los reyes del derecho divino se van; la soberanía de los pueblos viene, y el juramento que ligaba con el vínculo vergonzoso del vasallaje, se convierte en el voto del hombre libre que promete sostener "la libertad, la integridad y la prosperidad" de su Patria. Hay, sí, una Patria; y la Asamblea hace brotar de los labios del poeta inspirado el himno que la saluda, al mismo tiempo que permite desplegarse bajo el cielo argentino la bandera de Belgrano, que Dios por siempre conserve inmaculada y brillante, como el sol que ostenta entre sus blancas y azuladas fajas. (2)

Era necesario condenar las crueldades de la conquista española, y á la voz de la Asamblea el indio se levanta del pol-

---

(1) "Las pasiones violentas son desde luego el resorte poderoso "de una empresa osada; pero ésta no puede sostenerse mientras "el silencio de la ley no termine el estrépito de las convulsiones, "conservando el influjo de la opinión y dándole la dirección que "convenga al interés público". — *Redactor de la Asamblea,* N.° 1.

(2) Historia de Belgrano, pág. 123, tomo 2.°

vo vil de su condición deprimida, libre y exento de los tributos que le hacían pagar al dominador español hasta el aire y el sol de su suelo natal. Era necesario presentar á los ojos del pueblo el espectáculo material del rompimiento con la barbarie del pasado; y la Asamblea suprime la inquisición, prohibe el uso de los tormentos, y manda que sus instrumentos sean prontamente despedazados por la mano del verdugo "antes que alumbre el sol del 25 de Mayo."

No bastaba esto. Debíase además crear un pueblo sobre los escombros de la Colonia derruída, y la Asamblea arroja el plantel de la democracia naciente, aboliendo los mayorazgos y las vinculaciones, que hacen de la posesión de la tierra la base de aristocracias privilegiadas, prohibiendo la introducción de los esclavos, proclamando la libertad de todos los nacidos en el territorio de las Provincias Unidas; al mismo tiempo que echa los cimientos de la Nación *una* é indivisible, exigiendo implícitamente una nueva ciudadanía, y declarando la unidad de la Patria en el seno de la representación nacional. (1)

El espíritu de Moreno, el revolucionario inmortal, presidía sus actos. El hablaba en el alma de sus discípulos, — y para que la tradición de las ideas quedara consagrada con un homenaje rendido á la memoria del maestro, la Asamblea se erige en protectora del desvalimiento de su viuda y de la orfandad de sus hijos.

Allí estaba Agrelo, espíritu inflexible y riguroso que perseguía con pasión sistemática la aplicación de los principios revolucionarios; allí Valentín Gómez, inteligencia serena y

(1) Decreto del 8 de Marzo de 1813. Los Diputados de las Provincias son Diputados de la Nación en general, sin perder por esto la denominación del pueblo al que deben su nombramiento.

vagabunda, atraída siempre por el espectáculo del movimiento político del mundo, que estudiaba con curiosidad anhelante en los libros que la Francia había arrojado á la avidez del siglo dieciocho; allí, por fin, Monteagudo... la revolución hecha hombre ¡y qué hombre! llama y pasión, astro que se incendia en la confluencia con otro cometa, y que se lanza por el espacio derramando el fuego que lo devora. El estaba en Charcas cuando la Revolución, como un volcán, hacía sentir su primer mugido y arrojaba allí sus primeras lavas. Ellas lo quemaron con su contacto, y desde entonces Monteagudo pasea por la América conmovida su furia sagrada.

Y cómo no nombrarte, nosotros que conocemos tus luchas interiores, desgarradoras y sangrientas, Padre Ignacio de Castro Barros, espíritu insomne, obscuro, tormentoso, fanático de la independencia y de la religión, soportando momento por momento el duelo terrible que daban en tu alma las dos pasiones que la disputaban poderosas! Tú, el más humilde, eras uno de los más grandes en sacrificios y en abnegación, porque llevabas en holocausto al altar de la Patria tu propio corazón hecho pedazos.

Hay así existencias arrojadas en los confines de dos mundos. Son el pasado y son el presente; pero no penetran en la nueva era sino con el alma rota, y debatiéndose dolorosamente entre la luz y las sombras que á su vez los solicitan. Cuando un hombre tal abriga un fuerte corazón, su retrato se asemeja á aquel león informe del poema de Milton, con el ojo inflamado, la crín al viento y el cuerpo de arcilla fatalmente pegado á la materia inanimada.

III

Tal era la Asamblea Constituyente de 1813, el concilio de la Revolución, el foco de sus ideas y la tribuna de su palabra que se inspiraba en la pasión democrática y en la filosofía política del siglo dieciocho. Su rasgo prominente es el haber sido más que un Congreso del pueblo argentino, la gran Asamblea del pensamiento americano, agregando aquella su virilidad en las concepciones y la audacia intrépida de sus leyes, que se suceden las unas á las otras, siempre graves, imponentes, decisivas. Hasta hoy no tenemos un año legislativo más fecundo que el de 1813; pero con él puede decirse, á la verdad, que desaparece la célebre Asamblea.

Después se la busca y no se la encuentra. En Enero de 1814 cierra la série de sus inmortales trabajos, cuando concluye con la infausta tradición romana de los triunviratos, concentrando el Poder Ejecutivo en una sola mano; y desde entonces baja de la altura que la ponía en presencia de la América para entregarse al servicio de uno de los partidos internos de su país. Se arrastra por el sendero tortuoso de las intrigas, desciende hasta la obscuridad de las sociedades secretas, y por fin, un día desapareció envuelta en la catástrofe que separó del poder al General Alvear, que había sido su primer Presidente en los días de su esplendor. (1)

Apenas disuelta la Asamblea, los revolucionarios mismos proclamaron la necesidad de un nuevo Congreso nacional. Este Congreso fué el de Tucumán, habiéndose postergado un año su reunión por la descomposición que trabajaba la

(1) 15 de Abril de 1815.

República, por las agitaciones incesantes de la Capital, y por la influencia de Artigas, que había extendido su protectorado *federal* sobre varias provincias. En la ausencia de toda autoridad nacional surgida del voto del país, las tendencias disolventes, instinto en las muchedumbres, instrumento político en los que se ponían á su frente, abríanse fácilmente paso, sin dique que las contuviera, combinándose con las ambiciones personales y con los ódios provinciales.

La presencia sola del Congreso de Tucumán significaba el triunfo del principio centralista. Se presentaron á ser allí representadas las provincias que se habían mantenido fieles á los vínculos de la Unión; siendo, por lo tanto, muy aventurado afirmar que el célebre Congreso fuera *federal* por su composición, como alguna vez se ha dicho.

La Asamblea Constituyente había tallado en mármol la estátua. El Congreso de Tucumán debía darle nombre y vida; siendo las leyes de la Asamblea y el *Acta de la Independencia* de este Congreso, lo único que nos queda de aquellos ensayos legislativos abortados, y lo sólo que se conserva y se conservará por los siglos, al través de los borrascosos vaivenes de nuestra vida política... los derechos del hombre, — la igualdad democrática, — la unidad y la independencia de la Patria.

IV

La historia argentina no ha sido aun escrita. Nuestros hombres de letras, entregados los unos por la pasión política ó por el sentimiento del deber á las agitaciones de la vida pública, — arrebatados los más, de su grado, por el torbellino, viajeros pacíficos en una nave que azotaban las tem-

pestades, — no han podido dedicar á su estudio sino días fugitivos, ó las últimas horas de una existencia fatigada. En la imposibilidad de acometer la gran empresa, han escrito entonces *Biografías,* narrando los hechos históricos para mostrar en su desenvolvimiento la influencia decisiva de sus personajes, levantados á alturas fantásticas por la pasión siempre creciente del escritor.

Tal es el carácter esencial de la biografía: apasiona por su héroe. Este se engrandece, cobra proporciones en el ánimo de su escritor, ya sea por la simpatía ardiente del corazón, por la identidad de situación ó de opiniones que han inspirado su trabajo mismo, ó ya simplemente por aquel fenómeno fisiológico que nos muestra cómo tienden á enseñorearse, revistiéndose de formas colosales, la idea tenaz y la imágen fija que durante largo tiempo obedecían al pensamiento.

¡Paso al héroe cien veces acariciado en los sueños ardientes de la concepción literaria! — y el biógrafo, con mano febril y con el pensamiento inflamado, se apodera de los hechos históricos para formarle arcos de triunfo. Luego se trata de dejar la estátua que se ha cincelado, grandiosa, elevada á los ojos de la posteridad; y siendo necesario para ello un inmenso pedestal, se postra á sus pies al pueblo, apagando su corazón y dejando flotar su brazo, que tan gigantescas obras ha ejecutado, como un instrumento inerte y ciego.

Los antiguos eran más sinceros cuando llamaban á sus biógrafías, panegíricos; y el joven Plinio, cuando quiso sobre todas las cosas rendir honores á Trajano, intituló su libro: *El Panegírico de Trajano,* creando un nuevo género de elocuencia.

Pero ya que la ocasión se presenta, queremos decirlo. Escapando á los peligros de este género de composición, las

páginas de nuestros biógrafos se realzan á veces bajo el severo sello de la verdadera historia. Allá en los principios de este siglo un joven estudia, medita, anota sus pensamientos, y se mueve para buscar su realización en la limitadísima esfera de acción que la Metrópoli española dejaba á sus colonos de la América. De pronto la escena cambia.—Un ruido inmenso sucede al silencio sepulcral. — Es la América que se levanta, trozando sus cadenas. — Aquel amor por la verdad, aquella avidez del progreso y del bien que se ahogaban estériles en el alma del joven, tienen ya por delante el teatro más vasto que pudo haber soñado para su aplicación.

El escritor se apresta á seguir á su héroe por tan nuevo como dilatado campo; pero antes necesita referir el día, el lugar y el actor de aquella prodigiosa transformación. Entonces olvida momentáneamente á su héroe; desciende á la plaza pública, se pierde en la corriente popular, aspira su hálito de fuego, y sintiendo sobre su alma el alma del pueblo, escribe el relato de la revolución en páginas que tendrán la altísima gloria de transmitirla á la posteridad. El biógrafo ha olvidado á su héroe en esta hora de inspiración.

La historia suplantada por la biografía, el detalle íntimo, la impresión individual subordinando á su capricho los hechos históricos, el gran conjunto del movimiento social que desaparece, el individuo que abarca la escena:—he ahí el origen de aquellas extrañas opiniones sobre las causas que han contribuido al desenvolvimiento gradual de la Revolución, haciendo desaparecer al pueblo para enaltecer á sus prohombres, y presentarlos como los únicos actores en el gran teatro de nuestra historia.

Nosotros creemos que tales opiniones no son sino verdaderas perturbaciones de juicio, porque jamás alcanzare-

mos á comprender cómo la historia de un pueblo con sus guerras externas y sus revoluciones sociales, pueda ir á perderse obscura en la vida de un grupo de hombres, y cómo este drama de la vida libre con sus cien mil voces, con su escenario abierto á todos los intereses, á todas las ideas, á todas las pasiones, vaya á abismarse en un monólogo!

¿Dónde está la fuerza motriz de nuestros acontecimientos históricos? — ¿Quién impulsó la Revolución, el pueblo ó sus hombres? — Y después del hecho material de la cadena rota y de la independencia conquistada ¿cuál es la fuerza que todavía nos conduce por este camino borrascoso, al través del cual la antigua Colonia váse convirtiendo en República, y ésta encarnándose en la vida real, bajo formas regulares y permanentes?

V

Hemos hecho deliberadamente tan larga digresión para plantear esta pregunta, porque la luminosa historia del Congreso de Tucumán nos da su respuesta con evidencia incontrastable. — Ella nos la enseña, cuando nos presenta al célebre Congreso ejecutando sus actos de trascendencia infinita, ó cayendo en la más radical impotencia, dominando con majestad los sucesos, ó vencido por éstos, cuando se desatan con imperio irresistible para desbaratar su obra y dispersarla á todos los vientos. — Veámoslo para concluir.

El Congreso de Tucumán es tres veces célebre. — Lo es por su famosa declaración de la Independencia, por sus opiniones abiertamente monárquicas al procurar establecer el régimen de gobierno para su país, y por haber sido el primer Congreso argentino que se mostró poseído por el audaz in-

tento de darle una Constitución permanente, Constitución que efectivamente promulgó en 1819 después de dos años de laboriosa discusión. — En estos tres grandes actos el Congreso de Tucumán ha representado á los prohombres de la República, y ha sido la más alta expresión de su iniciativa inteligente en el arduo empeño de fijar sus destinos.

Hoy, á los cuarenta años de distancia, podemos ya hablar en presencia de los resultados, y decir por lo tanto con seguridad completa, hasta dónde fué estéril y hasta dónde se tradujo en hechos fecundos aquella iniciativa de los hombres de pensamiento, doblemente ocupados en la formidable tarea de imprimir fuerza invencible á la Revolución, y de desprender entre el caos y las sombras, dándola vida y forma, á la Patria naciente.

La declaración de la Independencia, acto del más sublime y heróico patriotismo, contribuyó poderosamente en aquellos días infaustos de la Revolución, á hacerla irrevocable é invencible, no dejando otra alternativa sino la libertad ó la muerte. ¿Quién podrá desconocer que con aquella mágica palabra los pensadores argentinos desataron las fuerzas sociales para ponerlas al servicio de la idea revolucionaria? "Hemos quemado, como Hernán Cortés, las naves, y no tenemos otra salvación sino la victoria", decía la Comisión Gubernativa de Buenos Aires, respondiendo al pronunciamiento del Congreso.

He ahí cómo con resoluciones magnánimas, ó con actos de profunda inteligencia, los políticos argentinos han impulsado la Revolución con fuerza poderosa, é influido en el desenvolvimiento próspero y fecundo de los acontecimientos que hoy pertenecen á la historia.

Pero se presenta también pronto, y á la primera mirada, el reverso del cuadro, de un modo tal vez más imponente y decisivo.

El Congreso de Tucumán era monarquista, y con él lo eran los primeros hombres que con su inteligencia ó su espada marchaban al frente de la Revolución, en aquel tiempo de anarquía, de derrotas y desfallecimiento. El pueblo, sin embargo, no era monarquista por un instinto tan noble como poderoso. — No lo era, por aquella fuerza innata de la libertad en sus desenvolvimientos, que una vez partida de su foco se dilata irresistible como la luz. No lo era, por el sentimiento de la igualdad profundamente arraigado en su corazón; y hoy, á Dios gracias, somos los que el pueblo quería en 1816 y en todas las épocas de la Revolución. La aspiración ingénita del pueblo hácia la libertad y la igualdad bajo sus formas más completas, ha prevalecido por hoy y por siempre sobre las combinaciones quiméricas de los políticos argentinos.

VI

Vamos adelante. El Congreso de Tucumán se traslada á Buenos Aires, modifica su composición primitiva, admitiendo hombres más notables en su seno, y promulga por fin, tras de lenta elaboración, la Constitución tan discutida, tan anhelada, tan prometida. Todos sabemos lo que aquella Constitución significaba.

La Constitución de 1819 organiza el centralismo más formidable. La facultad de dar leyes en el Congreso no tiene límites; es tan vasta, tan compleja, como la vida misma del país. El poder del mando en el Ejecutivo no encuentra tampoco restricciones; y en esta Constitución, tan prolijamente minuciosa que describe hasta el ceremonial de las sesiones solemnes, no aparecen mencionadas una sola vez las provin-

cias, y no se sanciona algún derecho invulnerable para aquella autonomía local, que como lo ha dicho bella y profundamente Montley, es la sangre misma de la libertad.

Tal era la fórmula para la organización del país, dada en 1819 por los pensadores argentinos, preocupados en estudiar cómo debían vencer la "dictadura militar de Esparta, ó evitar la demagogia de Atenas", en presencia de Artigas y de la tormenta social que no debía permitir una hora de vida á sus deleznables concepciones.

Siete años después, la inteligencia argentina representada por sus grandes hombres volvía á escribir en un libro augusto: *República unitaria* (1). La República unitaria, trazada por el Congreso de 1826, se lanzaba de nuevo á provocar los desiertos, y los desiertos la ahogaron con la mano bárbara de sus hijos.

La República quedó destrozada en mil girones, hundiéndose en la descomposición y en el caos; y allí permaneciera, si no hubieran venido las ligas *provinciales,* que renaciendo aquí para concluir más allá, y al través de peripecias infinitas, han conducido por fin á los pueblos argentinos á vivir por primera vez unidos en el órden y en la libertad, bajo una ley que en su primer artículo declara *adoptar para el Gobierno de la Nación Argentina la forma representativa republicana federal.*

(1) No rehusa confesar (decía la Comisión que redactó el proyecto de 1826) que no ha hecho más que perfeccionar la Constitución de 1819.

VII

Entraremos después en desenvolvimientos que tendrán colocación más oportuna en pasajes posteriores de este escrito. He ahí, entre tanto, las grandes enseñanzas que se desprenden del estudio del Congreso de Tucumán, trayéndolo con su historia á ser juzgado en presencia de la situación actual. En ella vemos incontrovertible la iniciativa fecunda de los hombres colocados por los sucesos al frente de la Revolución, al mismo tiempo que al través de su impotencia para realizar sus concepciones, se siente poderosa la opinión pública; como se vuelve nuevamente á aprender que las obras caprichosas de los hombres se quiebran como vidrio frágil, cuando chocan contra los elementos naturales que constituyen el organismo de un pueblo.

Rivadavia decía al Congreso de 1826, que no lo escuchó: "Fatal es la ilusión en que se cae, cuando se pretende que el talento ó la voluntad pueden mudar la naturaleza de las cosas, ó suplir á ella sancionando y decretando creaciones". (1)

El grito de la libertad que abre la nueva era, se levanta en la plaza pública. La Asamblea se vale de las leyes escritas para encarnarlo en la vida política y social, y prepara el campo para que avanzando sobre él, pueda un día el Congreso de Tucumán incorporar un nuevo pueblo á la familia de las naciones. Pero este pueblo sólo ha alcanzado días serenos adoptando para su régimen interior de gobierno las formas á las que lo subordinaban las condiciones naturales

(1) Discurso del 8 de Febrero de 1826 al recibirse de la Presidencia.

de su existencia; y es republicano y democrático por su voluntad soberana, sobreponiéndose á quiméricas concepciones, y por la voluntad de Dios, supremo legislador de las naciones.

Contemos ahora la instalación del Congreso.

INSTALACIÓN DEL CONGRESO

I

En los primeros meses del año dieciséis, los Diputados de los pueblos libres acudían á Tucumán, habiendo sido elegido este pueblo para la convocación del Congreso, como el punto más céntrico de lo que en el lenguaje oficial de la Colonia se había llamado "el Virreinato de Buenos Aires". — Dejamos ya dicho en la introducción, que la revolución de Abril de 1815 al derribar al Director, haciendo al mismo tiempo desaparecer á la Asamblea, había impuesto á las nuevas autoridades por ella creadas la obligación de promover su reunión fuera de la Capital, con el designio de arrebatar un nuevo pretexto de descontento á los celos que con mayor ó menor vivacidad se habían despertado en las provincias.

Los que escriban la historia del movimiento revolucionario del 15 de Abril, estudiando su índole y sus tendencias reveladas principalmente por sus primeros actos en el ejercicio del poder, sabrán apreciar la sinceridad con que los revolucionarios de Abril alegaban esta causa para apartar al Congreso argentino de la antigua capital del Virreinato, confinándolo por vez primera en uno de los pueblos del interior. Nosotros solamente agregaremos que el motivo invocado, en

sí era cierto, y que de él dan testimonio los hechos como los documentos contemporáneos, siendo estos celos provinciales uno de los elementos activos de convulsión en aquella época tormentosa. (1)

La reunión de los Diputados fué morosa. La derrota de Sipe-Sipe, entregando al poder del enemigo las provincias del Alto Perú, la influencia trastornadora de Artigas extendiéndose sobre las provincias litorales, y hasta en un momento dado sobre Córdoba mismo, el desquicio interior en que se hallaban las otras, á excepción de las de Cuyo, — fueron otras tantas causas poderosas que naturalmente postergaron el envío de los Diputados.

El mes de Marzo ya concluía, cuando encontrándose por fin en Tucumán los Diputados de Buenos Aires, de Mendoza, San Juan, San Luis, Rioja y Catamarca, dos Diputados de Charcas, uno de Mizque y otro de Tucumán, resolvieron entonces proceder á la apertura del Congreso, "con este personal incompleto, debido á los contrastes de una guerra obstinada y para así satisfacer los votos ardientes de las provincias de la Unión". (2)

La expectativa á la verdad era grande, pero la necesidad era aún mayor.

II

El primer rayo de sol del día 24 de Marzo de 1816, al dorar las cumbres del Aconquija y antes de dilatarse iluminando los bosques y las llanuras, fué saludado con una salva

(1) Memorias del General Paz, pág. 272.
(2) Palabras de *El Redactor del Congreso,* N.° 1.

de veintiún cañonazos. En este día el Congreso Soberano de las Provincias Unidas, "esperanza de los pueblos y objeto de la expectación común", hacía por fin su instalación. Reunidos por primera vez los Diputados á las nueve de la mañana en la Sala de sus Sesiones, determinaron la fórmula del juramento que debían prestar, eligiendo enseguida para su Presidente provisorio al doctor don Pedro Medrano, Diputado por Buenos Aires, y que debía ser uno de los miembros más activos é influyentes del Congreso.

El Presidente prestó juramento en manos del más anciano, y los Diputados, conteniendo con su actitud recogida las manifestaciones de la alegría popular, se dirigieron al templo para invocar las bendiciones de la Providencia sobre sus deliberaciones, con aquella fe sincera que santifica los actos humanos asociando la política á la religión. Así pasó el día 24, severo y religioso, aislándose el Congreso del pueblo y permaneciendo en la sala de sus sesiones.

Al día siguiente el Congreso determinó hacer pública su instalación. Un bando había convocado á las milicias de la ciudad y de la campaña, y la novedad del espectáculo atraído á los habitantes todos de la Provincia que inundaban las calles. Entre las aclamaciones del pueblo, presidido por el Gobernador Intendente, y entre dos alas compactas formadas por la multitud, el Congreso se trasladó desde el lugar de sus sesiones al templo de San Francisco. Allí se cantó una misa en acción de gracias al Dios de la Patria, soberano autor de tanto bien, entonando luego los Diputados, por una inspiración espontánea, el cántico del supremo regocijo: *Te Deum laudamus*. El alma de aquellos hombres se elevaba sin esfuerzo hácia Dios.

Había subido entre tanto á la cátedra el doctor don Manuel Antonio Acevedo, Diputado por Catamarca, á quien encon-

traremos más tarde abriendo el debate sobre la forma de gobierno y proponiendo el primero la monarquía de los Incas, de los que se había constituido el más fervoroso apóstol por un movimiento generoso de su corazón y en ódio á las crueldades de la conquista española. Háse perdido para siempre el discurso que en ocasión tan solemne dijo el orador sagrado; pero su recuerdo ha vivido unido á las escenas de aquel día en la memoria de los que lo escucharon.

Habían pasado treinta y tres años, sobreviniendo con ellos catástrofes inauditas; y un joven ávido de conocer la historia de los firmantes del acta de la Independencia, preguntaba una vez al anciano doctor Corro [1]: — Y este doctor Acevedo, ¿quién era? — ¡Ah! respondió con alegría el viejo, ¡qué sentida oración nos pronunció en el día de la instalación del Congreso!

En las populosas ciudades, los murmullos de cada día sofocan los recuerdos lejanos; pero la tradición oral repite hasta hoy en Tucumán, con fidelidad completa, las ceremonias de aquellos dos días, tal como se hallan prolijamente descriptas en el número primero de *El Redactor del Congreso*. El viajero es llevado á la sala de las sesiones. Se le muestra sobre un estrado el lugar desde donde se leyó el decreto de la instalación del Congreso, y más tarde el Acta de la Independencia... y entre tanto, ha atravesado la plaza donde hasta ahora poco se levantaba la pirámide de Oribe, sin encontrar quien le explique lo que simboliza aquel bárbaro monumento.

¡Pobres y santos pueblos! Se sienten felices, porque han visto un rayo de luz entre dos tormentas.

---

(1) Diputado al Congreso por Córdoba.

III

El Congreso iniciaba sus sesiones en un tiempo dos veces triste; y he ahí como lo describía el Congreso mismo, volviendo sus miradas tres años después á los primeros días de su instalación:

"Sopla la España entre nosotros el fuego de las disensio-
"nes... Manda ejércitos exterminadores. Ellos extienden
"por todas partes la desolación y sus crímenes; y los suce-
"sos de la guerra nos son ya adversos..."

"¡Ah! en qué estado tan deplorable se hallaba la República
"cuando se instaló el Congreso Nacional... Los gobiernos
"se suceden tumultuariamente como las olas de un mar agi-
"tado. Se instala una Asamblea que desaparece como el
"humo; una lucha escandalosa entre el Gobierno Supremo
"y muchos pueblos; el espíritu de partido ocupado en com-
"batir una facción contra otra; ciudadanos inquietos por to-
"das partes, siempre prontos á sembrar la desconfianza; el
"erario público agotado; el Estado sin agricultura, sin co-
"mercio y sin industria; en fin, todo el Estado caminando
"de error en error y de calamidad en calamidad á su diso-
"lución política. He ahí, ciudadanos, lo que consternó nues-
"tras almas...". (1)

.....

Buenos Aires, 1864.

---

(1) Manifiesto del Congreso, en 22 de Abril de 1819.

MATEO LUQUE

Este personaje que vuelve á intervenir en los sucesos de la República, es cordobés; y habiéndose educado en las aulas de aquella antigua Universidad, que sólo produce teólogos y abogados, es profesor de medicina. Esto significa decir que tiene un carácter que no se pliega fácilmente á las formas de la habitud y que necesitó salir de Córdoba para completar su educación científica. En efecto, el joven Luque, después de estudiar teología y cánones, vino á Buenos Aires y se hizo médico. Aquí encontró también su curiosidad intelectual el ambiente y los libros que definieron sus inclinaciones románticas.

En 1847 el doctor Luque volvía á su provincia natal con su diploma en el bolsillo y recitando con su voz sonora los versos de Zorrilla y de Espronceda, citando los epigramas

---

El doctor don Mateo J. Luque fué nombrado Gobernador de Córdoba el 26 de Julio de 1866, y renunció el cargo el 21 de Octubre de 1867, delegando simultáneamente el mando en el señor don Félix de la Peña. Fugaz y estéril fué su gobierno. Sus connivencias transparentes con la insurrección nacional de Cuyo en el primero de dichos años, y con el levantamiento de Luengo en la ciudad de Córdoba, repercusión de aquella, hicieron imposible su permanencia en el poder y obligáronle á abandonar la escena.

Años más tarde eligiósele senador al Congreso por Córdoba, y falleció desempeñando este alto cargo. Le sucedió en la banca senatorial el doctor don Jerónimo Cortés. — N. DEL E.

de Larra y afectando á veces el tono sombrío y desdeñoso de un personaje de Byron, que el jóven estudiante había conocido en las traducciones francesas. — Era éste el barniz literario que cubría su antigua corteza de ergotista cordobés.

¿A qué había vuelto el doctor Luque á su provincia?... La vida se dilataba para él en sus mejores años y no sabía en qué emplearla. Un médico de provincia tiene muchos ocios. El doctor Luque, siguiendo la disposición de espíritu en que lo habían dejado sus lecturas, se hizo galante... Había allí una niña, hija de un personaje encumbrado de la época, y que tanto por su posición social como por sus encantos naturales, atraía un gran número de adoradores. El doctor Luque se propuso entrar en la justa y salir vencedor.

En balde amigos recelosos murmuraban á su oído que la joven estaba *comprometida;* en balde otros querían contenerle con consejos de prudencia; el doctor Luque no se dejó desviar de su objeto. Todo lo que hay en su carácter de aventurero y fantástico estaba lanzado y necesitaba *jugar su partida.* Nuestro héroe, — le daremos este nombre, en esa página del romance de su vida, — coronó con el triunfo su esfuerzo; y antes de cuatro meses la joven y bella señorita de Aldao era su esposa, ante Dios y los hombres. ¡Cuánto se habría sorprendido la ingenua niña que sólo había leído el Catecismo, en su educación monástica de Córdoba, si alguno le hubiera dicho que era la flor calenturienta en el poema de una imaginación desbordada, que era la *Haydée* de un *Don Juan!*

Realizado el matrimonio... ¿qué hacer después de él? El problema volvía á asaltarlo en su camino, dejándole incierto, sin saber qué nuevo empleo dar á su actividad. Días de agitación enfermiza principiaron á sucederse á noches sin sueño; y la misantropía se deslizó en su espíritu, sombreando su carácter.

Un día la resolución estuvo tomada. El doctor Luque determinó salir de Córdoba, aislarse y sepultar su vida en una aldea de la campaña. La *Villa Nueva,* población fronteriza con el desierto y cuartel de una guarnición, fué su residencia elegida. El doctor Luque se trasladó allí, llevando á su mujer, que era su orgullo y su gala, algunos libros de medicina, sus poetas favoritos, un curso de la Geografía de Letronne que debía darle puntos de apoyo para viajar con el pensamiento por el mundo, y por fin, una escopeta, aunque no sabríamos decir si como arma de seguridad ó tan sólo como una reminiscencia del *Manfredo.*

La leyenda refiere que se le veía errar por aquellas soledades, tomando un camino y abandonándolo para internarse en el opuesto. A veces lanzaba su caballo al escape, como si persiguiera el horizonte que huía con tanta rapidez como la de su carrera.

Estas correrías desordenadas y violentas debían fatigarlo, y lo fatigaron, y así, un día determinó confinarse en su casa; pero la inmovilidad trae también su cansancio y le fué forzoso salir de ella. Entonces comprendió que necesitaba asociarse á los demás, vivir de sus vidas y entrar en el rebaño universal.

¿Cuál es la vida en una aldea, que es al mismo tiempo un campamento militar? La vida social se concentra allí en un foco, y ese foco inevitable es una mesa de juego. A ella van á sentarse los más resistentes; y desde el momento en que se sentaron, han perdido su libre albedrío, su voluntad.

El doctor Luque fué de la partida, y principió á embriagarse con ese vino que enardece y que no sacia. Aquella actividad que se desbordaba sin objeto, aquella imaginación que buscaba pábulo, habían encontrado por fin alimento en esa llama voraz que ha consumido tantas existencias.....

.....

Entre tanto, la situación política de la República ha cambiado. Rosas estaba hacían diez meses en Southampton; y Urquiza, rechazado de Buenos Aires, se apresuraba á reunir un Congreso en Santa Fe... Córdoba debía mandar á él sus representantes, y elije entre ellos á Luque. ¿Qué causas determinaban esta elección? Las simpatías que por el doctor Luque se habían difundido en la juventud, apasionada por lo raro de su vida y por los rasgos nobles, un tanto fantásticos, de su carácter. En aquel prosaísmo de Córdoba, un hombre tal debía impresionar fuertemente los espíritus, desde que venía á romper bruscamente el molde en que se encontraban todos vaciados.

Un nuevo escenario se abre á las aspiraciones vagas y atormentadoras del doctor Luque. Pero la escena era para él imprevista; no la había ensayado siquiera en su pensamiento, y la primera aparición de la Patria en su camino no despertó en él sino sentimientos de turbación y de respeto.

Ajeno á las cuestiones políticas y á los estudios de las ciencias sociales, se creyó incompetente para desempeñar su mandato. Cualquiera otro lo habría expresado sencillamente, motivando su renuncia. — Luque necesitaba mezclar á su exposición un rasgo *byroníaco:* "Renuncio, dijo, y si insistís, me enveneno". ¿No es ésta la misma frase del amor desesperado en las novelas románticas?

Más tarde, viendo cómo era fácilmente trillado por toda clase de gentes el camino que había encontrado inabordable, no vaciló en tomar un puesto en el Congreso. Los que conocen la historia del Gobierno de la Confederación, saben que se mezcló, como sectario ardiente, á las intrigas del Paraná, concluyendo por ser el confidente íntimo del doctor Derqui. ¿Qué afinidades acercaron y ligaron á estos dos hombres? Tal vez si indiscretamente nos asomáramos á la intimidad

de sus vidas, descubriríamos la explicación... El doctor Derqui fué denunciado lector de novelas, y alguna vez se le sorprendió extraviado románticamente persiguiendo la Gracia y el Ritmo.

La presidencia de Derqui aseguraba un papel político de importancia al doctor Luque, y fué efectivamente nombrado Ministro Plenipotenciario en España. Luque vino á Buenos Aires á aprestar su viaje, que no se realizó por uno de esos percances inexplicables en cualquier otro, pero que eran en él el resultado de hábitos subyugadores. Alguien le preguntó: ¿Cuál es para usted el placer más intenso y absorbente?—Ganar al juego, respondió.—¿Y después?—Perder!

.....

El doctor Mateo Luque vuelve hoy de nuevo á la vida pública en situación muy diferente, y tiene por delante lo que ha buscado por senderos extraviados: un vasto teatro de acción. Córdoba, la primera de las provincias interiores por su población y su riqueza, puede bajo su administración convertirse en el brazo fuerte que consolide el orden institucional en todo el Norte de la República.

Reputamos al doctor Luque capaz de desempeñar esta misión, que el desenvolvimiento mismo de los sucesos pone en sus manos. Sería para él una obra que no es superior ni al alcance de su espíritu, ni á los medios de que dispone. El doctor Luque es enérgico, pero con aquella energía que viene unida á la fiebre de las emociones violentas. Es apasionado por temperamento, y en sus momentos de acción, las causas que lo hayan conquistado á su servicio tendrán toda la consagración de sus fuerzas. Su inteligencia es naturalmente elevada; y nos apresuramos á declarar que sus enemigos mismos reconocen cierta nobleza indeleble de carácter que acompaña sus actos, por más extraviados que sean.

Fáltanle al doctor Luque la disciplina que encamina las acciones á un fin, los hábitos del trabajo paciente que imprimen regularidad en la vida, y una concepción más clara de las obligaciones que ésta impone y del ideal moral á que debe tender. Considerándolo en su conjunto, es una fuerza que hasta hoy se ha malogrado en el vacío.

Está de nuevo en la prueba... Esperemos que la Patria sea el último amor de *Don Juan!*

Julio de 1866.

DOS COMPOSICIONES

(HOJA DE UN DIARIO)

Comparaba el otro día la composición de Espronceda "Al Sol", con la del poeta cubano Heredia que lleva el mismo nombre.

En Espronceda hay los destellos de una imaginación más variada en su vivacidad, verdaderamente centelleante. En Heredia hay las manifestaciones de un sentimiento más profundo.

La composición del poeta español tiene pensamientos muy elevados; pero no es, en su conjunto, sino un fragmento retórico. Puede ser la obra de un brillante alumno que termina entre aplausos sus cursos de Humanidades.

Tras del poeta cubano no aparecen ni el retórico ni el alumno, pero se siente el hombre. El tono de la composición desmaya á veces, pero encierra mayor verdad que la del poeta español. No ha sido, como la de éste, escrita en un gabinete de estudio, sino bajo los ardores de la zona tórrida.

Hay algo de simbólico ó de mitológico en el "Sol" de Espronceda. Deja por un momento de ser un astro y es un Dios: — "El padre de la luz". Para el poeta americano que vive dentro de los trópicos, el sol es siempre el astro que quema.

En el movimiento más levantado de su composición, el poeta español parece decir: quiero al Sol por su luz. El poeta cubano dice resueltamente: lo quiero por su calor, que enciende con la sangre las pasiones y que fecundiza la tierra.

Espronceda dice admirablemente, dirigiéndose al Sol:

"Vívido lanzas de tu frente el día
" .....
"Y te elevas triunfante
"Coronado de los orbes centelleante."

Pero, cuánto sentimiento hay en este grito de Heredia:

"Dadme, clamaba, dadme un sol de fuego
"Y bajo él agua, sombras y verdura
"Y me veréis feliz...

Los dos poetas empiezan sus himnos entonando una nota altísima. Pero Heredia exclama: "Yo te amo, oh Sol"! y Espronceda dice: "Párate, oh Sol! Yo te saludo".

Este primer movimiento es lírico, brillante en ambos poetas, y á pesar de su aparente identidad, es también característico para cada una de sus composiciones.

Agosto de 1870.

ANALES

DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Señor doctor don Juan M. Gutiérrez.

Mi siempre estimado amigo:

Acabo de leer su libro, me hallo aún bajo su influencia y quiero darle las gracias por su trabajo, que honra las letras argentinas, y por el envío que me ha hecho de uno de sus ejemplares.

Lo guardaré como un recuerdo precioso de su amistad, y como un testimonio de honor para mí mismo, puesto que ha querido usted consignar con la inserción del documento que lleva mi firma, la pequeña participación que he tenido en la publicación de esta obra.

Usted nos ha recordado que tenemos un pasado literario; que ha habido, antes de la Revolución, una enseñanza para formar hombres; que puede ser ella útilmente consultada para explicarnos luego la acción de éstos en la vida pública; y que después de la emancipación hemos seguido, aunque de tan lejos y débilmente, el movimiento de las ideas que se operaba en Europa. — Hay, pues, una historia de la inteligencia argentina, y usted la ha descripto bajo uno de sus aspectos más notables.

La escolástica, el silogismo, aquel argumento permanente,

desentrañando fuerzas de sí mismo y encadenándose en consecuencias interminables, ¿no explica la raza formidable de nuestros discutidores y ergotistas en los primeros Congresos?. — Abro los Diarios de sus Sesiones, y encuentro á cada momento sus extensos discursos, que llenan páginas enteras. — ¿De dónde sacaban sus autores pensamientos administrativos ó políticos que se prestaran á tantos desenvolvimientos?

Nosotros tenemos hoy, para tratar cualquiera cuestión de las que se ofrecen á los debates de una Asamblea, el conocimiento de la historia que nos sugiere hechos y ejemplos, la posesión de los idiomas que nos da la clave para encontrarlos, la comunicación con el movimiento político y literario que nos presenta, hasta formuladas, las consideraciones que necesitamos hacer valer en sostén de nuestras opiniones. Pero nada de esto tenían los Diputados de la Asamblea en 1812, y aún del Congreso en 1825; y no acertaríamos á explicarnos sus producciones, sin el hábito de la dialéctica profundamente desenvuelto en las escuelas, y sin aquella gimnástica del silogismo, que sin dotarlos tal vez con nuevas ideas, había impreso á sus espíritus una rara sutileza, elasticidad y vigor.

De cuántos gérmenes de ingenio sofocados en su origen, de cuántas promesas de talento arrojadas al viento, nos presenta el penoso espectáculo su paciente libro!!

Usted ha sufrido impaciencias y tristezas de espíritu que, á pesar de no haberlas expresado, su relato contenido y sobrio comunica al lector. — La pluma del que ha escrito y el ojo del que lee, quisieran todavía continuar, cuando el retrato de Lafinur ó la biografía de Alcorta ya concluyen. No son más que una sombra escurridiza y vaga, pero nacidos en época mejor ó en otros países, ellos habrían desenvuelto las

fuerzas que llevaban consigo para esculpir fuertemente sus figuras en la historia de los filósofos ó de los innovadores.

Gracias, mi querido amigo, por habernos hecho asistir á esta revista útil, aunque melancólica, del pasado. — Nuestros predecesores, todos aquellos de quienes venimos por la idea transmitida, por la institución creada, por el ejemplo de la vida ó del patriotismo, tienen cabida en su libro, y es consolador y dulce volverlos á encontrar encendiendo esta antorcha de la inteligencia que, á través de tantas borrascas, ha llegado hasta nosotros. Son así doblemente nuestros padres, y debemos á usted haber hallado estos títulos de una nueva filiación que estaban olvidados ó perdidos.

Las condiciones sociales de estos países principian apenas á modificarse, y podemos estudiar todavía á los muertos en los vivos. — La historia literaria del presente, la historia de la enseñanza ¿no se compone hoy de los mismos elementos fluctuantes y embrionarios, de los mismos esfuerzos tan pronto iniciados como interrumpidos, que usted acaba de devolver tan pacientemente á la vida, interrogando la tradición y los viejos archivos?

Pero los nuevos tiempos se aproximan, y esperamos para saludarlos la aparición de su segundo volumen.

Después de la América de la Colonia, á la que le bastaban, según el Ministro Caballero, la teología como estudio y la ganadería como ocupación, y que reproduce en Charcas, Cuzco, Lima y Córdoba los estudios de la Edad Media, que Alcalá de Henares y Salamanca continúan dictándoles con su doble autoridad metropolitana y científica; después de la América de los tiempos intermedios, incierta para encontrar su verdadera ruta, porque no acierta á desprenderse de las ligaduras informes con que la envolvieron en su cuna, tendremos la América que investiga, que en-

seña y que aprende, promoviendo la prosecución de sus destinos, que son dar á sus hombres y á sus pueblos, por la ciencia y por el arte, por la industria y por las instituciones, con el más alto nivel intelectual, la riqueza y la libertad.

Queda usted, mi amigo, con la pluma en la mano para trazar el programa de los nuevos estudios, — *nova verba.*

Esta es una de las obras más árduas y fecundas que se haya intentado en América. — Se halla usted actualmente colocado en medio de los vastísimos materiales que le designa su tarea, examinando las instituciones docentes de Francia, de Alemania, de Inglaterra y de la América del Norte, y buscando en unas lo que reclaman el comercio y la industria, en otras lo que prescribe la libertad, y en todas, las ciencias y sus métodos, que conducen de un modo más seguro y rápido á dar al hombre la plena posesión de sus facultades, si es que en esto consiste la educación, como la definía Kant.

Cuando haya usted recorrido el gran circuito y dominado el conjunto, su pensamiento estará completo. Dios le dará fuerza y tiempo para trazarlo, puesto que le ha dado luz para concebirlo.

Perdone, mi buen amigo, que haya dejado escapar delante de usted, escritor tan correcto y puro, estas frases desaliñadas, cediendo á la primera impresión de la lectura de su libro, sin que me atreva siquiera á repetirle para mi excusa, lo que Licinnius decía al filósofo de los diálogos de Luciano: — "También amasteis un día á la musa de los cabellos sueltos, la divina negligencia".

Repitiéndole nuevamente mis agradecimientos y felicitaciones, soy de usted su siempre y afectuoso amigo.

Enero de 1873.

El doctor Gutiérrez no dió cima á su empresa, y el segundo volumen anunciado no vió la luz pública, á pesar de que solía el autor mostrar á sus amigos algunos de sus materiales sueltos, encerrados dentro de una voluminosa cartera.

Pero podemos decir que el plan del doctor Gutiérrez concluyó con lo escrito y publicado. Su designio era ocuparse más del pasado que de lo venidero, y bajo este aspecto su voluminoso libro ha prestado servicios inestimables, restituyendo á nuestra historia una página aún no escrita, ignorada por muchos, y que sólo nuestro autor había podido trazar con tanta diversidad de datos.

El doctor Gutiérrez tenía, con el gusto de lo antiguo, el amor de la tradición, y una curiosidad incesante lo llevaba cada día á acrecentar el caudal de sus noticias sobre los argentinos que lo habían precedido en la tarea de cultivar las letras ó las ciencias, y á muchos de los que había él mismo apercibido en su infancia ó en su primera juventud rodeados por el prestigio de su renombre.

Esta era su tendencia natural, y se había hecho con el tiempo y su alejamiento de la escena pública la ocupación más persistente de su vida. — Ahí estaba siempre en su pequeño cuarto del Rectorado, donde lo visitábamos, escudriñando papeles viejos, leyendo correspondencias inéditas, y promoviendo conversaciones para completar los retratos ó las biografías de sus personajes. — Vivía con ellos.

La obra del doctor Gutiérrez se compone así de dos elementos: de los papeles que encontró como Rector en el Archivo de nuestra Universidad, y cuya publicación por extractos, y á veces íntegra, basta para justificar el título de *Anales* dado á su libro, y de los datos biográficos que supo reunir con paciencia constante y que se refieren á los maestros y á los discípulos, á los que enseñaron y aprendie-

ron para enseñar á su vez. El que es hoy alumno, al volver la página aparecerá indefectiblemente como maestro. Nunca se habrá aplicado con mayor verdad el conocido verso:

Et tanquam cursores, vitæ lampada tradunt!

La Universidad de Buenos Aires sólo fué fundada en 1822, y su vida ha pasado, por decirlo así, á la vista de los contemporáneos.

Nada nuevo puede por lo tanto referirse, y su historia es además breve, porque deben suprimirse los veinte años de la tiranía de Rosas, en los que todo el relato se reduce á santificar las memorias de aquellos dos ó tres viejos catedráticos como el doctor Casagemas ó el doctor Banegas, que sin emolumentos y hasta provocando persecuciones, mantuvieron abiertas las puertas de la Universidad, para mostrar que la tradición de la cultura intelectual no estaba de todo punto rota, puesto que había un maestro que enseñaba, un niño que aprendía, sirviéndoles como intermediario un libro abierto donde no se leía siquiera el letrero sangriento con que se encabezaban las publicaciones de la época!!

Así la parte verdaderamente notable de la obra es la que se contrae á la historia de los estudios en Buenos Aires, anterior al establecimiento de la Universidad. Muchos podrían creer que no habían existido siquiera, por no haberlos oído mencionar, siendo tradicional que sólo se estudiaba en Córdoba ó Chuquisaca dentro de la extensión del Virreinato. Donde no existía el brillo del grado académico, ó el ruido de las famosas *Conclusiones pro Universitate*, la enseñanza pasaba desapercibida.

Ha sido publicada por los cuidados del mismo doctor Gutiérrez la *Oración latina* con que el doctor don Carlos José

Montero inauguró el primer curso de filosofía en el año 1773, bajo los claustros del Colegio Carolino.—¡Cuántos elogios y cuántas admiraciones las del disertante, por la Universidad de Córdoba, por el Colegio de Monserrat, por el Seminario de Loreto, por los varones ilustres que han producido en las letras, en las ciencias y como preparadores de la fe cristiana!

Entre tanto, podemos afirmarlo, los estudios del Colegio de San Carlos en Buenos Aires, no eran inferiores á los de Córdoba.

Allí la tradición del régimen escolar era más fuerte, mayor sin duda la aplicación de los alumnos y más empeñosas las controversias en sus frecuentes funciones literarias. Pero había en el Colegio de Buenos Aires un espíritu más exento de compresiones, la filosofía estaba más desprendida de los moldes en que la tenía aprisionada el escolasticismo bárbaro, y la *física* preludiaba sus demostraciones con algunas figuras gráficas, saliendo de aquellas eternas disputas sobre la substancia, sobre la materia, sobre la cohabitación del alma con el cuerpo, ó sobre la naturaleza del fuego ó del aire.

Podemos felizmente salir de la conjetura y hacer sobre este punto comparaciones exactas.—Se ha conservado el texto manuscrito de las "lecciones de física" que el doctor don Estanislao Zavaleta dictó en 1795 para los alumnos de San Carlos, con tres tablas de figuras;—y tenemos en nuestro poder el *Tratado de física* que se enseñó en Córdoba durante el último tercio del siglo pasado y que lleva en su primera página el célebre nombre del Deán Funes, para demostrar su autenticidad.

Pero no nos internemos en otra materia. Los *Anales* del doctor Gutiérrez sólo tienen en la literatura sudameri-

cana otro libro semejante, con el que puedan ser comparados, y son los *Anales Universitarios* del Perú, escritos por el doctor Gregorio Paz Soldán. Abundan las dos obras en hechos curiosos, son el producto de una gran labor personal, siendo la del escritor argentino superior por la claridad elegante del relato. Fáltales á ambas aquel orden superior marcado por el desarrollo gradual de las ideas, *lucidus ordo*, como lo llama bellamente Horacio, porque es la luz misma de un libro, y que no puede ser reemplazado por las divisiones mecánicas en parágrafos y capítulos.

Un juicio severo podría agregar algo más, y es que les falta el sentido crítico. — Es indispensable reproducir la nomenclatura de las enseñanzas, pero conviene entrar un poco dentro de ellas para explicarlas siquiera en sus relaciones con el maestro y con los alumnos.

Tratándose de los estudios coloniales, es inevitable hablar del silogismo, ó de los métodos escolásticos aplicados igualmente á la filosofía aristotélica y á la teología tomística. — Pero ¡cómo no describirnos siquiera la formación del silogismo, la estructura de aquellos métodos, las facultades que afinaban ó dejaban inertes en el espíritu, para hacernos á lo menos presentir sus resultados en la enseñanza de la juventud y en la formación de lo que Buckle llama la "mente nacional"!

Iguales elogios y la misma crítica pueden discernirse al curioso y útil libro que el doctor Garro ha escrito sobre la Universidad de Córdoba, — y sobre el que hablaré detenidamente en la primera ocasión.—No basta describir la fachada universitaria. Es necesario penetrar dentro del recinto, del aula, prestar oído atento á la voz del maestro y recoger la respuesta del discípulo.

Hemos querido adicionar con estas breves líneas las sucintas indicaciones de la carta anterior, porque nos complacía sobre todo traer una vez más á la memoria el distinguido nombre del doctor don Juan María Gutiérrez. — Con la sucesión de los tiempos y por las vicisitudes de la vida, nos ha cabido ser uno de sus sucesores en el Rectorado de esta Universidad; — y apenas buscamos en el Archivo un antecedente cualquiera, nos encontramos con las huellas de su larga y paciente labor.

No sólo debe la Universidad de Buenos Aires al doctor Gutiérrez ser el historiógrafo de sus Anales. La Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas nació y fué acrecentándose, hasta completar sus enseñanzas, bajo la promoción de su celo incesante. El Reglamento Universitario lleva también su nombre.

Tocóme, siendo aun muy joven, ponerlo en posesión del Rectorado, cuando vino tras de las agitaciones políticas y abandonándolas para siempre, á encerrarse en este apacible recinto que había ya servido de refugio á otros hombres ilustres. Era yo Catedrático y servía el Vicerrectorado por turno. El doctor Gutiérrez había sido amigo de mi padre, y fué para mí muy grato presentarle públicamente en esta ocasión mis cordiales respetos.

Don Juan María Gutiérrez pasó quince años en la Universidad. — Había por fin hallado el cuadro que correspondía mejor á su figura.

Era realmente un personaje *Universitario* por sus cualidades y por sus defectos. Lo era por esa adhesión viva á la juventud, que realza y ennoblece al verdadero universitario y que le sirve de amuleto para rescatar sus faltas. Lo era por el amor de las cuestiones nimias, por el cuchicheo sutil é ingenioso, por el gusto de excitar los pequeños celos

profesionales y por la sonrisa fina con que descubría los abismos de amor propio que se velaban ténuemente á través de una versión griega ó latina: *Genus irritabile vatum.*

Faltábale al doctor Gutiérrez para ser un universitario completo, poseer un poco más su latín, manejar directamente los textos, saber de memoria las divisiones y definiciones y paralizar de pronto el efecto de una cita con otra aún más oportuna. El doctor Gutiérrez sentía en sí mismo este vacío, y procuraba suplirlo con sus curiosas investigaciones por el pasado intelectual de la Nación.

Por los servicios prestados, por el brillo que dió al Rectorado con sus escritos literarios, la memoria del doctor Gutiérrez debe ser consagrada en el recinto universitario bajo las formas del mármol ó del bronce. Es justo que su estatua sea uno de los ornamentos de la nueva Universidad.

Junio 2 de 1883.

EL DOCTOR GERMAN BURMEISTER

¡Cuán caprichoso y variado es el destino humano!

Sus incertidumbres, sus azares y la obscuridad misma del porvenir, acrecen aún más todavía, cuando es más luminosa y viva la luz de la inteligencia que brilla en una frente.

El labriego obscuro que no levanta su pensamiento ni sus ojos más allá del horizonte visible, pasará tranquilo, sin drama, sin tormentas, sin agitaciones en su vida. Puede él decir, — he ahí mi cuna, señalando la casa paterna, — he ahí mi tumba y el rayo de luz que ha de iluminarla, cuando el sol descienda con sus postreros resplandores sobre el Cementerio de la aldea.

Conocemos la cuna. — Pero, ¿dónde estará tu tumba, Colón, Camöens, Dante ó Bolívar, San Martín, Moreno, hombres destinados á atravesar las tempestades del pensamiento, ó los vaivenes de la vida social?

En 1842 la Alemania vivía aún vida tranquila. Moltke estudiaba matemáticas; Bismark, recién aparecido en las Cámaras de Berlín, hablaba á media voz y en lenguaje confuso de las tradiciones del Sacro Imperio Romano. El fusil de aguja no vivía aún sino en su antecesor: el pensamiento trascendente de Kant ó de Fichte, — porque un pueblo profundo por la idea, será muy luego grande por la acción.

La escuela histórica había callado con Savigny, — la es-

cuela filosófica desaparecido con Gans, y el pensamiento alemán conducía, sin embargo, el mundo.

¿De qué se trata?

En las preocupaciones públicas, de la electricidad con sus pasmosas explicaciones, del vapor con sus prodigios. En las capas inferiores de la sociedad y hasta en los salones aristocráticos de las viejas capitales, — de la iluminación y del magnetismo animal, — de la segunda vista y de la Sonámbula, que volvía á aparecer en la rotación del pensamiento humano como la Sibila de Cumas. El hombre con sus supersticiones es siempre el mismo actor en todas las civilizaciones.

Iluminismo, magnetismo, electricidad, vapor, eran todos rayos convergentes del mismo Sol, — el pensamiento alemán que sondeaba la naturaleza y escrutaba el mundo.

Goethe el patriarca, había desaparecido ya con el presentimiento de la nueva faz que debía revestir la inteligencia de su nación, estudiando la botánica y las flores, descomponiendo la luz en el prisma y verificando él mismo, con el crisol de la química moderna, aquella escena del alquimista descripta por él en el Fausto. ¿Cuáles son los sueños, cuáles las realidades de la vida?

Humboldt reemplazaba á Goethe. Era el nuevo Dios. Escribía el *Cosmos*. Los sabios de la Europa recibían las confidencias de sus páginas, y Arago, que popularizaba en aquel momento los cielos, había anunciado él mismo la lectura del capítulo sobre las Nebulosas en los salones de Madame Recamier.

De pronto corre un murmullo por la Alemania. Por unos es recibido como una esperanza, acogido por otros con excepticismo y desdén. Acéptanlo unos como una promesa de un nuevo genio, sublévanse otros con sólo oirle, como si se tratara de una rebelión ó de una blasfemia.

Un nuevo renombre se había ido levantando entre aquella vida de Universidades, de cátedras y escuelas. Lo llevaba un hombre joven, que era á la sazón catedrático de Historia Natural en la Universidad Real de Prusia.

Sea sentimiento profundo de las propias fuerzas, sea seducción producida por las alucinaciones del renombre, aquel joven catedrático había concebido el audaz intento de anticipar el *Cosmos* de Humboldt.

El joven lleno de audacia y de ciencia, había ejecutado su vasto propósito. La *Historia de la Creación*, por el doctor Burmeister, era ofrecida en venta por las librerías de Berlín.

Escribimos estas líneas teniendo hoy en nuestras manos este libro, en una versión francesa tomada de la duodécima edición alemana.

Agosto 16 de 1873.

UN POETA COLOMBIANO

I

Señor don Santiago Estrada.

Mi querido amigo:

Vuelvo á encontrarlo, después de tanto tiempo, con su *antigua* y sana y buena naturaleza. Creo que usted no se ha ocupado de reunir los bellos escritos que en diversas ocasiones han caído de su pluma, y nos presenta publicada á sus expensas una colección de poesías ajenas.

Pedro Goyena dirá que éste es un rasgo puramente suyo, un rasgo de aquel Santiago Estrada, al que todos siempre hemos conocido prodigando con asombrosa facilidad lo propio y rindiendo admiraciones apasionadas á lo ajeno.

Su publicación de las *Poesías* de Jorge Isaacs es un acto de caridad perfecto. ¿Aspira usted, mi buen amigo, á la santidad y ensaya sobre el terreno literario el apostolado de la beneficencia? ¿Usted ha concebido y empieza á ejecutar "un *San Vicente de Paúl?*" — Pues bien, su primer acto tiene ya todo el esplendor de las obras del gran santo. Hay verdadero desvalimiento en el huérfano recogido, y debe ser desprendida naturalmente de todo móvil humano la acción magnánima del protector.

Abro el libro y leo. — Pues bien: no hay que leer; — á

pesar de ser el día de fiesta y de que el espíritu, libre de cuidados, se encuentra pronto para entrar en buena plática con el primer venido.

Leo su prólogo, y vale ser leído. Pero ¿dónde está el poeta anunciado y que debe hacerse presente á nosotros con sus cantos nacidos entre los esplendores y las magnificencias de la zona tórrida? ¿Dónde están las cumbres excelsas del centro de la América, marcadas por la lava y por el fuego de sus volcanes encendidos? El señor Jorge Isaacs no tiene ojos, y no aparecen siquiera en un rasgo fugitivo de sus composiciones la luz, la naturaleza, la tierra y el cielo ecuatorial. ¿Llamaríamos seriamente una descripción aquel descenso al valle para encontrar el clásico *arroyuelo,* que corre con el mismo monótono murmullo desde que fué cantada la primera égloga?

Esperemos. La poesía tiene corazón de mujer y suele sentirse atraída por el soplo de la desgracia. El señor Isaacs se aleja de su patria. Es joven, ama desde lejos y se halla proscripto. He ahí la triple corona que inmortalizó al Dante y que vale para un poeta sobre todas las pompas humanas.

Oigamos ahora los nuevos cantos. — El señor Isaacs recuerda con emoción contenida á "su bella y amada Felisa..." Es su esposa y no necesita decirlo, porque pronuncia su nombre con verdadera unción conyugal. Al señor Isaacs no le basta, como á tantos otros, ser un marido. Lo toma sobre su conciencia y lo demuestra: es un buen marido, y comprobado por la ausencia. Pero el señor Isaacs llega á lo sublime del caso. Es todavía un buen novio, aún después de haber sido marido, y la vida de familia gana sin duda este edificante ejemplo, aunque no veamos aparecer un nuevo poeta en el Parnaso americano.

He ahí las estrofas:

"Errante desterrado
Del patrio suelo,
Un rizo y unas flores
Ajan mis besos:
Prendas unidas
Como están en mi mente
Patria y Felisa.

"En las vegas que el Cali
Raudo humedece,
Nacieron estas flores:
Son de *quereme.*
Dichoso un día
Las tomé de las trenzas
De mi Felisa.

"El bucle de su pelo
Rubio-paloma
Talismán de inocencia,
Rizo de novia,
Dulce y esquiva,
Risueña y pudorosa
Dióme Felisa.

Esto es sin duda de lo malo, aunque no de lo peor. Dos ó tres estrofas conmovidas que en el *Canto del Recluta* cuentan las mudanzas de la ausencia, á veces más terribles ¡ay! que las de la muerte; — aquel verso que brilla como un disco de luz sobre la cumbre de una sierra, y que deja caer su reflejo sobre una página entera. Estos diez ó veinte versos pueden ser sentidos ó bellos, pero no explican ni justifican la publicación de un libro entero.

Un verso no es una obra poética, como una línea, aunque sea correcta ó pura, no es un cuadro, ó una hoja de árbol no es un paisaje. — El verso, la línea, la hoja, no son sino un accidente, sobre todo en el siglo de Byron, de Musset, de Hugo, de Goethe, y para no remontarnos sobre las cumbres

y no salir de la patria americana, en presencia misma de la nota lírica y ardiente de Heredia, ó del pensamiento intenso de Echeverría.

Temo haberme dejado llevar por un sentimiento de severidad excesiva, y abro nuevamente el volumen.

¿Dónde está el poeta? — Un ligero estremecimiento en el aire, una emoción que no se acentúa por ningún gran grito de pasión, de placer ó de dolor, no bastan para revelárnoslo, cuando estamos acostumbrados — á ver remontarse en vuelo majestuoso y grave el pensamiento poético de Encina, — á oir á Guido repitiendo el ritmo ondulante de la lira antigua cuando seguía sobre las márgenes del Cefiso los pasos de la dulce Erina,—ó á admirar las maravillosas delicadezas de expresión que hacen ver ú oír la idea por el movimiento y el sonido de la frase, en esas composiciones de Andrade formadas con los colores de una paleta inagotable, — y cuando nuestros labios se hallan todavía conmovidos y vibrantes, por haber repetido uno de esos gritos trágicos que resuenan en la poesía de Gutiérrez y que nos parecen dolorosamente arrancados de nuestro propio corazón.

El señor Isaacs es versificador, y sus versos incorrectos no tienen música para el oído, ni ritmo para el alma. Es poeta, y no construye palacios aéreos. Ama, y no están expresados en sus cantos los dos amores de la vida: los éxtasis de aquél en que se vierten las primeras ilusiones, y los ardores profundos y las sensaciones intensas de aquel en que se concentran las últimas esperanzas. La impresión del primer momento se convierte en juicio definitivo. — No hay poesía sin música, sin creación, sin sueños y sin tempestades.

II

Pero dejemos en paz á su poeta, que quedará siempre inédito á pesar de haberse hecho usted su editor. Mis observaciones no son una crítica de su autor. Son un reproche personal para usted. ¿Por qué no publicaría usted en vez de lo ajeno, mediocre ó malo, lo suyo que es incuestionablemente mejor, con lo que daría contento á sus amigos, aplicación á sus facultades literarias, y, sin cumplimiento vulgar, algún brillo á las letras de su país?

Dejemos á San Vicente de Paúl en los hospicios, y no lo traigamos á las letras. La abnegación que se olvida de sí mismo, excluye el sentimiento fuerte de la propia personalidad, sin el que nadie se arriesga en el peligroso campo de la producción literaria. Se lo digo con el encarecimiento de una exhortación seria. — No sea mal *editor,* puesto que puede ser tan *buen autor.*

Ayer no más llegaba á mis manos un discurso suyo sobre artes industriales, escrito con el mayor arte literario, y admiraba esa rica savia de su estilo que se extiende, se ramifica, y que por su abundancia misma enmaraña á veces la frase. Un día he leído un retrato del Coronel Mansilla trazado por su pluma, tan natural, tan animado, que parecía desprenderse de la página como una figura viva. Hojeaba en otra ocasión el mismo libro, y he sentido, leyendo una de sus descripciones, descender sobre mí ese sentimiento de desolación, reflexivo y triste, que despierta en el ánimo la vista de la pampa, cuando no hay la luz plena del sol que la incendia y la oculta con sus resplandores, — la obscuridad inmensa que abisma ó que aterra, — pero sí la luz de la luna, que se hace

tan penetrante en su melancolía al dilatarse por la extensión infinita.

Prefiero así sus escritos donde hay el pensamiento que nutre el estilo, y en los que el estilo se reanima y se vivifica bajo el variado reflejo de los objetos exteriores; y los prefiero cien veces sobre los versos incoloros del poeta colombiano. La última noticia que usted nos da sobre él, es bien venida. Experimento verdadero contento al saber que en uno de los valles de Colombia hay un hombre feliz que educa á sus hijos y cultiva la tierra, "guiando él mismo el arado que abre el surco".

Pero perdóneme mi buen amigo, y concluyo. — Cultivar la tierra, no es desenlace para un poeta. Los poetas cultivan otra tierra más dura y más ingrata: — cultivan el dolor, la duda, la desesperación en su mayor expresión humana. El pensamiento es á veces una espada, y al arrancarla de la herida para que pueda ésta ser sondeada en sus profundidades, muere el paciente. ¡Pobre Schelley! — hemos sentido todos pasar sobre nuestras frentes la sombra de tu agonía y no se aparta ya de nuestros ojos tu figura doliente!!

El tipo del poeta no es la rubia Ceres que preside las cosechas, ni el festivo Dios Pan que no inventó la lira sino el caramillo, para asociar sus desapacibles sones á las tareas rústicas. El tipo eterno del poeta es aquel Orfeo que aparece en las leyendas índicas y griegas como el primer cantor sublime, revelador de los misterios divinos y humanos. Su poder de seducción es inmenso. Después de haber vencido con su lira á las fieras, después de haber bajado á los infiernos en busca del bien perdido, Orfeo vuelve á la Tracia y muere despedazado por las bacantes, es decir, por las pasiones bravías que él mismo había suscitado con sus cantos.

Así murieron, bajo el desgarramiento de sus propias emo-

ciones, Byron en Missolonghi, Schiller en Weimar y Alfredo de Musset en París, cerca de aquella sombría calle de los Molinos, donde su Rolla tuvo también su última noche de placer y de vida.

Así mueren todos, desesperados y jóvenes, los que han recibido como un poder mágico y como un anatema este don suicida de convertir la palabra en gemido. Así mueren todos: menos Goethe, que se escapa á la destrucción por la encarnación sucesiva en todas las ideas; menos Hugo, que puede repetir las palabras de uno de los Genios en el segundo Fausto: *En la tempestad de la acción mi espíritu se renueva. Es un torbellino: sube y baja.*

Soy siempre su afmo. amigo y querría continuar siendo su lector.

El señor Estrada me respondió con acrimonia, dando lugar á una polémica que un joven escritor sostuvo con él, remedando mi estilo. — Hubo por parte del señor Estrada injusticia. — Tengo y tuve siempre cariño por su fácil y espontáneo talento, y se lo manifestaba en esta vez con sincera efusión. — Pero ninguna obligación podía reprochárseme para su desconocido cliente, y puesto que era sobre él interrogado, me era permitido responder con libertad.

El pensamiento argentino, abundante ó escaso, ha vivido siempre en las alturas, y debemos á lo menos mantenerle esta tradición de honor. Hemos adoptado por nuestros los grandes poetas del siglo, y son sus acentos los que resuenan en nuestras almas. ¿Por qué volveríamos, conducidos por el señor Isaacs, á Meléndez y á sus *palomas,* y á la silva *pastoril,* que no aparece menos insípida aunque se albergue en un valle calentado por el sol del Ecuador?

El señor Isaacs mismo ha escrito posteriormente versos levantados de tono y más conformes á la dirección tan diversa, pero siempre intencionada y profunda, que el pensamiento poético lleva en nuestra época.

Pero vuelvo á establecer el origen de mi escrito — fué una respuesta. He ahí la carta del señor Estrada que motivó la mía:

Señor doctor don Nicolás Avellaneda.

Muy señor mío y antiguo amigo:

Brisas de América traen hasta el Plata esas flores nacidas en los valles de Colombia. Deseo que no caigan en el olvido, como fueron al abismo las flores de la corona de Ofelia, sin que usted las tenga un momento en sus manos y me diga si son dignas de la tierra en que *"todo es grande, todo, hasta el crimen!"*

De usted admirador y amigo,

S. Estrada.

1.° de Noviembre de 1877.

MAZZINI

Los italianos han hecho su gran fiesta para la erección de la estatua de Mazzini. ¿Por qué es éste y no Cavour, el primero de los italianos, el objeto de la estatua?

Siempre estos pueblos latinos llevarán consigo la *plebe romana* que guarda para los Gracos la suprema de sus adoraciones! ¡Sí, los Gracos! No han removido sino plebe y arenas al pie de las tribunas, pero son ellos los predilectos y los favorecidos.

Cavour no vivió en contacto con las muchedumbres, no hirió su imaginación con el carbonarismo, con el plan misterioso, con el destierro impuesto ó voluntario, con la buhardilla en Londres y con las entradas furtivas en las ciudades italianas.

Cavour era primer ministro, y vivió por el contrario entre los esplendores de una Corte. — Fundó la unidad de su patria y su régimen parlamentario; pero su teatro estuvo en el gabinete ó en las Cámaras, no en las plazas públicas. — Ningún italiano, después de tres siglos, ha ocupado un lugar más grande en la historia de su país; pero su nombre no excita transportes de entusiasmo entre las generaciones presentes.

Háblase siempre de la pompa de los grandes de la tierra, del lujo fastuoso, de los deslumbramientos de la riqueza! — Pero hay igualmente una pobreza que se ostenta y que se despliega para ser contemplada. — La austeridad suele tam-

bién ser teatral, y verdadera ó falsa, nacida de sentimientos sinceros, ó sostenida sobre los hombros como un manto, es casi siempre un medio seguro para penetrar en el corazón de los contemporáneos.

Los pueblos aman con enternecimiento á los que aparecen sufriendo por una de las ideas que encarnan sus aspiraciones, y que la presentan ceñida á sus flancos como un cilicio, y suele olvidar muy pronto á los que la han realizado, hábiles ó afortunados, en el terreno de la acción, sin padecimientos personales.

Entre Cavour y Mazzini, la historia dice: Cavour; — las muchedumbres gritan: Mazzini.

Pero los clamores contemporáneos pasan y la historia queda.

Ese tinte del misterio que interesó en vida, deja sin luz ó sin carácter definido una figura en la historia. ¿Fué un apóstol? ¿Fué un conspirador? — El rasgo primordial queda indeciso.

Así la figura de Mazzini se presta poco á acentuarse sobre las formas plásticas y rígidas de la estatuaria. Sentimos mayor conformidad con su imagen moral, tal como la llevamos todos en el espíritu, cuando recorriendo un *Album* vemos aparecer su rostro sombreado por el lápiz vulgar de los retratos populares.

¡Cómo es más noble, más franca, más expuesta al sol la figura de Garibaldi! El también trabajó por la unidad de Italia, pero en campo abierto y por la espada del soldado. Es mejor ser herido en Aspromonte, que vivir en una buhardilla de Londres.

Hay siempre heroísmo en la sangre del soldado, y puede no haber sino un engaño falaz en las sombras del misterio que se condensan con pacientes artificios.

La campaña de las Dos Sicilias valdrá siempre por todas las intrigas del carbonarismo, durante un siglo.

Mazzini no ocupa un rango elevado entre los escritores famosos de la época. Su espíritu asciende á veces hasta las regiones superiores, pero su palabra se pierde en la vaguedad, se extravía en un misticismo incoherente, ó se enreda en cierto convencionalismo de giros y frases que parece un reflejo lejano de la filosofía alemana.

Sea bien venida la estatua de Mazzini como una prenda de fraternidad!...

Pero *nuestro* hombre de Estado es Cavour, y nuestro héroe es Garibaldi. — Esta es la historia contemporánea de Italia, vista y sentida desde el Plata.

Marzo de 1878.

PROMETEO

Al señor don Olegario Andrade.

Mi estimado amigo:

Las fuentes del entusiasmo no se hallan aún agotadas en mí, y necesito invenciblemente ponerme de pie en presencia de lo grande. El sentimiento que más exalta, no es el amor: es la admiración.

Acabo de leer su hermoso canto, y si puede creerse en esa irradiación del genio que envuelve por un momento al poeta y á su lector en una red de luz, yo afirmo que este canto dará vuelta á la América y que será una de sus glorias.

El alarido del Prometeo encadenado, es uno de los tres ó cuatro grandes gritos humanos que pertenecen á todos los pueblos, que resuenan en todas las civilizaciones, y su leyenda nacida en la Grecia es el eterno poema del corazón humano.

Sí, el poema del anhelo infinito, de los sueños gigantescos, de las sensaciones profundas, de los gritos del alma que se escuchan hasta en las estrellas, pero que no alcanzan á conmover las leyes inexorables y tristes del destino humano.

Es el poema del trabajo, lleno de angustias y de los ascensos dolorosos, de la esperanza que desespera y que no se fatiga, de la verdad que un hombre arranca de sus entrañas y que, para ser creída, necesita presentarla empapada en sangre, ardiente y viva!!

¿Quién es hombre y ha sido joven, y no ha llevado una nota siquiera del poema inmenso en su corazón?

Los unos han podido hacerla subir dolorosamente desde lo más íntimo del pecho, para que sonara como un canto en los labios; y todos á lo menos han sentido su estallido sordo bajo la sien. Los más fuertes y los más grandes, entre los hombres de nuestro siglo, han arrojado la gran nota en las alturas y la hemos repetido millares de almas.

Es Corina en el Cabo de Micenas, arengando á los Romanos. Es el grito con que René hace temblar las lianas de los bosques en los desiertos de la Florida. Es el vértigo luminoso con que Manfredo, poseído de la desesperación pero sostenido por un invencible orgullo, sube la cumbre de los Alpes; — y el vértigo sombrío con que Lelia, con el alma dilacerada y el pie sangriento, desciende á sus obscuros abismos.

La mente americana empieza ya á vivir en estas alturas del pensamiento, como si fueran su esfera propia. Otros recogerán mañana otras coronas. Pero habrá usted sido uno de los precursores, y lleva merecidamente en su frente, para no perderlo ya, el lauro de Esquilo, que inventó la tragedia griega y que cantó el primero la maravillosa fábula del Prometeo encadenado.

Cuando el poeta aparece en la tragedia griega, el coro le saluda diciendo: *"Para vos la vía pura de los pájaros"*. Guardaba este verso de Esquilo en mi memoria, y querría tener derecho para dedicarlo al nuevo cantor del Prometeo en la tierra argentina.

Soy su affmo. servidor, admirador y amigo.

Enero 14 de 1878.

THIERS

(CARTA AL GENERAL MITRE)

Leo su juicio sobre Thiers y lo guardaré. Es substancial y es elevado, y revela á cada momento haber sido escrito por un hombre de estudio, que ha vivido también mucho fuera de su gabinete, practicando el manejo de las cosas políticas.

Me sucede como á usted. No tengo admiración sino por el Thiers de la última hora. Es como aquella estatua que describe un antiguo, sólo iluminada por un rayo del sol poniente.

Thiers es grande cuando acepta con heroísmo patriótico la derrota, evitando que la Francia se desangre en los movimientos convulsivos de la impotencia y de la desesperación. Es patriota y es francés, con aquellos patriotismos que refunden una nación en el alma de un hombre, cuando contrae todas las fuerzas de su país al rescate del territorio y lo rescata. Es, por fin, un hombre de Estado, cuando arranca la Francia á las facciones, proclama la República, por ser la forma de gobierno que menos divide, y la sostiene, declarando que debía ser conservadora, como condición de duración ó simplemente de vida.

En cuanto al Thiers *republicano,* sin tener la República ni en el corazón ni en la mente, cubierto con una punta del bonete rojo, dejando caer desde una buhardilla la *Historia*

de la Revolución ó apareciendo en las columnas de *El Nacional;* en cuanto al Thiers mismo de la Monarquía de Julio, haciendo la guerra de las pequeñas ambiciones contra Molé ó contra Guizot... nuestras opiniones son idénticas.

Sería muy difícil decir todo lo que ha contribuido á extraviar á la Francia, con ideas de falsa grandeza, el llamado culto Napoleónico. ¿Dónde está, sino allí, la explicación del Imperio? Mr. Thiers con su gran libro, ha sido sin duda el Sumo Pontífice del culto, y usted ha olvidado decir que fué también Thiers, como Ministro, el que trajo de Santa Elena los despojos del héroe, para acostarlos en su sarcófago de pórfido, bajo la cúpula de los Inválidos.

Hay coincidencias que no han sido notadas. Durante este mismo Ministerio, Mr. Thiers hizo decretar las fortificaciones de París, en lo que había, á la verdad, prudencia instintiva, porque no se puede consagrar el culto al Dios de la ambición, de la conquista y de la guerra, sin pensar en los medios de defensa...

Concluye usted señalando el punto vulnerable de las actuales instituciones de la Francia. No es la República *representativa,* sino una República *parlamentaria* la que allí se ensaya con un ministerio sometido al voto del Parlamento, y con un Presidente sometido á los Ministros, cuando éstos tienen la mayoría del Parlamento. Ahí está la caída de Mac-Mahón; y la máquina seguirá funcionando hasta que á fuerza de demoler Ministerios y Presidencias, venga á *caerse* en la anarquía.

Mac-Mahón hizo ahora dos años un esfuerzo para dar otro carácter al Gobierno ejecutivo. Usted recordará su ensayo de un Ministerio *extra-parlamentario.* Se componía de estadistas distinguidos y probados. Pero la Francia entera se puso de pie para resistirlo. Hugo, Luis Blanc, Gam-

betta, los republicanos de todos los matices, rechazaron el Ministerio como un insulto. Laboulaye, el intérprete ante la Francia de las instituciones americanas, pudo haber explicado el hecho y la teoría, presentar los ejemplos, señalar y justificar el nuevo rumbo, y se calló, como se había callado antes en los días del Imperio...

Abril de 1879.

AL MISMO

Le he traído del campo el segundo volumen de Jules Simón. No es la historia. Es todavía la crónica contemporánea, con sus relatos minuciosos y sus numerosos nombres propios. Pero las últimas cien páginas tienen un gran interés dramático, y lo tendrán aún mayor cuando se refundan en ocho ó diez y adquieran su pliegue histórico.

Mr. Thiers concluye su obra inmortal, — la liberación del territorio, y la Asamblea está acechando sus últimos actos. — ¿Para qué?... Para destituirlo.

Mayo de 1879.

ALBERDI

Ha pensado y ha escrito. No ha tenido ingerencia personal en el gobierno interior de su país, ni aún siquiera por medio de la vida activa del ciudadano. Así, sabe palabras, formas. Sabe el pensamiento mismo como concepción mental, y lo maneja poderosamente. Pero no sabe su aplicación práctica. No sabe la realidad, en su forma trivial, tangible, por decirlo así.

Descubriría el sistema del mundo político, cual otro Kepler ó Copérnico, pero no sabría dirigir los debates de una Cámara en sus pormenores reglamentarios.

Nunca veo al doctor Alberdi, sin traer á la memoria estas palabras con que el Padre Laurencio Altieri define al beato y sutil Scott:

Vir acuttisimus in verbis, atque in rerum substantia, sed in materia plene ignarus.

"Varón ingeniosísimo en las palabras y hasta para explicar la substancia ó esencia de las cosas, pero ignorante en todo lo que se refiere á la materia."

Buenos Aires, 1879.

NAPOLEON

(DE UNA CARTA A DON JOSE MANUEL ESTRADA)

Muchas gracias por el libro. He leído y he pensado. — Este es el verdadero Napoleón. Fuera del talento prodigioso, no es sino un gran cómico. ¡Qué cómico! No tiene amor, odio, ni gratitud, ni venganza. Todo en él es cálculo. No pertenece á la fibra humana.

Este libro me ha enseñado que Napoleón fué así desde sus primeros pasos, y esto es asombroso. Su correspondencia con el Ministerio es un modelo de astucia y de habilidad. — ¡Cómo aplaza sus venganzas, cómo encubre sus enemistades y cómo se separa de sus amigos!

Es Júpiter, porque maneja el rayo. Pero es también Arlequín, porque se viste con todos los disfraces.

Marzo 5 de 1879.

EL DOCTOR DON JULIAN S. DE AGUERO

Las cenizas del ilustre patricio se encuentran en el seno de la Patria. Es un deber ponerse de pie para saludarlas. Debemos este homenaje al proscripto, al orador legendario de la tribuna argentina y al hombre de Estado que representa, con Rivadavia, una época de grandeza intelectual en la República.

El doctor Agüero vino tarde á la vida pública, habiéndose substraído con dificultad á sus tradiciones de familia, al silencio de su iglesia y á la concentración natural de su carácter.

Tenía ya treinta años cuando estalló la Revolución de Mayo, y no se asoció sin embargo á sus movimientos. No figura en la Junta Gubernativa, en la Asamblea del año 13, ó en el Congreso de Tucumán, ni aún cuando éste se transfirió á Buenos Aires, hasta su desaparición en 1819.

Su primera aparición pública fué en el púlpito. Saludó desde su altura á la Revolución y á la Libertad, y se puso á su leal servicio. No es recordado hoy como orador sagrado, pero su célebre sermón patrio y aquella Oración fúnebre sobre el doctor Solá, tan suave y tan apostólica como la memoria del sacerdote ilustre á la que es consagrada, merecen aún ser leídos después de tantos años.

La carrera del doctor Agüero fué sobre todo parlamentaria. Empieza con el establecimiento de la Legislatura pro-

vincial de Buenos Aires y concluye con la clausura del Congreso en 1827, que puso igualmente término al debate libre en la República Argentina.

La tribuna y el orador desaparecieron al mismo tiempo, sin que volviera á escucharse durante sus veinticinco años de proscripción la palabra del doctor Agüero. Acaban de publicarse dos ó tres cartas suyas dirigidas desde Montevideo al General Lavalle, y no conocemos ningún otro papel escrito que lleve su nombre desde 1828 hasta su muerte.

El doctor Agüero se distinguía como orador por la fuerza, el número y el encadenamiento de sus argumentos.

Menos dialéctico que Gorriti, le superaba por la amplitud de su pensamiento, que se movía dentro de una esfera más vasta. Nadie supo mejor que él desentrañar su tema; y al seguir página tras página, viendo desarrollarse en períodos numerosos aquellos razonamientos siempre encadenados por una fuerte trabazón, nos sentimos tentados de repetir las palabras de Savigny, cuando leía al jurisconsulto Paulo: "Nuestra debilidad moderna ha perdido el secreto de una dialéctica tan maravillosa".

Sus estudios habían sido escolásticos y su campo se hallaba surcado, según la expresión de Bacón, por el *arado* del silogismo. Pero tenía como ningún otro hombre de su tiempo la facultad de aprender con rapidez y profundidad.

Todo lo que podía comprenderse sin una generalización vasta y con un fuerte razonamiento, era puesto sin esfuerzo bajo su dominio.

Exponiendo la ley del enfitéusis, que es su obra primordial como legislador, demuestra que conoce todos los principios de la Economía Política, ignorados en aquella época hasta por los hombres de gobierno en Europa; y cuando presentó y discutió los proyectos de ley sobre el Banco de descuentos

y el Nacional, se hallaba plenamente imbuido de la materia.

Se había iniciado en estos conocimientos por estudios metódicos, y hemos tenido en nuestras manos un voluminoso cuaderno en el que el doctor Agüero consignaba sus lecturas, tratando por capítulos, del crédito, de los Bancos y de sus diversas funciones. Conocía la célebre Memoria presentada por Hamilton en el gobierno de Wáshington y había extractado sus párrafos principales, tendientes á demostrar la necesidad de un Banco central.

Había antes discutido la reforma eclesiástica, sin salir del dogma y dentro del terreno del mismo derecho canónico, poniendo á contribución aquellos Capítulos sobre los frailes *(De Regularibus)* tan frecuentes en el Concilio de Trento y que arrancaron á Erasmo la sonrisa de ironía que la Europa entera sorprendió en sus labios, indiscretos á medias y por vez primera. Este es el rasgo fundamental de la contienda religiosa que acompaña en América á las borrascas políticas. No saltó las vallas, no salió de los textos auténticos, ni aún bajo la pluma asombrosamente sabia del doctor Vigil. El doctor Agüero poseía á fondo el derecho canónico.

Señalemos ahora otros rasgos de su fisonomía.

El doctor Agüero era grave, austero, taciturno. No es cierto que hubiera en sus discursos la ironía que aguza la palabra oratoria, mortificando sin herir al adversario, ó el sarcasmo, que la acentúa fuertemente. El doctor Agüero era tan sólo inflexible en sus formas y duro en su tono, y los contemporáneos han recordado por mucho tiempo la aspereza con que trató al venerable Deán Zavaleta, cuando éste propuso que fuera consultada á la Legislatura de Buenos Aires la ley sobre la Capital.

El doctor Agüero abandonando la ciudad de Buenos Aires, creyó durante algún tiempo que su ausencia sería breve, y

viajó para entretener su expectativa. Al ver más tarde que el destierro extendía delante de él sus sombras implacables, cayó en el mutismo. Los jóvenes como Echeverría ó Alberdi, se le aproximaban en vano para conocer los secretos de la política en la grande época presidencial, ó las meditaciones de su vejez. Nada supieron.

Le vieron sí, á ocasiones, leer aquel libro extraño que Erasmo escribió haciendo el elogio de la locura. ¿Empezaba á creer que el mundo no era sino el ludibrio de una suerte caprichosa ó vana, pero siempre cruel?

La memoria del partido unitario se hallaba guardada por una esfinge que decía á las generaciones nuevas — no como la Tebana: "adivina ó te devoro" — sino: "si eres capaz de adivinar, admira". ¡Cálculo de la vanidad, majestuoso y digno, pero al fin cálculo! El sudario histórico más prestigioso es á veces el silencio. Lo era en este caso.

El doctor Agüero vivía en estas largas horas del destierro, más de sus recuerdos que de su pensamiento. Salió una vez de su reposo para animar la empresa libertadora del General Lavalle, y se creyó quizá en 1829 restaurando el gobierno del mismo General, que tanto había contribuído á formar en 1828.—Los años intermedios quedaban suprimidos.

Así para el grupo central del partido unitario, ya viviera en Santa Catalina ó en Montevideo, la vuelta á la patria no se le aparecía sino bajo las formas de una restauración. De este mismo espíritu se hallaban poseídos todos. Si hubieran vuelto triunfantes con Lavalle á Buenos Aires, habrían reabierto sus cursos en la Universidad, repitiendo instintivamente las palabras de Fray Luis de León, cuando subía á su cátedra de Salamanca después de diez años pasados en la Inquisición: — "Señores, como decía *ayer*".

Pero no es esta la ocasión del juicio histórico, y mucho

menos de la crítica improvisada para un artículo de diario.

El partido unitario no alcanzó en vida la restauración soñada. Pero las cenizas de sus próceres muertos reciben con justicia el culto patrio. Sus memorias se confunden con nuestras primeras emociones de patria y libertad. Son los verdaderos fundadores de nuestras virtudes cívicas, y ellos nos enseñaron la fidelidad al honor, los sacrificios por la causa noblemente abrazada y el refugio de los destierros, cuando no se puede vivir en su país con decoro y con libertad.

Pasaron todos por crueles y largos sufrimientos, y jamás descendieron de sí mismos, ó de la rigidez soberana de sus principios, por una condescendencia ó por una debilidad.

Entre el grupo histórico, descollará siempre la figura levantada y austera del doctor don Julián Segundo de Agüero, por la dignidad suprema de la vida, por el predominio de la palabra y por sus concepciones políticas, que si no produjeron la felicidad aguardada, acrecentaron el sentimiento nacional dando grandeza á una época.

Las cenizas del doctor don Julián Segundo de Agüero son depositadas en el panteón de la Catedral de Buenos Aires, cuando esta ciudad es proclamada Capital de la República, quedando así realizado después de cincuenta años el más trascendental de sus pensamientos políticos. Hasta que se fundó el régimen de la Constitución después de Caseros, y vinieron en tumulto los congresos y los oradores, no había sino un Discurso que viviera tradicionalmente en la memoria argentina, el discurso del doctor Agüero sosteniendo la "capitalización de Buenos Aires".

Este homenaje silencioso de la historia vale por todas las pompas públicas.

Abril de 1881.

VOLTAIRE

Se dice que lo propio del espíritu francés y de su literatura, es *divulgar* y *vulgarizar*. Se habla del carácter cosmopolita de la literatura francesa y de la facultad de asimilación que la distingue.

Todo esto es cierto. Pero sólo es cierto después de Voltaire. Antes de Voltaire la literatura francesa era tan peculiar, revestía un carácter tan local, como la inglesa ó española. Voltaire puso en contacto intelectual la Inglaterra y la Francia, é hizo que ésta conociera á Pope, el clásico perfecto, y á Shakespeare el bárbaro.

Pero la facultad suprema de Voltaire consistía en su don de *vulgarizador*. El lo imprimió al idioma francés, á su literatura, y una aptitud de su espíritu quedó convertida en una calidad nacional.

No conozco otro ejemplo de una influencia semejante, ejercida por un hombre sobre el carácter de una Nación, ó por lo menos sobre la tendencia de su literatura.

Buenos Aires, 1881.

De una nota marginal en un libro. — N. DEL E.

EL GRAN CHACO

LIBRO DE DON LUIS J. FONTANA

I

El autor de este libro pertenece al pequeño grupo de jóvenes que, abriéndose una nueva vía en la historia intelectual de nuestro país, han resuelto tentar el estudio y la exploración, ya de su naturaleza ignorada bajo tantos aspectos, como de una parte de su territorio hasta hoy desconocido. Han recorrido en estos últimos años, con ardor superior á todos los peligros, la Pampa, la Patagonia, el Chaco, y uno de ellos acaba de poner el pie en las Misiones, atraído por la curiosidad científica y por la avidez de un espíritu poético que necesita saciarse de emociones á la sombra de los bosques seculares.

Un espíritu crítico, sin ensañarse en la censura, podría hacer notar con exactitud que sus exploraciones son incompletas, que conjeturan mucho y deducen poco, y que su aptitud para la observación científica no se halla suficientemente desenvuelta por fuertes y vastos estudios.

El crítico extraño tendría razón ; pero podríamos nosotros, á la vez, aducir en justo descargo que estos jóvenes han aprendido á la casualidad, sin maestros y casi sin libros,

que se han inspirado en su propia vocación, sin tener otros ejemplos, porque les ha faltado, en los nuevos rumbos que emprendían, hasta la tradición anterior que señala derroteros y constituye una guía, suscita comparaciones que son una relación entre el presente y el pasado, é impregna la atmósfera de un país de cierta disciplina intelectual, bajo cuya influencia sólo es posible la madurez ó el crecimiento de algunos productos intelectuales.

No hay en un país ciencia sin la tradición científica que forma el espíritu de los que la cultivan, que lo renueva y lo perpetúa, que crea entre los actores de la misma tarea, presentes ó desaparecidos, la *emulación común,* que no solamente es un móvil mundano, sino un elemento científico, como Descartes mismo lo ha reconocido en su tratado sobre "las pasiones".

Estos jóvenes son, por fin, los primeros argentinos que se ocupan de las indagaciones concernientes á la naturaleza y á nuestro suelo, y debemos saludarlos en su advenimiento, no precisamente para excluir á los extranjeros, según la frase *pampeana,* sino porque su presencia marca una hora propicia en nuestro crecimiento interior. La ciencia se atesora todavía con mayor lentitud que el capital, y no hay pueblo nuevo que pueda ostentarla como propia.

De nuestros labios no deben salir sino palabras de glorificación para los sabios extranjeros que han asociado sus nombres, sus trabajos y sus vidas á la verdadera ilustración de nuestro país, por la investigación de sus fenómenos naturales y el descubrimiento de las leyes que los rigen. No puede, entre nosotros, hablarse de esta clase de estudios, sin rendirles antes de todo el debido homenaje; y como nos llevaría muy lejos de nuestro actual propósito mencionarlos individualmente, nos detendremos, á lo menos, delante del

patriarca, es decir, del más antiguo, ilustre y famoso de todos, del doctor don Germán Burmeister, al que el autor mismo de este libro debe lo poco ó mucho que sabe. [1]

El doctor don Germán Burmeister empezó su carrera científica por un esfuerzo prodigioso, repitiendo sin vértigo y desde una altura inmensa, las palabras con que Empédocles había comenzado su obra: *Escribo sobre el Universo*. La aparición de su primer libro fué un asombro para la misma Alemania sabia: — era la *Historia de la Creación* que anticipaba inopinadamente el *Cosmos* de Humboldt, aguardado después de veinte años, y que venía á ligarse con las seis ú ocho extraordinarias tentativas que se han hecho en dos civilizaciones para explicar, remontando de causa en causa, la historia general de la Naturaleza, como decía Buffón, ó el *sistema del mundo*, según la frase cartesiana más comprensiva y más vasta.

No es cierto que después de trasladarse el doctor Burmeister á la América, haya decaído en el vuelo de su genio, por haberse encerrado porfiada y sistemáticamente en una especialidad, como en una cárcel ó en una tumba. Ahí está, para demostrar lo contrario, su última obra, que no tiene casi otros precedentes en la historia científica, *La Descripción Física de la República Argentina*, que llega en este momento á su sexto volumen. El autor del libro es al mismo tiempo el autor de los materiales sobre los que éste se encuentra escrito. El escritor y el libro sólo derivan de sí mismos. No hay lugar para las observaciones de los otros, ni cuando se estudia la composición geológica del suelo, ó se señalan las corrientes del aire que recorren la atmósfera. Esta peculia-

---

(1) El señor Fontana ha sido inspector en el Museo, bajo la dirección del doctor Burmeister.

ridad da á la obra un carácter extraordinariamente personal, pero revela al mismo tiempo lo vasto, lo complicado, lo múltiple de la inmensa tarea que por veinte años ha absorbido á su sabio autor.

El libro soberano del doctor Burmeister se encuentra al principio de nuestras investigaciones científicas, y las que se hagan posteriormente, bajo todos los aspectos de la naturaleza física, remontarán á sus páginas como á su primer origen. Un día se buscará en nuestros idiomas americanos una de esas palabras compuestas que exprese este pensamiento, para aplicársela como un distintivo ó un nombre, recordando aquel río que fué llamado *Meschasebé,* porque era conocido como el padre de los ríos.

II

Digamos ahora pocas palabras sobre nuestro autor, sobre su libro y sobre el territorio apenas conocido á cuya descripción se aplica, á pesar de que las primeras exploraciones daten de tres siglos y se confundan con los pasos mismos del conquistador en estas regiones.

El señor don Luis Jorge Fontana es soldado y es explorador; y no es escritor, ni hombre de ciencia, sino en cuanto se lo han consentido los ocios del campamento ó los escasos medios de instrucción que pueden encontrarse viviendo en los territorios desiertos. Así, al hablar de las aves y de los cuadrúpedos del Chaco, los designa por sus nombres vulgares ó indígenas, adoptando la nomenclatura usada por Azara, que si no conoció las clasificaciones y los procedimientos del método moderno, tuvo como ninguno el genio

de la investigación servida por una memoria portentosa. Fontana es su discípulo más directo. (1)

El señor Fontana nos contará sin duda un día, cómo sintió nacer y desenvolverse en su espíritu la pasión por las exploraciones; cómo sus observaciones sobre los indios se ligan con sus recuerdos de infancia, con las tradiciones de su familia, que fué de las primeras establecidas en el Carmen de Patagones, desde los promedios del siglo anterior. ¿Cuál de sus amigos no ha oído hablar al señor Fontana de aquel gigantesco cacique Casimiro, de la nación Tehuelche, que había nacido en su casa paterna de Patagones y que le contaba, siendo ya muy viejo, haber concurrido con su padre á la escuela?

La vocación del señor Fontana proviene de estos orígenes, que le hicieron familiares, desde su niñez, el espectáculo de los territorios desiertos, — y las costumbres de sus rudos habitantes.

He ahí lo que sabe Fontana — conoce al indio — al del Chaco, al de la Patagonia, ó al de la Pampa intermedia. Los recuerda, los compara entre sí, los designa por sus modos de vida, escrutando los grados diversos de su desarrollo intelectual. Cuando se llega á estos capítulos amplios y fáciles sobre los "indios", el libro ha salido ya de la investigación penosa, del cauce estrecho donde se detiene, se interrumpe y se estanca á cada momento, como uno de esos ríos sin pendiente que describe en sus páginas; y el autor y el lector respiran por fin y se explayan tras de compresión

(1) Debemos, sin embargo, advertir que la nomenclatura científica no le es de todo punto desconocida, y que así, usando con preferencia la de Azara, cuando se trata de las aves, por ejemplo, pone los nombres equivalentes del índice de Hartlaub.

tan larga. El estilo mismo pierde su rigidez, y sin llegar á las formas flotantes del relato, se hace movible y fácil.

¡Cuánta observación hay encerrada en el capítulo sobre la "inteligencia de los indios", y quién ha señalado con rasgos más propios y naturales las diferencias características entre el indio que recorre la llanura y el indio que habita el bosque, aunque ambos sean nómades y vagabundos! Copiemos, porque la página es tan original como nueva. No ha sido hasta hoy escrita.

" Los indios del Chaco son más inteligentes y observado-
" res que los indios de la Pampa y de la Patagonia.

" El indio del Sud es indómito por naturaleza, de ca-
" rácter voluntarioso, que vive en una región fría y que pisa
" un terreno extenso sin obstáculos; que dispone del caballo,
" de ese elemento poderoso que todo lo pone al alcance de sus
" bolas, de su lazo y de la punta de su lanza; ese salvaje,
" decimos, belicoso y que hasta los elementos pretende sub-
" yugar al capricho de su voluntad; ese ser especial que
" cuando tiene hambre salta rápido sobre el lomo de un potro
" tan fiero é indómito como él, y se lanza cual una avalancha
" hasta saciar con sangre caliente y con carne palpitante su
" sed y hambre, para después dormirse sin pena y sin glo-
" ria, pero satisfecho y nunca cansado de correr — ese hom-
" bre, repetimos, no puede jamás ser tan inteligente y sus-
" ceptible de aprender como el indio chaqueño.

" Un indio pampa ó araucano, cuando llega á los doce años
" de edad, ya es un hombre que sabe todo lo que debe saber
" para sustentar las primeras necesidades de la existencia,
" y de un modo independiente y absoluto si fuere nece-
" sario.

" No sucede así entre los indios del Chaco: un individuo
" de la misma edad se moriría bien pronto si se encontrase

" solo, porque á los doce años recién se halla á la mitad de " su carrera; todavía le faltan conocimientos que le son " indispensables; el aprendizaje es mucho más largo, más " complicado, más penoso que el de los indios del Sud de la " República.

" Estos salvajes aprenden á caminar muy temprano, con " esa prontitud con que da los primeros pasos todo niño en- " tregado, desde muy tierna edad, á sus propios esfuerzos; " pero la irregularidad del enmarañado terreno que pisan " hace que, desde tan temprana edad, ya empiecen á ser " observadores; puede decirse que desde entonces comienza " á trabajar con actividad la mente del indio del Chaco, esto " es, mucho antes de lo que acontece entre los hombres civi- " lizados."

Sentimos no continuar la transcripción.

III

Este libro es austero y rígido. No tiene sino una sola línea, larga y uniforme. ¿Quién lo supondría escrito en medio de la selva, poblada de rumores, y no por uno de esos viajeros del Atacama, de la Pampa, del Sahara, que sólo vieron durante días "un cielo sin nubes sobre un suelo sin sombras"? Aquí no hay un reflejo para la majestad solemne del bosque, para los caprichos brillantes de la atmósfera, para la gracia de los accidentes en el curso tortuoso del río, y la soberbia grandeza del clima sólo se expresa por las tablas meteorológicas.

El señor Fontana ha recorrido en diversas ocasiones el Chaco, teniendo encuentros terribles con sus bárbaros ha-

bitantes. La flecha del Toba ha caído más de una vez sobre su débil barco, y el bramido del tigre estremecido su lecho de hojas, cuando dormía en el bosque. El autor no recuerda, sin embargo, uno solo de estos trances mortales; y la aventura real queda suprimida, cuando habría bastado la imaginaria ó supuesta para dar pábulo á la curiosidad de millares de lectores.

¡Cuán profundamente diferente es el método de Pelleschi, que acaba de darnos otro libro sobre el Chaco, con su alma contemplativa ó resonante, que se hermana con todos los espectáculos de la Naturaleza, que entona la oración del Angelus, cuando la luz crepuscular de las tardes agrega su tristeza á la solemnidad del bosque, ó que en presencia de los esplendores tropicales de la vegetación que dan vida ferviente y poderosa al paisaje, suple la insuficiencia de la descripción por el himno de bendición y de gracias!!!

Pero no debemos comparar géneros tan distintos entre sí. — Nuestro autor no anota sino observaciones y sólo consigna resultados. — No habla de sí por modestia sincera, y no se abandona á una emoción, por circunspección sistemática.

En una sola ocasión Fontana se permitió una mención personal. — Llegaba á la frontera de Salta, habiendo partido de la Colonia Resistencia y después de haber atravesado todo el Chaco austral. El viaje había sido largo y circulaban rumores siniestros sobre la suerte de los viajeros, cuando el Presidente de la República recibió inopinadamente el telegrama siguiente: — "Estoy en Rivadavia. Queda el Chaco reconocido. He perdido el brazo izquierdo en un combate con los indios, pero me queda otro para firmar el plano del Chaco que he completado en esta excursión. *Luis Jorge Fontana*". — El mapa anunciado aparece al mismo tiempo que este libro, pero sin explicaciones y sin historia, porque

el autor ha repudiado, como un artificio de composición, hasta este recuerdo terriblemente personal de su brazo roto. (1)

Necesitamos, sin embargo, decirlo con franqueza. Comprendemos la gravedad de este método y sus severos motivos, pero no lo aprobamos.

Escribir una obra de enseñanza ó *didáctica* sobre el Chaco, es intentar casi lo imposible, puesto que se trata de un territorio tan grandemente desconocido. Verdad es que hace siglo y medio lo ensayó el Padre Lozano; pero el buen Padre tenía á su servicio una maquinaria prodigiosa que llamaremos poética, subordinándonos al uso, pero que era puerilmente prodigiosa. Así, nos presenta con un candor seráfico—indios que caminan para adelante como los *hombres,* pero que tienen rodillas para atrás como los pájaros; — árboles que producen *aves,* y cuando el interés desfallece, serpientes enormes que sobrepasan á las de la Biblia, porque ya no engañan á las mujeres, sino que las fecundan, cuando las encuentran dormidas á las orillas de los ríos.

El señor Fontana nos ha dado un libro lleno de altas reflexiones y provisto de las más severas noticias. Pero cómo, á más de útil, habría sido bello, si dejándole por fondo sus datos tan penosamente recogidos, sus observaciones pacientes, su Mapa, — que es el mayor por su extensión y que será por mucho tiempo el más completo, — hubiera dado al mismo tiempo á sus páginas la animación de los relatos ó el interés dramático de los peligros corridos!

Ni aun siquiera esto. Bastábale agregar, en breves to-

---

(1) Como hemos de hablar con reiteración de este mapa, sobre el que el señor Fontana ha concentrado la atención más prolija, debemos advertir que ha tenido tiempo para introducir en su formación datos recogidos con posterioridad á la composición de su libro.

ques, á sus verificaciones, descubrimientos ó rectificaciones, el canto indio que se oyó en la soledad de la noche y del que se recogieron dos ó tres palabras para el curioso vocabulario que el libro contiene; el pájaro que vuela, la nube que pasa, la flor bella y rara, ó la lágrima vertida sobre una de esas tragedias del desierto, en las que la vida concluye por el hambre, por la sed, por la bestia bravía, ó por el áspid venenoso. Estos rasgos son los que convierten al lector mismo en viajero, porque son pintura para sus ojos y fuente de emociones para su alma.

IV

Hace siglo y medio que el Padre Lozano escribió el primer libro monográfico aplicado á la descripción de esta región, y el Gran Chaco Gualamba no ha perdido hasta hoy su carácter misterioso. Lo tuvo desde que fué conocido con un nombre.

Chacú, dice el autor de este libro, significa en quíchua: "un grupo de guanacos que se refugia en los montes impenetrables de un país misterioso". Pero una sola palabra, formada de cinco letras, no puede expresar tanto á la vez, aunque sea quíchua y provenga del sanscrito ó del griego, que son tan conocidos por su aptitud para combinar y componer palabras. "Llámase, dice Alcedo en su Diccionario Americano que debiera ser consultado, Chaco, ó con más propiedad Chacú, que en lengua Quíchua significa junta ó compañía, porque allí se juntaron los indios de muchos países, huyendo de las conquistas de los Incas y después de los Españoles".

Una región como la del Chaco solo será debidamente ex-

plorada por la colonización. Los años pasan, — los exploradores penetran y vuelven; — y tras de sus pasos el bosque deja caer nuevamente su cortinaje impenetrable y el desierto se envuelve otra vez en sus seculares misterios.

¿Qué se sabe hoy sobre el Pilcomayo, desde que, en 1719, *avanzando sus correrías anuales los vecinos de Tucumán,* como dice tan sencillamente el Deán Funes, "dieron con un *río* que *se creyó* ser el Pilcomayo"? Arenales ha publicado el *Diario* del Padre Patiño, que fué el primero en seguir su curso, sin que sus datos hayan sido hasta hoy esclarecidos, rectificados ó completados; y será una de las curiosidades de este libro el itinerario de viaje que contiene el reconocimiento de la entrada del Pilcomayo en el Paraguay.

El Bermejo ha sido navegado, y nuestro autor resume las experiencias hechas en las siguientes advertencias: "Acéptense estos ríos en su estado actual, ó no se naveguen. Navéguese por los canales naturales, sin tratar de modificar el cauce de los ríos que corren en la parte baja del Chaco. El suelo es de arena. No hay declives, y el río empujado por las crecientes ó las lluvias puede pasar al año siguiente á media legua de los canales actuales". Se avanza muy poco. Hace cincuenta años que Arenales consignaba estas mismas observaciones, sin concluir *á priori,* como el señor Fontana, contra la ejecución de los trabajos hidráulicos que pueden suplir precisamente estas deficiencias naturales.

¿Qué hemos averiguado sobre el hierro nativo del Chaco, al que se dió origen meteórico? Los datos que consignaba ahora sesenta años *La Abeja Argentina* no han sido aún adelantados, y no se hace sino repetirlos en relatos, á los que empieza á mezclarse la leyenda sobre este territorio de *Otumpa,* que algunos traducen por *Campo del cielo.* ¿No será simplemente una mina de hierro, como lo dice Alcedo? "El

"Chaco no tiene minerales algunos, aunque dicen que an-
"tiguamente los trabajaron los indios, y sólo se descubrió
"poco ha uno de hierro, que al principio se creyó fuese
"de *oro*". (1)

V

Hay accidentes de la conquista que siguen perpetuando su influencia después de tres siglos. Basta desplegar el Mapa, para ver que por el Chaco debiera cruzar el camino más recto para unir el litoral argentino con las Provincias del Norte y con la tierra de los Incas. Esta es la demostración de la primera mirada, y los descubrimientos del Bermejo y del Pilcomayo vinieron todavía á manifestar después que las grandes vías de esta comunicación se hallaban trazadas por la naturaleza misma.

Pero las tentativas de la conquista fueron infructuosas. El Chaco quedó cerrado, habiéndose acrecentado los terrores misteriosos que inspiraba, por la impotencia misma de tantos esfuerzos heroicos.

Juan de Ayolas reemplaza á Mendoza, atraviesa combatiendo el pavoroso territorio, tarda seis meses en la ida y en la vuelta, pero vuelve para morir en una de las más trágicas jornadas de aquellos horribles tiempos. La hazaña de

---

(1) Al corregir estas pruebas, (1883) leemos en los diarios que se han malogrado en su resultado dos expediciones en el Chaco, que se proponían encontrar el "Campo del Cielo" y traer fragmentos del metal meteórico. Los derroteros indicados resultan falsos. No hay tal "Campo del Cielo". ¿Las "pistolas" depositadas en el Museo de Londres, no serían sino una superchería, en la que hubieron engañados y engañadores?

Ayolas sólo fué repetida estérilmente por Irala; y después de las expediciones de Alvaro Núñez, de Diego de Mendoza, de Vera y Aragón que abarcan un período de medio siglo, los conquistadores abandonaron el pensamiento de llegar al Perú por tierra ó por agua atravesando el gran Chaco-Gualamba.

El pensamiento se reanima en los tiempos posteriores, pero ensayado por actores muy diversos, ó bajo otros móviles. — Son los Jesuítas que no buscan ya la *tierra del oro,* como en los días fabulosos de la conquista, sino una comunicación fácil y directa entre sus Misiones del Paraguay, Córdoba, Santiago y Chiquitos. A una de sus exploraciones pertenece el conocido *Diario del Padre Gabriel Patiño,* que tiene por objeto demostrar que el "río Paraguay y el Pilcomayo son dos ríos diversos", y "que el segundo entra en el primero por dos brazos". Fontana sostiene en su libro que no hay *tales dos brazos,* habiendo después reconocido que su contradicción era un error, y ha tenido felizmente tiempo de salvarlo en su Mapa.

Debíamos rendir á la memoria del Padre Patiño, ya que lo nombramos, este homenaje.

Las provincias del Norte, — ya formadas, — procuran á la vez salir al *litoral* de los grandes ríos por el camino más recto del Chaco. El intento tiene sus primeras manifestaciones en Tucumán y se traslada á Salta, donde echa raíces profundas.

Desde el gobernador Arias, desde don Juan Fernández Cornejo, este pensamiento de una rápida comunicación con el litoral al través del Chaco es una "leyenda", ó más bien una preocupación popular para los habitantes de Salta; y cuando la presidencia de Rivadavia sobrevino y fué traído á la luz todo cuanto se había imaginado como un progreso

durante un siglo, Soria abordó con débil esquife las corrientes tortuosas del Bermejo, henchiendo sus velas las esperanzas de todo un pueblo, más que los impulsos del viento, casi siempre acallado en aquellas vastas soledades.

Es innecesario contar el desenlace de este viaje, tan conocido por las desgracias de su noble é intrépido promotor.

La expedición que acaba de realizar el coronel Solá, no es así sino el último anillo de la cadena que sigue desarrollándose después de siglo y medio. Por los vínculos seculares de la familia, por la transmisión del mismo propósito que va perpetuándose al través de cinco generaciones, Napoleón Uriburu y Juan Solá son los herederos de Arias y de Cornejo, viniendo á colocarse como intermediario entre ellos el coronel don José Arenales, con las *Noticias históricas y descriptivas del Chaco,* que no han sido sobrepasadas en su mérito por ninguna publicación posterior. (1)

VI

No se remonta corriente alguna para hacer una investigación en el pasado, sin encontrar inmediatamente el nombre de Azara. Es uno de aquellos hombres que se hallan al prin-

---

(1) Don José Arenales, hijo del famoso general de este nombre, pertenecía también por sí y por sus antepasados á la provincia de Salta. La navegación del Bermejo ha sido entregada á la explotación de una compañía por una ley del Congreso, en los últimos años; y aunque no haya dado resultados comerciales, se han hecho viajes numerosos, atravesando todo su curso. Por el brillo del estilo y lo ameno de la lectura, puede, sin embargo, recorrerse el folleto del doctor don Benjamín Villafañe, titulado: *Orán y Bolivia á orillas del Bermejo,* en el que se encuentra el Diario de viaje del Capitán Paje.

cipio de las cosas, como decían los griegos, y que nosotros llamamos iniciadores. Fué Azara el primero que dejó consignadas las denominaciones de las tribus que habitan el Gran Chaco, con propiedad y bajo las debidas separaciones; mientras que Alcedo llena una página entera de su Diccionario con el confuso vocabulario de sus bárbaros apelativos.

¿Cuál es el número de los habitantes de esta región? No hay un solo dato preciso. Alcedo lo calculaba en cien mil. — El coronel Uriburu, ex gobernador del Chaco, ha repetido en nuestros días la misma cifra, mientras que el señor Fontana limita su avaluación á una cifra intermedia entre cuarenta y cincuenta mil.

Todo esto es incierto, y no puede menos de serlo. Las calificaciones de "Naciones" ó "Tribus" no se apoyan sino en la diversidad sospechada de los idiomas; y es sabido, tanto por los estudios filológicos como por las excursiones recientes de Stanley en el Africa Central, que las tribus nómades van perdiendo y transformando sus lenguas, á medida que se transportan de lugar en lugar, abandonan la vista de ciertos objetos y se ponen en presencia de otros. Las tribus del Chaco son por lo general nómades, y esta es la dificultad. Es más necesario que la escritura, para fijar un idioma, el asiento permanente del pueblo que lo habla.

Pero una vez venido á este punto, nuestro autor opina con autoridad propia, eleva la voz, impone silencio á los otros y dice: — "Nuestra larga residencia y nuestros viajes, nos autorizan para afirmar que los indios que habitan el Chaco se hallan divididos en *seis* naciones, que hablan *seis* lenguas también distintas entre sí".

Entre estas seis "naciones" hay dos que se aproximan á una rápida decadencia, y otra que se extingue á nuestra vista: — la nación *chunupí,* y el autor muestra en sus coleccio-

nes el cráneo fracturado del indio, que fué el último de sus caciques. Nunca se salvará la distancia que hay entre la *ficción* y la realidad!! Cooper no habría podido jamás demostrar de un modo tan auténtico la existencia de su último Mohicano. Faltábale este *documento,* como dice la nueva escuela literaria que se propone protocolizar la vida contemporánea con todas sus realidades, para que viva por siempre en los archivos del género humano.

Debemos agregar que, á pesar de ser el libro de nuestro autor tan curioso y lleno de informes, en todo lo que respecta á las costumbres de los salvajes, nada contiene sobre aquellas terribles mujeres de los *mbayás,* acusadas por Azara de no criar sino un hijo, porque mataban á los otros. Pelleschi había ya repudiado la vieja imputación con frase conmovida, en un arranque tan caballeresco como poético; y el silencio de Fontana resuelve hoy la cuestión y para siempre, en favor de la noble hija del desierto.

Estos capítulos sobre los indios se cierran con un capítulo revestido del más profundo interés. Se titula "*la inteligencia del indio*", y se habla del indio del Chaco, del de la Pampa y de la Patagonia, con un conocimiento extraordinario. Nada hay que discutir, porque no se exhibe, en las costumbres del indio, un solo rasgo arbitrario. Ibamos á transcribir algunos párrafos, pero es necesario leer el capítulo por entero. Lo que en otra parte podría ser un defecto, es aquí una calidad. Esa rigidez misma del estilo favorece la precisión del retrato.

VII

¿Qué quedará de la obra del señor Fontana? Las observaciones meteorológicas — los capítulos sobre los indios, y el Mapa del Chaco — que para ser apreciado en su valor debe ser comparado con el que diseñó Arenales, reuniendo con prolijidad infatigable cuanto dato existía hasta aquel momento. No mencionamos el de Moussy, porque no es sino una copia del antiguo, que tiene evidentemente un origen jesuítico.

Un tono grave, la reflexión severa, la noticia exacta, son las calidades primordiales de este escrito; y si se nota que puede faltarle á veces cierto mérito literario, sería justo agregar inmediatamente que existe para su autor el mérito superior de haber aceptado por años la vida agobiante del desierto, afrontando peligros que dejan de ser romancescos cuando son atestiguados por las cicatrices de las heridas recibidas. Todo cuanto avanza el Mapa de Fontana sobre el de Arenales, ha sido costosamente pagado por su brazo roto!!

Nunca fué fácil preparar los materiales de un libro con la inmolación de sí mismo; y una curiosidad anhelosa ha seguido siempre por este motivo los pasos de los exploradores en las regiones desconocidas del globo. Agradezcamos al señor Fontana sus prolongadas fatigas y tengamos en cuenta, al leer su libro, que el centro de un bosque en el Chaco no es un gabinete cómodo para el estudio. Las academias literarias deben buscar en otra parte sus adeptos.

VIII

Empieza así para nuestro país y para esta parte de la América la segunda creación; — es decir, su posesión por la ciencia, su fecundización por la inteligencia humana. (1)

La tarea es inmensa, pero es una grata nueva el que podamos en adelante contar, á mas del auxilio extraño, con nuestro propio esfuerzo. —Ahí está como testimonio y núcleo de los nuevos y nobles trabajos la "Sociedad Científica", que cuenta ya algunos años de existencia y que debiera ser revestida de un carácter público por un acto solemne del Gobierno.

De ella han salido: — Moreno, que desde la Patagonia se asocia á los trabajos de los sabios que tratan de reconstruir el hombre prehistórico, habiendo fundado el Museo Antropológico, que será honor para su Patria y gloria para su nombre; — Zeballos, que ha popularizado con éxito sorprendente la obra de nuestros soldados y cuyo libro se difunde cada vez más por Europa, porque *quince mil leguas* de un nuevo territorio, surcado por enormes corrientes de agua y que se ofrecen de improviso á la habitación, ocupación y cultivo de las muchedumbres sin pan y sin abrigo, constituyen por cierto un gran acontecimiento humano: — Holmberg, que abandona los vuelos de su inteligencia ardiente y fácil, aprisionándola dentro de la red estrecha de *una especialidad,* sobre la que hará pronto revelaciones desconocidas; —

---

(1) Puede criticarse la palabra *Creación.* Pero todo cuanto decimos en este parágrafo y en el siguiente, debe entenderse dentro del *orden* normal y humano.

Lista, viajero por amor de la ciencia y por el gusto de la escena nueva, y que refleja esta doble vocación en sus escritos realzados por la observación útil y por el brillo del colorido; — Eduardo Aguirre, que estudia en nuestras montañas los secretos de sus estructuras; — Félix Lynch, que entregado á prolijas investigaciones sobre la vida de los insectos argentinos, nos presenta ya interesantes relatos de su desconocida economía; — Enrique, su hermano, que se ocupa de la Bibliografía, para mantener siempre extendido el débil hilo de nuestra tradición científica, aplicando su espíritu crítico, benévolo y sutil al trabajo de sus contemporáneos.

Debemos también nombrar á los que no escriben pero que enseñan, como Arata, afrontando decorosamente la rivalidad de los profesores venidos de Europa — y á los que obran, como White y Lavalle, dirigiendo nuestras grandes obras públicas con el criterio de la ciencia y el sentimiento profundo del bien público.

IX

Todos estos trabajos empiezan á dar un nuevo aspecto á nuestro desarrollo intelectual. Valen por la utilidad directa que llevan consigo, y porque bajo su acción se inicia entre nosotros la propagación del *espíritu científico,* que cuando se halla difundido como una atmósfera, da elevación á la mente nacional, solidez á las convicciones y prosperidad á los pueblos. No basta el brillo del espíritu literario que se ostenta por las obras de la imaginación y del arte; muchos pueblos lo han tenido, quedando, sin embargo, apartados de los grandes y verdaderos senderos del progreso humano. No hay civilización consistente sin el espíritu científico.

Lo hemos ya dicho en otra ocasión. No consiste la difusión del espíritu científico en que todos sean sabios, lo que sería imposible, sino en que la mente nacional se halle exenta de preocupaciones, en que no se susciten estorbos á la investigación y al examen, y en que todos sepan, por fin, que no existen hechos extraordinarios. En el orden físico no hay fenómeno que no se halle regido por una ley; y la rotación de la vida social se compone también de causas y de efectos, de tal manera que nada subsiste en el presente, que no deba ser explicado por el pasado.

El espíritu científico ha suprimido el *arbitrario* en el gobierno del Universo.

Domina el espíritu científico cuando los pueblos y los hombres saben que llevan sobre sí la responsabilidad de sus propios destinos, que son dueños de sus actos, aunque no lo sean de sus consecuencias, que no deben, sin embargo, imputarse á la casualidad ciega, sino á sus actos mismos.

Nada hay perdido en la sociedad como en el mundo; y la acción más ligera ó transitoria, proceda ya de una fuerza física ó de la voluntad humana, está del mismo modo destinada á trasmitirse y perpetuarse en efectos inmortales.

Es tiempo ya de concluir. Aplaudamos á los trabajadores *de la primera hora* y leamos siquiera sus libros en testimonio de adhesión á sus nobles esfuerzos.

Noviembre 6 de 1881.

DON PABLO GROUSSAC

ENSAYO HISTORICO SOBRE EL TUCUMAN

I

Han pasado ya algunos años desde que el nombre de don Pablo Groussac nos fué por vez primera revelado.

Escribía en una de nuestras revistas sobre Espronceda, el poeta de *El Diablo Mundo*, y sobre Trueba, el cantor popular.—Quedamos sorprendidos. No habíamos leído en nuestro idioma apreciaciones más finas y de un vuelo tan elevado. — El análisis se mezclaba al drama. Era un estudio literario y á la par un estudio humano. En el poeta se buscaba al hombre y á través de sus versos se divisaban las vicisitudes de su vida ó las palpitaciones de su corazón. Cuánta distancia había entre este modo de exponer y juzgar las obras literarias, y las persecuciones gramaticales de Villergas ó aquellas disecaciones ó calificaciones de Martínez de la Rosa en su *Poética,* que no es sino un herbario. Era la aplicación entre nosotros de los procedimientos de la crítica moderna, como es practicada por Sainte-Beuve, ó por Nissard.

El señor Groussac siguió escribiendo sobre crítica literaria y aplicándola en ocasiones á escritores argentinos. Huía la detracción sistemática que conduce á la depresión moral

ó intelectual, — conciliaba la equidad con el juicio exacto, pero evitando el elogio excesivo que suena con voz estentórea en las alturas, que suprime los matices intermediarios ó que excediéndose en blanduras, da tonos afeminados al discurso. Nuestro amigo comprendió pronto que no era ésta una vía á trillarse en nuestro país, aunque pudiera ser la más recta y natural para su inteligencia.

Levantó entonces el intento, pero girando en una esfera más espaciosa y alta: escribió biografías de hombres célebres, para ligar con sus nombres largos períodos de la historia.

Los temas fueron viejos, pero su desempeño era verdaderamente nuevo. — ¡Cuánta novedad en ciertos cuadros, al mismo tiempo que en cada página se descubría una observación penetrante! Escribimos bajo la reminiscencia de una lectura lejana, y no somos sino fieles á la impresión que nos dejó, pidiendo á su autor una edición de este libro, cuyas páginas se deslizaron desapercibidas en un diario obscuro de provincia, creyendo tal vez sus escasos lectores, por el título de sus capítulos, por la ausencia de toda designación local y por el nombre extranjero de su autor, que se trataba solamente de la reproducción de una obra europea. Suele á veces intentar esta tarea nuestra prensa del interior, y periódico hemos visto, que á pesar de no salir sino dos veces por semana, acometía resueltamente la reproducción de *El Evangelio en triunfo,* que don Pablo Olavide escribió en los últimos años del siglo pasado.

Pero el señor Groussac se consagraba con vocación creciente á la enseñanza, hasta que vino á absorberlo por entero. Se fundó la Escuela Normal de Tucumán, célebre ya en nuestro mundo pedagógico, y fué su Rector. Conocemos y empiezan ya á conocer algunos otros los pormenores de la

tarea *benedictina* que por seis años ha ocupado el tiempo y la inteligencia de nuestro amigo. Es Rector de la escuela y preside á su vasta enseñanza, haciéndose presente con su palabra en cada curso, — dando al uno el texto que ha compuesto en todo ó en parte, — á otro el método de las lecciones — y siendo el *alma* de aquella *alma mater,* como acaba de decir un escritor eminente del Rector de una Universidad inglesa, sin temer el eufonismo ó el rebuscamiento de la frase.

II

La Comisión local de la Exposición en Tucumán solicitó últimamente los servicios del señor Groussac. Era necesario preparar una *Memoria histórica y descriptiva de la Provincia,* — y se quiso que fuera ella presidida, como una introducción, por su bosquejo histórico.

Este es el origen del presente *Ensayo,* ejecutado realmente en tres semanas, lo que nos costaría hasta decirlo, si no conociéramos los estudios que hace diez años ocupan á su autor, para conocer la España, sus colonias y su idioma, que ha llegado á poseer en toda la riqueza de sus expresiones. Abrase por cualquier parte este libro, y señálese una línea que revele ser un extranjero quien lo escribe; y no solamente por la frase, que ya es mucho, sino por la inteligencia de los acontecimientos que se narran y que el autor comprende como si se hubieran producido dentro de su atmósfera natal.

El *Ensayo Histórico* del señor Groussac no tiene precedentes. Verdad es que el señor Granillo escribió una *Memoria sobre Tucumán* para la Exposición de Córdoba, pero no es

ella sino una colección de datos, aunque sin duda muy interesantes. Falta el *verbum* interior que se hace carne con la palabra y que da carácter personal á un libro. La obra no tiene por otra parte sino propósitos actuales, y no es histórica. Groussac mismo contribuyó á su formación, y se encuentra allí aquel cuadro suyo — *Et Vidit promisam terram,* — describiendo la selva tucumana bajo esas formas de identificación poderosa que hacen circular la savia en el árbol y la sangre en el hombre, y al que sólo falta, para ser completo, el largo grito con que René respondió al mugido de los vientos en los bosques de la Florida, asociando á la inmensidad de la naturaleza el clamor insaciable del deseo humano.

III

Todos nuestros poetas han lanzado al aire la misma nota hablando de Tucumán, desde el famoso Arcediano, que encerró el primero los bárbaros apelativos de estas regiones dentro de las prisiones rítmicas de una octava, hasta nuestro Echeverría, que repetía ó igualaba á Byron en su célebre estrofa sobre la Grecia, cuando abría su último y grandioso poema, exclamando:

¿Conocéis esa tierra bendecida
Por la fecunda mano del Creador?
. . . . . .
Tierra de los naranjos y las flores,
De las selvas y pájaros cantores,
Que el Inca poseyera, hermosa joya
De su corona regia, donde crece
El Camote y la rica Chirimoya
Y el naranjo sin cesar florece.
. . . . . .

Barco Centenera sólo había dicho en su ingenua trova:

> La Tucumana tierra bastecida
> de cosas de comer...

Pero no se trata en este momento de describir á Tucumán. La Comisión de la Exposición ha querido que lo *histórico* preceda al paisaje, siguiendo sin duda la grave regla del Padre Feijóo, al hablar de Galicia, su tierra: "Bueno es llegar con algunos conocimientos al lugar de que se trata".

La obra encomendada al señor Groussac tenía tres divisiones naturales, y las ha adoptado. Son las de nuestra historia misma: — la ante-Colonial, — la Colonial — y la patria. Sigamos ahora á nuestro autor, desdoblando rápidamente sus páginas y marcando con lápiz uno ú otro pasaje. — Somos lectores y no críticos.

El libro se abre con el fabuloso relato del Inca Garcilaso, introduciendo á los embajadores del país de Tucumán en el palacio del Cuzco y ante el Inca *Huiracocha,* nombre que repiten hasta hoy los indios bolivianos, para decir — *señor* ó *don.* — Vienen á someterse, y el caso es único en la historia. Es la servidumbre *sponte sua,* pero que se la busca para encontrar bajo su sombra una civilización más adelantada.

Con esta escena arrancada á la leyenda primitiva de la América, hace igualmente su aparición el escritor, y nombrando á la sagrada Cuzco, sus templos y sus jardines, y mostrando al Inca vestido con su túnica de vicuña y sentado sobre un trono de oro, escribe una de esas páginas amplias y grandiosas, que avanzan como un pórtico para conducir al lector.

En la historia ante-Colonial casi todo es incierto, empezando por el origen de la palabra que da nombre á la región.

Se conocía sin duda el algodón, cuyo cultivo ha ido decreciendo, mientras que se acreditaba en la otra extremidad de la América hasta ser un poder, ser llamado un *Dios* y producir guerras.

Hacemos notar esta circunstancia, porque fueron los Tucumanenses los únicos indios que se presentaron vestidos de una tela delante del conquistador español, en el territorio hoy argentino. El Inca Garcilaso menciona entre los objetos llevados como un homenaje por los embajadores al Inca Huiracocha, mucha "ropa" de *algodón*. "Fué el primer descubridor y conquistador del Tucumán, dice Alcedo, don Diego de Rojas, el año de 1543, con algunos capitanes..., los cuales entrando á los llanos, encontraron algunos pueblos de indios, y en los valles de Salta y Calchaquí, "*mucha gente de manta y camiseta*". Por hallarse vestidos no eran estos indios menos intrépidos y feroces. — El heroico Diego de Rojas pereció bajo sus manos.

¿Era igualmente conocida la caña de azúcar? — Es frágil y sobre todo caprichosa la memoria popular, que retiene á veces con singular empeño y olvida en otras ocasiones con una inconsciencia inexplicable. De ahí el vacío permanente de todas las historias, antes de llegar al período del relato escrito. Habíamos oído decir desde niños en Tucumán, que el doctor don José Colombres Thames, muerto con la investidura del obispado y uno de los firmantes del Acta de la Independencia, había sido el primero en introducir la caña de azúcar, trayéndola de Santa Cruz de la Sierra, y se mostraba el establecimiento donde se plantó y alcanzara á ser beneficiada. — El doctor Colombres fué el primer cosechero de azúcar, pero la caña era conocida como el algodón desde los tiempos anteriores á la conquista.

¿De dónde proviene el nombre de Tucumán? El señor

Groussac ensaya, después de tantas, una nueva explicación. La radical de Tucumán es *utuc*, designación quíchua de algodón, y la desinencia — *man*, que significa *lado, hacia,* de *donde*. Utucman ó Tucumán, sería de esta suerte el *país del algodón*. ¿Prevalecerá esta versión sobre la tan vulgarizada, que hace derivar el nombre del país del de uno de sus caciques prestigiosos del valle de Calchaquí? Admiremos antes de todo la sabiduría de Moussy, cuando dice: "*Tucumanhao* dejó su nombre á la provincia, ya desde *antiguo* designada bajo el nombre de Tucumán". *Tucumán,* opina nuestro autor, no puede venir de *Tucumanhao,* porque el compuesto sería en tal caso más corto que el radical.

Es muy difícil poner paz en estas discordias, cuando son inciertos los términos mismos en que se las plantea. Escríbase de otro modo el nombre del cacique, y se escapa á la refutación anterior. Oigamos á otro autor: *Tucumán,* dice, deriva su nombre de un cacique *Tucman* que dió el de *Tucmanhahao* á su pueblo, compuesto del suyo propio y de *ahaho,* que en lengua de los Calchaquíes significa *pueblo.* Nuestro amigo el doctor Lársen, que ha publicado con excelentes advertencias el *Vocabulario* de la lengua *lule* del Padre Machoni, se adhiere entre tanto á la etimología que hace derivar *Tucumán* de *Tucuimán,* que significa *frontera,* por cuanto Tucumán lo era para el imperio de los Incas.

Aventuremos por nuestra parte otra etimología, que nos fué sugerida en cierta ocasión por una persona competente: *Tucu,* significa luz; y se llaman popularmente "*tucus*" las luciérnagas que bordan con sus brillantes chispas el manto azulado de la noche en los trópicos; *iman* es cabeza. Tendríamos de tal manera en *Tucuiman: Cabeza de luz* ó *Cabeza luminosa,* y que el caudillo de los Calchaquíes fué saludado con este nombre. Los idiomas indios, por su carácter mismo aglutinante, son á veces singularmente expresivos.

IV

Nos hemos detenido sobre estos pormenores que pudieran reputarse nimios, porque ellos nos dan motivo para hablar de los nuevos rasgos que caracterizan este libro. Son su tentativa para aplicar á la explicación de los tiempos obscuros de nuestra historia los procedimientos científicos de la crítica moderna. Esta es la intención más trascendente del autor y el título de honor de su obra. Los materiales indudablemente faltan y no se acierta á salir de la conjetura. Pero llega para nuestro país el período de las investigaciones serias y son su testimonio la colección prehistórica del señor Ameghino en la Exposición y el Museo antropológico fundado por el señor Moreno.

Recomendamos, entre tanto, las observaciones de nuestro autor sobre la idiosincrasia de la provincia quíchua resistiendo á la acción disolvente de la ocupación española, — las graves reflexiones sobre lo estacionario de la civilización *quíchua,* escritas con la alta razón de un verdadero historiador, — sobre el estado de civilización alcanzado por la población indígena, y que tienen ya una base en los descubrimientos de los profesores Liberani y Hernández.

Entre todos los elementos aplicados á la reconstrucción de los tiempos pasados, ninguno está llamado á tener mayor aplicación como el filológico. La palabra humana es más expresiva y duradera que el monumento. Señálense las palabras que usaba un pueblo, y se sabrá sus ideas, lo que se hallaba al alcance de sus manos ó de su inteligencia, lo que conocía y lo que ignoraba. El señor Groussac cierra este capítulo con la siguiente observación tan profunda como original:

"La lengua quíchua del Tucumán no era ni es una simple "adulteración de la cuzqueña, como comunmente se repite: "—es *una lengua formada* con palabras quíchuas sobre gra- "mática *lulé*. Lo ha dicho excelentemente Renan: citaría- "mos muchos pueblos que han enriquecido ó renovado su "vocabulario, pero muy pocos que hayan corregido su gra- "mática."

V

Entremos ahora en el período español y nos viene á la memoria el verso de Barco Centenera:

> "De ver por cierto es, tucumanences
> "Nunca gobernador hallaron bueno."

Y á la verdad, el mal gobierno del Tucumán fué durante un siglo uno de los proverbios de la Colonia.

Pero antes de la ocupación fué la conquista, — el duro y terrible batallar. La leyenda de los cuatro aventureros españoles pertenecientes á la expedición de Sebastián Gaboto y que desde el Paraná atravesaron los primeros hasta el Cuzco, abriéndose paso por entre peligros infinitos, reaparece con letras de fuego en las páginas del historiador.

Fué llamada esta aventura la *Conquista de los Césares,* nombre fantástico de pompa y de guerra que la imaginación de los conquistadores asociaba á sus ensueños. La persecución de la soñada ciudad de los "Césares" á través de las Pampas, de la Patagonia, del Chaco, del Atacama, ha costado tanta sangre como el enseñoreamiento real de una vasta región.

He ahí uno de los rasgos característicos de la conquista española. El valor inmenso y la insanía desmesurada, la crueldad para los otros y para consigo mismo, se asocian en la misma proporción. — No es cierto que la lectura del Quijote haya extirpado en el español el espíritu de aventura desenvuelto por nueve siglos de guerra. — Se ha agotado conquistando un mundo, y ahí está su itinerario sangriento desde la tierra del Labrador hasta el Cabo de Hornos.

VI

La conquista de Tucumán no ofrece rasgos peculiares. Se extermina al indio hasta que se le somete, y una vez dominado es entregado en encomienda. Cuarenta y siete mil indios lules fueron de esta suerte dados á cincuenta y seis encomenderos. — El botín era óptimo. — La encomienda era peor que la muerte, porque se terminaba por ella después del sufrimiento de tres ó cuatro generaciones. — Siglo y medio después no había un solo indio *lule*.

Viénennos á la memoria las palabras con que Drapper ha descripto esta destrucción de las razas indias: "Los que no morían bajo el azote, expuestos á los ardores de un cielo tropical, encontraron su muerte en las tinieblas de las minas. Desde los bancos solitarios de arena, en los que el flamenco rojo suele ser divisado pescando en la aurora del día; desde los matorrales formados por nopales cuyos follajes encubre la fiebre; desde la profundidad de los bosques impenetrables; desde las guaridas ocultas entre las grietas de las rocas; desde las nieves eternas de los Andes ó desde las soledades inmensas que se extienden á su pie y en las que no hay otro testigo sino el sol—un grito inmenso de des-

esperación se levantó hasta el cielo. Razas y naciones enteras fueron destruídas sin misericordia".

Las Casas, que fué Obispo de Chiapa y el gran denunciador, afirma que fueron exterminados quince millones de indios. Así quedaron extinguidas, exclama Drapper, en México y en el Perú, civilizaciones enteras y en las que la Europa misma habría tenido que aprender. — No se trata aquí de un grito de conmiseración. — Esta es una opinión reflexiva para el grave historiador que ha contado la historia del desenvolvimiento intelectual de la Europa y la expone en varios pasajes de sus obras.

Las civilizaciones mexicanas y peruanas destruídas por los españoles, eran, en su concepto, iguales sino superiores á la que éstos traían á la América. — Corren hoy otros vientos para la crítica histórica, y empiezan á reputarse altas las cifras de Las Casas sobre el número de los indios, y fabulosos los relatos que enviaron á España, sobre las grandezas mexicanas, los compañeros de Hernán Cortés. Hay todavía otro aspecto del asunto, y es contemplar la suerte de las naciones sudamericanas donde se mantuvo predominante en la población el elemento indígena. El problema es árduo y no haremos sino mencionarlo, siguiendo el ejemplo de nuestro autor.

VII

Empieza el siglo XVII encontrando terminada la obra de la conquista.

Han sido ya fundadas las seis ciudades que debían dar sus nombres á otras tantas provincias, exceptuando á la triste Esteco, que fué destruída por un terremoto y cuyas familias

principales se trasladaron á Tucumán [1]. Ahí están los primeros delineamientos de la vida colonial que va acreciendo por el establecimiento de las órdenes religiosas, por las reducciones de indios substituídas á las encomiendas, por la cría de los ganados, por el cultivo del suelo, ó por el arribo de nuevos pobladores, especialmente al iniciarse cada gobierno.

La primera ocupación española se había modelado *sobre el padrón indio,* estableciendo en Santiago á orillas del río Dulce su sede principal, hasta que ésta empezó á desmembrarse por el atractivo de las poblaciones crecientes y por la fuerza misma de las cosas, trasladándose, bajo ciertos aspectos, ya á Córdoba, Salta ó Tucumán. Es curioso este movimiento en las sombras para dar la cara al porvenir. Las plantas, los hombres, los pueblos, buscan instintivamente la luz.

La Universidad de Córdoba es fundada por Trejo y Sanabria, el primer Obispo criollo que haya tenido el Tucumán, cuyo centenario acaba de celebrarse y que parece haber nacido en el Paraguay y no en Lima, como lo testificaban Alcedo y otros autores. Le seguirá más tarde la aduana establecida también en Córdoba, para que esta ciudad sea el *puerto seco* por donde pasen inevitablemente las mercaderías.

La vida colonial sigue acentuándose, y son sin duda las páginas más interesantes de este libro las que cuentan su desarrollo. No hay ni puede haber otros hechos fuera de los conocidos; pero las apreciaciones sobre su conjunto, la tendencia á enlazar las causas con sus efectos lejanos, determinan á lo menos una tentativa para introducir una luz nueva en este período de nuestra historia. El Virreinato se

---

(1) Las de Colombres, Talavera, tienen este origen.

constituye por fin y encuentra ya elementos para dar vida á su organismo.

Está ya igualmente formado el hombre que debía tener el señorío de estas regiones, — es decir, el *criollo* nacido de las razas mestizas, cuya *heráldica* ha sido tan curiosamente descripta por don Jorge Juan y por Ulloa, dividiéndolas en *terceronas, cuarteronas* y *quinteronas,* y tendiendo siempre á prevalecer el tipo superior. Acrece visiblemente la separación entre criollos y españoles, viéndose, sin embargo, éstos obligados á reconocer, — "que aquéllos son de entendimiento claro y comprensivo y que poseen hábiles y despiertos ingenios" [1]. La fama naciente del entendimiento americano despierta celos y comienza sin rebozo á decirse que se halla sometido á la triste ley de una caducidad temprana, hasta que el Padre Benito Feijóo trató este punto con erudición grave, demostrando en el discurso 6.º del tomo 4.º de su *Teatro Crítico,* que la peregrina afirmación no era caritativa ni verdadera.

VIII

Vengamos ahora á nuestra ciudad de San Miguel del Tucumán, es decir, á la que se conoce hoy con este nombre, fundada en 1685, y dejando á la antigua que desapareció llevada por una avenida del río, según Alcedo, ó que fué abandonada porque sus habitantes sufrían de la afección llamada *bocio* ó *coto,* como lo cuenta la tradición local, á la que el señor Groussac se adhiere con seguridad completa.

---

(1) Palabras de don Jorge Juan y de Ulloa.

Concurrieron á esta segunda fundación muchos *cristianos nuevos,* que venían tal vez huyendo su fama como judaizantes y eran casi todos andaluces y portugueses. Según el *Semanario erudito de Valladares,* se quemaba cuarenta años después en la plaza de Valladolid un judaizante que dijo ser de San Miguel del Tucumán. ¿Era éste el primer tucumano que hubiera cruzado los mares?

San Miguel se desenvuelve en población y en riqueza. Cría ganados y cultiva los productos de su suelo, habiendo los Jesuítas planteado valiosos establecimientos *rurales,* y *entre ellos el de Tafí,* donde se fabrica el queso famoso, que fué uno de sus descubrimientos.

Las órdenes religiosas construyen sus conventos ó sus iglesias, no habiendo realmente entre ellas sinó una que merezca este nombre, la de los Jesuítas, hoy de San Francisco, en la que debía un siglo más tarde celebrarse con fiesta solemne la instalación del Congreso llamado á declarar la independencia de estas regiones, llevando la palabra en la tribuna sagrada el doctor don Manuel Antonio Acevedo, que mostraba en su semblante el tinte cobrizo de los indios y que amenazó á los poderosos con uno de aquellos textos vengadores del libro de los Macabeos. Las familias de Esteco afluyen y se agrega un nuevo núcleo de población al primitivo.

En los hermosos campos de Tucumán y á las orillas de sus numerosos ríos, pastaban las mulas y acémilas destinadas al conocido comercio con el Alto y Bajo Perú, cuyas elevadas cifras fueron consignadas por Alcedo y que ha confirmado en un estudio reciente el escritor español Gelpi y Ferro. Es también San Miguel depósito de mercaderías, y sus habitantes las llevan y las traen.

Fué para este objeto inventada la carreta tucumana, que

sólo pudo ser construída teniendo al alcance de la mano los árboles gigantescos de sus bosques, y que con sus pesadas mazas y formidables ruedas ha aplanado durante dos siglos las rocas en su tránsito por la sierra, y cavado las llanuras con surcos que sirven hoy de cauce á las avenidas formadas por las lluvias. La carreta tucumana, arrastrándose con el paso tardío del buey en medio de las vastas soledades, ha creado para todos nosotros un ruido nacional, si es que pueden asociarse estas dos palabras; y no sería argentino el que despertándose de improviso en la noche y al oir un ruido largo, acompasado y estridente que se acerca ó se aleja, no pueda decir: — "Es una carreta tucumana que se *va,* ó que *viene*".

IX

Las familias se fundan, el bienestar se difunde y se forman los capitales de los que se ha vivido desde la Revolución hasta días que no se hallan muy remotos, siendo los de nuestra propia vida, porque durante cuarenta años la riqueza ha decrecido en las provincias interiores, no bastando el trabajo de los hombres para responder al consumo propio y á las destrucciones de la guerra.

Viene simultáneamente en las familias el intento de educar á sus hijos, y éste es uno de los rasgos más característicos de la época. En los tiempos posteriores á la Revolución, Tucumán, que no tenía colegios ni universidad, sólo pudo educar tres ó cuatro jóvenes en cada generación, hasta dotarlos de una carrera profesional. He ahí entre tanto una lista, naturalmente incompleta, de los tucumanos que se educaron en los últimos años del siglo pasado y los primeros

de éste, sin contar los que no alcanzaron á obtener los grados universitarios que eran conferidos en Chuquisaca y Córdoba:

Doctor Diego de Villafañe (ex jesuíta); doctor Manuel Felipe Molina, diputado en 1810 á la Junta Gubernativa; doctor Bernardo Monteagudo; doctor Javier López; doctor Diego Miguel Aráoz; doctor Pedro P. Bazán; doctor Francisco Javier Avila, cura de la Matriz; doctor B. Aguilar; doctor Pedro Miguel Aráoz, diputado en el Congreso de Tucumán, firmante del acta de la Independencia y uno de los estudiantes famosos de aquellos tiempos, cuando se formaba una reputación por un silogismo que quedaba vibrante dentro de los claustros por cincuenta años. Se le llamaba *Perico,* y sus contemporáneos hablaban de él como de un Pico de la Mirándola. Había dictado, siendo muy joven, un curso de filosofía (1787) en el Colegio Carolino de Buenos Aires. siendo uno de sus más aventajados discípulos el doctor Darregueira, que vino después de muchos años á encontrarse con su maestro en el famoso Congreso como representante de Buenos Aires.

Doctor José Ignacio Thames, canónigo chantre de Salta, nombrado por la Asamblea de 1813, diputado en el Congreso de 1816 y firmante del acta de la Independencia.

Licenciado Serapio José de Arteaga: fué también electo diputado al mismo Congreso y renunció verbalmente desde la barra (sesión del 10 de Junio).

Maestro P. Thames, hermano del anterior y cura de Tucumán; doctor José Manuel Maure: existe impresa su patética oración sobre la muerte del Obispo Molina; doctor Pedro Ruíz Huidobro; doctor Tejerina, cura de Monteros.

Doctor Agustín José de Molina, prosecretario del Congreso de Tucumán, — poeta repentista é instintivo, aunque

sin gusto y sin elevación. Podía apropiarse la ingénua declaración de Ovidio: *Et quidquid dicebam, versus erat.* Una calle de la ciudad de Tucumán lleva su nombre. Murió siendo Obispo *in partibus infidelium* y vicario apostólico de Salta. Hay una colección de versos suyos para cantarlos en Navidad, frescos y risueños.

Doctor Ildefonso de las Muñecas: era cura de la Catedral del Cuzco y á la sombra de su viejo campanario combinó su célebre plan de una insurrección general en el Virreinato del Perú. Un Congreso boliviano erigió por ley una nueva provincia dándole el nombre del célebre y heroico tucumano; — y *Muñecas* se llama también la calle de Tucumán donde se encuentra la casa de su familia y de su nacimiento.

Doctor Miguel V. Laguna, teólogo de nombradía: escribió una refutación sobre el conocido libro que, con el título de *Vuelta del Mesías en majestad y gloria,* — recorrió la América. Había sido en Córdoba discípulo predilecto del Padre Nicolás Lacunza. Cura del pueblito de Trancas en los últimos años de su vida, solitario, triste, con el sentimiento de un gran talento perdido, se dejó llevar por el vértigo que acomete á las imaginaciones poderosas que no han recibido otro alimento sinó los estudios teológicos. El doctor Laguna concluyó escribiendo *Comentarios sobre el Apocalipsis,* y mezclando los textos sagrados á la explicación de los acontecimientos contemporáneos. Sus numerosos manuscritos se conservaban hasta ahora poco en poder de su familia.

Doctor don José Colombres Thames, de piadosa y santa memoria, firmante de la Independencia, cura de Tucumán por muchos años y muerto Obispo de Salta;

Doctor Diego Estanislao Zavaleta, que pronunció en la Catedral de Buenos Aires el primer sermón *pro patria.* — Fué

deán de esta iglesia y diputado por Buenos Aires en todos los Congresos.

Doctor Agustín Colombres Thames, hermano del Obispo, cura de Catamarca y de Piedra Blanca; doctor Lucas Córdoba, cura de Monteros, predicador y hombre de dotes sociales, había recibido su grado en Córdoba (1805), *gratis pro universitate,* en compensación de sus sobresalientes estudios; doctor don Nicolás Laguna, gobernador en 1828.

Doctor Alejandro Heredia, más tarde general y gobernador de Tucumán. Era, como Echagüe, doctor en teología y un estudiante reputado. Había entrado en los célebres concursos que abrió la Universidad de Córdoba en 1806, y obtenido una de las cátedras que eran objeto de la competencia.

Licenciado Drago, — perteneciente á una de las más antiguas familias, trasladada posteriormente á Buenos Aires; maestro Peña; maestro Basail; doctor Domingo García, muy acreditado como jurisconsulto; licenciado J. B. Paz; doctor Mena, diputado al Congreso en 1825 (incierto).

Cometemos sin duda en esta reseña más de una omisión, muy explicable á la verdad, puesto que la escribimos de memoria. No incluimos á los que se educaron en los conventos, aunque su reputación haya trascendido más allá de sus claustros, como el Padre Sueldo, catedrático de teología, y el venerable fray Manuel Pérez que subscribió la Constitución nacional de 1852 como representante de su pueblo natal.

X

Téngase presente que mientras San Miguel del Tucumán contaba este número tan considerable de personas con grados académicos, no alcanzaría á tener sinó una población entre cuatro á cinco mil habitantes.

Había así una cultura verdadera en la clase alta de la sociedad argentina, — formada á la sombra de las universidades coloniales; y ella se halló representada del modo más genuino en el Congreso de Tucumán. Fueron curas de aldeas los que declararon á la faz del mundo la independencia argentina, — pero eran hombres ilustrados y rectos. No habían leído á Mably y á Rousseau, á Voltaire y á los Enciclopedistas; no eran sectarios de la Revolución Francesa, y esto mismo hace más propio y meditado su acto sublime. Pero conocían á fondo la organización de las colonias, habían apreciado con discernimiento claro los males de la dominación española y llevaban dentro de sí los móviles de pensamiento y de voluntad que inducen á acometer las grandes empresas.

No nos apartemos de nuestro intento. Desde 1815 la retrogradación es visible. Los que debían educarse pelean. Viene más tarde la guerra civil con sus proscripciones y con sus matanzas. Durante cuarenta años no se agregan sinó ocho nombres á los de la lista anterior, — como lo hemos dicho y queremos ahora mencionarlos para confirmar nuestro relato. Son: Alberdi, dotado de un ingenio tan raro; doctor Ledesma, doctor Marcos Paz, doctor Gramajo, doctor Brígido Silva, doctor Lezama, doctor Angel López, doctor Salustiano Zavalía, doctor Alurralde. Sobrevino igualmente la miseria. Las familias antiguas se alimentaban del capital acumulado en el último tercio del siglo pasado, y ya concluía; mientras que las nuevas podían apenas proveer á lo estrictamente necesario, siendo casi imposibles el trabajo y mucho más el ahorro.

Este capítulo de la pobreza en los pueblos interiores no se halla aun escrito, y era el corolario natural de cuarenta años de subversión y de guerras.

El nombre de don Bernabé Aráoz se halla íntimamente

ligado á este movimiento y espera la justicia histórica que aún no se le ha discernido.

XI

Llegamos ahora á los tiempos de la Patria.

Nuestro autor no está llamado á exponer el origen y á contar los primeros pasos de la Revolución, porque Tucumán sólo aparece en el nuevo escenario para ser el teatro de la batalla del 24 de Septiembre de 1812, que marcó para siempre, el límite que los ejércitos españoles no debían en adelante traspasar. Su presencia no es meramente geográfica, sinó que Tucumán trae el más poderoso contingente á la gran causa. Ha apasionado sus masas rurales en favor de la Independencia, y éstas reunídose en *milicias* para recibir el bautismo de fuego en el día de la batalla memorable.

El hecho y la fecha necesitan ser marcados, porque representan la primera aparición del pueblo de las campañas como guerrero, y son el primer acto de su consagración á la Revolución que debía levantarse triunfante con la ayuda de sus brazos.

XII

El acta de la independencia de las "Provincias Unidas de Sud América" fué datada en San Miguel del Tucumán, y constituye el hecho más grande por el que nuestro pueblo se asocia á la historia nacional.

Hemos ya caracterizado la composición del Congreso en 1816. No hubo jamás una asamblea más argentina y que

respondiese mejor al estado moral é intelectual del país. Hablemos de la pureza en los sufragios con que fueron designados sus miembros, ya que el Congreso mismo volvía con complacencia sus ojos sobre lo inmaculado de su origen, recordando en su manifiesto del 2 de Agosto que casi todos los diputados habían renunciado y que los pueblos ratificaron sus nombramientos. Se comprendía que el puesto era el de los mayores sacrificios y se le aceptaba con las abnegaciones del patriotismo, sin que fuera solicitado por la ambición. Donde el voto popular pudo haber sido inficionado por el fraude ó la violencia, no hubo elección. Habían ya caudillos, pero las Provincias que los obedecían se sustrajeron á la reunión de un Congreso nacional en Tucumán.

Leamos ahora sus nombres, y no encontraremos, á la verdad, los de los actores políticos que siete años de revolución habían hecho famosos. (1)

Son eclesiásticos en su mayor parte y doctores todos de Córdoba y Chuquisaca. No habiendo vivido en la ciudad capital del Virreinato y sin haber salido del interior de su país, han permanecido naturalmente extraños á las influencias que vienen de afuera. No conocían los libros con que la Francia había removido los espíritus en el siglo dieciocho, y si los acontecimientos de su Revolución llegaron á sus oídos, había sido solamente para inspirarles un santo horror.

Van á emanciparse de su rey, y toman todas las precau-

---

(1) Exceptuando á Pueyrredón, que dejó de pertenecer al Congreso por su nombramiento inmediato de Director Supremo. Podría también excluirse al grave doctor Passo por su papel en las primeras Juntas, pero que se identificaba con los demás diputados por haber hecho los mismos estudios y sido condiscípulo de ellos en Córdoba.

ciones para no emanciparse de su Dios y de su culto; siendo este recelo de sus espíritus el único sentimiento que pudiera atribuirse á la advertencia de los sucesos extraños. Obraron con conciencia propia, inducidos por móviles que no fueron un reflejo ó una imitación, sinó que respondían á sus honradas convicciones, y se pusieron de pié para hacer su declaración, que será eterna, representando rectamente la voluntad de los pueblos. Por ellos y por sí mismos pusieron al pié de lo DECLARADO: "*el seguro y garantía de sus vidas, haberes y fama*"; y podemos hoy proclamar con la verdad histórica, que pueblos mandantes y diputados mandatarios fueron del mismo modo fieles al juramento solemne.

Podría creerse, y se ha dicho, que estos doctores de Córdoba y Chuquisaca, sin nombre hasta aquel momento en la Revolución, eran iletrados ó rústicos. La equivocación no puede ser mayor. Tenían su mente y su corazón sanamente cultivados y lo transparentaban en la afabilidad de sus suaves modales. Conocían todos las letras antiguas y las letras sagradas, mediante sus buenos estudios, que se *barbarizaron* ó se corrompieron después en las mismas Universidades que los habían dictado. No habían sido políticos ruidosos, y algunos de ellos desaparecieron pronto de la vida pública. Pero ¿no consiste en esto principalmente su mayor título de honor? Del Acta de la Independencia argentina no podría insinuarse siquiera lo que se dijo en el Parlamento inglés hasta del Acta norteamericana firmada por Wáshington, Jefferson y Franklin: — "que era un documento fraguado por políticos sin conciencia, para hacer irrevocable la guerra en obsequio á sus ambiciones".

El Congreso mismo ha descripto más de una vez en sus manifiestos la situación desesperante en que fué declarada la Independencia argentina. Lo era para la América española

toda, — para Chile reconquistado, para Bolívar vencido. Oigámosle: "Cuando el templo sagrado de la libertad estaba " cubierto de luto por la desgracia de Sipe-Sipe, cuando nu- " merosos ejércitos asestaban sus tiros contra nuestras últi- " mas columnas..., nosotros, superiores á tanto cúmulo de " conflictos, despreciando una existencia que sólo se presen- " taba llevadera al lado de la esclavitud, rompimos el vínculo " que aun nos ligaba al Gobierno de la Península ".

La palabra se eleva de esta suerte por sí misma para dar expresión natural á la heroicidad de los propósitos. No los comprenderíamos sin embargo en su arranque sublime, si no tuviéramos presente la destitución de los recursos haciendo contraste á la magnitud de la empresa. No debe ser eludido en la historia el pormenor familiar, cuando es un rasgo característico.

El Congreso se ha reunido y no tiene á su disposición un solo peso para sufragar los gastos de sus Secretarías. Es necesario girar sobre Buenos Aires, y no hay siempre quien se haga cargo de las libranzas. El doctor Miguel Calixto del Corro, diputado por Córdoba, es mandado en misión cerca del *Jefe de los Orientales*, según la expresión del tiempo, á fin de que las Provincias substraídas bajo su dominio concurran al Congreso. La misión ha sido declarada perentoria y urgentísima, y el doctor Corro continúa sin embargo asistiendo á las sesiones. ¿Qué pasa? El Presidente anuncia días después al Congreso que el vecino don Ambrosio Colombres ha adelantado los centenares de pesos que eran necesarios para que el comisionado del Congreso emprendiera su viaje, y éste parte.

Inclinémonos delante de la imagen de la libertad, que hizo palpitar el corazón de nuestros padres!!

XIII

Nos detenemos todavía para contradecir por primera vez á nuestro autor. Parécenos que no da su verdadera importancia al Congreso de Tucumán y á su declaración de la independencia. No se creaba una situación, se dice: — "se proclamaba lo existente". Pero sólo así se rompía irrevocablemente con el pasado, haciendo de la contienda una guerra á muerte. Esta declaración era sobre todo necesaria en aquellos días de contrastes tan reiterados y de abatimiento profundo para los espíritus. Así opinaban los hombres de acción como Pueyrredón, y los hombres de guerra como San Martín y Belgrano, y la promovieron con reclamo urgente. Ella disipó hasta la alegría en los vencedores, dejándolos reflexivos y consternados, sin que sea necesario invocar otro testimonio que el de sus propios historiadores. Léase á Torrente.

Parece una ley humana. Una situación no se halla suficientemente caracterizada, mientras no han sido expresados por la palabra los hechos que la constituyen. Se ejecuta el acto, y tarda en pronunciarse el nombre con que debe ser anunciado al mundo. No es el "Rubicón *atravesado*", sinó el *alea jacta est* de César, el supremo esfuerzo de la voluntad humana.

Esto sucede por todas partes. Cuando Enrique Lee, diputado de la Virginia, se levantó en la sesión del 8 de Junio de 1786 para someter al Congreso Continental la siguiente resolución: "Las Colonias Unidas son por su derecho y deben ser Estados libres é independientes" — sus palabras fueron acogidas con visible sobrecogimiento, aplazándose su

discusión para días posteriores. Hacía sin embargo tres años desde que había empezado á verterse sangre por la independencia, haciendo la guerra de los campos y la de los sitios, y ya había ocurrido el combate de Levington, la batalla de Concord, la derrota de Bunker-Hill y el asalto sangriento de Quebec!!

XIV

Concluyamos. En las grandes ciudades los murmullos de cada día sofocan los recuerdos lejanos, lo que no sucede en los pueblos interiores como Tucumán, que ha conservado por muchos años vivos todos los que se refieren á la histórica asamblea que hospedó en su seno. Eran sus diputados predilectos los dos frailes del Congreso, que habían comenzado á llamar la atención por serlo y que moraban en sus conventos respectivos. Fray Justo de Santa María de Oro, que tenía alcanzado nombradía en Chile por su talento ó por sus virtudes, habiendo sido más tarde Obispo de Cuyo; — y fray Cayetano José Rodríguez, que estará siempre presente en la memoria de los argentinos.

Había, saliendo de la ciudad en dirección á la Ciudadela ó Campo del Honor, — ya no lo hay, — un *tarco* con cien piés de altura que dejaba caer con profusión, hasta formar alfombra, sus flores moradas. Al contemplarle tan excelso y frondoso, el padre Rodríguez le llamaba el "árbol de la libertad", y venía por las tardes á sentarse bajo su sombra. Allí se le veía con el Prosecretario del Congreso, el doctor Molina, el más íntimo de sus amigos y alumno como él de las Musas. Se habían conocido los dos en Córdoba, siendo el primero catedrático y el segundo discípulo de la célebre

Universidad. Hablaban, y presintiendo su conversación por su correspondencia escrita, podemos decir que aquella se componía de efusiones amistosas, de ansiedades patrióticas ó de reminiscencias clásicas. Regresaban siempre juntos envueltos en las primeras sombras de la noche, y al contemplar su juventud desvanecida, los largos años tras de los que se divisaban recién los albores de la Patria, se despedían repitiendo el verso de Stacio que escribieron ambos al frente de *El Redactor del Congreso:* "Steriles transmissimus annos". — Para nosotros, *los años han pasado estériles!*

El padre Rodríguez devolvía á Tucumán con sus recuerdos aquella acogida penetrada de efusión y cariño. Era ya anciano cuando escribió en su celda del convento de Buenos Aires esta estrofa:

" Pero ¿á qué recuerdo instantes
" Que mi hado infeliz no fija?
" Oh solitario Aconquija,
" Grata habitación de amantes!!
. . . . . .
" Oh feliz Febo que doras
" Tan apacibles verdores!
" Oh días de mis amores,
" ¡Qué dulces fueron tus horas!!"

XV

La guerra civil se desencadena. Es inútil reproducir sus sangrientos cuadros hasta que sobreviene el gran acontecimiento por el que Tucumán vuelve á entrar en la historia nacional. Se levanta en son de guerra contra Rosas y es el centro de la "Coalición del Norte". — ¿De qué se trata? — ¿De vencer? — No. — Todos los promotores del movimiento

tienen el sentimiento trágico de su destino. Hablan con convicción de su sacrificio y no de la victoria. "Los bárbaros no penetrarán en Tucumán sinó después de haber pisoteado mi cadáver", había dicho el noble joven que presidió á todos como gobernante, como guerrero y como tribuno. Los bárbaros entraron, y levantaron por primer acto su cabeza mutilada en lo alto de una picota!!

Formaron la Coalición del Norte Córdoba, Tucumán, Salta, Jujuy, Rioja y Catamarca; pudiéndose también incluír en ella las provincias de Cuyo, á donde condujo el general La Madrid una parte del ejército formado en Tucumán.

El rasgo primordial de este movimiento fué el desprendimiento supremo, porque ni aun los más alucinados contaban con el triunfo; y fué iniciado por Tucumán cuando no había sido todavía materialmente oprimido, obrando tan sólo por un sentimiento de confraternidad y consagrándose en homenaje á la Patria.

Reunió las provincias, — preparó los ejércitos, — dió valor á los hombres, — fortaleza á los pueblos; — fué *el alma* por la dirección, el apóstol por la propaganda, — aquel *Marco Avellaneda* que sus condiscípulos de Buenos Aires llamaban desde niño *Marco Tulio*, porque Dios le había dado el doble don del corazón conmovido y de la palabra que trasmite sus palpitaciones. Lo empleó para ser, con muchos otros que siguieron su ejemplo, — ***héroe y mártir!!***

Oigámosle! — Jamás de un corazón heroico subió á un labio humano una exhortación más elocuente.

¡Soldados! Estaba en Salta: escuché allí el clarín con que la heroica Tucumán convocaba á sus guerreros, y he corrido para participar de sus peligros, para cumplir mi juramento de perecer combatiendo por la gloria de mi Patria y

la libertad de la República. — Yo cumpliré mi juramento. — Los bárbaros no dominarán á Tucumán sinó después de haber pisoteado mi cadáver!!

¡Soldados! Nos alumbra el Sol de Septiembre, el mismo sol que brillaba sobre nuestras armas cuando pusísteis á vuestras plantas el trono de España. — Ahora como entonces, un tirano odioso pretende dominarnos y manda sus siervos para robar nuestras propiedades, para deshonrar nuestras esposas, para degollar nuestros hijos, para incendiar á Tucumán, para hacer, en fin, de nuestra Provincia un horrible teatro de los más bárbaros crímenes. — ¿Lo sufriréis? ¡qué! ¿No sois ya la generación atrevida del año doce? ¿Podríais resignaros con la infamia — habéis nacido para ser esclavos? ¡Nó! ¡Nó! Vosotros lidiaréis como hombres libres, y la heróica Tucumán será otra vez la tierra sagrada de la libertad, la tumba de los tiranos!!

¡Tucumanos! Os respondo de la victoria.

¿Quién podrá vencernos si vamos á combatir entre los sepulcros de nuestros padres y la cuna de nuestros hijos?

¡Soldados! El ilustre caudillo de la Revolución argentina (Lavalle), el brazo más poderoso que haya jamás armado en su defensa, corre ya á ponerse á vuestra cabeza para presidiros en el combate; lo acompañan muchos de esos veteranos que os enseñaron á triunfar el año doce.

¿Qué podéis temer?

¡Soldados! O vencer ó morir...! Es la ocasión.

MARCO M. DE AVELLANEDA.

La tiranía de Rosas no avergüenza, porque suscitó el heroísmo y necesitó derramar sangre hasta la fatiga!!

XVI

Si el Acta de la Independencia es para Tucumán el don de Dios ó de la fortuna, su rayo de luz providencial, más brillante aun que los esplendores de su naturaleza tropical — el pronunciamiento del 7 de Abril contra Rosas (1840) es su título de honra imperecedera, alcanzado virilmente por la sangre y los sufrimientos de una generación entera.

Nadie quedó rezagado y ¿quién no respondió al sublime llamamiento? Había en la atmósfera inflamada de aquellos días sin ejemplo, como un vértigo de sacrificio; y sin esperanza de salvación todos se arrojaron al abismo entreabierto, exclamando con Marco Avellaneda: — *¡Dios, — patria y libertad!* Este fué el lema del movimiento glorioso!

Después de la ocupación de Córdoba por Oribe, cuando sus hordas avanzaron sobre el Norte conducidas por Garzón; después de la deserción de Celedonio Gutiérrez, los horizontes se estrecharon, y ya sólo se dijo: *¡Libertad ó muerte!*

Era necesario dar el mayor prestigio al "pronunciamiento", — y salió de su celda de la Merced para subscribirlo, cediendo á la ternura casi filial que profesaba á Avellaneda, el venerable cura doctor Colombres, que veinte años antes había firmado con mano igualmente serena el Acta de la Independencia argentina. — Fué durante algunos meses Ministro del ilustre Gobernador Piedrabuena, para asociar su nombre á los acontecimientos, habiendo llamado á su lado para que lo ayudara en sus tareas al cura de Monteros, doctor Córdoba, ese otro patriota sacerdote de dulce y piadosa memoria.

¡Ah! yo he visto siendo niño á los dos ancianos en el duro destierro de Bolivia!...

El doctor Colombres era sota-cura de Libi-libi, un villorrio de indios situado en una hondonada, entre dos altísimas montañas que impedían la vista del cielo. Bajaba de vez en cuando á Tupiza para sentir sobre su cuerpo entumecido un rayo de sol, y lo recibía el doctor Córdoba en su pequeño cuarto, haciéndolo sentar sobre un montón de arena, donde éste trazaba los caracteres del alfabeto para enseñar á leer á los hijos de los emigrados!

Escribo para los propios y no para los extraños. — Estas breves líneas pertenecen á los anales domésticos de nuestra Provincia; y será sin duda grato para mis comprovincianos el encontrarse representados por sus padres ó sus parientes en los actos que consumaron el inolvidable sacrificio. — Sus nombres son numerosos pero los consigno, y sólo deploraría haber omitido alguno.

Eran Representantes de la Provincia y formularon el pronunciamiento contra Rosas: doctor Salustiano Zavalía, doctor Brígido Silva, doctor Prudencio Gramajo, doctor Vicente Lezama, Benito Zavaleta, Arcadio Talavera, Miguel Carranza, José Posse, Prudencio Helguera, Pedro Garmendia, Fortunato Baudrix.

Impulsaron el movimiento con sus personas, con sus familias, con sus bienes, aceptando sobre sí todos los compromisos: Nicolás Avellaneda, Javier y Bernardo Colombres entre los jóvenes de esta numerosa familia, Ambrosio y Santiago entre los ancianos, Wenceslao Posse, J. Huidobro, Baltasar Vico, Manuel Berdia, Pedro L. Zavalía, Prudencio Borques, Benjamín Villafañe, Hermenegildo Rodríguez, Pastor Rodríguez, Eusebio Rodríguez, Wenceslao Moyano, Pedro, Luis y Miguel Rueda, Baltasar Aguirre, Domingo Tejerina, Miguel Valladares y los dos hermanos, Ignacio Thames, J. Lobo, Ramón Arosena, A. Ferreira, C. Usandivaras,

Benjamín Colombres, Eustaquio Posse, José M. Posse, Diego Pereyra, C. Bringas.

Eran extranjeros y se asociaron á la suerte común: Martín Apestey, Beltrán Bascarí, el ingeniero Echeverry, Melitón Escudero.

Tomaron las armas por ser militares de antigua data, ó por quererlo ser en el trance supremo: General La Madrid, Marco Avellaneda, Crisóstomo Alvarez, G. Mercante, Pedro García, Manuel Espinosa, los dos Murgas padre é hijo, Pedro Huidobro, Somoza, Domínguez, P. French, J. Colombres, Lucio Casas, Antonio Berutti, Mendivil, Máximo Piedrabuena, José Ignacio Aráoz, Sardinas, Cerrezuela y Lorenzo Lugones.

He ahí sus nombres. — Los que no murieron en la batalla ó en las persecuciones después de la derrota, se encaminaron prófugos, sin excluir uno sólo, *al destierro!!* Bolivia, Chile, el Perú, fueron durante diez años el vasto teatro de sus peregrinaciones.

Don Manuel Oribe entró, después de la batalla de Famaillá, victorioso en Tucumán. — ¿Dónde están los hombres de esta ciudad? preguntó un día. — No había visto por las calles sinó mujeres y niños!!...

XVII

Entremos en los días contemporáneos.

La historia de los hombres actuales y de sus hechos es una operación sobre los organismos vivos, es una *vivisección*, como acaba de llamarla espiritualmente Ernesto Renán. El señor Groussac penetra en el escabroso terreno, y sale en paz con su conciencia y con los otros, sin haber

faltado á la verdad ó á la justicia. Era aguardado en este pasaje difícil de su libro, y lo ha atravesado afortunadamente, mostrándose equitativo para con todos y desprovisto de cualquiera malevolencia. La equidad no es la condescendencia. No es tampoco, por el contrario, el juicio absoluto; pero es el juicio humano juzgando hombres y teniendo en cuenta lo que debe imputarse á la obscuridad de los tiempos, á las preocupaciones que perturban ó á las pasiones que agitan.

Subscribimos en este capítulo á todos los juicios del señor Groussac. Tiene razón en encomiar el ingenio político del señor Posse, y el talento organizador y metódico del doctor Frías, y la recta intención de los demás. Podríamos invertir el verso de Barco Centenera que citábamos al principio, diciendo: — "que los tucumanenses siempre gobernador tuvieron bueno"; — á lo menos en los últimos tiempos y con escasas interrupciones.

Abrimos el Registro Oficial de la Provincia para notar los asuntos que ocupan después de la caída de Rosas. Prescindimos de lo que pertenece á la época y lleva su sello. En todo lo demás es una reconstrucción, y cada decreto confirma nuestro juicio sobre la decadencia de estos pueblos. Hemos visto la cultura disminuida, la sociedad en la pobreza, los estudios abandonados, y comprendemos, por lo que se manda restablecer, que habían desaparecido al mismo tiempo las prácticas más rudimentales de la administración y del gobierno. La tesorería no tenía libros. Todo el sistema de contabilidad había sido abolido.

Cuento á los tucumanos de mi generación que aquel anciano venerable, don Juan Manuel Terán, que hemos conocido siendo niños y cuya cultura de modales es hasta hoy proverbial, había tenido en su conducta, siendo empleado, una pulcritud igual, y que fué el último Tesorero y Contador

que folió los libros, rubricó sus hojas, formó inventarios y dió balances, con arreglo al artículo 102 de la Ordenanza de Intendentes. (1)

XVIII

Reasumamos ahora nuestras impresiones sobre este libro, concebido con los más altos designios y ejecutado con todas esas artes del estilo que constituyen un escritor.

Es la primera manifestación que el señor Groussac hace de sus talentos, aplicándolos á tratar un objeto histórico, y nos revela su aptitud, desenvuelta por estudios serios y por lecturas variadas, para emprender cualquiera empresa literaria. Investiga con libertad en sus movimientos, piensa maduramente y proclama la verdad encontrada, aunque sea para hacer un elogio justo de los Jesuítas. La narración de su establecimiento benéfico en Tucumán y el episodio de su expulsión, referido con detalles tan expresivos, son dos páginas nuevas agregadas á nuestra historia. Sale de nuestras antiguas y descarnadas crónicas, y anima sus cuadros trayendo á su composición todos los elementos que forman la vida de un pueblo.

No conocemos otro libro que haya, de esta manera, contado el pasado y el presente de una provincia argentina.

---

(1) El señor Terán, jefe de la familia hoy tan esparcida en Tucumán, no era tucumano sinó catamarqueño, y provenía á su vez de la más noble estirpe. — Poseemos entre nuestros papeles el árbol genealógico de su casa y los títulos de algunos de sus antepasados. Aquella exquisita cortesanía del buen viejo tenía con razón su perfume aristocrático.

Es el primero en su vía, y es de desear que sea ella trillada por otros sin los apremios de un encargo. El señor Groussac ha pagado noblemente su hospitalidad á la provincia de Tucumán.

Cerramos el libro, y sea por el arte del escritor ó porque la verdad histórica se pone de relieve por vez primera, parécenos que hay cierta identidad en esta figura histórica que viene atravesando siglos, — llámese la tribu *lule*, el criollo de los tiempos intermedios, ó el pueblo tucumano. Hay seguramente cierta unidad ó filiación visible, nacida del suelo fecundo, del clima ardiente y de las trasmisiones de la sangre — entre el indio que va á ofrecerse en servidumbre espontánea al Inca para salir de su barbarie, que se subleva en terribles levantamientos cuando se trata de oprimirlo — con el pueblo que se apresura más tarde á educar sus hijos, que sirve de trípode al genio de la Revolución para lanzar el grito de independencia, ó que se congrega en santa guerra para arrojar á la faz del tirano la protesta de su sangre derramada en las batallas y en los cadalsos.

La prosperidad industrial de Tucumán acrece en cada año, cultivándose los productos espontáneos que el conquistador español encontró ya en el suelo. El humo arrojado por las calderas de las máquinas con que fabrica su blanca azúcar, no alcanzará á empañar la pureza de sus cielos, y hacemos votos porque no pierda, en la embriaguez de su fortuna material, la dedicación al deber, las aspiraciones á lo ideal y las nobles tendencias del carácter que han hecho tan simpático, prestigioso y amado su nombre en la tierra argentina!!

Abril de 1882.

UNA RESPUESTA

(AL SEÑOR SARMIENTO)

Curas y no Obispos. — Ciérigos del Congreso. — Su patriotismo. — Santa Rosa de Lima. — Juramento del Obispo de Salta. — Primer profesor de Ciencias naturales. — Causas de la emancipación.

I

El señor Sarmiento ha reunido en un folleto su *Elogio de Darwin* y una refutación de nuestro estudio sobre la obra histórica del señor Groussac. Parece inútil advertir que entre uno y otro escrito no hay otro enlace sinó su publicación bajo el mismo formato y el nombre común del autor. El homenaje al sabio cuyas doctrinas sobre el *transformismo* de las especies se transforman á la vez inopinadamente en un cuadro elocuente del progreso humano, vale por sí mismo, y no necesitaba ser completado por una escaramuza contra los fantasmas del pasado.

La refutación del señor Sarmiento es una página nueva agregada á su vigorosa polémica. — Parece á veces una batalla, pero es una batalla en el aire, aunque sea dada con fuerza extraordinaria. — No necesitamos sino rectificar conceptos. — He ahí las afirmaciones del señor Sarmiento, á las que oponemos nuestras respuestas.

Dice el señor Sarmiento... — "El Syllabus subscripto por esos mismos Obispos á quienes el *americano* Avellaneda atribuye la independencia americana y argentina!!..."

Pase el anacronismo, aunque los obispos de la Independencia no pudieron oir hablar del Syllabus. — Pero no debe pasar el epíteto *americano,* que grita contra las tendencias cosmopolitas y tan altamente generalizadoras del mismo escrito.

¿A qué protestar contra el espíritu de *localización,* que pretende dar á los acontecimientos un sentido propio ó un carácter nacional, si se ha de volver á la localización para agravar un cargo?—Cuando habla el historiador filosófico en esas alturas *hegelianas* desde donde no se divisan las distribuciones geográficas, debiera callar el escritor polémico, porque no es uno mismo su campo.

Pero volvamos á los *obispos,* que sólo son aquí el *crescendo* de la polémica ó el puente arrojado para unir en una frase al Syllabus con la Independencia. Nosotros no hemos hablado sinó de los presbíteros y curas de aldeas que formaron parte tan considerable del Congreso de Tucumán, — y preguntamos de veras dónde hayamos dicho que sean ellos los antores de la *independencia americana* y *argentina.* Hemos afirmado, sí, lo que es enormemente distinto, que eran curas los firmantes en su mayor número del *Acta de la Independencia,* consignando un hecho histórico.

II

El Acta de la Independencia no es en nuestro concepto ni en el de ninguno, la independencia misma, que se inició con la Revolución de Mayo y se conquistó con quince años de

guerra, aunque haya poderosamente contribuido á realizarla. —Aquí está el origen primordial de las refutaciones del señor Sarmiento, que parten de una confusión, para encontrar un tema de amplificaciones con florescencias como éstas: "Así " la idea de la independencia sale de los presbiterios y cu- " ratos del interior del continente americano. . ." ó esta otra: " en la lista de aquellos *frères ignorantins,* á quienes Ave- " llaneda atribuye la independencia americana". ¿Dónde?

No quisiéramos penetrar en un análisis minucioso de estas páginas que se despliegan con tan vistoso alarde, para dejarles su briosa gallardía. — Es imposible sin embargo dejar de notar que el señor Sarmiento no tiene en mucho el Acta de la Independencia, cuando se trata de dar valimiento á sus autores, caídos tan impensadamente en su desgracia; mientras tanto que el *Acta de la Independencia,* la Independencia misma y la Revolución se confunden bajo su pluma en una misma denominación, cuando quiere presentar como un espíritu apocado al escritor que nada más ha hecho sino contar los nombres que subscriben el inmortal documento y decir ingenuamente: "Eran clérigos en su mayor parte".

III

Lo eran á la verdad, y entramos á demostrar históricamente nuestras aserciones.

Fueron veintinueve los gloriosos firmantes del Acta de la Independencia, y eran eclesiásticos, firmemente adheridos todos á su estado por la severidad de sus costumbres y la sinceridad de sus creencias, los siguientes: doctor Antonio Sáenz, diputado por Buenos Aires; Fray Cayetano Rodríguez, por Buenos Aires; doctor Manuel Antonio Acevedo,

por Catamarca; doctor José Andrés Pacheco de Melo, por Chilcas; doctor Pedro Miguel Aráoz, por Tucumán; doctor Francisco de Uriarte, por Santiago; doctor Pedro León Gallo, por Santiago; doctor Ignacio Rivera, por Mizque; doctor Pedro Ignacio de Castro Barros, por La Rioja; doctor Salguero de Cabrera, por Córdoba; doctor José Colombres, por Tucumán; doctor José Ignacio Thames, por Tucumán; Fray Justo de Santa María de Oro, por San Juan; doctor José Antonio Cabrera, por Córdoba; doctor Sánchez de Loria, por Charcas.

No firmó por un accidente el Acta de la Independencia, y era también clérigo, el doctor Corro, diputado por Córdoba, que se había ausentado días antes en desempeño de una grave comisión del Congreso.

He ahí el hecho histórico. — No puede haber culpa en afirmarlo, y sí sólo veracidad. — ¿Luego la idea de la Independencia salió de los campanarios, como nos hace decir tan anticipadamente el señor Sarmiento? No! — Basta para nuestro propósito el manifestar que los campanarios no le hicieron estorbo cuando penetró en América, aunque haya caído como un aerolito desde otros mundos, y que los que vivían á la sombra de aquéllos supieron ponerse á su servicio con heroísmo y hasta el sacrificio.

Era sacerdote y hasta fraile, el miembro del Congreso que anunciaba el soberano acontecimiento con estas palabras, que empiezan por ser tan razonadas y graves y que concluyen siendo tan solemnes y tan patéticas:

"La Providencia ha permitido que el órden de los suce-
" sos y el peso de la justicia restablezcan á la América el
" pleno goce de una libertad que era suya por tantos títulos.
" Cuánto debemos apreciar ¡oh América! un momento que
" sepultando en el caos del tiempo el transcurso de trescien-

" tos años de ominosa esclavitud, da paso franco á los de
" nuestra suspirada libertad. No inquietaremos las cenizas
" de nuestros padres con el ruido de nuestras duras cadenas,
" y los que nos sucedan no nos llenarán de execraciones
" porque no supimos quebrantarlas, continuando su opre-
" sión."

Era clérigo también, y éste sí más tarde Obispo, el doctor José Agustín Molina, prosecretario del Congreso, que se valía del latín aprendido en la Universidad de Córdoba para saludar el nuevo día de la Patria con este grito jubiloso:

Oh diem lætum, notandum nobis candidissimo calculo!!

IV

El señor Sarmiento agrega: "tentados estuviéramos de creer que el aserto... de que el Congreso de la Independencia al emanciparse de su Rey toma todas las precauciones para no emanciparse de su Dios y de su culto, es un reflejo indeliberado de preocupaciones del momento". Vuelve al concluir sobre esta conjetura, que va por sí sola afirmándose cada vez más en su espíritu, y termina diciendo:

" Habríamos deseado pasar en silencio esta composición
" literaria, si los indiscretos no corriesen riesgo de atribuirle
" tendencia á propiciar los espíritus á una resurrección de
" la educación clerical."

Copiamos estas frases, porque encierran la clave de la refutación del señor Sarmiento. — Ha leído entre líneas, como en un palimpsesto, y se preocupa, no precisamente de lo escrito, sinó de lo que ha creído descubrir como una intención más ó menos oculta á través de los renglones de nuestro folleto. He ahí su error. Hemos procedido sincera

y concienzudamente: y aquellas páginas, ligeras en su forma, encierran un estudio detenido del verdadero espíritu y de las tendencias del Congreso de Tucumán. — No hemos avanzado una sola indicación que no pueda ser estrictamente comprobada.

El Congreso se halla definido por estos dos rasgos fundamentales. Era patriota y era religioso, en el sentido más riguroso de la palabra, es decir, católico, como ninguna otra Asamblea argentina. Su patriotismo ostenta sobre sí el sello inmortal del Acta de la Independencia, y su catolicismo se halla revelado casi día por día en sus decisiones ó en los discursos de todos los que formaban la memorable Asamblea.

Los ejércitos españoles, avanzando desde el Alto Perú, no penetraron en las Provincias centrales de lo que hoy constituye el territorio argentino, y hasta las márgenes del Río de la Plata sólo llegaba el rumor más ó menos inminente de las expediciones que se aprestaban en Cádiz y que no salieron. No es así extraño que la tradición oral no atribuya en estos pueblos tanta importancia á la declaración de la Independencia.

Pero las Provincias del Norte habían sido el teatro de la guerra. Conocían ciertamente sus desolaciones y las venganzas españolas. Nuestro ejército había retrocedido en disolución hasta Tucumán tras de las derrotas de Sipe-Sipe, arrastrando como una cauda centenares de familias; y el relato de los horrores ejecutados en las Provincias del Alto Perú, desde Jujuy hasta La Paz, era el alimento pavoroso de todas las conversaciones. Los diputados de estas Provincias, como Pacheco de Melo, Rivera, Malabia, Sánchez de Loria, eran emigrados que habían escapado por la fuga apresurada á una muerte cierta.

El Acta de la Independencia fué subscripta por sus autores con peligro de muerte.

V

Veamos ahora como el Congreso era *católico*. Este es también su otro signo y lo proclama desde el primer día. Reúnese en sesiones preparatorias y redacta su fórmula de juramento. Contiene ella tres cláusulas augustas, y la primera es: *¿Juráis á Dios Nuestro Señor y prometéis á la Patria conservar y defender la Religión Católica Apostólica Romana?*

Abrase en seguida su voluminoso Diario de Sesiones, y se verá que su primer cuidado es atender con esmeradas providencias á los asuntos eclesiásticos donde quiera que se promuevan, en Córdoba, en Buenos Aires ó en Salta.

La Independencia se halla declarada, y el Padre Oro, de santa memoria, tan justamente enaltecido por el señor Sarmiento cuando escribía sin espíritu de sistema el libro admirable que llamó *Recuerdos de Provincia*, propone solemnemente, para completar aquel acto, *"que se elija por Patrona de la Independencia á la Virgen Americana Santa Rosa de Lima"*; y el Congreso, puesto de pie, lo sanciona por aclamación unánime. (Sesión del 14 de Septiembre de 1816).

Pero hablemos del doctor Pedro Ignacio de Castro Barros, puesto que el señor Sarmiento tanto lo menciona, y que es á la verdad una de las figuras más interesantes de aquella época. Era no solamente teólogo, como el señor Sarmiento lo insinúa, sino bachiller en jurisprudencia, habiendo asistido á los primeros cursos que de esta Facultad se abrieron en Córdoba. Tiene el doble fanatismo de la religión y de la patria, y puesto que la Independencia se halla procla-

mada, quiere á su vez que el Congreso declare "que la defensa de la religión es el principal y el primer asunto de su encargo". Sostiene que la tolerancia debe ser civil, pero no religiosa. (Sesión del 10 de Octubre de 1816).

Un año pasa, y se comprende que es necesario explicar en Roma el verdadero alcance de la Independencia, que era á la sazón tan calumniada; y el doctor Manuel Antonio Acevedo, que había pronunciado la oración *Pro patria* en la instalación del Congreso, propone que se envíe á Roma una Legación á fin de restablecer las relaciones con el Jefe de la Iglesia. Para que no se objete la falta de recursos, indica que sean gravadas las Iglesias Catedrales, y ofrece él mismo las rentas del *beneficio* eclesiástico á cuyo abrigo vive. El fervoroso doctor Castro viene en su auxilio, y pide que se atribuyan al sostén de la Legación sus sueldos de diputado. (Sesión del 3 de Agosto).

¿Por qué negarlo y para qué contradecirlo? Estos son realmente los hombres que formaron el glorioso Congreso de Tucumán.

VI

Basta con lo dicho. Hemos podido afirmar con certeza que los diputados de 1816 "se emancipaban de su Rey, tomando todas las precauciones para no emanciparse de su Dios y de su culto", — y el tema de la polémica se halla agotado. — Este es el propósito intenso que anima á todos. Querían conciliar la vieja religión con la nueva Patria; y no habremos sin duda escrito jamás dos líneas que expresen una verdad histórica mejor acreditada. Habíamosla consignado sin relacionarlas en lo mínimo con ninguna circuns-

tancia actual y por un movimiento espontáneo, porque son la expresión natural de todo cuanto ha dejado tras sí el Congreso de Tucumán para poder ser conocido en sus tendencias ó en su carácter.

Patriota y religioso — he ahí su lema — y será reconocido por los que escriban su verdadera historia!

El Obispo de Salta fué perseguido por haberse mostrado refractario á la causa de la Independencia, y sus querellas con el Gobierno habían más de una vez ocupado á la pasada Asamblea. El Congreso de Tucumán procura con ahinco desde su instalación restituirlo á sus funciones, pero quiere al mismo tiempo obtener su sometimiento á la *Patria.* — El asunto es largo, reaparece en diversas sesiones; y Colombres, Castro, Acevedo, que son súbditos eclesiásticos del Obispo, toman en su debate una participación anhelosa. Queda por fin arreglado, y el Obispo se presenta en el recinto del Congreso antes de volver á su diócesis. "Arrodillado, dice el Acta, delante de un crucifijo y con las manos puestas sobre el Evangelio, el señor Obispo prestó el siguiente juramento: "Jurais á Dios y por estos Evangelios, promover y defender la libertad de las Provincias Unidas de Sud América y su independencia del Rey de España Fernando VII y de sus sucesores, metrópoli y de toda otra dominación extranjera? — Sí juro. — Prometéis á la Patria el sostén de sus derechos, con la vida, haberes y fama? — Lo prometo".

Esta escena real, es á la vez simbólica. Representa verdaderamente al Congreso que firmó nuestra Independencia. No separaba en sus anhelos la religión de la Patria.

VII

Concluimos. — Sólo necesitamos dar breves toques de lápiz para borrar algunas palabras escritas, sin duda con poca reflexión, por el señor Sarmiento.

Cuando hemos hablado de la pobreza ínfima en que cayó Tucumán como las otras Provincias del interior, no podemos hablar del Tucumán opulento de hoy, servido por ferrocarriles y con sus ingenios de azúcar que igualan si no superan á los del Brasil; sino del Tucumán que vivía sin industria durante dos generaciones, agotando el capital acumulado en el último tercio del siglo pasado y que se arrastró entre convulsiones, extenuado y sangriento, hasta la caída de Rosas.

Decimos lo mismo de la decadencia de los estudios, que yo mismo he alcanzado en Córdoba caídos casi en la barbarie, y que eran por cierto inferiores á los del principio del siglo, cuando el Deán Funes introdujo las reformas universitarias que fueron mencionadas en la América entera. — Hablábamos de la Universidad de Reinafé ó de López Quebracho, y no por cierto de la Universidad que encierra en uno de sus departamentos el Observatorio de Gould, y en otro la Facultad de Ciencias Naturales, desempeñada por profesores alemanes.

VIII

Apartémonos de estas trivialidades. — Nuestros congresales habían estudiado lo que enseñaban en sus tiempos las

Universidades de España y América; y sus conocimientos teológicos y jurídicos no les impedían promover la Revolución y asociarse á sus destinos. Comprendían ellos mismos cuán imperfecta había sido su educación literaria, y el "Manifiesto del Congreso" que el doctor Castro Barros firma, incluye la deficiencia *de los estudios* entre los males de la dominación española. Para que sus sucesores los tuvieran mejores, para que *"se formaran sabios y se desarrollaran genios* capaces de *promover los intereses de su Patria* y de adelantar su civilización", se pusieron de pie, no dejándose otra alternativa sino la independencia ó la muerte.

El señor Sarmiento recuerda nuestros comunes esfuerzos para fundar el Observatorio de Córdoba, siendo él Presidente y yo Ministro, ó para introducir bajo los claustros de la Universidad colonial las nuevas enseñanzas de química, botánica, mineralogía, física, dotadas de sus soberbios gabinetes. Pero ¿no nos hallábamos los dos promoviendo estos conocimientos — *nova verba* — un poco en el caso mismo de los congresales de Tucumán? El señor Sarmiento y yo sabemos, como algunos de ellos, un poco de *jurisprudencia,* y como los que eran clérigos un poco de teología, sin que lo uno y lo otro nos hayan impedido concertar nuestra tarea para difundir entre los demás los beneficios de una educación superior ó diversa á la que habíamos podido nosotros alcanzar.

Será sin duda curioso para el señor Sarmiento, el saber que fué precisamente el *Congreso de Teólogos* el primero que abrió los nuevos rumbos á la enseñanza. — La primera patente expedida para acreditar el nombramiento, como profesor, de un sabio europeo, se halla firmada por su Presidente y grabada con su sello. Léase la sesión de 27 de Julio de 1818. El Congreso nombra por un acto solemne

al célebre Amadeo Bompland "profesor de historia natural en las Provincias Unidas"; encareciendo con palabras pomposas las ventajas de estos estudios.

IX

No entra en nuestro propósito discutir las teorías históricas del señor Sarmiento. — Estamos seguros que se hallará él mismo dispuesto á restringir un poco sus vastas generalizaciones, después de una *segunda lectura,* como se dice en estilo parlamentario.

Los grandes acontecimientos humanos llevan consigo un poder de irradiación y se propagan. Hay contagio en los sentimientos, difusión en las ideas,—y los hechos se imponen como ejemplos que inducen á su imitación. Hay estados mentales que pasan de un pueblo á otro, provocando idénticos ó semejantes sucesos. — Pero no todo puede explicarse en la historia por los grandes oleajes que vienen desde lejos invadiendo tierras, y es necesario dejar amplio espacio á la influencia de los elementos propios, característicos, nacionales, sin los que no habría habido *confluencia,* según la expresión de Herder, es decir, acción histórica.

El sentimiento de esta verdad se incrusta más en nosotros, á medida que penetramos por el estudio en el conocimiento de los tiempos coloniales que precedieron á la Revolución y la prepararon. — Hay causas que obran del mismo modo en Méjico, en Chuquisaca como en Buenos Aires, y son los males de la dominación española que se habían convertido para todos en conciencia pública.

La exclusión de los criollos, los monopolios metropolitanos, las exacciones, los tributos, van depositando con el

sufrimiento de las poblaciones el gérmen del espíritu revolucionario; y si éste estalla á la misma vez, ó con escasas diferencias de tiempo, en Méjico, La Paz, Chuquisaca ó Buenos Aires, no es porque le faltaran raíces locales, como lo insinúa el señor Sarmiento, sinó porque las tenía precisamente profundas y ramificadas por bajo todo el suelo americano que ocupaba el gobierno español.

Turgot, el célebre Ministro de Luis XVI, era sin duda un profundo pensador, y la crítica moderna lo ha restablecido en su verdadera grandeza, desconocida ó amenguada por sus contemporáneos. — Las Colonias, dijo un día, son como las frutas, que una vez maduras caen por si solas de los árboles; y estas palabras son igualmente aplicables al movimiento independiente de la América del Sud como de la América del Norte.

Buenos Aires, 1882.

POESIAS DE RIVAROLA

Víctor Hugo lo ha dicho: se escribe lo que se ha sentido, lo que se ha imaginado, lo que se ha visto; y éstos son, á la verdad, los elementos de un libro poético.

El jóven autor de los versos que van á leerse, sólo ha podido hasta hoy *imaginar mucho*. A los diecinueve años el libro de la vida no se halla abierto sino en esta página. Sus versos son la sombra de sus sueños.

El joven poeta no vacila en reconocer este carácter de sus versos, que pueden ser comparados con mayor propiedad que nunca con los primeros movimientos de una ave, que ya medrosa ó audaz, ensaya sus alas voladoras. Todo es incierto, pero es también rumoroso, en su alma. — Son los preludios del canto.

La mañana de la vida, ha dicho el cantor del René, es como la mañana del día, llena de ruidos, de imágenes y de armonía.

Oigamos como el poeta mismo se define:

Soy como el ave
que canta sola,
como las flores,
como la ola,
que sólo sueña
con sus rumores—
íntima voz:—
ave, sin nido;

flor, sin amores;
ola, sin playa;
alma, sin Dios!

El primer canto se intitula *Primavera,* y su soplo ardoroso circula por todo el libro.

"Bello es vivir cuando las flores viven;
Bello es amar cuando las flores aman;"

y para dar nota á esta embriaguez de la naturaleza ó prestarle una imagen, el pensamiento del poeta se exalta, se extasía y se desvanece, descendiendo en flores y en himnos á los pies de la Beatriz desconocida. Su amor se confunde con el presentimiento y con los sueños.

Yo creí que los ángeles
coronaban tu frente,
y que era para ti cuanto veía!...
La selva sus murmullos te ofrecía;
sus colores la nube de occidente;
el ave errante melodiosos cantos,
cuando te iba siguiendo con su vuelo
llamada por la voz de tus encantos;
las hojas su verdor; su luz el cielo!
.....
Sí! yo te ví resplandecer; las aves
exclamaron al verte "¡esa es la aurora!"
y alzaron para tí sus cantos suaves.
Al contemplarte por la vez primera,
la flor, en cuyo seno el alba llora,
gozosa murmuró: "¡la primavera!"

Donde quiera que se abra este libro, se escucha una nota de música que canta.

El verso del señor Rivarola es hoy sobre todo musical, pero será pronto íntimo, poético, esplendoroso, porque está

destinado á recorrer las formas todas del lirismo. El reloj de arena que el tiempo lleva en sus manos, necesita dejar caer algunos de sus duros granos sobre el sendero florido que embriaga á nuestro poeta con sus perfumes primaverales. Es cruel la ley, pero es la ley. La verdadera inspiración vendrá con la meditación, con la pasión, con el dolor.

El corazón del hombre, ha dicho un poeta de esos pueblos antiguos que por serlo conocían mejor la vida, el corazón del hombre es como aquellos árboles del bosque que sólo vierten su mirra y su incienso cuando han sido heridos por el hierro.

Las composiciones que hoy se publican no son, en la intención misma del autor, sinó un primer ensayo. Pero cuando entre éstas se encuentran la variedad de aspectos, la diversidad de tonos y el movimiento dramático que encierran los cuadros de la *Severa,* — la pintura patética del *Suicida* — y la melancolía enternecida que se desprende de las estancias de *Sor María,* — es muy difícil trazar un horizonte al porvenir poético que empieza á desplegarse tan brillante delante de nuestros ojos.

Hemos nombrado este poema de *Sor María,* que es el mayor esfuerzo poético de nuestro amigo, — é invitamos á leer las sentidas estrofas en las que se siente verdaderamente el silencio del claustro cayendo sobre las cenizas de las pasiones extinguidas.

Pero, nos preguntamos: ¿por qué esta "Musa" del poeta niño se interna tan fácilmente y á cada momento en la iglesia solitaria, para escuchar bajo la bóveda obscura los murmullos del viento, que viene á expirar con sollozos al pie de la columna trayendo los últimos ruidos del mundo? — Los ojos y la imaginación se deslumbran con el colorido de los bellos y variados cuadros. ¿Por qué no lo derrama con profusión en sus versos fáciles? — Es argentino y tiene por de-

lante la Pampa inconmensurable. ¿Por qué no le tienta su extensión?

Enrique Rivarola es hijo de Werther, de René, de Obermann, de las *Meditaciones* de Lamartine y de las *Noches* de Musset, es hermano de Olimpio por su juventud y por su tristeza, — es hijo sobre todo de este siglo que ha modelado su corazón, — y sus instintos secretos le advierten ya, á pesar de su juventud, que hay mayor inmensidad en la soledad del alma que en la soledad del desierto.

Los colores se mezclarán á los colores; y si el poeta es viajero, como Teófilo Gautier, reflejará en su paleta los vívidos matices de luz con que el sol desparrama sus rayos por todas las esferas del cielo. Hermoso espectáculo para la imaginación y para los ojos!

Pero el poeta paisajista pasará con los gustos de su generación. Falta en sus cuadros la nota viviente, que sólo sube de las profundidades del alma y que ha hecho eternos el murmullo de las aguas del *Lago* de Lamartine, el movimiento de las hojas descoloridas del otoño en la Tristeza de Olimpio, el paseo de Musset por el bosque de Fontainebleau; y para igualar la prosa mágica con el ritmo alado, aquel canto que Cimodocea suspiró en las rejas de su prisión, confiando su libertad y sus amores á los vientos y á los bajeles de la Ausonia.

El colorido es bello, pero sólo es perdurable la expresión del sentimiento humano. Oigamos ahora, para no extraviarnos, las estrofas en que nuestro poeta describe la soledad del claustro, su iluminación furtiva por un rayo pálido de la luna y la aparición de la monja arrastrando su largo sayal por los pavimentos desnudos.

La luna se va alejando,
y en sus postreros desmayos
los últimos tibios rayos
por el claustro van pasando;
y Sor María, quedando
á solas con su martirio,
ve en agitado delirio
alumbrarse los objetos
como á los rayos inquietos
que da la lumbre del cirio!
.....
El claustro quedó más frío;
y la luna, al ir bajando,
en las sombras fué dejando
aquel recinto sombrío;
y en confuso desvarío,
con extraños movimientos,
sombras en los pensamientos
la obscuridad fué vertiendo,
que pasaron pareciendo
un remolino de vientos.

Sor María, — interrumpiendo
la quietud con sus suspiros
que en alborotados giros
iban al cielo subiendo, —
el claustro fué recorriendo
desde el uno al otro lado,
como cadáver alzado
desde el fondo de la fosa,
que vaga, y jamás reposa,
por una sombra arrastrado.

II

La crítica sería impertinente en presencia de estas primeras composiciones, tan ligeras, tan aéreas como espontáneas. Lo que el señor Rivarola ignora, se lo enseñarán muy pronto la vida y la práctica de su arte. No necesita otros consejeros.

Nótase siempre en las composiciones de la primera juventud, como su rasgo primordial, la savia que sobreabunda, ó en términos más correctos, la producción excesiva. Se dice todo, cuando nada hay adherido íntimamente á nuestro sér y lo que se lleva adentro es en su mayor parte reflejo de lecturas, de imaginaciones fugitivas ó de impresiones extrañas. Pero ¡cuán penosamente suben del corazón á los labios aquellas palabras que antes de ser trazadas por la pluma, han asomado como lágrimas en los ojos! Cuando nuestro joven poeta haya sentido, pensado y observado más, será avaro de su tesoro y no lo entregará tan fácilmente á los vientos del camino.

Es necesario ser severo consigo mismo. No todo lo que se escribe pertenece irrevocablemente al público. Cien versos mediocres relegados al olvido, hacen brotar de pronto en la memoria un verso con alas. Hay además magnificencia en dejar algo para sí. — "¿Cuándo y en qué Revista publicarás esta composición?" preguntaba una vez Pablo de Musset á su hermano. — "Nó! la guardo para mí", respondió el cantor de Rolla. "Este es mi lujo". — Nuestros jóvenes poetas deben reflexionar sobre este tema. La facilidad es atrayente, pero es engañosa.

Byron, Musset, Vigny, Lamartine, Leopardi, no habían escrito á la edad de nuestro amigo un número tan grande de versos. Hay sin duda exceso.

La imagen del poeta no se halla representada por la náyade de la fuente, que deja escapar en ola continua toda el agua encerrada en sus cavidades. La poesía es concentración, es reflexión, es poder dado á la palabra por su sentido infinito. La imagen de la poesía es más bien aquella gota de ambrosía que la Psyquis divina guardaba en su seno, y que cayendo un día de sus labios entreabiertos, embriagó á los hombres y perfumó la tierra.

III

No leía versos después de mucho tiempo, y he leído últimamente los que me han sido enviados por sus jóvenes autores. Quiero valerme de esta ocasión para consignar mi gratitud, mencionando siquiera sus nombres. Nuestro joven autor no se agraviará por esta digresión. Es por su blanda índole el amigo de todos; y siempre tendrá entre pocos ó muchos su fisonomía aparte, por la sonoridad del verso, por la espontaneidad en la producción, y para decirlo de una vez, por el don instintivo del canto.

Ahí están, — el poeta nacional que acaba de hacer resonar al pie del renombre de Hugo el coro excelso de las liras gigantescas, como aquel concierto colosal de la Exposición de Filadelfia cuyos compases eran marcados por el estampido del cañón; — Carlos Monsalve, que maneja con igual maestría el vocablo antiguo y la fantasía alemana, que vive en intimidad con Hoffmann y con don Alfonso el Sabio y que debe llevar en su cabeza un mobiliario bien rico, cuando puede dar dentro de él asiento á sus dos huéspedes separados por tantos siglos; — Navarro Viola, que deja por ocasiones sus largos estudios para ser poeta, quedando siempre pensativo, y que trazaba ayer en una estrofa la silueta del Dante Alighieri, trasladando á sus versos el estremecimiento con que le vieron pasar las mujeres de Verona. — Ahí está, por fin, García Mérou, que sigue hoy en París y por la calle de los Molinos las huellas de Alfredo de Musset, cantando también á la luz de los reverberos y sobre el asfalto del pavimento las vírgenes locas y los amores vagos, y que empieza con afán insano á punzarse el corazón para llorar

pronto sobre sus muertas ilusiones lágrimas de sangre. ¡Que haya á lo menos una voz amiga que le repita al oído la tardía confesión del maestro: "Es tentar á Dios, amar el dolor!!"

IV

Paso á los poetas!! Aunque no se lo demos, avanzarán con nosotros, sin nosotros y á pesar de nosotros, á ocupar la cabeza de la columna. Cuatro ó cinco estrofas representando un estado del espíritu, dando expresión á las agitaciones del corazón y que contengan uno de aquellos versos que son como una fibra del alma, bastan para salvar una memoria de hombre en el naufragio de los tiempos.

La acción política es más ruidosa, pero es también incierta en sus resultados, y ninguno de los que viven en su agitada arena puede calcular el alcance futuro de su nombre. ¡Cuántos personajes ufanos y vanagloriosos van pasando al olvido en la historia contemporánea misma, mientras que un verso de Schiller, de Byron ó de Echeverría hará conocidos sus nombres en la más lejana posteridad!

Los cuadros de la historia antigua dentro de los que se veía un pueblo desenvolverse, crecer, llegar á la cumbre de la dominación ó de la cultura, desarrollando siempre sus elementos primitivos, se hallan hoy rotos por esta presencia de los pueblos nuevos, que se acrecientan por las avenidas de hombres que llegan de todas partes trayendo los orígenes más diversos. Pueblos así formados se encaminan sin duda á la civilización más cosmopolita, y por lo tanto más alta; pero están destinados á pasar por transformaciones sin cálculo.

Entre los elementos presentes, ¿cuáles subsistirán al tra-

vés de todos los cambios? — Podemos, sí, afirmar, puesto que de la poesía hablamos, que mientras el río majestuoso que nos da su nombre lo conserve, y habite á sus márgenes un pueblo que hable nuestro idioma, no faltará quien descienda cada tarde por las calles de la populosa Ciudad, llevado por ese tumulto interior, de los deseos sin nombre, de las aspiraciones gigantescas, de las sensaciones profundas, que necesita para ser expresado asociarse á los vastos espectáculos de la naturaleza, y que viendo las aguas del Plata sublevarse en impetuosos torbellinos ó dilatarse reflejando las estrellas del cielo, — repita para sí, después de doscientos ó trescientos años, los versos de Echeverría:

¡Quién pudiera, hermoso Plata,
cabalgar sobre tus ondas
y de tus entrañas hondas
los misterios descubrir;
ó en el raudo torbellino
de la tormenta engolfarse,
en tu atmósfera bañarse
y de tu vida vivir!

Me place con el Pampero
esa tu lidia gigante,
y el incansable hervidero
de tus olas á mis pies;
y la espuma y los bramidos
de tu cólera soberbia
que atolondran mis sentidos,
llevan á mi alma embriaguez.

Me places cual la llanura
con su horizonte infinito,
con su gala de verdura
y su vaga ondulación,
cuando en los lomos del bruto
la cruzaba velozmente
para aturdir de mi mente
la febril cavilación.

Y te quiero ¡oh, Plata! tanto,
como te quise algún día,
porque tienes un encanto
indecible para mí;
porque en tu orilla mi cuna
feliz se meció, aunque el brillo
del astro de mi fortuna
jamás en tu cielo ví.

Oh, Plata! al verte gigante
me agiganto, iluso siento
la emoción y arrobamiento
de un inefable placer;
y mi vida incorporarse
con la tuya turbulenta,
y en inmortal transformarse
mi perecedero ser.

La estatua de don Esteban Echeverría guardará indudablemente su nombre, cuando hayan perdido el suyo otros monumentos más fastuosos.

V

He querido hablar, antes de concluir, del más famoso de nuestros poetas, ya que un noble sentimiento de opinión ha inducido á buscar tardíamente sus huesos en un cementerio extranjero, para no encontrarlos. La estatua misma no es sinó un proyecto, pero nuestros jóvenes poetas deben el homenaje de su realización al más grande de sus antecesores en el orden del genio poético y de la gloria que los versos producen.

Don Esteban Echeverría es el poeta sudamericano que haya dejado tras sí una obra poética más extensa, á pesar de la brevedad de su vida, de las dificultades de su produc-

ción, de las angustias de su patriotismo y de los tiempos de *bronce* que le tocaron en suerte. Su poesía es muchas veces descriptiva y con frecuencia defectuosa en sus formas, pero se la siente siempre internamente bella, como la actitud de un alma que se recoge á meditar. Echeverría es más que un poeta, un pensador poético.

Es cierto que ha sido el primero en traer á sus cantos el espectáculo de la naturaleza argentina, — pero la describe menos en sus aspectos exteriores que lo que la siente en sus relaciones con el espíritu. De ahí el asombro causado por la *Cautiva* y el secreto de su originalidad permanente, que sólo puede provenir de un sello personal. Es la naturaleza argentina, no tanto vista como sentida por vez primera y traducida en cuadros que van del interior al exterior.

El pincel da apenas breves toques, cuando ya sobreviene la melancolía ó la reflexión.

Hay siempre encanto en escucharlo.

¡Cuántas, cuántas maravillas,
sublimes y al par sencillas,
sembró la fecunda mano
de Dios allí! ¡Cuánto arcano
que no es dado al mundo ver!
La humilde yerba, el insecto,
la aura aromática y pura;
el silencio, el triste aspecto
de la grandiosa llanura,
el pálido anochecer.

Las armonías del viento,
dicen más al pensamiento,
que todo cuanto á porfía
la vana filosofía
pretende altiva enseñar.

¡Qué pincel podrá pintarlas
sin deslucir su belleza!
¡Qué lengua humana alabarlas!
Sólo el génio su grandeza,
puede sentir y admirar.

No niego que Echeverría haya introducido la descripción en nuestra poesía con la verdad del colorido local; pero introdujo sobre todo en ella las palpitaciones del corazón, los afanes insomnes de la mente, los éxtasis de la fe y los tormentos de la duda, haciéndonos conocer los acentos de la Musa moderna. He ahí el recuerdo que yo inscribiría al pié de su estatua.

Desde que la voz de los *Consuelos* hizo vibrar nuevas fibras en el alma argentina, entramos ya en la atmósfera literaria del siglo, asistiendo desde tan lejos á la vida de los más grandes espíritus. Lamartine y Hugo, Byron y Goethe, son nuestros al través de Echeverría. Recordada sea por siempre su influencia sobre la mente de los argentinos! Por eso, su aparición fué como un deslumbramiento y su canto resonó con acentos tan peregrinos. Por eso, si sus méritos de poeta son grandes, fué mayor aún su acción como precursor. Lo ha sido ya para tres generaciones que han seguido sus huellas luminosas; y hay por lo tanto gratitud como entusiasmo en el homenaje que se prepara á su memoria.

La estatua de don Esteban Echeverría debe ser levantada con mayor justicia que la muralla de la leyenda griega, al son de las liras patrias. Poetas argentinos ¡he ahí vuestra obra! Hay derecho para concitaros á su cumplimiento, valiéndose de una voz que debe seros tiernamente conocida: *Manibus date lilia plenis.* — Derramad con este objeto los lirios á manos llenas.

El autor del volúmen que va á leerse es el primero en traer al fondo común el producto de sus versos. Entreguemos ahora el libro de nuestro joven amigo á su destino: — *Habent sua fata libelli!!*

Buenos Aires, 1882.

SARMIENTO ESCRITOR

El nuevo libro de Sarmiento [1], removerá profundamente la atención pública. No son sus memorias políticas, pero es el resúmen de su vida como pensador y como artista.

Repito la palabra: como *artista*. Lo que en el *Facundo* es un cuadro, fuése modificando al través del tiempo en una teoría, pero en una teoría pensada y sentida al mismo tiempo. Entre el *Facundo* y el nuevo libro han corrido cuarenta años. ¡Cuántos cambios en el autor, de cuántas vestiduras carnales se ha desprendido, y por cuántas transformaciones ha pasado! Pero, leed las páginas del nuevo libro, y notaréis este rasgo persistente: el pintor. Sarmiento lo fué siempre: en la juventud, describiendo la pampa infinita y sus monótonos accidentes, viajando en la edad madura, y lo es hoy mismo en la vejez.

No conozco del nuevo libro sinó dos páginas, que son el comienzo de un capítulo titulado "El indio á caballo". Es una nueva teoría para explicar hechos de nuestra historia, y es al mismo tiempo un paisaje de vastos horizontes: *un cuadro*. He sentido dos impresiones oyendo su lectura: la una moral, y era producida por un rayo de luz en mi espíritu; y la otra, física, como si me encontrara en medio

(1) *Conflictos y Armonías.*

de los campos, respirando aquel aire áspero y puro que da tono á los nervios, ó haciéndome dueño del espacio por el galope rápido de un caballo.

Encuentro al mismo hombre cuyos escritos exaltaron tanto mi espíritu en los días de mi juventud. El autor no ha cambiado, es el mismo; pero se ha dado vuelta. — Joven, era un pintor que pensaba; anciano, es un pensador que pinta. ¡Cuánta facilidad tiene su pluma para convertirse en pincel, pero ya grave, correcto y puro!

Noviembre 2 de 1882.

EL PADRE MAMERTO ESQUIU

I

Todos lo llamamos instintivamente después de muerto con el nombre que ilustró durante su vida. — Se prefiere recordar sobre el Obispo, al monje austero y sencillo, laureado por ese rasgo de la abnegación sublime, que era el rayo de luz celeste descendido sobre su obscura celda.

La abnegación: he ahí su porción de don divino; y la reveló desde la juventud rehusando el Obispado del Paraná, renunciando el Arzobispado en su edad madura, y sólo aceptando más tarde el de Córdoba después de una primera repulsa, para obedecer á la voz augusta que venía de Roma.

Hubo también en su vida otra renuncia que contaremos más tarde, y fué sin duda ésta la más profunda y dolorosa. Tenía treinta años, y en un día para él tan supremo como aquel otro en que pronunciara delante del altar sus triples votos, renunció á los esplendores de la elocuencia, que era la voz nativa de su alma, á los atractivos de su fama naciente que se propagaba por la América, y al cultivo tan penetrante de aquellas letras profanas cuyo recuerdo atormentaba tanto á San Jerónimo, como el de las danzas romanas, atravesando los desiertos de la Siria y de la Judea.

" Me sentí transportado en espíritu, dice el gran santo en " uno de sus admirables relatos, delante del Tribunal del Juez

" Supremo. Una voz me preguntó quién era. — Yo soy un " cristiano, respondí. — Tú mientes, dijo el Juez Supremo. " Tú eres un *ciceroniano* y no eres un cristiano. — Donde " está tu tesoro, allí está tu corazón".

II

El Padre Esquiú no frecuentó estos caminos del mundo que vienen llenos de gente, y son pocos á la verdad los que fueron admitidos á su trato amistoso. — Pero quien lo vió y lo oyó, no pudo más ya olvidarlo. — Dejaba tras sí una impresión indeleble, en la que un sentimiento de ternura respetuosa se mezclaba á cierta curiosidad del espíritu por conocer los movimientos de esta inteligencia tan elevada como reflexiva.

El señor Delegado Mattera lo llamaba el "Santo Obispo de Córdoba" desde que lo conoció. El Internuncio en Río de Janeiro no podía apartarlo de su memoria, y lo mencionaba á cada momento en sus conversaciones sobre los hombres de estos países. Aquí mismo tenía un grupo de personas que lo seguían fielmente con su pensamiento y hemos pasado muchas horas con José Manuel Estrada ó con Pedro Goyena, recordando palabras que le habíamos oído, leyendo sus *Pastorales* al clero de Córdoba, ó contando los pormenores de su vida de Obispo, en la que le sobrevenían á cada momento la desnudez y la miseria ocasionadas por su ardiente caridad.

Buscamos en el pasado otro hombre con quien compararlo, en el que la santidad del alma, la pureza de las costumbres, la afabilidad de la voz se unieran á la más alta distinción intelectual, y nos detenemos delante de aquella figura seráfica

de San Francisco de Sales, el autor de la *Introducción á la Vida Devota*, que se despertaba asociando á los ruidos y perfumes de la mañana estas palabras: "Me siento hoy más amoroso de las almas".

El Santo le excedía en el conocimiento de los hombres, y sabía tal vez más ser Obispo. Pero les eran comunes los dones afectuosos del alma, la conversación fina y suave, transparentando á ocasiones cierta malicia y llena de "esas expresiones tenues, simples, delicadas, que no pueden repetirse después que han pasado". — Estas palabras no son de uno de esos artistas ó críticos conocidos, como Sainte-Beuve, sinó del mismo Francisco de Sales.

Léase el escrito familiar más pequeño del Padre Esquiú, y se le encontrará penetrado de la unción más tocante. He ahí un billete que la casualidad pone en nuestras manos:

"Mi muy respetada señora:

"El señor don D. D. me entregó la muy apreciable de usted "con la limosna de mil pesos bolivianos para las necesida- "des de esta Iglesia. Sé que la bondad de usted llega hasta "el punto de no exigir cuenta de la inversión de aquella can- "tidad; pero usted me hará la gracia de permitirme que para "satisfacción mía se la presente. Y además ¿por qué no ha "de gozarse su noble corazón en la vista de las necesidades "que ha socorrido su generosa piedad?

"Por mi parte, le quedo doblemente agradecido: lo pri- "mero, por el socorro que usted ha hecho á necesidades que "son mías; y lo segundo, por la confianza con que me ha "honrado cometiéndome la distribución de tan valiosa can- "tidad.

"Al hacer las distribuciones que se señalan en la adjunta

"lista, he tenido cuidado de dar aviso de su procedencia, y
" encargar que rueguen por el descanso del alma de su fi-
" nado esposo; pero puedo asegurar á usted que de nadie es
" tan propio este deber como de mí, y que ninguno de los
" agraciados siente más fuerte obligación de gratitud que yo.

" Quiera usted aceptar este humilde tributo de recono-
" cimiento con los sentimientos del más profundo respeto y
" los más vivos deseos de recibir sus órdenes."

FRAY MAMERTO, *Obispo.*

III

Cuando el Padre Esquiú subió al Obispado después de su resistencia y por obediencia, la expectativa fué grande.

No era personalmente conocido por el pueblo de Córdoba, ni por su clero, y éste como todos los que tienen tradición, estudios y reputaciones propias, ha sabido mostrarse receloso para los prelados que vienen de afuera. — El clero se hallaba dividido, y el nuevo Obispo no quiso ser informado sobre estas discordias. Se le dijo sin duda que era necesario, según la regla tradicional, apoyarse sobre el Cabildo de los Canónigos para gobernar la diócesis, y nada hizo sin embargo por granjearse sus simpatías.

El Padre Esquiú sólo quiso hablar desde la cátedra y por la admonición de sus Pastorales, y redactó las dos que corren impresas con el nombre del Clero de Córdoba y que los eclesiásticos debieran siempre meditar, — porque no se han escrito después de Bourdaloue exhortaciones más solícitas para encarecer la sublimidad de su ministerio, — y que pueden también ser con provecho leídas por todos, para admi-

rar siquiera el raro y profuso conocimiento de los Padres de la Iglesia.

El Padre Esquiú se impuso á todos, no por sus artes de gobierno, sino por el espectáculo de sus virtudes. — Pero ¿no constituyen éstas para un Obispo el arte supremo? Sobre todas las advertencias de una habilidad que, aunque eclesiástica, será siempre mas ó menos mundana, prevalecerá en cualquier ocasión el consejo divino de San Pablo en su carta á Timoteo: *Oportet episcopum esse irreprensibilem.* Conviene que el Obispo sea irreprensible.—El Obispo Esquiú lo fué, y todas las críticas enmudecieron al verlo tenderse por las noches sobre el pavimento desnudo, cruzar los ásperos senderos de la sierra buscando al enfermo ó al menesteroso, y no tener en su caridad límites, porque no se reservaba para sí ni aún lo necesario.

IV

No queremos repetir lo que tantas veces se ha escrito — la explosión de entusiasmo con que fué saludado el jóven orador que apareció de improviso en Catamarca, pronunciando aquellos dos discursos patrios que conmovieron toda fibra argentina y que corrieron rápidamente por la América.

Recordemos algunos hechos. El doctor Carril, que ejercía á la sazón el Poder Ejecutivo de la Confederación, se levantó con ademán *rivadaviano* y abrió con un decreto pomposo la pila bautismal de la gloria al nuevo orador. — El doctor Vélez Sársfield redactaba *El Nacional*, y exclamó en sus columnas: "¿de dónde nos viene esta gran voz? Allí donde ha resonado, aunque no haya sinó una aldea con chozas, existe un pueblo culto". — El señor Lafont, hombre de

activos negocios, pero místico y ardiente, emprendió un viaje hasta Catamarca para conocer al Padre Esquiú. — El doctor Navarro Viola insertaba en *El Plata Literario* la peroración del discurso de Esquiú, para ponerla al frente de otra de Bossuet, sin que aquella palideciera en la comparación. El pensamiento argentino no había á la verdad campeado por mayores alturas, ni héchose visible bajo forma más grandiosa de expresión.

La fama del orador fué creciendo y circulando como la de todos los grandes oradores, en alas de los vientos que transportan sus palabras de un lugar á otro.

La ciudad de Tucumán solemnizaba algún tiempo después la inauguración de su Iglesia Matriz, y Esquiú fué llamado desde Catamarca. Apareció en el púlpito de la nueva Iglesia, preguntó, comprimiendo los brazos sobre el pecho y con una voz cuyos acentos no hemos olvidado después de tantos años: "Qué es el templo? ¿Qué es la patria?..." Explicó con magnificencia el dogma cristiano de un Dios encerrado bajo formas visibles en el Tabernáculo,—la solidaridad en el bien, en el dolor, en su destino inmortal, de las generaciones que vienen unas en pos de otras á postrarse bajo las sagradas bóvedas, — y volvió á resonar en sus labios "el grito del patriotismo heroico que treinta años antes había sido arrojado en aquel mismo recinto, haciendo alborear los horizontes obscuros de medio mundo".

Pero no nos ocupamos del orador. Esta tarea ha sido desempeñada ya por el doctor Goyena con un éxito que sería después de él difícil alcanzar. — Nuestro propósito es más pedestre. Consignamos impresiones ó recuerdos personales, sin temer siquiera su trivialidad. Referimos así á los curiosos que el Padre Esquiú tenía sobre su mesa, en el convento de Tucumán, los siguientes libros: — el volumen

segundo de la *Filosofía fundamental* de Balmes, el *Ensayo sobre el Cristianismo y el liberalismo* de Donoso Cortés, las *Matemáticas elementales* del Padre Justo García, la *Imitación de Cristo* y un tomo del *Diccionario de Agricultura* de Rosier, que fué traducido al español durante el reinado de Carlos IV y que hacía recordar que el Padre había nacido en una familia de humildes labradores. (1)

V

Hagamos ahora un poco de historia claustral para contar cómo se había educado el Padre Esquiú y decir quiénes fueron sus maestros en el convento de San Francisco de Catamarca.

Llama la atención, y suele ser para muchos materia de investigación, el averiguar cómo pudo mantenerse cierto grado de cultura en las provincias del Interior, atravesando durante cuarenta años los sacrificios de la guerra de la Independencia, los despedazamientos de la anarquía, las visitas de las ciudades por las hordas bárbaras, y el gobierno indio de los Caciques cuando se apoderaron de los pueblos.

En el hogar de la familia, extenuada por los destierros y las muertes, ó empobrecida por la guerra, debía sin embargo transmitirse alguna educación oral.

Por aquí, por allá, la vista descubre este ú otro elemento

(1) Era hasta ahora pocos años tan grande la escasez de libros en los pueblos del Interior, que es á la verdad un asunto de investigación seria el saber lo que un hombre leía, y sobre todo tratándose de un fraile que vivía en el aislamiento de su convento, fuera del comercio de las gentes.

de comunicación intelectual — la Universidad de Córdoba, con sus atrasados métodos, sus catedráticos sin literatura y sin ciencia, pero poseídos altamente del honor universitario que los llevaba á dar sus cursos por años enteros sin recoger un salario; — la escuela gratuita de Beltres en Tucumán, que remontaba en su origen á una munificencia de Belgrano; — la clase de gramática regenteada por Cabezón en Salta, y que ha sido descripta por el Canónigo Gorriti, — y por fin, la célebre aula de gramática latina en el convento de San Francisco de Catamarca. ¿Qué es todo esto? Son los faroles de papel en las aldeas, que sirven sin embargo al viandante para no hundirse en las tinieblas de la noche.

Era á la verdad famosa esta clase de gramática latina en el convento de Catamarca: atraía alumnos desde las Provincias vecinas y suscitó allí mismo un gran conato de educación.

No hay hijo de un labriego catamarqueño que no haya en aquellos años aprendido latín. Fué fundada por el Padre Ramón de la Quintana, que había antes figurado entre los Recoletos de Buenos Aires y que traía desde España su alta reputación como latinista. — Córdoba mantenía el brillo de sus grados y el ruido de sus conclusiones filosóficas y teológicas, pero era necesario pasar por el aula de Catamarca para saber latín. "En Córdoba sólo se enseña latín *salamanquino*", decía el Padre Quintana [1]. Citaremos nombres.

Concurrían al aula de Catamarca, viniendo desde Santiago del Estero: Amancio Alcorta y los Achával; desde Tucumán, Salustiano Zavalía, el doctor Alurralde, los pres-

---

(1) No decimos *salmantino,* para repetir la propia palabra de que se valía el Padre.

bíteros Colombres, los Alkaine, el Padre Romero; desde la Rioja, Portillo y el Padre Barros; y se reunieron en Catamarca sobre las mismas bancas con Barros Pasos, Avellaneda, Sosa, González, Dulce, Cubas, Espeche, Herrera... y los nombres se agrupan numerosos bajo la pluma, porque son los mismos que figuran en el martirologio argentino cuando Catamarca entregó seiscientas cabezas al verdugo!!

El Padre Quintana enseñando latín y haciendo respirar á sus discípulos el aire de la antigüedad, había formado héroes y mártires!!

VI

No quiero desviarme de mi intento. El convento de Catamarca creció en importancia. A la clase de gramática se arrimó una de filosofía escolástica y más tarde otra de teología. Los estudios estaban ya completos para que el novicio pudiera ser promovido á las órdenes — y tan cierto es que el cultivo intelectual hace sentir su poder por donde quiera, — que fué desde aquel momento y por muchos años preponderante la influencia del convento de Catamarca en toda *Provincia* argentina. Los discípulos se hacían lectores, y éstos ascendían pronto á las prelaturas de los conventos.

Fray Wenceslao Achával, Obispo dignísimo hoy de Cuyo, era lector de filosofía y tuvo por discípulo predilecto al Padre Esquiú. Vivía maravillado por la precocidad de su inteligencia, y penetrado de ternura por la suavidad purísima de su carácter. "Su palabra es de miel", decía Achával en una carta que hemos tenido á la vista. — Alentó sus estudios, protegía su contracción dispensándolo de ciertas reglas de la Orden, y vaticinó sus progresos hasta que pudo colocarlo,

muy joven aún, como sustituto en su propia cátedra, repitiendo tal vez aquellas palabras sagradas que según la tradición fueron también dichas por Bourdaloue, al presenciar los primeros triunfos oratorios de Massillon: *Illum oportet crescere, me autem minui.* — A él le toca ya en adelante agrandarse y crecer; á mí disminuir hasta desaparecer!

Mencionaremos un hecho característico. Despiértase cierta competencia en el clero de Catamarca para con el Convento, y se funda un Colegio eclesiástico. El Padre Esquiú es no obstante llamado á enseñar el curso de filosofía. ¿Cuál será el texto que se adopte? Jacquierí, dicen unos; el Padre Lorenzo Altieri, sostienen otros; ambos pertenecieron á los Padres mínimos y son los autores tradicionales de la Orden seráfica. Pero Esquiú, que empieza á tener autoridad, dice resueltamente: Yo propongo otro autor. — ¿Cuál? — Balmes. Se trata de un autor desconocido. Pero Balmes es católico, presbítero y profesor en el Seminario eclesiástico de Vich. Quedaría adoptado, si no surgiese una dificultad. Está escrito en español, y la filosofía debe ser aprendida en latín.

El Padre Esquiú abrió su curso dictando á los alumnos día por día una versión latina de la filosofía elemental de Balmes. Otro ejemplar de la misma obra andaba en aquellos días rondando por la Universidad de Córdoba, sin poder penetrar en su recinto. Un accidente lo puso en las manos del Rector doctor Cardoso, y éste lo devolvió diciendo: "¡Qué claridad! Si yo hubiese estudiado este libro en mi juventud, habría dado otro rumbo á mi vida... Es ya tarde!!"... y continuó rigiendo el Altieri y resonando el silogismo en los antiguos, pero siempre bulliciosos claustros.

VIII

Era catedrático de filosofía en el convento y en el seminario el Padre Esquiú, cuando apareció en el púlpito pronunciando la primera oración *pro patria*. Al día siguiente fué ya célebre y se halló solicitado de todas partes. Estuvo en Tucumán, en el Paraná como Secretario del Obispo Segura, y en Salta.

Llegamos así á la crisis decisiva de su vida, cuando el Padre creyó que debía hacer una inmolación todavía más completa de sí mismo, y fué á perderse en la soledad, abandonando el convento en el que entró niño y que había sido su único hogar, su ciudad natal donde todo le era querido, y saliendo de su patria, á la que había consagrado un culto en su corazón tan ferviente.

¿Qué pasó en aquellas horas supremas, por un espíritu tan alto y tan profundo como el del Padre Esquiú? Nadie posee las confidencias de ciertas almas, y sus conmociones son diálogos con Dios, con el destino humano, con la muerte! Se cree á veces escuchar el estallido de una fibra carnal que se rompe, y no ha habido á la verdad sino el vuelo ascendente de un espíritu que se eleva hacia lo infinito. La explicación sería en estos casos una superchería, y sólo es permitida la conjetura respetuosa dentro de los límites del razonamiento humano.

¿Por qué no se creería en la virtud sincera, cuando se la abona con la vida y con la muerte?

Estas caricias de los pueblos, los halagos de los poderosos, los honores ofrecidos, las alabanzas prodigadas, no son sinó una forma de las seducciones mundanas, de que los Santos

han huído refugiándose en los antros de las Tebaidas. — El Padre Esquiú pasaba por grandes sufrimientos, y se le vió por vez primera abandonar hasta los libros. Pero si ignoramos los misterios de su alma, podemos á lo menos anotar el recuerdo de los acontecimientos estrepitosos que llenaron aquella época.

La victoria de Pavón sobrevino. He ahí desaparecido entre el polvo de la batalla el Gobierno de la Confederación que había presentado su genio naciente á la admiración de los pueblos; he ahí herida al parecer de muerte la "Constitución política" que había él saludado desde la cátedra como la aurora de los días esplendorosos. La catástrofe que hundía un gobierno se dilataba hasta Catamarca mismo, produciendo movimientos tumultuosos.

Había llegado el momento, y el Padre Esquiú se presentó ante su superior vestido de una jerga más cenicienta, con el pie desnudo sobre la sandalia y con el bastón de viaje. Abrazaba una regla más estricta dentro de la misma Orden y emprendía la vida del misionero, que pasa circuida de peligros entre los salvajes y en medio de los bosques.

¿A dónde iba? Iba á la antigua ciudad de Tarija, que podríamos comprender con justo título dentro del dominio argentino, que se halla situada al pie de la montaña altísima de la que descienden las primeras corrientes del Bermejo y en los confines de la vasta y pavorosa región que se mostró inaccesible á la conquista: el Chaco. "Hacia la parte *de los infieles* tiene esta villa, decía Alcedo, un fuerte construído para contener sus incursiones. Hay también dentro de ella un convento de *propaganda fide*, habitado por frailes misioneros que se internan en el bosque buscando para adoctrinarlos á los feroces Chiriguanos".

Esta fué la mansión elegida por Esquiú para agregar á la

soledad solitaria de la celda la inconmensurable del desierto, substituyendo los peligros cruentos de la predicación entre los bárbaros á los estremecimientos de piedad y de admiración que circulan por entre los oyentes agrupados al pie de los púlpitos en las basílicas cristianas.

IX

El Convento franciscano de Tarija ejerció siempre en las imaginaciones un gran prestigio en aquellas regiones del Norte de la República. Vivía por su antigüedad y por la suerte trágica de tantos misioneros, en la historia y en la leyenda. Durante el Virreinato era ya designado como uno de los más antiguos, porque es coetáneo de la fundación misma de la ciudad en los últimos años del siglo XVI. Había sido de Observantes hasta el año de 1755, en el que se hizo de Misioneros apostólicos pertenecientes á la misma Orden.

El Padre Esquiú había tenido así otro predecesor no lejano, cuya santa memoria guió sin duda sus pasos hasta el convento de Tarija. ¡Cuántas veces, siendo niños, hemos oído hablar del Padre Antonio Aráoz, de la histórica familia de este nombre, saliendo despavorido del convento de Tucumán para trasladarse al de Tarija, cuando las hordas de Oribe y de Maza hubieron paseado el exterminio por los pueblos y sus condiscípulos de latín caían decapitados en la tragedia de Catamarca! Durante los siglos III y IV los Padres Santos huían á los desiertos, no pudiendo soportar el espectáculo de la invasión de los bárbaros y el desplomamiento de la sociedad Romana. *Et vita eorum erat tanquam in fuga,* dice uno de ellos: — San Basilio.

X

Con la entrada de Esquiú en el convento hubo naturalmente un movimiento de curiosidad, que se extendió á la ciudad misma, pero sus pesadas puertas volvieron á cerrarse sobre él como las de una tumba. — Ningún murmullo. — La Orden es rigurosa, el silencio prescrito y la desnudez completa. — El misionero de Tarija pasa cada año cuatro meses en las reducciones del bosque y viene en seguida al convento á reposar de sus fatigas. — Hay á veces reuniones en una sala común, para comunicarse entre sí los vocablos de los dialectos indios que están todos obligados á aprender.

Nuestras noticias son escasas y sólo sabemos que el Padre Esquiú leía siempre á San Agustín, cuyas obras completas encontró en la biblioteca del convento, y que lo cautivaba por lo vasto y lo sutil de su ingenio y por los movimientos afectuosos de su alma. Años después hemos oído recitar al Padre en Buenos Aires el diálogo supremo entre la madre y el hijo, tenido en la pequeña casa de la ciudad de Ostía, al frente de la embocadura del Tíber, y en el que se ve el alma purísima y amante de Mónica ascender verdaderamente á los cielos!!

La ley eclesiástica sobre la canonización de los Santos ha omitido decir que la ternura de un hijo sublimada por la gracia divina, puede también elevar por siglos sobre los altares la imagen santa de una mujer!!

Los años pasaban.—Un día era igual á otro día, y el Padre Esquiú en nada se distinguía de sus demás compañeros. ¿Se sentía él mismo vivir en su pasado? ¿Lo recordaban los otros? He ahí una anécdota de convento que el Padre refirió en nuestra presencia:

Había un Padre italiano que salía á veces de su silencio con movimientos bruscos y con palabras raras. Tenía adhesión por Esquiú y lo acompañaba con frecuencia en su celda. Estaban una noche juntos, cuando sonó la campana del silencio. Esquiú se puso de pie y extinguió su lámpara, abriendo en seguida la ventana para reemplazarla por la luz de la luna. Continuaron largo tiempo callados, hasta que el Padre italiano se dirige á Esquiú y le dice: "Dígame, Padre, ¿ha oído usted hablar de un Padre Mamerto que pronunció algunos sermones, que hizo mucho ruido y al que se le ofreció una mitra? ¿Quién era y cómo era?"

Ignoramos la respuesta de Esquiú; pero el Padre de la elocuencia esplendorosa y altiva, el Padre de los sermones juveniles, no volvió á salir del convento de Tarija.

XI

Reunimos recuerdos para dar expansión á nuestros sentimientos dolorosamente conmovidos por la noticia de su muerte, tan inesperada como prematura, y no hacemos la biografía del santo Prelado.—Fáltanos consignar la memoria de algunos hechos y habremos concluído.

El Padre Esquiú fué arrancado del convento de Tarija por una órden del señor Puch, Arzobispo de La Plata. Era en 1871 su Secretario en Chuquisaca, donde desempeñó á la vez la cátedra de teología en el Seminario de San Felipe de Neri. Volvió á sus predicaciones en esta ciudad con inmenso concurso de gente, y hubo sermón que fué un acontecimiento.

Hallábase en Chuquisaca cuando sobrevinieron la caída del poder temporal del Pontífice y el apoderamiento de Roma

por el Rey Italiano. El Padre misionero se puso de pié para predicar la nueva y Santa Cruzada. Redactó un periódico y lo llamó *El Cruzado*. Era necesario protestar contra los hechos prevalecientes, combatirlos con las armas de la fe y rodear en sus aflicciones al Santo Padre con los votos del orbe cristiano.

Quien fué labrado por la soledad, decía bellamente Fray Luis de Granada, vuelve á ella, y el Padre Esquiú se sentía atraído invenciblemente por su convento de Tarija. Obtuvo licencia y regresó á su celda, y estaba en ella cuando recibió inopinadamente su nombramiento de Arzobispo, que le era enviado por el autor de estas líneas, Ministro á la sazón del Culto. — El Padre destinó quince días á reponerse de su sorpresa y á meditar ante Dios y en su conciencia la respuesta. Sábese que fué ella negativa, y la redactó en un documento del que el doctor Rawson dijo: "que era necesario leerlo, volverlo á leer y guardarlo en seguida para tenerlo presente en ciertas ocasiones de la vida".

XII

El Padre Esquiú después de haberse sustraído al esplendor de la tiara, tomó en sus manos el bordón del viajero y partió para Jerusalem. Había vivido en las misiones del desierto, oficiando en la capilla sin púlpito y sin altar, cuyas paredes se forman con troncos de árboles, y deseaba penetrar de rodillas en el templo que guarda el sepulcro del Salvador y los misterios de su pasión. Quería conocer la primera y la última de las iglesias en la sucesión de los tiempos, midiendo con las sandalias del peregrino el camino recorrido en veinte siglos por el Cristianismo, — desde Jerusalem hasta el Chaco argentino.

Un mes después el Padre llegaba á Montevideo y se detenía falto de recursos. Se le ofreció cuanto quisiera, y sólo aceptó un pasaje de segunda clase en un buque para proseguir su viaje.

El Padre Esquiú cumplió el voto de su alma, predicando en el templo de Jerusalem á los peregrinos acorridos desde todos los puntos del globo. Tocábale un día agradecer como una secreta designación de la Providencia esta custodia del Sepulcro de Cristo, confiada á los Padres Mínimos de San Francisco de Asis, y buscaba dentro de sí mismo lo que más pudiera identificarlo con su Orden, para hablar en su nombre. Su voz se deshizo hasta prorrumpir en el sollozo y dijo: "Soy tal vez el único hombre que no conoció sobre sus carnes sinó el traje talar de los Franciscanos. Llevábalo á los tres años por un voto de familia, y no tenía sinó nueve cuando fuí admitido en el convento. Debo á este hábito el alimento del cuerpo, la luz del alma, y le debo hasta las afecciones que han calentado mi corazón. Es mi padre; es mi madre". (1)

XIII

El Padre Esquiú acaba de morir á los cincuenta y un años ejerciendo heróicamente su apostolado.

Quien prodiga la vida, la pierde al fin, y está además escrito que el Buen Pastor debe morir por sus ovejas: *Bonus Pastor moritur pro ovibus suis.*

---

(1) Tomamos estas palabras, abreviándolas, de la elocuente carta que el Padre Esquiú escribió sobre los Santos Lugares, y que contiene diversas reminiscencias de sus predicaciones.

El santo Obispo que pasaba sus noches y sus días en el ayuno, el estudio y la oración, consagrándose al mismo tiempo con un celo devorador á los oficios más activos de su ministerio, no podía alcanzar una existencia larga. Ha muerto visitando los lugares más apartados de su diócesis, bajo un sol de fuego y entre nubes de polvo, que llegan sin embargo á obscurecerlo en esas áridas llanuras de la Rioja. Ha muerto en una posada del camino, sin poder recibir en su lecho mortuorio, según los viejos ritos, aquella visita postrera de su pueblo, en la que los adioses y las bendiciones del Pastor que se ausenta se confunden con las ardientes plegarias de los que quisieran retenerlo por siempre en la tierra.

La noticia de su muerte, corriendo por los hilos eléctricos, ha enlutado en un solo día la República entera.—Unos más, otros menos, pero todos hemos sentido un vacío dentro del alma. ¿De dónde sale este homenaje tan indeliberado que se rinde al varón justo que desaparece? Es que todos comprendemos instintivamente que la virtud sublime de un hombre es, por su propia fuerza de irradiación, — conductora de almas; y una sociedad no ve que se apaga uno de estos grandes luminares, sin experimentar desfallecimientos.

Cada pueblo siente necesidad de saber que sobre la porción de tierra por él habitada, hay siquiera *una oración* salida de un labio humano subiendo con seguridad á los cielos... y á la que se la pueda decir: *Ruega por nosotros!!*

Hemos querido ponernos de pie al ver pasar esta tumba. No hemos hablado una sola vez con el Padre Esquiú sin recoger algún solaz para las agitaciones de nuestra vida. Aprendimos con su ejemplo que una existencia puede ser tumultuosa y sin embargo vacía, porque sólo llena el corazón un sentimiento permanente ó inmortal como la fe. Debíamos un homenaje arrancado desde el fondo del alma

al ejemplo vivo de una virtud más constante, de mayor elevación moral y de una humildad más profunda, que hayamos conocido entre los hombres.

Enero 16 de 1883.

NOTAS [1]

He hablado con el Padre Rossi sobre la renuncia que el Padre Esquiú ha hecho del Obispado de Córdoba y de los términos en que ha redactado su documento.

Algunos han encontrado este escrito del Padre Esquiú afectado, transparentando una modestia falsa y con un estilo en el que se hacen visibles la compresión y la violencia.

El Padre habla efectivamente, y á cada momento, de su indignidad, de su falta de virtudes, y confiesa no ser *irreprensible,* como deben ser los Obispos según San Pablo.

El Padre Rossi me dijo: "Esta apreciación es muy mundana y es concebida bajo un criterio falso. Se olvida que la renuncia ha sido escrita en una celda, por un monje místico y austero y que reproduce, no por imitación artificial, sinó por identidad de situaciones y de espíritu, el lenguaje de los Santos. El Padre Esquiú es hijo de aquel simplísimo y santísimo Francisco de Asis, que hacía reír y llorar á sus

(1) Publicamos por vía de notas y para completar las anteriores noticias sobre el Padre Esquiú, los siguientes extractos de otros escritos nuestros dedicados al Padre y que se publicaron en la prensa diaria.

frailes cuando les decía: "Soy el mayor de los pecadores y mi alma no es sinó un abismo de miseria".

La observación, sinó exacta, es á lo menos digna de ser recogida.

El Padre Rossi conoce al Padre Esquiú y pone sobre toda comparación sus virtudes, su instrucción sólida y la suavidad afable y penetrante de su trato.

He ahí un nuevo escrito del Padre Esquiú. Es una carta sobre los Santos Lugares, que acaba de visitar, y tiene por objeto mover la piedad de los fieles para ayudar con limosnas á su conservación.

El Padre no posee el arte de la composición en su parte rudimental, aunque sepa en ocasiones encontrar esos secretos milagrosos de la expresión, que no son por cierto el patrimonio de los gramáticos sinó un don de los grandes espíritus.

No puede quizá decirse que el Padre Esquiú sea un escritor, porque se muestra igualmente extraño al manejo hábil de la frase como á la formación elegante del período. Pero es sin duda un espíritu elevado, que vive naturalmente en las esferas superiores del pensamiento. ¿El misticismo no es por otra parte y por sí mismo una elevación?

Querríamos que el Padre Esquiú hablara y escribiera con frecuencia, para mayor provecho nuestro y para que su palabra adquiriera facilidad y soltura. Sus escritos parecen hoy nacidos tras de una compresión penosa.

Pero si el espíritu del Padre Esquiú es elevado, no es indudablemente vasto, y no lo hemos visto así tratar ningún tema con verdadera amplitud.

El Padre pregunta en su carta, si no hay una secreta designación de la Providencia en esta custodia del sepulcro de Cristo, confiado á los Padres Mínimos de Francisco de Asis, y entra en seguida á explicar el hecho. Su exposición es tocante por la piedad, aunque se asemeje á veces á esos giros antitéticos de pensamiento y de expresión, que son tan familiares en los escritos de Donoso Cortés y que sólo sirven para simular el razonamiento poniéndolo de relieve entre aspectos paradojales.

Esquiú glorifica á su Santo Patrón, que cubrió la indigencia con un sayal para que pudiera mostrarse sin mengua entre las grandezas de la tierra. Si las lecturas del Padre fueran más extensas ¡cuánto testimonio habría podido llamar en su ayuda, incluyendo el de los más grandes opositores de la Iglesia, desde Voltaire hasta Renán! No sería, por otra parte, extraño que nuestro *Padre* haya querido evitar este cortejo.

Francisco de Asis es el hombre que más se haya aproximado al modelo divino, por la sublime sencillez de la vida y hasta por la trascendencia de su obra, que el Santo no se resignaba á dejar encerrada entre un cláustro, porque imitando el ejemplo inmortal de Cristo, pretende también dar reglas á la vida humana.

El Padre Esquiú se habría encontrado mejor, y en compañía gloriosa y altísima, recordando la gran voz del Dante Alighieri, que ha sido el primero en mostrar á Francisco de Asis siguiendo las huellas del Cristo.

¡Cuán bellos son aquellos versos del Dante en el paraíso! He ahí su trasunto, uniéndolos para darles un sentido completo, porque están muy desligados por digresiones en el original.

"Francisco de Asis, (dice el Dante) jóven todavía, se

casó con una mujer á la que nadie, como á la muerte, abrió jamás la puerta del placer.

"La infeliz se hallaba aún viuda de su primer marido, después de mil y cien años. En vano había subido con el Cristo su esposo sobre la cruz. Ahí yacía obscura y menospreciada."

¿Cuáles son los amantes que designan estas palabras misteriosas?

Francisco y la pobreza.

Hay sobre todo un hecho histórico que no puede ser discutido: la acción de Francisco y de sus hijos iniciando á las muchedumbres en el Cristianismo.—He ahí la obra grande. Aquel bastón, del que habla la leyenda piadosa, plantado por el Santo y convertido en corpulenta encina para abrigar las golondrinas y pájaros *pequeños,* tiene en la realidad una significación verdadera y profunda.

La Iglesia argentina tiene desde el Domingo un nuevo Obispo.—El Reverendo Padre Esquiú ha sido consagrado Obispo de Córdoba. Sucede después de una prolongada Sede vacante al Obispo Alvarez, de santa memoria y que murió en la Rioja, víctima de su celo apostólico.

El nuevo Obispo debe su nombradía á una série de hechos raros en todo tiempo, y más aún en este siglo. Los hombres suelen ser notables por las funciones que han desempeñado, por los puestos que han ejercido y por los actos á los que han tenido que asociar sus nombres, en virtud de estos puestos ó funciones.

El Padre Esquiú es altamente conocido, no por haber desempeñado alguna función, sinó por haberlas renunciado todas, aún las más eminentes.

Siendo muy joven, y bajo la impresión de asombro que causaron sus dos primeros sermones, se le ofreció el Obispado del litoral. Fué rehusado.

Dejó la República Argentina y pasó muchos años en el célebre convento de Tarija *(de propaganda fide)* haciendo entre el bosque, los salvajes y los mayores peligros, la vida apostólica del misionero. De allí pasó á Sucre, y mientras desempeñaba la Secretaría del Arzobispado, hubo un obispado vacante, que le fué ofrecido.

Dos ó tres años después, el Senado nacional votaba la terna para la provisión del Arzobispado. El Padre Esquiú era el primero en la terna, y fué designado para ocupar la silla metropolitana. Después de una larga expectativa, el Padre Esquiú hizo su renuncia en aquel documento, modelo de simplicidad y de modestia cristiana y respecto del que el doctor Rawson decía: "debe ser leído, vuelto á leer y guardado para ser meditado en ciertas ocasiones de la vida".

Ocurre la vacancia del Obispado de Córdoba y el Senado lo incluye por segunda ó tercera vez como el primero en la terna. Es designado para el Obispado, y el Padre no hace aguardar su acostumbrada renuncia.

La renuncia no es aceptada, y el Nuncio pone por fin término á esta contienda de veinte años entre la humildad del monje y el esplendor de la tiara, imponiendo como un deber la aceptación, "en nombre de la santa obediencia".—Era una órden de Roma, que se cumplía.

El Padre Esquiú, que profesa con tanta extensión la doctrina de la intervención divina, debe creer que se cumple con él y para con él un designio providencial, en este afán porfiado y raro con que ha sido llamado al obispado.— No será una vana palabra la que salga de sus labios, cuando escriba al frente de sus cartas pastorales: "Fray Mamerto Esquiú, Obispo por la gracia de Dios, etc., etc.".

El nuevo Obispo sube oportunamente á su cátedra. Se hacían ya sentir en Córdoba los males que suelen ser inhe-

rentes á las largas Sedes vacantes. Las conmociones que el Nuncio acaba de calmar con su presencia, quedan adormecidas, pero no muertas. Pueden despertar nuevamente y con mayor fuerza, si la conducta del Pastor no es piadosa, y al mismo tiempo equitativa y circunspecta.

El Padre Esquiú no debe olvidar al Arzobispo Escalada, aquel modelo de los Obispos, que con su prudencia rectísima fundó las relaciones entre la Iglesia y el Estado bajo las bases de concordia y de paz que no han sido hasta hoy seriamente perturbadas.

El Padre Esquiú ha vivido en Jerusalem, en Roma, en Lima, en el Chaco argentino, siguiendo santos propósitos de religión y de piedad; y después de la peregrinación inmensa, toma su asiento de reposo en la cátedra de los Obispos. Ha sido llamado por la voz del Pontífice y por los votos de su Nación, tantas veces reiterados. La expectativa ha sido grande. La obligación es suprema y su cumplimiento debe ser memorable.

EL MAESTRO ANTONIO GOMEZ

Y

SU CATEDRA EN SALAMANCA

Señor doctor don Ezequiel Pereyra.

Querido Ezequiel:

En tu vida estudiosa y apartada has permanecido fiel al culto de los antiguos jurisconsultos, y sueles repetir las palabras de Portalis, diciendo: "que han sido y son ellos los institutores del género humano". Te pido así que no clames de pronto *al escándalo,* viendo aparecer el nombre del Maestro Antonio Gómez en las columnas secundarias de un diario.

Abre el primer volumen de las *Varias,* en la edición de Salamanca — ¿y qué encuentras? — El docto Maestro desciende gravemente de su cátedra y recoge complacido los versos latinos que le dirigen sus alumnos, inscribiéndolos al frente de su obra. Uno de ellos le dice: *En tu libro, Maestro insigne, caben todos los libros;* y no se hizo jamás un elogio más verdadero. — Los formidables volúmenes de Antonio Gómez han llegado hasta nosotros, porque son un inmenso arsenal de argumentos para los usos del foro y forman verdaderamente un Repertorio jurídico.

Hay en estas composiciones algunas de

una estructura casi infantil, con sus dísticos latinos pareados por asonantes. Pero, quien se deleitó tanto en los homenajes de la Musa fácil ¿por qué desdeñaría los recuerdos respetuosos aunque breves de la prosa ligera?

La forma puede ser por otra parte rápida, pero la investigación será siempre penosa, cuando se trata de recoger noticias sobre la vida y los escritos de los antiguos autores españoles. Nada tan insuficiente como la bibliografía española, de tal manera que para completarla, Menéndez Pelayo acaba de proponer el establecimiento de Cursos públicos en las Universidades.

No he podido, por ejemplo, fijar el año en que Antonio Gómez obtuvo su cátedra en la Universidad de Salamanca y creí, sin embargo, haber puesto una vez la mano sobre el dato preciso.

Gómez concluye sus *Comentarios de las leyes de Toro* anunciando que ha sido jubilado, por haber durante veinte años desempeñado su Cátedra; de suerte que sólo había que designar con certidumbre el año en que fueron aquellos publicados. Don Nicolás Antonio da esta fecha colocándola en 1555. Es sin embargo una confusión. Existe en la Biblioteca de nuestra Universidad un ejemplar de la primera edición de las *Varias* hecha en Salamanca y datada precisamente en el año 1555; y una excluye la otra, porque no es posible suponer que las dos grandes obras de nuestro autor fueran publicadas simultáneamente.

Pero si queda á pesar de todo mi escrito siempre nimio, será para tí oficio de amistad cubrirlo con la autoridad de tu nombre.

Buenos Aires, Febrero de 1883.

SUMARIO. — Salamanca. — Ciudades universitarias. — Fiesta en Salamanca. — El concurso. — La Cátedra de Vísperas. — Los opositores. — El Maestro Antonio Gómez es vencido. — Su queja ante el rey. — Asesinato cometido por el escolar Juan Núñez. — Confesión de éste en el patíbulo. — Da la victoria á Gómez. — Alegato de éste ante la Audiencia de Valladolid. — Toma posesión de la Cátedra. — Austeridad de su vida. — Los universitarios no se casan. — Escribe sus dos grandes obras. — Dedicatoria al Duque de Osuna. — Vulgarización de aquellas. — Los glosadores. — Su nieto Diego Gómez de Cornejo. — La vida universitaria. — Privilegios de los doctores de Salamanca. — La sociedad moderna.

I

Reinaba Carlos V, Emperador y Rey, y en uno de los últimos años de su reinado la Ciudad de Salamanca — que los peninsulares llamaban á veces *Elmática* y que en la Europa era universalmente conocida con su antiguo nombre romano, ó más bien latino, *Salmantica* — pasaba por uno de aquellos espectáculos que solían presentarse en ocasiones solemnes y en los que se refugiaba su vida entera.

Salamanca era como Oxford, Bolonia ó Montpelier, una ciudad esencialmente universitaria, habitada por pasantes, profesores, manteistas y estudiantes, entre los que se contaban muchos que llegaban á la vejez sin dejar su largo traje escolar.

Alcanzó precisamente en este tiempo la época de mayor desarrollo para sus estudios y contaba ya entre los hechos culminantes de su maravillosa historia: sus profesores prestados á la Universidad de París, como Pedro Ciruelo el matemático, la consulta que le sometió Cristóbal Colón y que se ligaba nada menos que con el descubrimiento de un mun-

do, y sobre todo el sometimiento que le hicieron de sus disputas, para que fueran resueltas por sus Doctores, los Papas Urbano y Clemente durante el cisma de Aviñón, hecho que desgraciadamente no ha salido aún de las penumbras de la historia, adonde vienen á perderse las voces vagas de ciertos relatos populares.

II

Estas ciudades de estudiantes nacieron y crecían adheridas como una yedra á los cláustros universitarios; pero tenían á la verdad una vida intensa, porque vivían de lo más apasionado y ardiente, es decir, de la controversia intelectual, que no había sido aún superada por la competencia de los intereses materiales casi desconocidos.

Eran además las ciudades cosmopolitas; porque así como el catolicismo tiene sus santuarios en los que penetran los peregrinos acorridos de las extremidades del globo, el comercio sus bazares para todas las gentes,—la ciencia se había dotado de estos centros comunes, en los que las diferencias de nacionalidad, de idioma y aún de raza se hallaban borradas. Se hablaba en latín, que era el idioma común, y se razonaba por silogismos; y saberlos construír era el signo único para distinguir al letrado del ignorante.

El doctor ó bachiller de Pádua, de Tolosa, de Louvain, de Lieja, se trasladaba á Bolonia ó Salamanca y era fraternalmente recibido con sólo exhibir su diploma.

Subía en seguida á las cátedras asalariadas *(asalariata)*, es decir, sufragadas por los estudiantes para explicar las sentencias de Pedro Lombardo, ó una de las diez categorías ó términos simples de Aristóteles, que tanto prestigio

dieron á Abelardo hasta seducir corazones femeniles (Eloísa!), ó para agregar un hilo más al laberinto de los predicables de Porfirio, de los que salió la confusión de nombres que hace para nosotros casi ininteligibles las antiguas "*Sumulas*". Sucedía con frecuencia que el profesor extraño era preferido á los propios por la novedad de su doctrina, siendo uno de los ejemplos más conocidos el del español Luis Vives, el amigo de Erasmo, que enseñó en la Universidad de Louvain (Lovaina).

III

Pero volvamos á Salamanca, que vamos á contemplar en uno de sus días de gala, en cuanto lo permiten tres y medio siglos de separación. La ciudad se halla rodeada por altas murallas, pero han sido abiertas sus trece puertas.

Circulan por sus calles tortuosas quince mil alumnos, entre los que se encuentran muchos lusitanos por la proximidad del Portugal, distinguiéndose, por ser niños aún y los más ruidosos, los alumnos del "Colegio Viejo", donde se hacen los estudios que llamamos hoy preparatorios. El Obispo y los Canónigos han bajado de la alta plataforma sobre la que se encuentra la vieja Catedral del siglo XII, con sus macizas paredes avanzadas como bastiones que le dan el aspecto formidable de una fortaleza, y que no ha podido todavía ser reemplazada por la nueva, que se construía lentamente siguiendo un plan de estilo gótico.

Pero la novedad del día era la presencia en las calles de los caballeros de la Orden Militar de Calatrava. Carlos V había establecido en la ciudad universitaria de Salamanca, por una pragmática reciente, el colegio principal de la Orden,

recordando como el Emperador Justiniano "que la majestad imperial debe mostrarse al mismo tiempo decorada por las letras y por las armas"; y ahí están numerosos miembros de la Orden exhibiéndose ante la muchedumbre, con sus capas blancas, la cruz roja con sus flores de lis en el costado izquierdo y el largo escapulario cayendo sobre la armadura de acero reluciente.

Todos se dirigen á la Universidad y nos apresuramos también nosotros á penetrar en su recinto, sin detenernos en la entrada principal á contemplar las armaduras, bajo-relieves y los medallones de los Reyes Católicos que adornan la fachada, para informar al lector sin más preámbulo de lo que se trata.

IV

La Cátedra de Vísperas que se hallaba vacante después de algún tiempo, debía ser provista en aquel día solemne de su competente profesor, mediante la votación de todos los graduados, que eran los jueces del concurso.

Este había estado abierto durante muchos meses y las pruebas de los concurrentes acababan de tener en excitación vivísima á la ciudad entera de Salamanca. Cuanto graduado tenía el derecho del voto, se hallaba presente. Algunos se habían trasladado atravesando enormes distancias y estaban reunidos más de mil sufragantes, número hasta entonces desconocido y que se hizo célebre en los fastos universitarios.

Et similiter ego qui obtinui victoriam Catedræ, in qua fuerum plustquam MILLE sufragia, decía años después el vencedor del concurso, volviendo complacido sus recuerdos sobre este hecho altísimo de su vida.

El concurso por el que se daba una cátedra en Salamanca, había constituído siempre un espectáculo sobre el que la España entera volvía sus miradas; y en esta ocasión la importancia del acto se acrecentaba, porque la cátedra á proveerse era reputada la primera en la Universidad, y por la fama literaria de sus opositores.

V

Era la Cátedra de Vísperas en la que se profesaba el derecho español ó real, cuya enseñanza había tomado un desarrollo creciente, desde que la Reina doña Juana había, pocos años antes, puesto en vigencia por su pragmática de 1505 las ochenta y tres leyes dadas por las Cortes reunidas en la ciudad de Toro, y á petición de sus Procuradores.

Ellas venían verdaderamente á dotar la España de una legislación nacional, dando soluciones peculiares á cuestiones innumerables y habiendo mandado que sólo en el último caso los jueces acudieran para sus decisiones á las Leyes de Partidas, derivadas de las Leyes Romanas y del derecho canónico.

Data verdaderamente de la promulgación de las Leyes de Toro el poderoso movimiento de la jurisprudencia española. Recientemente promulgadas, tuvieron su primer comentador en don Diego del Castillo, y pocos años después otro más célebre en el doctor Juan López de Palacios Rubios, que había asistido á su discusión en las Cortes de Toro y que no pudo firmar la pragmática de su publicación como Ministro del Rey, porque un dolor de ojos le impidió asistir á la sesión del Consejo en que fué aquella redactada, según nos lo cuenta con grave tristeza en su *Glosamenta Legum Tauri,* al concluír el comento de la ley cuarenta y seis.

Era una de las cláusulas prescriptas en el concurso, que el nuevo catedrático glosaría en su enseñanza las Leyes de Toro, concordándolas, en cuanto fuera posible, con el derecho antiguo.

VI

Nombremos ahora á los opositores.

Habían sido varios, pero fueron quedando eliminados, y algunos por desistimiento propio, en las pruebas sucesivas, antes de llegar á la última. Cuando ésta sobrevino, sólo se hallaban parados al pié de la alta cátedra que decoraba la sala de los grados, el Maestro Antonio Gómez, el doctor Velazco, el doctor Torres y el Licenciado Sánchez.

Hablaremos luego detenidamente del Maestro Antonio Gómez, natural de Talavera, pequeña ciudad adscripta al municipio de Toledo, español genuino si lo hubo y del que nadie pudo sospechar que fuera lusitano, según lo insinúa falsamente Moreri en su *Gran Diccionario*. No había escrito todavía las obras que han traído su nombre hasta nosotros, pero era conocido por su doctrina, habiendo ya desempeñado en la misma Universidad dos cátedras de Instituciones y otra del Digesto viejo.

En cuanto al doctor Velazco, no hallamos sinó la mención desnuda de su nombre en la *Biblioteca Nova* de don Nicolás Antonio, pero podemos agregar que su contendor Gómez mismo le llama peritísimo — *peritissimum Doctorem.* Del doctor Torres y del Licenciado Sánchez no ha quedado tras de sus pasos en la tierra ni una sombra, ni una memoria. Los hemos encontrado en una lista de Oídores reales—*Regii auditores,*—sin poder comprobar la identidad.

¡Cuántos renombres de Cabildo, hoy tan ruidosos, sufrirán igual suerte ante la lejana posteridad!!

VII

Al empezar la votación se vió claramente que los dos últimos salían de la liza y que la competencia suprema se entablaba entre el Maestro Gómez y el doctor Velazco. El momento era ansioso y el Maestro Gómez ha expresado su anhelosa inquietud afinando por vez primera su frase para que exprese con fuerza aquellas emociones: *Summa lis et diferentia fuit orta entre me et predictum Doctorem Velazco.* — La última litis y toda la diferencia quedó planteada entre mí y el doctor Velazco!

La recolección de los sufragios era complicada. Se votaba sobre las pruebas rendidas, sobre los cursos que habían seguido los opositores y sobre sus méritos. Los Conciliarios reunían los votos y los entregaban al Rector *Magnífico* que cubría con sus manos una urna de madera. El acto queda por fin concluído. — Va á practicarse el escrutinio y se proclama el resultado.

El doctor Velazco ha aventajado á su rival en la tercera parte de su curso, habiendo en todo lo demás una igualdad completa "*máxima et omnimoda paritas*".

El Maestro Gómez se puso de pié exclamando: "que se "había cometido un error de cálculo, y que no podía sobre "todo computarse para la victoria un exceso menor que el "de un curso, que se hace dentro de un año y no en la mitad "ó tercera parte de él. — Agregó que cada curso es un acto "individuo que no puede ser apreciado antes de hallarse "consumado y perfecto, y que debe ser juzgado en su con-

"junto y no por partes. Dijo por fin que entre ambos la "igualdad era perfecta y que debía en este caso, según los "viejos estatutos, ser él preferido por razón de su anti-"güedad".

La resolución le fué adversa y la Cátedra de vísperas de la Universidad de Salamanca se adjudicó al doctor Velazco, que tomó al día siguiente posesión de ella en presencia de todos los miembros de la Facultad de Leyes, entrando á gozar de sus honores y á percibir sus rentas y sus frutos.

VIII

El Maestro Antonio Gómez no pudo resignarse ante esta resolución. Deliberó consigo mismo, tomó consejo de los otros y resolvió llevar su causa por vía de queja ante el Emperador y Rey. Carlos V acogió con buena gracia *(libenter)* su petición, pero estando siempre de paso por España y habiendo tomado sobre sus hombros la carga de arreglar con su espada los negocios de la Europa, no quiso entender por sí en el pleito universitario y resolvió que fuera tratado sin demora y resuelto en la Cancillería Real de Valladolid.

Nuestro Maestro partió inmediatamente para esta ciudad en prosecución de su asunto, dejando su familia incierta de su suerte, sus amigos cuidadosos y á la Universidad preocupada de las peripecias á través de las que se iba desarrollando el gran litigio. El día de las votaciones había sido de un inmenso tumulto por la afluencia enorme de sufragantes y de espectadores, y sólo después empezaron á analizarse las operaciones del escrutinio. Decíase que se habían introducido votos de un modo subrepticio, porque eran inhábiles

los escolares que los habían dado, habiéndose deslizado entre los otros como moneda falsa, *sicut moneta falsa,* para repetir la palabra misma que era empleada.

Pasó más de un año. Antonio Gómez seguía en Valladolid tras de su pleito y la ciudad de Salamanca continuaba ocupándose de sus variados incidentes, cuando fué sorprendida y aterrada por un crimen. Vamos á referirlo, porque entra en nuestro asunto para terminarlo del modo más inesperado.

IX

Entre los escolares que sufragaron en el concurso, hallábase uno llamado Juan Núñez, estudiante antiguo pero vagamundo, y que después de algunas ausencias volvió á aparecerse en aquella ocasión. Tenía íntimas relaciones con el Bachiller Ximénez y principió por ser su comensal, trasladándose en seguida á vivir en casa de éste. Moraban los dos fraternalmente bajo el mismo techo, cuando un día amaneció Ximénez traspasado de puñaladas, siendo su matador Núnez tras de una noche terrible y misteriosa cuyos secretos se ignoran.

El asesino confesaba su delito y fué inmediatamente aprehendido por el Juez Ordinario de la Universidad. Pero estos jueces claustrales eran por lo general blandos y lentos en sus procedimientos, y el caso atroz reclamaba una represión enérgica. Así sobrevino pronto el Licenciado Juan Curial, Juez revestido de una Comisión especial y regia, y avocándose el reo y juzgando su causa, lo condenó á muerte, debiendo ser suspendido públicamente en una horca.

La sentencia se ejecutaba.

El reo Juan Nuñez era paseado en procesión fúnebre por calles y plazas, antes de ser llevado al lugar de su suplicio, cuando pidió ser conducido por la calle donde se encontraba la casa de Antonio Gómez. Llegó á sus umbrales, y tuvo entonces lugar una escena que un siglo después era todavía recordada en Salamanca. Llamó en altas voces á la mujer, á los hijos, á otras personas de la familia de Gómez, sabiendo que éste se encontraba ausente, y delante de ellos confesó á gritos que había dado un falso voto en favor del doctor Velazco y en contra del Maestro Gómez, porque no pertenecía á la Facultad de Leyes, ni había hecho los cuatro cursos consignados en la cédula secreta que escribió para que fuera depositada en la urna.

En el momento mismo de su muerte y cuando su cabeza pendía ya del lazo fatal, Juan Núñez repitió esta misma confesión, pidiendo perdón con voces y con lágrimas — *vocibus et lacrimis.*

X

Puesto que había habido igualdad de sufragios, menos en la tercera parte de un curso, la supresión del voto de Juan Núñez en favor del doctor Velazco, cambiaba al vencido en vencedor. Pero ¿sería admitida como válida en el juicio la confesión de Núñez? La ley romana dice que nada prueba la confesión en perjuicio de tercero, sinó la propia cuando es hecha solemnemente en el juicio mismo y ante el Juez. — Este es el principio vigente.

Las circunstancias supremas que habían acompañado la declaración de Núñez, ¿equivaldrían á las otras condiciones requeridas por las leyes? No se había hecho sino plantear

una cuestión con un incidente trágico y el doctor Velazco y sus partidarios volvían á cobrar esperanzas.

El pleito se agitó de nuevo; pero Antonio Gómez obtuvo en la Audiencia de Valladolid la victoria decisiva confirmada por dos sentencias.

XI

Hay un hecho digno de notarse á la verdad. La página más avanzada que Gómez haya escrito en sus enormes *infolios*, la que hace presentir el jurado y la teoría misma de Mittermayer, hoy tan vulgarizada sobre la prueba, es la que ha escrito para defender la propiedad de su cátedra. Oigámosle, porque no creo, y aun lo afirmo, que se encuentre un párrafo tan terminante contra la tiranía de la prueba legal que suprime el razonamiento propio en la mente del Juez, ni aun en *"Menochius"* que los juriconsultos alemanes citan hoy con tanto encomio.

"Respondí á estas alegaciones — dice nuestro ínclito Maes-
" tro — que la prueba no ha de siempre entenderse de un
" modo rudo y vulgar, de tal manera que sólo deba produ-
" cirse inevitablemente por dos testigos y la confesión propia
" ante el Juez, sinó también por otras legítimas y probables
" conjeturas, por las que el ánimo del Juez puede moverse
" y ser conducido á una credulidad perfecta. Así la confe-
" sión de una persona en hecho propio y con perjuicio de
" tercero, puede valer plena y suficientemente y aunque sea
" hecha fuera del juicio, siempre que concurra con otros in-
" dicios."

XII

El Maestro Antonio Gómez volvió triunfante á Salamanca y tomó posesión de su cátedra en medio de regocijos públicos. Debíala á la misericordia divina y á la justicia humana, según su sentenciosa expresión.

No consiguió que le fueran devueltos los sueldos del tiempo intermedio, es decir, mientras durara la litis, porque la posesión del doctor Velazco fué con título; pero nos cuenta confidencialmente y recomendando el acto á Dios, que algunas personas, por el temor de su propia conciencia, le restituyeron más de mil maravedíes de oro por los perjuicios que le habían ocasionado con sus actos. — No tendrá en adelante otra vida sinó la de su cátedra, para lo que se desprende, como él mismo lo ha dicho, de los negocios temporales y hasta de su profesión de abogado, á no ser que se trate de defender á los pobres que se hallan privados de su libertad en las cárceles.

Debemos agregar que cuanto meritorio fuese, no era este un rasgo único del Maestro Antonio Gómez.

El profesorado era mirado como un sacerdocio é imponía la misma austeridad en la vida. Los grandes universitarios no fueron siquiera casados, incluyendo al Rector Rollin mismo que se aproxima más á los tiempos actuales. Cuando en 1542 el célebre Baduel, Rector y Cancelario de la Universidad de Nimes, hizo público su matrimonio, el hecho fué comentado en todas las Universidades de Europa, y el escándalo llegó á su colmo cuando hubo publicado un escrito defendiendo su causa é invitando á sus colegas á seguir su ejemplo.

Este es un acto de *calvinismo,* se dijo por todas partes, y la imputación siguió á Baduel hasta el sepulcro!!

XIII

Antonio Gómez hizo también excepción á la regla, puesto que por las menciones anteriores se ha visto ya que era *casado.* Pero aunque lo fuera, puede con seguridad afirmarse que el gran Maestro nunca incurriría en condescendencias domésticas que lo alejaran de sus profundos estudios. — ¡Cuán duro es para tratar á las mujeres, ocupándose de sus relaciones legales, y cómo las coloca siempre, con persistencia obstinada, en una posición subalterna!

Tan sólo en una ocasión les acuerda con preferencia clara un derecho. El caso es tan raro, que merece ser contado.

En el tomo tercero, capítulo tercero de las "Varias resoluciones" *(Variæ resolutiones)* se promueve la siguiente cuestión. Ha ocurrido un homicidio y se presentan por separado los herederos, los parientes y la mujer del muerto acusando á su matador. No es posible admitir las tres acusaciones, porque no pueden abrirse á la vez tres procesos sobre el mismo delito. Es necesario elegir una y se pregunta cuál deba ser la preferida. *La acusación de la mujer* — opina resueltamente nuestro autor, confiriéndole por vez primera una prelación — "porque en la mujer concurren la mayor unión y la mayor afección, y formando una sola carne con su marido, tiene mejor derecho para acusar y para perdonar según su corazón".

Traducimos literalmente, para que no se disuelva en polvo después de tantos siglos esta fina y única galantería del docto y severo Maestro.

XIV

Antonio Gómez profesaba en su cátedra y escribía. Dió primeramente á la estampa en Salamanca los tres grandes volúmenes de sus *Varias resoluciones,* nombre vulgar con el que se designaban en el foro y con el que han llegado hasta nosotros. Trataban de las sucesiones, de los contratos y de los delitos.

La obra se generalizó rápidamente en todas las Universidades y antes de un siglo había pasado por diversas ediciones en Salamanca, en Venecia, en Francfort, en León. Se le agregaron *scholios* para completar las partes del derecho que Gómez no había tratado, ó se la redujo en compendios para el uso más fácil de los estudiantes, como el de Marcos Gutiérrez que figura hasta hoy en los estantes de nuestros abogados. No hay otra obra de jurisconsulto español que haya sido más conocida en Europa.

Antonio Gómez dedicó su obra á don Juan Tello Girón, Conde de Urueña y jefe de la casa ducal de los Osunas, bajo cuyo alto patrocinio parece haber estado su familia. La dedicatoria es digna de ser leída, porque son sus solas páginas en las que se advierte un tinte literario.

El Maestro sale de su obra gigantesca como después de haber atravesado, según su propia expresión, un inmenso piélago. Ha tratado resueltamente todas las cuestiones del derecho, debatiéndolas en pró y en contra, sustentando soluciones propias, distinguiendo y subdistinguiendo con el espíritu más vario y sutil; y cuando hubo concluído tras de años la tarea enorme, su alma se expande, su lenguaje se eleva, toma en las manos su obra, la presenta al Conde y se

compara con el Ulises de Homero, que llega por fin á su Itaca, después de haber corrido mares inmensos, vastos espacios de tierra y peligros sin número.

XV

Pero su misión en la enseñanza no se halla aun llenada. Réstale cumplir el programa de su cátedra tan costosamente adquirida, tratar especialmente el nuevo Derecho español,—y publicó años después sus *Famosos Comentarios* á las ochenta y tres leyes de Toro, que alcanzaron igual ó mayor divulgación que las *Varias,* porque durante dos siglos han servido como texto del tercer año de jurisprudencia en las Universidades de España y de sus Américas.

La autoridad de estos Comentarios ha sobrevivido á los cambios mismos de legislación, y los jueces los invocan aun para dar base á sus sentencias y los abogados recogen sus prolijos argumentos para engrosar los alegatos. Pérez Villamil y Nolasco del Llano los resumieron en dos obras conocidas; y todavía ayer se publicaba en Madrid el nuevo Compendio de Llamas y Molina, que se halla calcado sobre el padrón dejado por el viejo comentador.

XVI

El Maestro Antonio Gómez se encuentra de esta suerte en posesión de una reputación ya tres veces secular, y hemos creído que valía la pena de que fuera por vez primera contada la historia de la Cátedra de cuyas enseñanzas salieron libros tan famosos. El mismo confiaba en su gloria; y al

dejar su Cátedra por haber obtenido la jubilación después de veinte años de profesorado, despidiéndose con acento conmovido de sus discípulos y cerrando con una plegaria el último de sus Comentarios, ha manifestado la esperanza de que sus trabajos grandes y continuos "en la milicia de las " letras, le asegurarían honor perenne en este mundo y su " salvación en el otro".

Sus votos se hallan á lo menos cumplidos sobre la tierra.

Fué en su mismo tiempo menos celebrado que dos compatriotas suyos: Antonio Agustín que sorprendió las Universidades del siglo XVI por los portentos de su erudición, y Antonio de Govea, á quien Cujas mismo dió la palma entre los intérpretes de Justiniano; — pero los ha vencido en la memoria de la posteridad por la utilidad práctica de sus obras y á pesar de hallarse éstas escritas en la más baja é ínfima latinidad.

Puede así decirse que Antonio Gómez cierra entre los españoles aquella falange formidable de los glosadores que empezó con Assone, Accursium, Baldus en las Escuelas de Bolonia, que arrancaron de las tinieblas de la Edad Media el derecho romano para trasladarlo á la sociedad moderna y que prepararon con sus controversias ardientes, rudas pero inextinguibles, la libertad de opiniones y de discusión que es hoy el patrimonio de todos, al mismo tiempo que contribuían á formar en medio de los desbordes de la fuerza, con sus doctrinas sobre el derecho y la justicia, — lo que hoy llamamos *la conciencia humana!*

Son eruditos, pero groseros en sus formas de expresión. Despliegan una sutileza maravillosa en la disputa; pero todo lo que en nuestro lenguaje moderno se denomina cultura, les es desconocido, demostrándose una vez más que para ser ella completa y abarcar el hombre entero, necesita ser elaborada en el crisol de los siglos.

Fueron, sin embargo, verdaderos colosos; y por la enormidad de sus trabajos representados por los *infolios* que han hecho crugir las bibliotecas y por la amplitud de sus obras, es justo decir que supieron poner moral y materialmente un mundo sobre sus hombros!

XVII

Antonio Gómez no murió sin descendencia y cincuenta años después vemos aparecer en la liza á Diego Gómez de Cornejo, proclamándose nieto suyo y reclamando el derecho de redactar comentarios á leyes de Toro como una herencia.

El nieto de Hortensio había escrito también estas palabras: "la elocuencia, es decir, el don hereditario de mi familia".

Hemos buscado en toda ocasión esta obra de Gómez Cornejo, titulada "Adiciones" *(Aditamenta ad Leges Tauri)* y perdíamos ya la esperanza de conocerla, cuando fuimos sorprendidos encontrando que se anunciaba en venta un ejemplar de la primera edición de 1598, para las ferias de Leipzig que ocurrieron en el mes pasado. Creemos que el ejemplar atraviesa hoy los mares con el doctor don Pedro Arata, que asistió á aquellas ventas de libros siguiendo propósitos propios que se ligan con su vasta instrucción y desempeñando generosamente comisiones ajenas.

Sólo sabemos por ahora que el nieto de Antonio Gómez fué catedrático de derecho en la vieja Universidad de Osuna, que gozó de cierto nombre en los dos últimos siglos hasta que arrastrándose en la decadencia vino á ser suprimida en 1824.

XVIII

El ejemplar de los Comentarios que poseemos desde algunos años, pertenece á la edición de Madrid (1780) y ha viajado mucho, á pesar de su pesado volumen, por esta América, según consta de las inscripciones que lleva en su primera página.

Estuvo en Chuquisaca y fué su dueño el Licenciado Gaspar Martínez. Pasó después á Jujuy y perteneció al doctor Bárcena, Cura y Vicario Foráneo de aquella ciudad. Fué trasladado posteriormente á Córdoba, donde una mano ignorada escribió un letrero latino, que es un consejo del sabio Casiodoro: "¡Que este libro no se aparte jamás de mí! Los estudios de la juventud guían la edad madura". — No recordamos cómo se halla en nuestro poder, pero aceptándolo como un legado de nuestro antecesor desconocido, hemos creído que debíamos legitimar la adquisición, siendo fieles á su encargo y cuidando de volver y revolver con frecuencia sus polvorosas páginas. Las líneas anteriores servirán siquiera para mostrar que el acto de conciencia se halla cumplido.

EPILOGO

Nuestro relato sobre la Cátedra, los escritos y la vida del Maestro Antonio Gómez se halla terminado; pero habiendo tanto hablado del régimen universitario del siglo XVI y de los Doctores de Salamanca, creemos que no será desprovisto de interés agregar algunos rasgos que acentúen mejor el

cuadro, cuidando que tengan su orígen en nuestro mismo autor, para no exceder el propósito indicado en el título con que encabezamos este escrito.

La vida universitaria es la disputa ruidosa, incesante, inextinguible. Toda proposición, aún la más evidente, tiene *su pro y su contra* y se la ventila bajo los aspectos más opuestos. — Examínese el método de Gómez en sus Comentarios. Enuncia una cuestión y su primer cuidado es reproducir con fidelidad minuciosa los fundamentos de la opinión contraria á la que vá á sustentar, y sólo después consigna la suya contradiciendo uno por uno los argumentos opuestos.

He ahí explicada la utilidad persistente de sus obras para los usos del foro. Son ellas el más vasto arsenal de argumentos que puedan encontrarse en una biblioteca jurídica, sirviendo igualmente para ser consultadas por los que ván á confirmar las doctrinas del autor y por los que se aprestan á combatirlas. Antonio de Agustín ó Antonio de Govea son sin duda más altos en sus especulaciones, emplean un lenguaje más literario; pero Antonio Gómez les ha sobrevivido aplicando el defecto ó calidad de su época, el don de la disputa, á las cuestiones prácticas *ad usum vitæ et fori*, — para el uso de la vida y del foro, como dice uno de sus escoliastas.

Un autor moderno ha reunido las *pruebas* por las que se debía pasar para obtener el primer grado universitario y las reasume con esta frase: "Era necesario disputar cuarenta días sucesivos, para llegar á ser maestro en artes". El célebre Luis Vives, (siglo XVI) ha descripto el régimen universitario del modo siguiente: "Se disputa antes de comer, se disputa durante la comida. Se disputa en público, en particular, en todo tiempo, y en cualquier lugar". Y debe referirse principalmente con estas palabras á nuestra Salamanca, es decir, á la Universidad de su nación, puesto que era español.

Este era el rasgo universal y lo propio sucedió en todas partes. Durante cuatro siglos, dice Gastón Boissier, la sabia montaña sobre la que se halla construída la Universidad de París, ha resonado durante los días y las noches con el ruido de las disputas.

*
* *

En cuanto á los privilegios de los doctores de Salamanca, tenemos para conocerlos un guía seguro. Nuestro autor los ha enumerado comentando la última ley de Toro, y sólo necesitamos traducirlo, agregando breves observaciones marginales. — Sigámosle y recogeremos algunas observaciones útiles.

1.º El más alto privilegio del *Doctor* es el uso de las insignias doctorales. Sube á la Cátedra en señal de la elevación que ha dado á su mente, adquiriendo tanta doctrina; y se le coloca en la cabeza el birrete con las borlas áureas, como una corona adquirida en los fuertes certámenes. La presentación del libro que se abre y se cierra comprimiéndolo sobre el corazón, es la promesa de emplear la ciencia adquirida según los dictados de la conciencia; — y la entrega del anillo representa los desposorios celebrados con la sabiduría. Esta es en el fondo la *"función de grados"* que todos hemos presenciado, que subsiste aún en las Universidades de Córdoba y Chuquisaca y que fué abolida en la nuestra por el Rector Gutiérrez, tan ilustre en vida como deplorado después de su muerte.

2.º El Doctor no puede ser llamado á juicio, sin que se haya obtenido antes la venia competente. Los doctores y los estudiantes adscriptos á una Universidad tienen "Juez propio". La jurisdicción universitaria abarcaba lo civil y lo

criminal, sin que esto impidiera que la justicia real ó común interviniera en casos señalados, como sucedió precisamente en el de *nuestra historia.*

3.° "No puede ser encarcelado por deudas civiles". El privilegio es hoy la ley común. El deudor con la argolla al cuello, era un resto bárbaro de las servidumbres personales. Abolimos nosotros la prisión por deudas, sancionando un proyecto de ley sobre el juicio ejecutivo que fué presentado por el doctor don Juan A. García.

4.° No puede ser atormentado, *aunque hayan indicios.* "Este era el caso de la tortura, aplicada para hacer por la confesión del reo plena la prueba incompleta".

5.° No se le aplican en caso alguno las penas de los plebeyos.

6.° Se halla exento de las cargas y tributos personales.

7.° Puede llevar consigo armas, hasta las prohibidas, en todo tiempo y lugar.

8.° Cuando el Doctor asiste á los Tribunales, se sienta en el mismo estrado con el Juez ordinario, *á no ser que comparezca en causa propia.* La costumbre se observa aun entre nosotros. Pero notemos este rasgo característico. El abogado que tiene pleitos propios, desciende de su posición para sustentarlos.

9.° Tiene derecho para expulsar á los carpinteros y herreros de los alrededores de su casa, "para que no perturben con sus ruidos las meditaciones literarias, que tienden al servicio público". — Las emancipaciones no son simultáneas. Se eleva la inteligencia y se deja deprimida la industria.

10. El Doctor y su esposa, aun viuda, mientras no cambia su estado, y sus hijos y sus descendientes, gozan de las dignidades y prerrogativas atribuídas á los nobles decorados por la sangre más preclara. La ciencia, dice Gómez, ennoblece al hombre tanto como la antigua progenie.

11. El Doctor que ha profesado en la cátedra durante veinte años, tiene en las Universidades aprobadas, como la de Salamanca, derecho á su jubilación plena. Es el veterano ínclito de las letras, dice Gómez, tan ilustre como el de las armas y como los duques y condes que se sientan al lado de los reyes.

*
* *

Pero era imposible atravesar enumeración tan larga sin descender á una disputa y ésta sobreviene. Conocemos ya los privilegios del Doctor jubilado é insigne. ¿Es superior, igual ó inferior al militar, que á más de serlo se distingue por su *noble sangre?* El caso es árduo y la respuesta puede ser peligrosa.

Nuestro Maestro ha enunciado la cuestión, subordinándose concienzudamente á su *fidelidad* como expositor, pero preferiría eludir su opinión por prudencia humana. Vacila así y retrocede delante del conflicto que él mismo se ha creado. No pronuncia el soberbio "Et ergo *resolutive* dico", que ha empleado en otras ocasiones con ademán magistral, hasta que empieza por insinuar *"que lo uno ú lo otro puede ser* sostenido con buenos razonamientos". Recapacita en seguida, se arrepiente de avanzar dejando á sus espaldas una cuestión sin resolverse y concluye diciendo: *"que es mejor traer la concordia por medio de una discusión, — que el militar sea preferido en los asuntos de la guerra y el doctor en los actos universitarios y literarios".*

*
* *

Todo esto nos aparece hoy frívolo á los tres y medio siglos de distancia y tuvo sin embargo en su día una significación profunda. Cuando el plebeyo Antonio Gómez, oriundo de una familia feudataria de la casa de los Osunas, pudo anunciar desde su cátedra de Salamanca, es decir, desde una de las más altas plataformas del siglo XVI, el descubrimiento de estas dos ecuaciones: *Un infolio es igual á una espada; — la posesión de una cátedra equivale al mayor título de nobleza* — la sociedad moderna que no debía reconocer otro imperio supremo sinó el de la inteligencia, empezaba sin duda á alborear sobre los obscuros horizontes.

Rayos de luz nueva descendían ya sobre los cláustros universitarios y desde las alturas de sus cátedras se divisaba el porvenir!

La soberanía de la fuerza había concluído en el mundo!! Esta exclamación es el verdadero corolario de los "altos é insignes privilegios" conferidos á los doctores de la Universidad de Salamanca.

Febrero de 1883.

EL PAVORDE DON JUAN SALA

SUMARIO. — La dominación de Gómez concluye. — Falta una Instituta para el derecho español. — Se nombra al vencedor de Gómez. — El Vinnio castigado. — Las obras de don Juan Sala y su éxito. — Es nombrado Pavorde. — Compone en su vejez la Instituta española. — Muestras de su estilo. — Un doctor de Galicia explica su método.— Su influencia en la enseñanza. — Cómo llegan sus libros á América. — El Sala en Córdoba y en Chuquisaca. — El doctor Dalmacio Vélez Sársfield. — Sus estudios. — Reimprime el Alvarez. — Vélez y Alberdi. — Pasado y presente.

I

Durante dos largos siglos los Comentarios del Maestro Antonio Gómez sirvieron como texto para la enseñanza del derecho en las Universidades de España y de sus Américas, y creemos que esta extraña y secular dominación debe ser explicada, no solamente por las calidades, sinó hasta por los defectos de su autor.

No era por cierto un título de encomio su estilo pesado,

Este escrito es continuación del anterior sobre el Maestro Gómez y ambos forman una abreviada reseña de la enseñanza del derecho español en las Universidades, hasta que aparecieron los Códigos modernos, innovando el campo todo de los estudios jurídicos.

Es poco lo que contamos sobre la vida del Pavorde de Valencia,

vulgar, aunque clarísimo, formulado en un latín verdaderamente conventual; pero fué sin duda un motivo más para adherirse á un texto que podía ser seguido sin esfuerzos por profesores y alumnos, que eran ya incapaces de leer una página de Cicerón, ó de las Pandectas mismas. Se necesitaba además disputar cada sábado (las Sabatinas), y los Comentarios proveían mejor que cualquier otro libro de argumentos á ambos contendores, debiendo todavía agregarse, para ser justo, que no ha habido un jurisconsulto español dotado de una argumentación ménos sutil y más tangible.

Gómez tiene el don de la demostración — esta calidad suprema del maestro — y se le toca casi.

Pero un Emperador romano había anunciado desde un lugar más alto que la cátedra de una Universidad: "que nadie puede evitar á su sucesor" y la voz soberana, sobre todo para un jurisconsulto romanista, necesitaba cumplirse.

El famoso Maestro, que lo era ya por antonomasia y como si fuera el único, debía también descender de su cátedra secular para ser reemplazado. Anticipémonos, sin embargo, á decir que fué superado más por una necesidad de los tiempos que por un hombre, y que éste, á pesar de haber vivido durante sus últimos años maravillado por su inesperada fortuna, no se mostró poseído del orgulloso placer de la victoria.

---

y menos aún lo que se encuentra en los autores españoles. Tiene razón sobrada el señor Menéndez Pelayo para deplorar las deficiencias de la bibliografía española. Hemos extraído nuestros datos biográficos de las obras mismas de Sala, consultando sobre todo las ediciones primeras de Valencia, que contienen íntegramente sus ingenuos y sabrosos prólogos.

II

La España tendía á codificar sus leyes, como lo muestran la Nueva Recopilación y la Novísima, á fin de dar unidad á su legislación; pero este movimiento cuán incompleto fuera, no era seguido sinó muy débilmente en la enseñanza de la jurisprudencia. Los Comentarios de Antonio Gómez sólo versaban sobre las ochenta y tres leyes de Toro.

El siglo XVIII descendía en su curso y faltaba todavía en las Universidades un tratado que sirviera para exponer el derecho español en todas sus partes y bajo un plan sistemático. El libro de Galíndez, publicado en 1715 con un nombre peregrino — *Phenix jurisprudentiæ hispanicæ* — había quedado incompleto; y las *Institutas* del doctor Berni, fulminadas por una frase de Jovellanos, y aún las de Haso y de Manuel, aparecidas posteriormente, no merecían este nombre.

Inquiríase por todas partes y no se encontraba de dónde vendría la obra tan aguardada.

La Universidad de Salamanca, arrastrándose en una decadencia desconocida después de haber perdido sus cátedras de humanidades, las de idiomas antiguos y varias de la facultad de leyes, había caído en la rutina más pueril, de la que podría salir mayor atraso, pero no innovación alguna. La Universidad Complutense (Alcalá de Henares), obedeciendo á la misma ley de retroceso, entraba además en aquellos años angustiosos de su prolongadísima agonía, durante los que ella misma, desprovista de profesores, falta de recursos, no podía decir si acertaba á vivir ó no.

Súpose en esto que un catedrático de la Universidad de Valencia había tomado sobre sus hombros la enorme tarea,

hasta que se anunció en 1779 la publicación por sus prensas del "Vinnio *castigado* (traducimos el título latino) y *aco-* " *modado* al uso de los estudiantes españoles, en cuyo obse- " quio se interpolan las leyes españolas en los pasajes más " oportunos". Los estudiantes hicieron subscripciones para asegurar la salida de la obra "que nos venía de Valencia", según la frase de un escritor contemporáneo.

III

El autor de este libro debía ser el vencedor del Maestro Gómez, é inscribir su nombre después del de aquél en la historia de la jurisprudencia española con el título un poco resonante del "*Pavorde* don Juan Sala, catedrático de prima en la Universidad de Valencia",— á pesar de que jamás hubo un triunfador menos altivo y un comentador de textos más pacífico.

Pero no nos anticipemos. Don Juan Sala no era todavía *Pavorde* de la Iglesia Metropolitana de Valencia, ni había obtenido la victoria definitiva, alrededor de la que anduvo rondando veinte años sin atreverse á recoger este favor de la fortuna.

El "Vinnius Castigatus" no realizaba plenamente el intento buscado y como aparece por la sola enunciación de su título, Sala no exponía de un modo directo el derecho español. Este sólo era tratado ocasionalmente por medio de notas y la obra se hallaba además escrita en latín. Nos encontramos aún muy lejos de lo que debía de haberse ejecutado desde luego, es decir, de un tratado del derecho español sin complicarlo con otra legislación extraña, y de lo que siendo lo más recto y natural, no suele sin embargo presentarse

al principio, sino al fin de estas evoluciones del pensamiento humano.

Digamos brevemente lo que importa el libro de Sala.

IV

Son aún conocidas y fueron famosas las "Instituciones" del derecho romano que Arnoldo Vinnio, natural de la Haya y profesor de Leyden, publicó al promediar el siglo XVII, y Mr. A. Rivière las mencionaba últimamente entre los libros que mayor influencia han ejercido sobre la teoría del derecho romano.

Heinnecio había contribuído á darles mayor importancia, agregándoles con espíritu más literario pero menos profundo que el del jurisconsulto holandés, desenvolvimientos históricos y hasta filológicos; y la obra de Vinnius, bajo esta última forma, había sido adoptada como texto en un gran número de Universidades europeas. Por ella se explicaban las Institutas de Justiniano en las Cátedras de España y de América.

He ahí ahora lo que significa el Vinnius *castigatus et accomodatus.*

Sala suprime por vía de *castigo,* es decir, de corrección ó depuración, todas las elegantes y eruditas anotaciones de Heinnecio, sin hacer gracia siquiera por instinto de adivinación, á aquel escolio *pro lege regia,* que ha sido gloriosamente citado por Savigny y por Niebhur. Entra á veces en los comentarios mismos de Vinnius, y los mutila sin otro criterio que el de encontrar el párrafo demasiado largo: *propter implicata.* — Vengamos al *accomodatus.* Sala concuerda el derecho español con el romano, poniendo al pié de cada texto de las Institutas las disposiciones análogas de la ley española, sin entrar en explicación alguna.

Así debían enseñarse al mismo tiempo el derecho romano y el español, y no se aprendía á la verdad ninguno. — No traemos á nuestro relato la gran sombra del Pavorde de Valencia para perturbarlo en su sueño hiriéndolo con las saetas de una crítica tan fácil como ligera; y basta á nuestro propósito el agregar que este sistema bastardo de enseñanza se halla hoy unánimemente condenado por los jurisconsultos modernos. Establecemos como la primera regla, ha dicho Ortolan, que el derecho romano debe estudiarse haciendo que conserve siempre y exclusivamente su figura, su lenguaje y su genio.

V

El Vinnius *Castigatus* de Sala era verdaderamente un descenso, pero respondía á una necesidad práctica de la enseñanza, y fué por todas partes adoptado.

De España vino á América, y nosotros lo hemos encontrado todavía entronizado en la Universidad de Córdoba. Nuestro autor salió á la vez de su modestia habitual, y dejando transparentar su propia sorpresa, escribió estas palabras: — "En poco tiempo se han despachado enteramente " dos ediciones del Vinnio Castigado, constando de dos mil " ejemplares cada una"; — y el hecho no tenía á la verdad otro ejemplo en los anales contemporáneos de la imprenta española.

Don Juan Sala había encontrado su vía abierta y sólo necesitaba recorrerla.

Pocos años después anunciaban (1790) la aparición de sus "Instituciones romano-españolas" (romano-hispano). Eran un compendio del Vinnius *Castigatus* y escrito en el latín

que se hablaba en las Universidades españolas — ¡Qué éxito hasta quedar sobrepasado el primero, cuán portentoso había sido! Nuestro autor exclamaba: "desde el año 1790 se han "consumido dos ediciones de las Instituciones — una de mil "quinientos y la otra de tres mil — de tal manera que habre- "mos de hacer tercera edición en el año próximo de 1804".

El aplauso que resonó en las Universidades de España y de sus Américas, ha llegado verdaderamente hasta nosotros. Las Instituciones de Sala eran una sombra del derecho romano, con algunos ápices de las leyes españolas; y no podía haber un libro mejor calculado para favorecer la decadencia en que habían entrado los estudios. ¡Cuánta facilidad para los estudiantes que reputaban obscuro el lenguaje de Vinnio y lo hallaban de pronto traducido en latín *valenciano* ó *salamanquino!* Y el contento subía hasta los profesores mismos, que ponderaban sus fatigas *(et nimis defatigantur)*, al explicar pasajes que no eran intrincados ó árduos sinó por su escasa inteligencia de los textos.

El *Digesto romano-hispano* vino en seguida y un crítico competente lo reputa como la mejor de sus obras.

VI

La fortuna de don Juan Sala fué completa. En medio de la prosperidad material y de los triunfos literarios, vinieron á solicitarlo los honores. El Arzobispo de Valencia lo nombró su Vicario General y el Cabildo Metropolitano le confirió el título de *Pavorde*, que es peculiar á aquella iglesia, dándole asiento en el Coro y el uso de los hábitos canonicales.

Buscamos en el último tercio del siglo pasado otro autor español que haya podido fundar como Sala un capital con-

siderable con el producto de sus obras; y no por señalar un contraste que no produciría efecto, apareciendo rebuscado, sinó conducido por la verdad de los hechos, no acertamos á nombrar sinó al célebre don Ramón de la Cruz, autor de los sainetes y entremeses que durante cincuenta años han hecho la alegría del público español en ambos mundos, y en los que suele encontrarse el rasgo cómico de Moreto asociado á las dotes inventivas que hicieron famoso el ingenio de Lope de Vega.

VII

Esto era mucho desde el punto de vista de nuestro autor; pero no era todo.

Los estudiantes no saldrían ya de las aulas, después de haber cursado cuatro años de jurisprudencia y laureados por las palmas académicas, pero sin tener la menor noticia del derecho español que estaban llamados á aplicar, según Sala mismo lo había dicho en el Proemio de su *Vinnio Castigado.* Pero el tratado del derecho español escrito en el propio idioma no existía todavía y era "reclamado por los deseos de la nación entera". El Pavorde de Valencia "escuchó su clamor", y se resolvió por fin á redactar la obra que debía llenar un vacío tan grande en la enseñanza española.

Don Juan Sala alcanzaba ya los setenta años cuando emprendió esta nueva tarea, sin tener en cuenta una edad tan avanzada en la que es permitido ya el reposo para las existencias más laboriosas, y presentándola como el testimonio supremo de su amor á la juventud estudiosa. La composición de la obra le costó catorce meses *útiles* y en los que supo soportar un *indecible trabajo,* hasta que apareció por

una imprenta de Valencia con el título de *Ilustración del derecho real de España,* habiendo tenido lugar el hecho memorable en el tercer año del presente siglo.

La obra del Pavorde Sala se divide en dos volúmenes y se halla vaciada en el molde romano, habiendo adoptado la distribución tripartita de las *Institutas* de Justiniano: personas, cosas, acciones. Pero cada materia se halla tratada exclusivamente según el derecho español y nuestro autor sigue línea por línea las leyes de Partidas, parafraseando sus disposiciones ó repitiéndolas. La Instituta de Sala se impuso por la fuerza de la necesidad en todas partes, penetró triunfalmente hasta en el recinto de las Universidades rivales, como Salamanca y Alcalá de Henares, excluyendo para siempre el viejo imperio de los Comentarios de Gómez y asentando el suyo durante cuarenta años.

Fué solamente en 1841 cuando dos abogados jóvenes del foro de Madrid, los doctores Gómez de la Serna y Manuel Montalbán, dieron á luz sus reputados y elegantes *Elementos del Derecho Civil y Penal de España,* con el designio confesado de reemplazar el magisterio de don Juan Sala, y lo consiguieron plenamente, haciendo avanzar el estudio de la jurisprudencia por nuevas vías.

VII

Pero no nos separemos de nuestro Pavorde sin arrojar una nueva mirada sobre su obra primordial.

El estilo de Sala no puede ser más llano, y para hablar con propiedad, es ínfimo. La vulgaridad del lenguaje de Antonio Gómez se halla un poco velada bajo las formas latinas, ménos cuando dice: *Postquam multum sudavi adque labo-*

ravi; pero el ingénuo desaliño de nuestro autor se presenta transparente con la claridad de la frase española. Sala lo sabe y no lo evita. En el prefacio del Vinnio Castigado había ya anunciado que escribiría en un estilo acomodado al paladar de la juventud: *palato adolescentum accomodatto;* y no hallando suficientemente *realista* su expresión, agrega en sus Instituciones que lo acomodará igualmente al *estómago* de los jóvenes. La frase es textual. *"Tironnum, palatum et stomachum non ofenderet".*

Pero esta llaneza del estilo se confunde con cierta candidez y no mortifica. — Es necesario leerlo cuando sale de la gravedad del comentario, quiere lucir un chiste, ó desplegar un poco de la experiencia del mundo que ha adquirido desde su celda de Valencia. Apartemos la mala edición de don Vicente Salvá (1844), que ha deformado el texto con modificaciones arbitrarias despojándolo de su sabor original, y volvamos á la buena, genuina y auténtica impresión que dirigió nuestro mismo autor en Valencia (1803).

Abrase la página 313 del 2.º volumen. — Sala enseña á sus discípulos que los deudores deben servir á los acreedores, y que después de haber hecho cesión de bienes, están obligados por la ley Recopilada á traer una argolla de hierro al cuello. Nota sin duda una impresión de espanto producida en el auditorio y se apresura á decir:

" Ya le pareció rigurosa esta doctrina á Azevedo y con-
" fesó que iba cesando su uso. Además se observa en este
" particular lo que se ha ya recibido por costumbre, y se dice
" que en nuestra España es la de pasearse libremente por
" las calles los que han hecho la cesión. Pero hay más, agre-
" ga con suprema malicia el buen Pavorde, muchos deudores,
" según el quejarse de las gentes, ántes de hacer la cesión han
" escondido y puesto el bolsón en algún sujeto secreto, y

" andan luego triunfantes como si estuvieran en la más libre
" opulencia, sin quedarles á los acreedores casi otro consuelo
" que el de llorar."

Digamos ahora una palabra sobre su método. Era un proloquio universitario el que se debía leer, releer y volver á leer en toda ocasión á Sala, con la seguridad de encontrar siempre alguna enseñanza nueva. ¿De qué fuente oculta emanaba esta virtud prodigiosa de nuestro autor? El encantamiento duró muchos años, hasta que vino á descubrir su secreto el doctor Romero y Ginzo, abogado de Galicia y uno de los comentadores de las "Instituciones" de Sala. Oigámosle:

" Nadie de cuantos han manejado al señor Sala, dejarán
" de convenir en que es harto sensible su ningún método.
" Presenta con lastimosa frecuencia las especies tan encapo-
" tadas, y á veces tan fuera de su lugar, que sólo después de
" leer y releer sus títulos, y en muchos casos por mera casua-
" lidad, puede tropezarse con ellas. De aquí es sin duda el
" dicho proverbial entre los escolares, que en Sala se encuen-
" tran siempre cosas nuevas."

La explicación fué así tan singularmente dada por uno de los admiradores del maestro y se desvaneció el hechizo.

IX

Recapitulemos — Don Juan Sala llenó con sus obras una necesidad social, siendo indispensable que los españoles estudiaran y conocieran su propio derecho. Era necesario que la enseñanza bajara de la Roma antigua al suelo pátrio. Fué también innovador sobre todo en el último de sus tratados, exponiendo exclusivamente las leyes españolas y despren-

diéndose de las ligaduras del latín universitario, que no se aproximaba por cierto al del siglo de Augusto. Su presencia marca, sin embargo, un retroceso científico en la historia universitaria, habiendo contribuído á la decadencia de los estudios, que perdían cada día su extensión y su rigidez hasta convertirse en una jerga bárbara ó en un juego de vocablos.

Fué útil, pero fomentó el atraso entrando plenamente en las corrientes de su época y de su país. Sería á la verdad difícil discernir si debió á lo uno ó á lo otro su prolongada influencia en estas Universidades de la decadencia. Debióla seguramente á las dos, es decir, al bien hecho y al descenso intelectual que ayudó con sus obras, substituyéndolas á las de los grandes jurisconsultos Vinnio é Heinnecio, tan notables por la precisión de sus métodos y por sus calidades científicas.

El saber jurídico de Sala es á la verdad muy extenso y fué llamado en su tiempo con propiedad un Digesto ambulante. Su gusto era nulo, su discernimiento mediocre, pero había heredado de los antiguos comentadores con los que se liga su nombre, su capacidad formidable para el trabajo. Si Antonio Gómez cierra en España la época de los glosadores, puede decirse que con el Pavorde don Juan Sala termina la época antigua del derecho español. Tras de él vienen los códigos modernos derivados del impulso legislativo que Napoleón, siendo Cónsul, dió á la Francia, y las doctrinas nuevas que han cambiado sinó el fondo, á lo menos la faz del derecho, es decir, sus métodos.

X

Los libros españoles dan escasas noticias sobre don Juan Sala. Un diccionario biográfico lo apellida catedrático de Salamanca, en cuyas aulas no enseñó. Otro confunde al bueno y pacato Pavorde *(horresco dícere)* con aquel Ramón de Sala que agregó notas á la edición francesa de Bentham y que tuvo un proceso en la Inquisición. Pero á la verdad nada hay que saber. Forman sus obras la trama de su vida, y fueron sus grandes acontecimientos las ediciones sucesivas de éstas, que él mismo vigiló y corrigió sin salir de su pacífica ciudad de Valencia.

Podemos solamente agregar que pertenecía á una familia de profesores, en la que la enseñanza fué hereditaria. Su hermano Joaquín era catedrático de teología, y lo habían sido de filosofía y de leyes sus tíos paternos Pascasio y Andrés Sala. Nuestro Pavorde mismo cita con orgullo en una nota del Vinnio el nombre de su tío abuelo Jacobo Sala, que escribió primero sobre el Calendario Hebreo y después sobre los pesos y medidas de esta nación, habiendo sido uno de los pocos hebraizantes que contó la España en aquel siglo.

XI

Hablemos ahora de nuestras Universidades, es decir, de la de Córdoba y de la de Charcas, comprendidas dentro de la extensión del Virreinato, puesto que la de Buenos Aires fué establecida por nuestros gobiernos patrios.

Tardaba en llegar un libro desde la España hasta la Amé-

rica, aun por la vía de las Universidades que se hallaban nominalmente *hermanadas,* pero que no correspondían entre sí.

Descúbrese de vez en cuando un pequeño reguero de libros, pero es producido por un acontecimiento extraordinario, como la presencia en Córdoba del erudito Obispo San Alberto, fundador de la casa de Educandas, ó la vuelta del Deán Funes después de haber cursado derecho en Alcalá de Henares y obtenido en Madrid su título como abogado de los Reales Consejos, y que trajo todas las obras aparecidas durante el reinado de Carlos III.

Don Miguel Díaz de la Peña (Mayorazgo de Guasán en Catamarca) se había educado en la Corte, viajado por Francia y regresando introducía en el interior el primer ejemplar de Filangieri, la obra de Becaria y algunos volúmenes sueltos de los Enciclopedistas.

El Fiscal don Victorino de Villalba, dotado de una ilustración verdaderamente superior á la de su tiempo; el canónigo Terrazas, que hospedó en su casa á don Mariano Moreno y en días posteriores el canónigo Santa Cruz — fueron grandes acumuladores de libros alrededor de la Universidad de Chuquisaca; debiendo sin embargo advertirse que ésta se hallaba en una comunicación intelectual más activa con la Península, por la presencia del Arzobispado y sobre todo de la Audiencia, en la que venían con frecuencia á sentarse Oidores y Fiscales procedentes de España y aun de la Metrópoli misma.

XII

Ignoramos cuánto tiempo demoró nuestro Pavorde para llegar á la América; pero ha referido él mismo que "según

noticias ciertas" su primera obra había obtenido una gran acogida en estas regiones.

En los últimos años del siglo pasado, eran ya enseñadas en Charcas las Institutas de Justiniano con los aditamentos de las leyes españolas, lo que prueba indefectiblemente la presencia del *Vinnius castigatus* de Sala. Llegó éste más tarde á Córdoba para establecerse firmemente por más de cincuenta años, haciendo perder hasta el recuerdo ó la tradición de la gran edición de Heinnecio.

Los estudiantes empleaban al mismo tiempo las Instituciones de Sala y su Digesto romano-hispano como libros auxiliares en las lecciones diarias, y como compendios para preparar rápidamente los exámenes. Pero su *Derecho real* no apareció en Córdoba y casi seguramente en Charcas.—Era el último venido y no tuvo tiempo para recorrer su éxodo americano, habiendo permanecido en España interceptado por las guerras de la invasión napoleónica, como fué más tarde desviado en América por los acontecimientos de la Revolución.

De esta suerte el Maestro Antonio Gómez pudo continuar durante cuarenta años más su imperio docente ya caduco en España. En 1855 se estudiaba todavía en Córdoba el tercer año de derecho por los Comentarios de Gómez á las leyes de Toro, que sólo fueron suprimidas en el siguiente, habiendo sido reemplazados por un libro que podemos llamar argentino y que debe su existencia entre nosotros al más justamente renombrado entre nuestros jurisconsultos. Hablemos de este libro y de sus autores para concluir.

XIII

Había figurado en las Sesiones del Congreso de 1826 un jóven doctor de Córdoba, diputado por San Luis, distinguiéndose por la gravedad de su vida y la seriedad de sus estudios, lo que no excluía cierta malicia que asomaba en su sonrisa burlona, ó encontraba naturalmente salida en algún epigrama. Tomaba fácilmente su pensamiento rumbos nuevos; y á pesar de su educación estrictamente legista de Córdoba, había mostrado dedicación á los estudios económicos, y el Congreso lo destinó á su Comisión de Hacienda. El señor Rivadavia lo nombraba poco después catedrático de Economía Política en nuestra Universidad.

No necesitamos decir que aludimos en las líneas anteriores al doctor don Dalmacio Vélez Sársfield, futuro autor del Código Civil, y cuyo nombre acaba de ser inscripto por Mr. A. Rivière con honor entre los jurisconsultos del siglo.

Después de la caída del gobierno presidencial, el doctor Vélez había abierto en Buenos Aires su gabinete de abogado, volviendo con consagración á sus lecturas que versaban siempre sobre el derecho. En Córdoba había estudiado los dos grandes volúmenes de las Institutas de Arnoldo Vinnio, que fueron su texto en las aulas; las *Cuestiones selectas* del mismo autor, que le hemos oído cuarenta años después citar de memoria; las Recitaciones de Heinnecio, que halagaban su instinto oratorio con la pompa literaria de la frase; y los *Comentarios* de Misingerio que admiró durante toda su vida al encontrar que no eran sobrepasados sinó en pormenores por la ciencia moderna. Su catedrático el doctor Saráchaga le había comunicado su afición á Cujas y empezaba á serle familiar.

El doctor Vélez continuaba en Buenos Aires sus estudios, completándolos. Encontró aquí el gran Repertorio de Merlín, que el doctor Ocampo había introducido en los usos del foro; el *Tratado* y las *Pandectas* de Pothier, que debían acompañarlo como un libro favorito hasta su muerte, al mismo tiempo que proseguía día por día sus estudios sobre Cujas. Están todavía en su biblioteca los enormes *infolios* cubiertos de notas marginales, que alcanzarían á formar volúmenes.

XIV

Hallábase así el doctor Vélez en la madurez de su talento y en la plenitud de su saber jurídico, cuando vino á sus manos un libro titulado *Instituciones del Derecho real de España*. Lo había escrito el doctor don José María Alvarez, catedrático de la Universidad de Guatemala y se le presentaba reproducido en una edición de Madrid. El doctor Vélez lo recorrió con avidez y terminó su lectura exclamando: "He ahí el libro que nos falta". El derecho español tiene ya sus Instituciones, que pueden prestar un servicio igual al de las *Recitaciones* de Heinnecio en el derecho romano.

Había dejado en Córdoba "al Maestro Antonio Gómez" para la explicación de las leyes españolas y encontraba en Buenos Aires los *Principios* del doctor Somellera, que no deben ser mencionados con desdén, pero que exponían más la ciencia ó principios generales de la legislación, que los elementos del derecho civil. Era necesario absolutamente un tratado para la enseñanza del derecho español, y el doctor Vélez resolvió complementar con este objeto la obra del catedrático de Guatemala. La tarea no fué escasa y las notas, adiciones y apéndices agregados pueden formar un extenso volumen.

El doctor Vélez empezó por restablecer las disposiciones de las leyes de Indias, que habían sido suprimidas en la edición de Madrid, agregó las de nuestras leyes nacionales y escribió sobre todo cinco grandes apéndices sobre las materias más arduas del derecho. El capítulo sobre las *Dotes y bienes parafernales* equivale por su condensación de doctrinas al más largo tratado: y el *de las obligaciones dividuas é individuas* es el producto de un estudio profundo.

Este era el texto requerido, y dos generaciones de estudiantes han pasado por los claustros universitarios repitiendo casi literalmente sus páginas. Alvarez, por su precisión, por su método, por su lenguaje, es superior al Pavorde Sala y veníamos de este modo á quedar mejor servidos que en las Universidades de España. El doctor Casagemas, cuyos despojos mortales conducíamos ayer al sepulcro, fué el último catedrático que explicó en nuestra Universidad el derecho civil siguiendo el valioso libro del doctor Alvarez.

XV

Tiene aquí colocación una pequeña anécdota, que vale la pena de no ser olvidada.

El doctor Vélez se ocupaba de la impresión de su "Alvarez" ó de la publicación del *Prontuario de Castro* que dió á luz en esta misma época, ó de uno de esos trabajos *exegéticos* que ajustan el comentario á un texto y que solía incluir en sus alegatos forenses, cuando la Universidad de Buenos Aires se encontró sorprendida por una novedad literaria.

Uno de sus alumnos más conocidos en los salones de la sociedad culta y en las letras, había publicado un libro y éste se titulaba *Fragmento preliminar al estudio del Derecho.* —

¡Derecho! exclamó el viejo foro. — ¡Derecho! Pues si no hay aquí ni una ley, ni un texto, ni un comentario.

El libro de Alberdi, nacido de un pensamiento ardiente y tumultuoso, sólo dejaba percibir á ocasiones esa incisión analítica y la finura de expresión que fueron en seguida sus rasgos primordiales de escritor y quedó muy indeciso en su éxito. Unos reían, y á los que habrían podido aplaudir faltábales autoridad para hacerse oir, ó corazón para presenciar el triunfo de un contemporáneo, tal vez de un rival.

Destacábase en el cuadro de la sociedad de ese tiempo la figura original y saliente del doctor Vélez. No era nuevo, no era viejo. Manejaba los antiguos textos, pero rejuveneciéndolos con el poder de su talento; y cuando se le habló un día en la Universidad sobre la libre navegación de los ríos, demostró que la doctrina estaba incluída en un texto de las Institutas sobre la división de las cosas: — *Aqua profluens.* Su palabra dirigía ya el juicio público, y Alberdi, para vencer tanta incertidumbre, resolvió interrogarlo enviándole su libro.

Días después Alberdi entraba en el gabinete del doctor Vélez y la conversación se trabó expansiva. Todos los temas, menos el libro. ¿Lo había leído el doctor? ¿No lo había leído? La pregunta directa habría sido una impertinencia y Alberdi tuvo desde su juventud el tacto supremo de las conveniencias sociales. El diálogo decayó por fin, sobrevino el silencio y la visita había concluído. Vélez se puso de pie para despedir á su visitante, lo atrajo por uno de los costados de la biblioteca para conducirlo á la puerta, y cuando hubieron llegado al frente de unos enormes *infolios* revestidos de un amarillento pergamino, el doctor Vélez moviendo y removiendo uno de ellos, le dijo: "Alberdi: Este es Cujaccio, y se lo muestro para que no se sepa que usted lo cita sin conocerlo siquiera por su tamaño".

Alberdi citaba efectivamente en cada página á Cujas ó Cujacius, como el doctor Vélez decía nombrándolo en latín, porque lo encontraba también mencionado en los libros de Lerminier, Mignet, Ortolan, Laboulaye, que al introducir en Francia los debates y las doctrinas de la gran escuela histórica de Savigny, quisieron por amor propio nacional hacerla remontar hasta el gran jurisconsulto francés del siglo XVI.

Cuando don Esteban Echeverría volvía de Francia para hacernos conocer los acentos de la musa moderna que inflamaron su propio genio, había traído también consigo estos libros nuevos, que extendieron hasta el Plata una de las agitaciones intelectuales más fecundas de la Europa.

XVI

La anécdota anterior no es verdaderamente una digresión.

Convenía á nuestro propósito, que se irá esclareciendo por escritos sucesivos, mostrar por un rasgo siquiera fugitivo la presencia del espíritu nuevo asistiendo en las Universidades á la supresión de los antiguos textos. — La historia de los *estudios* figura considerablemente en el desenvolvimiento intelectual de una nación, y su interés no se halla por cierto confinado dentro del recinto obscuro de un claustro. — Estas páginas adquirirán tal vez alguna importancia cuando se hallen encerradas dentro de su cuadro.

Hemos llegado á los días presentes valiéndonos de unos pocos libros para recorrer el pasado de nuestras universidades en una de sus cátedras, la cátedra de *Vísperas* que fué fundada en la Universidad de Salamanca durante el primer tercio del siglo XVI, á fin de explicar á sus alumnos las disposiciones peculiares del derecho español. El Maestro An-

tonio Gómez, Arnoldo Vinnius, Juan Teófilo Heinnecio, el Pavorde Sala y el doctor Alvarez mismo, son sus grandes sombras y no volveremos á encontrarlos entre los vivos, no solamente porque han desaparecido con su época, sinó por que el hilo de la tradición se encuentra roto. (1)

Nuestro primer comentador del Código Civil, el doctor Segovia, acaba de hacernos efectivamente una revelación de la mayor importancia. El codificador argentino ha buscado sus doctrinas en los jurisconsultos de todos los países, menos en los españoles. La biblioteca del Código no contiene sino un autor de esta nación. Así sólo nos queda de común con la *madre patria* ese gran fondo del derecho romano que se encuentra casi invariable en las legislaciones de los pueblos latinos.

XVII

Una sola figura permanece de pie y es la del doctor don Dalmacio Vélez Sársfield, desprendiéndose de entre las tinieblas del pasado para presidir con el Código Civil en la mano, las nuevas generaciones de jurisconsultos.

---

(1) *Cátedra de Vísperas.—Cátedra de Prima.* La de Antonio Gómez fué la de *Vísperas* en Salamanca y la del Pavorde Sala la de *Prima* en la de Valencia. Para los que no se hallan familiarizados con estos términos del antiguo lenguaje universitario, presentaremos su definición según las Constituciones dadas por el Padre Rada, en 1664, "á la Universidad de Córdoba".

"La lección de *prima* será por la mañana de seis y media á siete "y media, y en invierno de nueve y media á *diez y media.* La de "*vísperas* se tiene siempre por la tarde de tres á cuatro".

Las cátedras de vísperas eran reputadas como de privilegio.

Tenemos ya el primer comentario nacido al pié de su obra, y es digno á la verdad de abrir su série. Vendrán en seguida otros, hasta que sean numerosos. Se ensayará también por algunos años la formación de una Instituta para la enseñanza del derecho civil argentino, como se persiguió durante siglos encontrar otra para el estudio del derecho español en las Universidades, según lo hemos contado en estas breves páginas.

Una Instituta es el *summum jus* — como decía Savigny, — la esencia del derecho científico. Es la identificación siempre asombrosa del fondo con la forma: del fondo por lo verdadero, de la forma por lo preciso; y sólo aparece para una nación después de largas y pacientes elaboraciones. Puede así ser comparada con aquella flor que se ostenta una vez cada siglo en la alta cima del áloes.

¿Quién es el autor de las *Instituciones de Justiniano?* Abramos sus sentenciosas páginas. Las definiciones del primer título son de Ulpiano, intercaladas en algunas de esas frases rigurosas que llevan el sello de Papiniano; y las de los títulos siguientes pertenecen en gran número á Modestino. Aquí hay un pasaje del edicto del Pretor y más allá un período extraído del Digesto viejo; y Triboniano no ha sido sinó el coordinador supremo de estas *fórmulas* que deben su origen á una labor jurídica verdaderamente secular. Sabemos que estas condiciones del arte ó del estilo antiguo no son ya requeridas y que no se aspira á realizarlas en su plenitud; pero ellas han inspirado los monumentos que deben seguirse siquiera de lejos como un ideal ó como un modelo.

POST SCRIPTUM

Se menciona siempre entre nosotros al doctor Vélez Sársfield, asociando su recuerdo á sus trabajos de codificador ó á su iniciativa en la vida pública sobre tanto asunto útil. Pero ya que la corriente misma del relato ha envuelto su nombre en la trama de este escrito, no queremos cerrarlo sin dejar consagrados en justicia los servicios que nuestro gran jurisconsulto prestó á la enseñanza de nuestras Universidades. Con razón la juventud actual se adhiere tanto á su memoria y se complace en conocer los rasgos de su fisonomía saliente y original. Paga así un tributo de gratitud por sí y por los que la han precedido.

Acabamos de recordar su gran edición del "Alvarez", que corrigió y complementó con valiosos suplementos y la juventud argentina tuvo de esta suerte un texto para el estudio del derecho español, superior á los que se manejaban en las Universidades españolas. Publicó también por el mismo tiempo el admirable *Prontuario del doctor Castro para la práctica de los juicios*, agregándole breves capítulos, pero dejándole el método perfecto, la concisión y claridad que supo imprimirle su ilustre autor y que sería inútil buscar en otros escritos de la misma clase.

El estudio del derecho eclesiástico le debió aun auxilios más poderosos. Todos conocen su obra sobre esta materia, que ha extendido su influencia más allá de las aulas universitarias, siendo nó solamente texto para los alumnos en las clases, sinó el *Manual* que los gobiernos consultaban al establecer sus relaciones con la Iglesia y con la Corte Romana.

El doctor Vélez sacó á luz este libro después de la caída de

Rosas, pero tenía preparados sus materiales desde años atrás aguardando una ocasión oportuna para darles publicidad. Entre tanto, la Universidad enseñaba el derecho canónico por las Instituciones de Xavier Meineri, que han sido famosas en Europa y en América y de las que el doctor Vélez mismo hizo con esmero una edición en Buenos Aires (1835), con el objeto de popularizar el método científico del autor.

La vida del doctor Vélez ha sido á la verdad tan llena como útil á su país, á pesar de los largos años pasados en la inacción inevitable durante la tiranía de Rosas.

De los que se educaron bajo el antiguo régimen y salieron de las aulas con el fondo de estudios que podríamos llamar *colonial,* no conocemos ningún otro en América que haya sabido mejor aplicarlo á las varias necesidades de los tiempos. Quedaba adherido á lo antiguo, siguiendo las fases de los estudios nuevos sobre las materias que le eran familiares. Conciliaba á Menochius con Mittermayer, mirando á través de tres siglos en la obra de éste un último desarrollo de la de aquél. No había habido así en su mente revolución, sinó crecimiento.

Era en sus últimos años un jurisconsulto de la escuela de Savigny, sin haberse despojado moral ni materialmente de sus antiguas vestiduras. Aparecíanos por esto tan raro en sus modales, en su conversación, en su elocuencia. Los que hemos conocido á este hombre notable de nuestros tiempos *intermedios,* necesitamos describirlo para que sea comprendido. No tendrá ya un sucesor. Con el advenimiento pleno de las nuevas generaciones, el molde quedó roto, — sin hablar de las dotes privilegiadas de su inteligencia que no se aunan á cada momento para animar una figura humana.

Marzo de 1883.

Mr. BERRYER

SUMARIO. — Berryer no deja Memorias ni publica sus discursos. — Aparición póstuma de éstos. — Las tres escritoras de Berryer. — Berryer escritor. — Billetes de Alfredo de Musset y de Heine. — Berryer devoto. — Berryer y Chateaubriand. — Berryer y Thiers. — Berryer y Dupin. — Berryer artista. — Su oratoria. — Comparación con Mirabeau. — Rasgos de sus discursos. — Su carácter personal.

I

La luminosa figura oratoria de Berryer pasa y repasa incesantemente delante de nuestros ojos. No quiso durante su vida publicar sus *Discursos*, para entregar, como Chattam su imágen de orador á la memoria enternecida de su siglo. Temía tal vez que el juicio último fuese inferior á la emoción del momento.

No quiso tampoco escribir sus *Memorias* como todos sus ilustres contemporáneos, desde Odilon Barrot hasta Guizot, y como Dupin mismo, su compañero en el foro y en las asambleas legislativas, porque prefería desprender su vida del dato preciso y dejarla, en cuanto cabe bajo nuestro siglo, envuelta en la leyenda,— desde que apareció como abogado en los tribunales de la Francia defendiendo noblemente á los vencidos, — desde que arojó de su corazón aquel grito: "No se recogen los heridos sobre el campo de batalla para

entregarlos al verdugo", desarmando de su puñal la represalia política, — hasta esa voz poética y á veces sublime que se escuchó durante treinta años en las alturas de la primera tribuna del mundo, conmemorando el pasado en medio del tumulto de sus sociedades moribundas.

Pero Berryer muere y sus *Discursos* se publican. Su elocuencia deja de ser un rumor armonioso que circula por el mundo y toma un cuerpo.

La vida del orador es al mismo tiempo revelada en sus pormenores más íntimos y se la sigue momento por momento: en el foro, defendiendo á Cambronne y á Luis Napoleón; en el Cuerpo Legislativo, desde que aparece debatiendo con M. Guizot la *Adresse* de 1830 que llevaba en sus flancos una revolución; en el arrabal Saint Germain, que fué el encanto y la disipación de tantas horas *no* contadas; y por fin, en su castillo de Augerville, donde el diputado y el abogado se convertía en gran señor para dar aquellas hospitalidades que fueron memorables en Europa y en las que todas las magnificencias del lujo se realzaban por este brillo único en el mundo: — la luz de su palabra.

Los autores de estos relatos son tres mujeres: la vizcondesa de Janzé, que proviene de la gran familia de los Choiseul; — la marquesa de Lagrange, que dijo de sí un día como la Zulema del Cántico de los Cánticos: "negra soy pero hermosa" — *nigra sum sed formosa;* — y Madama Jaubert, la amiga de Berryer, de Musset y de Henri Heine, que mezcló á tantas existencias ilustres su corazón anheloso y atormentado.

Así el hombre célebre que no quiso redactar sus *Memorias*, es hoy el que las tiene más voluminosas. ¿Cuál otro orador las ha dejado igualmente íntimas y sinceras? No deploremos la omisión de Berryer. Las *Memorias* de un

gran orador se hallan verdaderamente en las confidencias de los corazones que conmovió con el acento de su voz.

II

Creemos que este acontecimiento literario es único y lo anotamos. Hay un rasgo que une las tres publicaciones, y es el movimiento de ternura, apasionado y ardiente, por la memoria de un mismo hombre. Nuestras tres autoras son igualmente sinceras y desinteresadas, y no se nota en ellas la vana jactancia de dejar caer sobre una existencia obscura el reflejo de un nombre ilustre. No es una amistad gloriosa que se ostenta en espectáculo. Hé ahí lo que pasa.

El propósito de Berryer durante su vida es violado. — Sus *Discursos* van á ser publicados, y se imprime ya con rapidez el primero, el segundo, el tercer volúmen, porque los textos son tomados de *El Monitor* casi sin correcciones. ¿Qué impresión va á producir sobre un público olvidadizo y ligero, esta palabra del orador, recogida mecánicamente por un taquígrafo, extraída de un diario oficial y condensada en páginas numeradas que substraen toda escena y que hacen pasar casi sin transición del *Discurso* sobre la *Adresse*, defendiendo á Polignac, al discurso pronunciado después de la revolución en presencia de otra dinastía, y cuando el Rey legítimo no tenía ya otro palacio sinó el del destierro en la triste ciudad de Praga!

¡Pobre gran orador! ¡Cuál será el efecto de su palabra, friamente leída, sin el gesto de singular belleza que le daba vida, y sin el poder mágico de aquella voz que nadie olvidó después de haberla escuchado, porque fué armonía para su oído y estremecimiento para su corazón!

Las tres mujeres, movidas por el mismo sentimiento, se ponen de pié para resguardar contra esta prueba suprema una memoria tan cara. Obedecen instantáneamente á una fascinación del cariño y quieren que el discurso pueda ser leído al mismo tiempo que el orador sea conocido y amado, para que se lo presienta tal como él lo pronunciara. Va á exhibirse tendida por el suelo la espada del Rolando, y es menester mostrar á lo menos el brazo que la manejó, haciéndola arrojar el brillo que señalaba desde tan lejos su presencia en la batalla.

Deben las tres publicaciones su orígen á un sentimiento tan delicado. — Los libros pueden ser frívolos y carecer de observaciones sérias. Nuestras damas mismas aparecen quizá ligeras, paseando sus victoriosas sonrisas por entre el tumulto de sus admiradores; pero no es, á la verdad, frívola ni ligera esta fidelidad del recuerdo, que se perpetúa hasta más allá de la tumba. La pervínca de las Galias, dice Plinio, es una flor ténue que apenas soporta el columpio del viento, pero los habitantes del país aseguran que la parte de su tallo, oculta bajo la tierra, es inmortal.

III

Estos libros compuestos de anécdotas sin hechos, aunque llenos de intención, de frases, de movimientos de conversación, de billetes misteriosos que se dejan adivinar, tienen un gran encanto para atraer y retener lectores, pero no pueden ser contados.

Está ahí, sin embargo, Berryer exhibido con la mayor delicadeza femenil. Nada se perderá: ni un pormenor de sus fastos de gran señor, ni la vibración de su voz siempre

resonante aun en el trato íntimo, ni las sonrisas de aquellas aristocráticas damas que envuelven su vida en un perfume, hasta cuando bajaba ya por los años morosos de la vejez. Ahí está su correspondencia, aun la más pequeña, y hasta se han descifrado sobre papeles abandonados los pensamientos sueltos que el gran orador condensaba en breves líneas como una memoria de sus reflexiones, un poco escasas quizá en vida tan larga.

La verdadera novedad son sus billetes. — Es la primera aparición de Berryer como escritor.

Los oradores más ilustres han escrito casi siempre partes principales de sus discursos, comprendiendo á Cicerón que tenía exordios preparados para aprovecharlos según la ocasión, y á Demóstenes que los rehacía lentamente después de haberlos pronunciado. Cuéntase que Marcelo leía ya desterrado en Marsella la oración de Cicerón que lleva su nombre, y después de haberla leído exclamaba: "¡Ah! si esta hubiera sido en verdad mi defensa pronunciada por Cicerón, no estaría yo comiendo en una ciudad tan sucia *(spurca)* estas malas legumbres", — y señalaba con el gesto el plato que las contenía.

Pero Berryer nunca escribió ni corrigió después de haber hablado. Su discurso es verdaderamente la palabra espontánea, brotando de su fuente; y al verla extenderse, ramificarse, crecer, atravesar los más vastos espacios, sostenida siempre por un vuelo poderoso, se reconoce sin esfuerzo que es la palabra de uno de los más grandes oradores de este siglo, que ha tenido á Pitt en la tribuna política y á Lacordaire en la cátedra sagrada.

Así Berryer no ha podido ser conocido como escritor, ni aun de un modo accidental, siendo convenido hasta entre sus mayores admiradores que no debe ser mencionado aquel

discurso mediocre de recepción en la Academia Francesa, desde que la forma escrita no era sinó una obligación impuesta.

IV

Léense en consecuencia con curiosidad los numerosos billetes de que abundan estos libros. ¿Qué hay en ellos? Galantería exquisita, caballeresca á veces, pero un poco pesada en la expresión. Sentimentalismo ardiente, pero un tanto diluído en el lugar común. ¡Ah! se reconoce aquí ó allá el acento oratorio. Todo este pequeño mundo de palabras tomaría formas, vuelo, color, puesto en movimiento por la voz viva del orador; pero quedando escritas, se aplastan y caen, y no alcanzan, como aquellas hojas descoloridas del otoño que pinta Víctor Hugo, á trasponer las vallas del jardín.

Con las cartas de Berryer, aparecen otras de Alfredo de Musset y de Enrique Heine. ¡Qué cambio y qué contraste! No hay una sola frase que pueda dar lugar á una entonación de voz un poco prolongada. Pero ¡qué ligereza, variedad de tonos, y cuánta gracia en lo imprevisto! Tal movimiento de cabeza sería un cumplimiento, si no apareciese al mismo tiempo en el labio una sonrisa de ironía. Estos grandes niños juegan con punzones sutiles, se hieren en el corazón, y la gota de acíbar ó de sangre se mezcla al perfume de la flor. La colección de los billetes de Musset y de Heine formarían el canasto de Cleopatra. — Hay la perla de la Arabia, la rosa del Egipto; pero se arrastra en el fondo, envolviéndolo todo, el áspid amarillo del desierto.

V

Caracterizaríamos mejor la impresión personal que deja Berryer después de la lectura de estos libros, comparándolo á Chateaubriand, con el que se le busca naturalmente semejanzas, puesto que fueron los grandes decoradores del partido legitimista, siendo el uno su *voz* y el otro su *pluma,* como tantas veces se ha dicho.

Los dos tuvieron el sentimiento del honor, que da unidad á la vida política y grandeza moral al hombre. Berryer era noble, caballeresco, fiel á la desgracia. Pero le faltan el rayo olímpico y el fuego sombrío del gran René. Fáltale sobre todo su soberbia tristeza, y hay demasiadas fiestas en ese castillo de Augerville. El orador hace con su nombre un gran estrépito, y pasa. Presta su voz á las pasiones públicas, pero no entra en el drama íntimo de la vida. Remueve asambleas, pero no ejerce, como el poeta, fascinación sobre las almas.

El poeta y el orador dieron el ejemplo raro de la constancia en sus opiniones políticas cuando todo cambiaba á su alrededor, y los dos se aunaron para decir á la madre de Enrique V, que sólo debiera serlo en el destierro: "Señora: Vuestro hijo es nuestro Rey".

Ambos fueron católicos, y puesto que de *recuerdos íntimos* se trata, podemos agregar que supieron asociar á su devoción las manifestaciones más mundanas de una vida galante. Pasan á cada momento por estos libros con su altiva mirada las marquesas de Berryer, como las llamaba irónicamente su propia mujer. Los nombres de Chateaubriand y de Mme. Récamier viven juntos en la memoria,

sin que por eso queden excluídas de la vida del cantor de *Los Mártires* la aristocrática dama de los Ferbaques, la que entrelazó su nombre con el suyo en una columna del Salón de Embajadores de la Alhambra, y aquella bella y pálida Paulina de Montmory, muerta de consunción en Roma.

VI

Berryer no era solamente devoto, sinó que tenía veleidades por el sacerdocio. Era discípulo de Bossuet por su elocuencia ámplia y resonante, y la cátedra sagrada lo atraía después que hubo, sobre todo, presenciado los transportes de entusiasmo suscitados en Nuestra Señora de París por Ravignan y Lacordaire, que habían igualmente abandonado el foro para recibir las órdenes sagradas. Escuchemos ahora sobre este pasaje difícil á nuestras dos escritoras.

"En medio de las alegrías *íntimas* y de los brillantes triunfos que embellecían su vida, dice la vizcondesa de Janzé, Berryer sentía por momentos renacer en él una especie de entusiasmo sacerdotal. "¡Ah! mi caro amigo, dijo un día al príncipe Belgioioso, si hubiera entrado en las órdenes, el púlpito habría sido mi tribuna. Habría yo defendido la causa de Dios con el fuego de mis ardientes convicciones. La elocuencia cristiana ha realizado prodigios. Recordad las Cruzadas. Creo que habría yo podido ejercer también una saludable influencia, realizando grandes hechos".

Madame Jaubert es igualmente solícita en su admiración, pero mezcla de vez en cuando á sus relatos un grano de malicia. Nos refiere así que Berryer quería no solamente ser sacerdote, sino también cómico, cuando había asistido á una brillante representación de la Comedia Francesa y que-

daban resonando en su oído los aplausos prodigados á Cantat ó á Fleury. — Pero oigámosla:

"¿Era en verdad una vocación la que lo impulsaba hácia el teatro? ¿No había alguna analogía entre este deseo y los movimientos que tuvo alguna vez por hacerse sacerdote? No habría sido en caso alguno para vivir en el desierto. Berryer acariciaba en su imaginación los triunfos de la cátedra. Veía á sus piés la multitud, atenta al principio, conmovida en seguida: imaginaba una influencia persistente sobre este sexo siempre amado, y para los últimos años un grandioso cuadro, dentro del que podría encerrarse su vejez".

La nota es justa y la explicación queda dada.

VII

Esta vocación sacerdotal de Berryer ocasionó cierta vez un mal entendido, que nuestras aristocráticas escritoras no cuentan.

Diversas habían sido sus relaciones con Mr. Thiers. Cuando Berryer hubo cumplido los cuarenta años que "acechaba" Carlos X y fué electo diputado y apareció en la tribuna, Mr. Royer Collard, al oirlo por vez primera, había dicho "Es un poder". Thiers contradijo en *El Nacional* con singular petulancia el fallo del oráculo, sosteniendo que "un abogado de causas no alcanzaría á ser un orador político". Este juicio fué modificado más tarde, y después del formidable debate sobre el reconocimiento del crédito de los Estados Unidos, Thiers mismo había confesado á sus amigos que temía en las discusiones de las Cámaras dos cosas: — la cornada de Berryer y la dentellada de Dufaure.

Pero Thiers era á la sazón Ministro, y queriendo estable-

cer ciertas inteligencias con Berryer por medio de un amigo común, dijo á éste: "Que se haga sacerdote, que entre en las órdenes, y yo le haré Cardenal". Berryer lo supo y quedó profundamente agraviado.

Berryer podía pasar por las veleidades de las organizaciones artísticas, ávidas del aplauso donde quiera que resuene, y ambicionar ser gran actor al salir del teatro, ó sacerdote después de haber escuchado á Lacordaire en Nuestra Señora. No entendía, sin embargo, que sus adversarios políticos lo sacaran de la vida pública y lo enviaran á recitar salmos, aunque fuera con un birrete de Cardenal en la cabeza y bajo las bóvedas de la capilla Sixtina.

VIII

Procuremos ahora caracterizar al orador sin salir de la anécdota, para acomodarnos mejor á la índole de los libros que analizamos.

En la sala de billar del castillo de Augerville se oyó una tarde una fuerte disputa. Berryer y Dupin, que acostumbraban dar desde la juventud á sus conversaciones el movimiento animado de una controversia, cuestionaban esta vez sobre la importancia respectiva de cada uno en los negocios públicos de su país.

— Tú no has sido ni eres sinó un artista, decía Dupin á Berryer. Tú sólo eres un gran actor como Talma, ó un colorista como Rubini. Puedes apenas contar con la hora presente, porque el auditorio no te dá sinó la emoción del momento. Entre tanto, yo he tenido siempre uno de los primeros papeles en la política y en la legislación de mi país.

— ¡Desgraciado! le contestaba Berryer. Te haces así un mérito de haber servido á todos los gobiernos.

— Sin duda. Esto prueba que me necesitaban, mientras que se han pasado sin tí.

— ¡Esa es justamente mi gloria! replicó Berryer, dando á sus palabras una entonación vibrante.

IX

El diálogo no puede ser más característico, y cada uno de sus interlocutores se encuentra perfectamente definido por el otro.

Sobrábanle sin duda á Mr. Dupin grandes facultades; sus presidencias parlamentarias fueron famosas y sus epigramas renovaban en la sesión de cada año su reputación siempre creciente; pero le faltaron cierta elevación moral y la adhesión por una causa, que da unidad á la vida; y prestando todos los juramentos y sirviendo á todos los gobiernos sin excluir uno solo, vino á morir condecorado por el *Imperio* con los más altos empleos.

Es á la vez cierto que Berryer no obtuvo con su elocuencia sinó esos rápidos triunfos de tribuna que estallan en aplausos arrancados al adversario mismo, que se extienden tal vez á lo lejos como una irradiación de luz, y que no se encuentran una hora más tarde en la urna del escrutinio. Así, más que á Pitt, Guizot ó Thiers, que fueron maestros tan soberanos en el arte de gobernar con su palabra bajo el régimen parlamentario, se parece á aquel senador romano de voz canora, que cautivó el oído y los corazones de su generación y cuya memoria sólo llega hasta nosotros tras-

mitida por la mención de Tácito: *Haterii canorum illud et profluens cum ipso simul extinctum est.*

¿No era sinó un artista? Hay artistas supremos, y esta calificación excelsa á nadie haría bajar de su más alto rango en el órden de las facultades humanas. Oigamos á una de nuestras autoras, la Vizcondesa de Janzé: "Una vez se le preguntó si cambiaría la elocuencia por otro don del alma. — ¡Nó! exclamó Berryer, levantándose impetuosamente, sería una ingratitud para con el cielo. Debo á esta organización de orador placeres de una intensidad incomparable. Cuando la pasión me arrastra, haciendo desbordar el torrente de mis palabras, siento físicamente transportes tan vivos, como si oprimiera una mujer amada entre mis brazos".

La imágen es griega y pertenece á la escuela Cyrenaica de Aristipo. No la criticamos. Pero hay otros temperamentos oratorios, y para éstos la elocuencia fué como un volcán que tiene sus grandiosas explosiones producidas por un fuego oculto que consumía sus entrañas y que murieron, como William Pitt ó Mirabeau, sin entrar en la vejez.

X

Berryer, consagrándose á la causa del Rey legítimo, se ponía al día siguiente de la revolución de 1830 fuera del círculo de las combinaciones políticas.

Se mezcla á los debates más ardientes, pero se halla, y es el único, colocado fuera de las competencias personales. Sus cuestiones de tribuna no son luchas *de cartera.* Todos pasan por el parlamento para llegar, en realidad ó esperanzas, al ejercicio del poder, que es para él imposible. Está solo, y á veces contra todos, necesitándose la elevación y á la par

la sutileza de su espíritu, como lo observaba Mr. Guizot, para superar los inconvenientes de un papel tan difícil.

De ahí proviene la singularidad de su posición, sostenida durante dieciocho años con constancia tan rara, y hasta con heroísmo, porque lo hay en despojarse por fidelidad á un recuerdo, de esas pasiones absorbentes del mando, que otros ejercían tal vez á su vista con capacidad escasa, y que son el verdadero alimento de la vida pública.

¿Era todo esto un arreglo de escena, para que el artista de palabras pudiera mostrarse á la sombra de los mayores prestigios? No puede ser llevada la sofistiquería tan lejos. No hay arte que suprima la naturaleza humana, y donde quiera que se muestre un sacrificio, debe señalarse una virtud. Berryer, es decir, el primer orador de la Francia, renunciando á las grandezas del poder por ser leal con una causa perdida, será siempre un noble y alto ejemplo en todo tiempo y para cualquier país.

XI

Berryer no ha gobernado con su palabra como Pitt, y pueden faltarle algunos rasgos de esa elocuencia intrépida y sojuzgadora que el ministro inglés encontraba en su orgullo y en el ejercicio soberano del mando.

Pero cuántas otras ventajas obtuvo en cambio, para desplegar libremente su palabra oratoria! Puede afrontar cualquier asunto, ofrecerse en blanco á las mayores cóleras, y permitírselo todo sin perder su aplomo. No ha pasado por las pruebas y las responsabilidades del poder. Es inmaculado. Allá por los bancos de la extrema izquierda se escucha un día un rumor, mientras ocupaba la tribuna. El ora-

dor suspende su discurso, vuélvese rápidamente de ese lado, y exclama: "¿Qué decís? Señores — Ayudadme á oir, para embarazar cruelmente á mi interruptor!!"

Su fiereza es noble y grande y no permitirá que llegue hasta él el equívoco de una alusión, aunque sea velada en medios tintes. "Subo á la tribuna, dirá en otra ocasión, traído por una palabra, por un nombre propio. Yo no soy de aquellos hombres que en los días de desgracia para sus amigos, reniegan sus amistades pasadas. No soy de aquellos que trasladan sus servicios de un campo al otro. He sido el amigo personal del Príncipe de Polignac y de todos los miembros del último gabinete de Cárlos X. Confieso estas amistades, cuyos principios fueron honorables para mí, y no las renegaré jamás". La valentía del alma expresada por un rasgo fiel, será siempre elocuente. — No olvidemos que había sido necesario resguardar con batallones á los desgraciados ministros del último Rey legítimo, para guardarlos de las furias del populacho.

Berryer no milita en los partidos que luchan acerbamente por el poder, y puede preservarse de los ódios que inficionan el corazón con su hiel y escapar á las apreciaciones estrechas, tras de las que sólo se descubre un interés de secta ó de opinión.

Es así el orador nacional por excelencia; y lo que se refiere á la Patria en su presente ó en su historia lo conmueve profundamente, aunque deba ponerse de pié para saludar á la Convención que guillotinó á su Rey, por haber salvado el territorio de la Francia; para agradecer á su adversario Mr. Thiers, por no haber entregado en las negociaciones á Ancona; ó para repudiar la política pusilánime que abandonaba los intereses franceses en presencia del extranjero, con aquellos tres "*jamás, jamás, jamás*", que serán para algu-

nos la repetición del mismo grito con que Lord Chattam había hecho resonar cincuenta años antes las bóvedas de Westminster y que el orador francés no necesitó buscar en su memoria porque fueron arrancados de su corazón. (1)

XII

Estos movimientos oratorios de Berryer son conocidos y lo han hecho comparar más de una vez con Mirabeau. Es sin duda un error.

Mirabeau sólo entraba penosamente en los largos desenvolvimientos, y no son sus discursos detenidos los que han fundado su fama.

La palabra oratoria de Mirabeau es por lo general la palabra en estado de rayo, para emplear una expresión de Chateaubriand. Estalla en la réplica, fulmina en el apóstrofe, aunque suele también á veces condensarse sentenciosa y tranquila en un axioma, que por su divulgación rápida se convierte en un proverbio. Berryer no alcanza tal vez á este poder de expresión; pero hay más série, mayor encadenamiento y un desarrollo más vasto en sus razonamientos. Sólo podría notarse con dificultad el menor desfallecimiento en sus discursos más extensos y un soplo de vida circula por todas sus articulaciones, animando desde la primera palabra hasta la última. Cada uno de sus discursos es un organismo vivo.

¡Cuánta facilidad para derramar sus ideas en esos perío-

---

(1) Lord Chattam dijo: "Si fuera yo americano, como soy inglés, en tanto que un soldado extranjero tuviera un pie sobre mi país, no dejaría las armas. Jamás, jamás, jamás".

dos resonantes y numerosos que tienen el movimiento ascendente de las olas, que van hinchándose, creciendo, alzándose en montañas, hasta arrojar con estrépito su espuma sobre las riberas!

Lo confesamos sin dificultad. No comprendíamos hasta ahora poco el poder oratorio de Berryer, porque no le conocíamos sinó fragmentariamente. Es necesario entrar en su obra, introducirse en la atmósfera creada por su aliento poderoso y dejarse conducir por la corriente. Lo que hay de admirable no es este ú otro pasaje, como en Mirabeau, sinó el *todo*. No basta decir "hay inspiración", que puede ser rápida y escaparse en un destello. Se siente la creación que dá vida ferviente al conjunto, como en los discursos de Demóstenes, de los dos Pitt y de Lacordaire.

XIII

Los cinco volúmenes que forman los *Discursos* publicados, no perjudicarán la fama legendaria del orador. Se ha extinguido y no se escuchará más la voz rica en modulaciones con que fueron mágicamente pronunciados; pero era tan fuerte el soplo con que salía del pecho, que ha impreso un movimiento inextinguible á la palabra proferida.

Puede hoy hacerse el circuito de comparación con sus contemporáneos, para confirmar la impresión persistente de los que, habiendo oído á todos, lo declararon el primero. Barrot ha publicado en sus *Memorias* extensos fragmentos de sus discursos, y es más demostrativo. Dupin ha reproducido del mismo modo los suyos y es más incisivo en el argumento pequeño. Allí están los numerosos volúmenes que contienen los discursos de Thiers, para dar testimonio

de cómo puede circular la palabra humana como los átomos de Demócrito en férvida ebullición, esparciendo sin embargo una luz tranquila.

Cada uno puede á la verdad excederle por una calidad; pero Berryer es superior á todos por esas fuerzas de la imaginación, de la razón, del sentimiento, que constituyen juntas la potencia oratoria de un hombre.

Los tres discursos sobre el "Crédito de los Estados Unidos", son el modelo de la argumentación poderosa, provista de hechos, paseándose dentro del asunto como una falange griega; y Thiers comprendió á sus expensas en aquella emergencia, que "no era tan inútil ser abogado de causas" y haberse ejercitado en la fuerte dialéctica del foro.

En el discurso sobre la Cuestión española, hay una extraordinaria elevación de ideas, que sabe sin embargo asociarse á la táctica parlamentaria más hábil; — y no puede leerse uno solo de sus discursos políticos, desde 1831 á 1836, sin admirar como practica este arte sabio de decir lo necesario para ser fiel á su conciencia y á su causa, haciéndose al mismo tiempo aplaudir por sus adversarios, que eran casi todos sus oyentes. El discurso "sobre la construcción de la Sala de las Sesiones Judiciales", es un ejemplo al mismo tiempo, de moderación y de pasión, que sólo pueden unirse por una habilidad suprema.

XIV

No basta el razonamiento. Es necesaria la imagen para dejar incrustado por siempre un pensamiento. Pero convertir el argumento en imagen, es la dificultad última. Se lo hace con frecuencia y se da gracia al discurso, pero se

le arrebata su fuerza. Aumentar el poder del razonamiento por medio de la imágen, no lo han alcanzado sinó dos ó tres grandes oradores, y entre ellos Demóstenes, cuando extendió sobre todo sus manos, jurando por las sombras de los que murieron los primeros en Maratón, desfilaron en la batalla de Platea ó combatieron en Salamina.

Berryer es quizá el orador moderno que más se ha aproximado en este punto al sublime orador griego.

Se trataba de un asunto jurídico á la par que político, á cuyo desenlace asistía la Europa entera. El príncipe Luis Napoleón Bonaparte, después de su tentativa de Estrasburgo, había sido embarcado para los Estados Unidos, quedando de este modo substraído á la acción de la justicia; y el jurado de aquella ciudad pronunció luego la absolución de sus cómplices. El gobierno, para resguardarse de hechos semejantes, proponía á las Cámaras que en los casos de participación ó complicidad en el mismo complot, los militares comparecieran ante los consejos de guerra, mientras que los particulares serían juzgados por los tribunales ordinarios; y Berryer pronuncia en la sesión del 6 de Marzo de 1837 su célebre discurso sobre la "ley de disyunción".

Nuestro orador quiere demostrar que los reos de un mismo delito no pueden ser llevados ante dos tribunales diversos, que juzgarían quizá de un modo contrario, absolviendo el uno y condenando el otro. Reune, precipita sus argumentos, y los reasume en esta imagen final:

"Qué! al mismo tiempo y en una misma ciudad se abrirán "dos puertas! Por aquí irá lentamente la marcha de los "condenados á muerte! Por allá se oirá la ovación clamoro-"sa á los que han sido absueltos y á sus jueces! Vosotros "queréis por vuestra ley, que el convoy fúnebre pase á tra-"vés de los regocijos de los triunfadores de la justicia!!

" Esto es lo que vuestra ley habría producido. — Que se apli-
" que ella una vez, dos veces en nuestro país, y ¡qué se
" habrían hecho el órden, la disciplina, la justicia que que-
" réis conservar y proteger!"

XV

Berryer era discípulo de Bossuet, al que llamaba el primero de los oradores, y su palabra ha sobrepasado más de una vez las alturas de la tribuna política, llegando por la advertencia solemne ó el presentimiento patriótico á la grandeza profética. Aparece en la Cámara de Diputados de la Restauración y dice en su primer discurso á los legitimistas, que preparaban con la "Adresse" de 1830 inconscientemente una revolución ya tan próxima:

" Qué importa, por cierto, cuando los derechos del Rey
" son heridos, cuando su corona es ultrajada, que vuestra
" *adresse* esté llena de protestas de consagración, de res-
" peto y de amor... Este triste contraste no hace sinó con-
" ducir nuestro pensamiento á tiempos de funesta memoria;
" y nos recuerda el camino por el que un Rey desgraciado
" fué llevado, en medio de los juramentos de obediencia y
" las protestas de amor, hasta cambiar por la palma del mar-
" tirio el cetro que dejó caer de sus manos!!"

No habían pasado dos meses, y la Cámara misma había desaparecido y Cárlos X se hallaba en el destierro.

Veinte años transcurrieron. Imperaba la República después de otra revolución más profunda que la de 1830, y Berryer pertenecía á la Asamblea Legislativa, cuando se levantó de su asiento discutiendo un proyecto de ley electoral, para decirle también á la Asamblea: — "Tú morirás".

"Prestad, señores, atención á vuestros actos, exclamó "Berryer. No puedo penetrar en el porvenir. Yo no sé "quienes serán vuestros sucesores. Ignoro hasta si los ten- "dréis. Estos muros quedarán tal vez en pié, pero serán, "de cierto, habitados por legisladores mudos!!"

El golpe de Estado del 2 de Diciembre sobrevino luego. ¡Qué intuición tan profunda y cuánta belleza en la forma de su expresión! porque no podemos separar al orador elocuente del político experimentado que tanto acierta en sus inquietudes patrióticas, que angustian sus sentimientos sin perturbar la claridad de su pensamiento.— El uno sirve para transparentar al otro.

XVI

Ningún hombre político ha dejado en Francia un renombre más puro que el de Berryer, y era sin duda el más brillante mientras fué animado por la llama viva de su palabra.

¿Será imperecedero? Es aventurado, por cierto, anunciar la inmortalidad para una palabra de hombre, cuando no fué generadora de grandes acontecimientos y no ha alcanzado por otra parte las formas perfectas del arte antiguo.

Pectus facit oratorem — el corazón hace al orador — fué su divisa, y su elocuencia brotó á raudales expresando sus nobles sentimientos. Todos los contemporáneos han rendido homenaje á las calidades afectuosas de su alma, asociadas en él á la mayor elevación intelectual. Odilon Barrot le llama sin violencia "el príncipe de la palabra", y recuerda su gracia personal y la benevolencia de su carácter. Guizot habla de su naturaleza abierta, franca y simpática, que no inspiró

jamás un ódio á los adversarios que más vivamente combatiera, siendo él mismo incapaz de experimentarlo. Filaretes Charles, después de haber gruñido á todos los contemporáneos, ha escrito estas palabras increíbles casi bajo su pluma:

"Mr. Berryer es el primer hombre parlamentario de su país y de su tiempo. Lo honro, porque ha sabido mantenerse libre de cóleras. Nada subalterno hay en su vida, exenta de intrigas y de artificios, y se siente en él la pasión de la bondad."

XVII

Esta es la impresión dejada por Berryer entre sus contemporáneos, y podemos decir que fué orador tan incomparable porque supo mantener alta su mente, purísima su vida y siempre jóven su noble corazón. Tales son las fuentes de las que baja su elocuencia; y el desinterés absoluto con que se vinculó por siempre á una causa *perdida,* contribuyó tanto como aquella para dar á su nombre, dentro de su país mismo y de su época, un prestigio casi legendario. En 1855 era admitido en la Academia Francesa, y Salvandy lo recibía con las palabras siguientes:

" Penetráis en este recinto después de cuarenta años de vida pública y os presentáis sin empleos, sin condecoraciones, sin honores y sin otra distinción que la palma académica que vamos á poner en vuestras manos y el rayo de luz que ilustra vuestra frente y que os viene de Dios!"

Concluyamos. — Era una de aquellas sesiones borrascosas de 1850 que hacían ya presentir con la anarquía y el tumulto de las opiniones más diversas, la disolución de los partidos dominantes, la caída de la República y los golpes

de Estado. Había una verdadera conjuración para impedir que hablara el gran orador *legitimista,* y sus afirmaciones eran contradichas por ásperas denegaciones, y su voz cubierta con murmullos de los republicanos de la hora presente que se aprestaban ya en su corazón á ser los imperialistas del día siguiente, hasta que pudo dominar el tumulto, exclamando:

"Eh, bien! señores. Soy ya viejo. Hemos pasado por gobiernos diversos que engañaron ó que fueron engañados, y yo os pregunto: ¿cuál es la injusticia, cualesquiera que fuesen el régimen y la época en que se cometiese, que no haya encontrado en mí un adversario? ¿cuál la víctima que no tuviese en mí un defensor? Señores: esta conducta es el honor y la sola fortuna de mi vida."

La Asamblea estalló en aclamaciones calurosas, y Odilon Barrot se puso de pie diciendo: — *¡Es la verdad!*

*
* *

Volvamos ahora á las tres escritoras que nos han dado ocasión para escribir estas líneas; y saludándolas con agradecimiento, las dejemos al lado de la estatua del gran orador, erigida en el Palacio de Justicia, como aquellas figuras de mujeres, radiosas y brillantes, que los discípulos del Van-Dick pintaban inclinándose sobre los marcos y mirando con asombro los retratos de su maestro. Si no hay un nuevo rayo de luz, habrá á lo menos con sus libros un perfume más para la memoria gloriosa de Berryer.

Buenos Aires, 1883.

RIVADAVIA

Recorríamos en el año pasado las calles de Río Janeiro, y se nos mostró cerca de Botafogo la casa que ocupó don Bernardino Rivadavia durante su larga residencia en aquella ciudad. Es una casa alta de dos pisos, con dos estrechas ventanas en el segundo, pero que se abren sobre aquel mar azulado de la bahía que se dilata dulcemente hasta perderse confundido en el horizonte siempre despejado y sereno. Vivía allí el señor Rivadavia, solitario y en el aislamiento más completo. Cuéntase que golpearon un día á sus puertas dos jóvenes de Buenos Aires que pasaban para Europa, y que Rivadavia se negó á recibirlos cuando conoció sus nombres, diciéndoles: "Para los argentinos no vive ya don Bernardino Rivadavia". Revelaría, á ser cierto este rasgo, nó precisamente la tristeza de su alma, como decíamos en el

---

El presente estudio fué publicado en *La Biblioteca*, acompañado de la siguiente nota: "Estas páginas inéditas (las últimas, sin duda, del eminente escritor) parecen trazadas rápidamente — muchas de ellas con lápiz — en hojas volantes de varios formatos, como en el primer arranque de la improvisación. Descifrado el manuscrito, se descubre que el supuesto borrador reviste forma acabada en su soltura oratoria, y que el firme pensamiento se desenvuelve sin hesitación hasta completar, no sólo el retrato vivo del personaje, sinó el resúmen sinóptico de su medio político y social: el esbozo resulta pintura. Fuera de su valor propio, tiene, pues, este escrito el

Discurso [1], sinó la misantropía, en la que suelen predominar, más que la tristeza, cierta fiereza herida y el menosprecio de los hombres.

Habríamos ensayado en esta vez bosquejar un retrato de don Bernardino Rivadavia, tal como lo concebimos, pero nos detenemos ante una consideración para nosotros decisiva. El retrato de un personaje histórico no es sinó la concentración de los rasgos que se desprenden de su vida bien penetrada y conocida; y el señor don Andrés Lamas dá á la prensa, en estos momentos, su anunciada historia de Rivadavia. Ahora bien, sabemos todos en el Río de la Plata que su pluma rejuvenece cuanto toca. El señor Lamas pertenece á la escuela de los Thierry, y las paciencias de la investigación le sirven para dar mayor valimiento á su talento de escritor; pero queremos aprovechar la ocasión para consignar sencillamente algunas reflexiones.

Cuando se estudia á don Bernardino Rivadavia en sus actos, que ocupan páginas hermosas de nuestra historia, llama sobre todo la atención lo abierto de su alma, su aptitud para acoger y hacer suyas las ideas nuevas en todos los

---

de un documento psicológico. Demuestra que pertenecía Avellaneda á la familia de los escritores que llamaremos "peripatéticos", — cuyo jefe es Rousseau, — los que tienen la facultad de componer mentalmente sus producciones antes de darlas á luz: de tal suerte que, llegada la hora, su primera redacción es definitiva. Breve ó larga, la gestación es suficiente para que el organismo literario nazca completo. Así se explica cómo los manuscritos de Avellaneda, á pesar de sus escrúpulos de artista, no presentan más enmiendas y borraduras que los de Sarmiento — improvisador genial, á lo Diderot. Estos últimos crean *ex nihilo* al escribir, y sus ideas nacen realmente al ritmo tumultuoso de la pluma que rebota sobre el papel.— *La Biblioteca.*— Tomo IV. — N. DEL E.

(1) Discurso del Centenario.

rumbos del pensamiento, y, para decirlo de una vez en términos más concretos, su exención de toda preocupación, desígnese ésta con cualquier nombre: política, religiosa, intelectual, de pueblo ó de raza.

En la mente de Rivadavia hay por cierto límites, porque no imaginamos que lo hubiera escrutado todo, y pensamos, por el contrario, que su instrucción, tanto literaria como científica, no era extensa. Pero en la mente de Rivadavia no existían los resabios que suelen perturbar las más nobles inteligencias: — no había sombras.

Había nacido y educádose en una colonia española, y no era español, ni aún siquiera *criollo*, sinó por su amor á la nueva patria que concibió, desde el principio, organizada bajo ciertas formas que no se modificaron mucho en su espíritu á través de la variedad de los tiempos.

No tenía, como el español, la preocupación contra el extranjero, y fué el primero en llamarlo por un decreto solemne, ofreciendo gratuitamente tierras á los que quisieran cultivarlas; no tenía, como el criollo, la prevención tradicional contra el español, nunca más explicable que en medio de la lucha que la avivaba; y lleva la firma de Rivadavia, como Secretario, el primer formulario para expedir cartas de ciudadanía en que se iguala el español al hijo del país. No tenía esas preocupaciones que Spencer llama de habitud, y que nacen de lo que se ha visto siempre y que forma como una atmósfera natural; y así le vemos, desde su primera aparición en el Gobierno (1811-1813), abolir los estancos, suprimir las corporaciones, buscando realizar en su plenitud la libertad de comercio y la de la industria.

Rivadavia no había estudiado en las universidades coloniales. No era clérigo, ni abogado, ni comerciante ó médico. No tenía borlas doctorales ni en teología, ni en juris-

prudencia; y aunque todo ello le valiera en su juventud el punzante epigrama de Mariano Moreno, — cuando lo presenta afrontando con afectada grandeza todas las carreras sin tener en realidad ninguna, — dejábale en cambio la ventaja de ser ajeno hasta de esas preocupaciones de estado ó profesionales que suelen advertirse en los hombres más eminentes. No tiene apego á lo que existe, ó á lo que fué bajo las formas más consagradas. Así le vemos, desde el principio de la Revolución (1812), proyectar el "Establecimiento Científico" para enseñar ciencias nuevas, anunciando que su plan era hacer venir profesores de Europa. ¡Cuántos doctores hemos visto, henchidos por el sentimiento de su suficiencia y creyendo hasta ayer no más, que nos bastamos en todo y para todo á nosotros mismos!

Pero lleguemos á lo que es más portentoso en un argentino, y sobre todo en un porteño, cuando se trata de sentimientos que engendraba naturalmente la importancia excepcional de su provincia. En Rivadavia no se descubre un átomo de localismo. Las hegemonías producen como una consecuencia natural este sentimiento, ya de recelo ó de preponderancia respecto á las otras secciones de un país, y que, cuando se trataba de Atenas, cabía en el alma elevada de Sócrates y en el corazón justo de Arístides. Rivadavia propone y hace prevalecer en el Congreso la constitución de la capital de la República en Buenos Aires, nacionalizando la ciudad con extenso radio para que sirviera de asiento permanente al gobierno de la Nación, y proyecta la doble división de la provincia de Buenos Aires para mejor distribuir y ponderar las fuerzas políticas y sociales del país. Bajo todos estos aspectos, ningún otro argentino puede ser comparado á Rivadavia, incluyendo á Mariano Moreno, que es, más que argentino,—el hijo predilecto de la metrópoli,

— abogado de causas, y al que se le vé en cada frase asomar la toga. ¡Ah! las almas nacidas en plena luz son en todas partes un milagro, pero lo son más apareciendo, como Rivadavia, en una colonia española y en una extremidad del mundo civilizado! Estos son los rasgos que constituyen la grandeza moral é intelectual de Rivadavia, en cuanto una rápida pincelada puede reasumirlos. Pero tenemos también con ellos la explicación de la debilidad de su gobierno, hasta precipitarse, al parecer por sí mismo, en una caída pavorosa que resuena hasta hoy con fragor en la historia argentina. ¿Quién podría afirmar que estén ya agotadas para nosotros las consecuencias de aquel formidable acontecimiento?

Expliquémonos, empezando por establecer una diferencia que es indispensable para nuestro propósito. Hay dos clases de gobiernos: los gobiernos que pueden llamarse *iniciales*, porque se encuentran en los principios de una organización política y social,— y los gobiernos *institucionales*, es decir, ya instituídos y que se trasmiten y se perpetúan dentro de formas prescriptas que tienen el asentimiento público. Un gobierno institucional subsiste por la fuerza de su propia estructura; vive porque es el gobierno y hay el hábito de obedecerle, y porque es un organismo encarnado en la nación, de la que recibe la vida por todas sus arterias. En estos gobiernos, las calidades personales de los que los desempeñan no son indiferentes al bien ó al mal de los pueblos, pero pueden traer raras veces las catástrofes en que aquellos desaparecen. Sucede lo contrario cuando empieza una organización, tratándose de consolidar una nación y de fundar su gobierno. Toda la suerte del ensayo, su buen éxito ó su malogro, dependen casi totalmente de las personas que dan su fisonomía al gobierno, pues no ha podido aún recibirla de las instituciones que no existen.

Este último era el caso del gobierno presidencial de Rivadavía. — Adviértase, además, que lo que había en su persona trascendía á su partido, porque pocos hombres han tenido como él ese don singular de provocar imitadores. Sus palabras circulaban como proverbios. Se imitaba su voz hueca, su ademán reposado, su porte solemne. El partido unitario se hallaba vaciado por entero en el molde rivadaviano. Rivadavia no era colonial, criollo, metropolitano, y ni aún siquiera localista; y estaba destinado á ser vencido en sus nobles propósitos de unificación y de gobierno, por las preocupaciones coloniales, por las desagregaciones criollas, por las prepotencias metropolitanas y por las pasiones localistas. Todos estos elementos, cuán diversos y hasta cuán adversos entre sí fueran, se convocaron al principio instintivamente; se dieron cita con signos convenidos y se juntaron por fin con alianza visible para pelear la batalla contra el enemigo común. — Tenían desde su punto de vista razón sobrada. — Rivadavia era el enemigo de las preocupaciones coloniales, de las petulancias criollas, del metropolitanismo que no quería desaparecer ante la nación y de las desagregaciones locales, que mezclando pasiones bárbaras á intereses sórdidos, oponían otros tantos estorbos á una organización nacional.

La resistencia á la obra de Rivadavia se llama también con un nombre propio en nuestra historia, y este es el de don Manuel Dorrego. Carlyle dice que si es cierto que la naturaleza aborrece el vacío, como lo proclamaba la física de la Edad Media, puede sostenerse con mayor verdad que los pueblos en su desenvolvimiento histórico aman las condensaciones vivientes, y que éstos son sus caudillos.—Los suscitan y los promueven sobre todo las pasiones populares, y Dorrego apareció en aquellos días, brotado como la espuma ardiente, en medio de nuestras convulsiones sociales.

Era hijo de Buenos Aires y se educaba en Chile cuando fué conocido el movimiento revolucionario que había estallado en las márgenes del Plata. Chile se conmueve, y Dorrego agitando pasiones y removiendo hombres, presta los mayores servicios á su primera y rápida revolución. Vuelve á Buenos Aires y sale voluntariamente como soldado para las campañas del Alto Perú. Pelea en Suipacha, es herido en Nazareno, su valor resplandece en Salta, salva poblaciones del incendio ó del saqueo, afrontando peligros como en Pozo Verde, y alcanzaba ya á mandar una parte del ejército en la victoria de Tucumán. Es amado por el soldado, atrayente para sus inferiores y altanero con sus jefes. No promueve desobediencias abiertas; pero se burla, desgastando con su sonrisa, como con una lima, la autoridad del mando. ¡Ah! cuántos reflejos tristes tiene en nuestra historia esa sonrisa de Dorrego! — Obsérvese: es valiente, es generoso, es heróico, pero deja de pertenecer á los ejércitos de la Independencia cuando empieza á introducirse en ellos, con la presencia de San Martín en el Norte, la verdadera disciplina militar. No es ésta su atmósfera. Entra luego en luchas, frívolas en las apariencias, mortales en el fondo, con el Director Supremo don Martín Pueyrredón, que ensaya un gobierno serio para la nación y el Director lo destierra, sin querer dar mayor trascendencia al acto, por *insubordinación* y *altanería*. Esta es la primera parte de su vida pública, que se refleja al brillo de su espada. Sábese, además, que tiene como ninguno la sagacidad del criollo, la inteligencia fácil y clara, la palabra abundante, el don de la atracción personal; y estas calidades juntas son sus mejores armas en la gran contienda con Rivadavia, — su partido, su sistema, — porque le sirven para dar expresión viva, activa y militante á todos nuestros atrasos que, con todos sus nombres y bajo

las personificaciones más varias, entran á ocupar la escena.

Describir la contienda sería redactar un volúmen. Decimos siempre que el año 20 es el más tumultuoso de nuestra revuelta historia; pero lo es materialmente por las caídas de los gobiernos que duran apenas un día, por los motines en las calles, por las asonadas de barrios, por la algazara y el polvo de los jinetes que vienen cabalgando desde la vecina pampa para imponer su ley. Durante los dos años de la presidencia de Rivadavia, se siente como el rumor de un mundo en ebullición. Todo fermenta, se remueve, toma una fisonomía ó un acento, sale á la superficie. Hay lo bueno: y es el extranjero que llega, el comercio que se agranda, la industria pastoril que mejora sus productos, la nueva tierra que se arranca al desierto bajo el amparo de la ley enfitéutica, el río interior que se navega. El movimiento es también intelectual y hasta artístico. Se escucha por las tardes en el Congreso el elegante discurso de don Valentín Gómez, se recita en el salón el soneto de Lafinur, al mismo tiempo que se muestran los retratos en que Pellegrini ha hecho llegar hasta nosotros la sonrisa ya suave, ya altanera, de tanta hermosa dama... Ahí está Juan Cruz Varela, propagador del entusiasmo literario, más que poeta con inspiración, y que había formado su atmósfera dentro de la que cabían el actor y la actriz, Lapuerta y la Trinidad, el pintor venido de Europa, como Monvoisin, y los jóvenes todos que amaban la música de los versos. La Trinidad, con su voz empapada en lágrimas, atraía al escenario del Victoria la sociedad culta de Buenos Aires, para darle en espectáculo los lamentos de Dido acongojada, en aquellos endecasílabos de Varela que podrían hoy encontrarse monótonos, pero que se incrustaron dulcemente en muchas vidas conmoviendo el corazón de tantas beldades. Lapuerta hacía vibrar su acento

trágico en *El delincuente honrado,* mientras recogía su gesto y grababa su voz el jóven Casacuberta, que debía también subir á la escena para sobrepasar á su maestro en *Los siete escalones del crimen,* — espectáculo de otra generación, — como el drama patibulario de Víctor Ducange excede al drama lacrimoso de don José Cadalso. Varela mismo entraba en los bastidores del Teatro de la Victoria!

Pero hay también lo malo, lo sombrío, lo atrasado, lo receloso, y se halla del mismo modo en movimiento. Existe la pequeña prensa para esparcir falsas alarmas, denigrar hombres y suscitar malas pasiones. Se prodiga la fiesta oficial hasta para inaugurar la construcción de una arcada en el Cementerio, y cada una de ellas es el tema de burlas inextinguibles. El criollismo más neto se halla representado por el *compadre,* y éste se burla con sorna del sabio extranjero que se ha hecho venir de Europa, rabia contra la esquina ochavada, habla de los millones perdidos ó por perderse en el pozo artesiano que se cava en la plaza de la Recoleta, — hasta que llegando al famoso Canal de los Andes, los nervios se templan, las fisonomías se aplacan y el coro de la risa es universal. La reforma eclesiástica ha herido en carnes vivas, y de las celdas mismas de los conventos se escapan rumores siniestros y hasta embozadas amenazas. La pompa presidencial es repulsiva á estos mismos sentimientos, y se acecha en las calles el séquito del Presidente para soltar la carcajada á su paso. La ley de la Capital encontraba resistencias en la pasión popular que azuzaban diariamente hombres graves, al mismo tiempo que sus agentes buscaban alianzas en el interior para la resistencia ó para la lucha. A la hegemonía de Buenos Aires respondió el grito bárbaro de los caudillos apoderándose de su presa. Lo fué para cada uno la provincia en que gobernaba.

La primera figura en la lucha contra la Presidencia es sin duda la de don Manuel Dorrego. Da impulso á todas las resistencias, fuego á las pasiones, expresión á los descontentos, y presta su voz simpática y clara á las preocupaciones más obscuras. Perora en el Congreso, declama en las reuniones populares, habla en el café, en los círculos sociales, en las trastiendas; se guiña de ojos con el transeunte, escribe hasta en las secciones más secundarias de su prensa, parte migajas con el Padre Castañeda y se encuentra al habla con los caudillos del interior. Es el artista del desorden, — cediendo tal vez á necesidades de su organización, sin odios en el alma, con la sonrisa ligera en los labios y sin la conciencia verdadera de la trascendencia subversiva de sus actos, él mismo se exalta y se embriaga envolviéndose cada día en el formidable ruido que ha promovido á su rededor. Háblase de sus conocimientos sobre el sistema federal: no eran en mucho superiores á los del Padre Monteroso que fué entre nosotros su primer expositor. — Se menciona su ciencia. Léanse sus discursos, que son hábiles, verbosos, hasta atrayentes por su falta de hiel: pero no se columbra en ellos otra ciencia que su briosa petulancia criolla, rica de savia y de ignorancia.

La Constitución que tan luminosamente había elaborado el Congreso y á cuya formación concurrieron los hombres más notables de la Nación, fué rechazada por los caudillos del interior, no porque fuera federal ó unitaria, sinó porque era simplemente una "Constitución", según la frase del Canónigo Gorriti que empieza á ser recogida como un juicio por la historia. A su sombra no podían subsistir gobiernos personales y bárbaros. — Era el comienzo del fin. La famosa presidencia que había inquietado los celos de Bolívar y cuya fama se extendía por la Europa, iba á desaparecer; no

después de formidables batallas, sinó como se recogen los pintados bastidores de un teatro improvisado. Rivadavia presentó su renuncia, y desde aquel día debió presentirse la disolución del Congreso que había compartido con él las fascinaciones de los vastos proyectos, las pompas de un poder vano y las exaltaciones de un partido que mostraba su presencia en el Gobierno como el más alto testimonio de la civilización de su país. El documento de Rivadavia es sobrio y solemne. "Me es penoso, decía, no poder exponer á la faz del mundo los motivos que justifican mi irrevocable resolución, pero ellos son bien conocidos de la representación nacional. La historia me hará justicia; la espero de la posteridad".

El proceso histórico se halla desde entonces abierto y no ha sido aún fallado definitivamente. — Somos hijos de los autores y no podemos todavía ser sus jueces. — Pero estos aplazamientos ante la historia no son sinó una forma para invocar el testimonio de la propia conciencia. Se siente recta la intención y se reputa acertado el acto, en lo que puede haber error. Rivadavia y Lavalle invocan igualmente la historia, el uno abdicando el mando y el otro ante el patíbulo de Dorrego. La renuncia de Rivadavia abrió paso franco al predominio de la barbarie bajo sus formas más odiosas. El fusilamiento de Dorrego no trajo, pero apresuró el advenimiento de Rosas, dejando interrumpido el drama intermedio. (1)

---

(1) No conocemos página más dolorosa que la escrita por el general Lamadrid describiendo la trágica muerte de don Manuel Dorrego.

II

¡Cómo es lleno de angustiosos recuerdos el pobre hogar del emigrado político, mientras dura su expatriación en la tierra extranjera! Los días se van y los años se acumulan, y no se piensa sinó en la catástrofe que le condujo al destierro. Se pasan y se repasan en la memoria los acontecimientos últimos para comentarlos, para mutilarlos, para agrandarlos y hasta para modificarlos á su voluntad, porque la imaginación del proscripto, que no vé luz por delante, se vuelve hacia atrás, deshaciendo los hechos que fueron á su causa más funestos, para complacerse, siquiera por un momento, en absurdas perspectivas... ¡Ah! si no se separan en Catamarca Lavalle y La Madrid... Si juntan sus ejércitos, Oribe es vencido en el Norte y nos vamos en seguida á subyugar á Cuyo... ¿Por qué dió Lavalle la triste batalla de Famaillá? ¿Dónde estuvo el héroe en aquel día?... Y este eterno revenir al rededor de los mismos sucesos no tiene término. La conversación de la tarde se prolonga por la noche y es la misma al día siguiente.

La casa del emigrado es estrecha y no hay lugar separado para los niños. Todo se habla, se hace, se dice, en su presencia. Tienen el derecho de intervenir en la plática más grave y preguntan, y se estimula su curiosidad para tener quizá ocasión de volver á los mismos temas. ¿Pues qué, el niño no se halla investido de igual título? — Es también un desterrado, y él mismo lo comprende y lo siente!

Las familias argentinas que salieron en 1841, emigradas del Norte de la República, encontraron en los más próximos pueblos de Bolivia á otras que las habían precedido de

seis, de ocho, de diez años, en la tierra de la proscripción. Estaban Pedraza y el doctor Figueroa en Talina; Wilde, Valle, Ferrer, Villamonte y Usandivaras en Tupiza; Rojo y los Alvarados en Tarija; los Frías, Zuviría, Zorrilla, Paunero, Gorriti, Rueda y Bustamante en Potosí, en Chuquisaca y en Cochabamba. Estos primeros emigrados no tenían todavía, como los que vinieron más tarde, el pié ligero, y no alcanzaron á internarse por el Norte sinó hasta el centro de Bolivia; y por el Río de la Plata, como Carril, los Agüeros, hasta Santa Catalina, en el Brasil. Nombrarlos ha sido decir quienes son. Eran los antiguos unitarios de las provincias del interior. Eran los que habían conseguido escaparse, arrancando sus familias enteras después de la captnra de Paz en Córdoba; después que Ibarra, cuya crueldad no tiene otro ejemplo entre los hombres, se sintió seguro; después de las dos terribles derrotas de La Madrid, en las que el valor infausto, prodigado hasta la locura, sólo sirvió para multiplicar las víctimas, dejando empapados en sangre los campos; desde la aparición de Quiroga en Catamarca, ó después de su paseo beduino por Tucumán y hasta Salta, en cuyas calles no quiso el bárbaro penetrar!

Las dos emigraciones se juntaron en los pueblos de Bolivia, para asociarse recíprocamente en su miseria, confundiendo al mismo tiempo sus lamentaciones y sus quejas. Los unos hablaban de Oribe y respondían los otros describiendo á Quiroga. El relato de un episodio del Quebracho Herrado era sobrepasado por el recuerdo de un acto de barbarie ó de sangre, ejecutado por los feroces vencedores de la Ciudadela. Hemos podido así oír desde niños en Talina, en Tupiza, Tarija, Potosí, las dolorosas recriminaciones de los unitarios del interior contra los directores del gobierno presidencial. Ellos decían que su desaparición vo-

luntaria los había entregado sin defensa á las garras de los tigres; que el gobierno presidencial tenía elementos para resistir á los embates de la barbarie y sobreponerse; que los hombres principales del interior, por su posición, inteligencia y fortuna le pertenecían, y que habrían sabido defenderlo hasta la muerte, — como lo mostraron, arrostrándola un poco más tarde en luchas aisladas, casi obscuras y, por eso mismo, más terribles y sangrientas. Allí estaban los militares como Wilde, que había figurado entre los combatientes de Ituzaingó; y ellos añadían que el ejército vencedor era fiel al gobierno y que sus jefes y oficiales, destinados á perecer en su mayor parte, como Plaza ó el noble Barcala, bajo el puñal de los bárbaros, llevaban hasta el fanatismo su consagración á las nuevas instituciones. Ah! qué no habrían bastado dos mil hombres del ejército de Ituzaingó, — con un General como Alvear ó como Paz, bajo la dirección de un Gobierno nacional llamado á suplir, por la persistencia de su acción y por sus recursos, los accidentes de la mala fortuna, — para barrer los caudillos y sus hordas, que no les estaban aún sino débilmente adheridas!...

Era esto lo que se hablaba allí, por los años 47 ó 48, entre los emigrados argentinos que se habían transportado con sus familias á Bolivia, después de la desaparición del general Paz y de la caída de Corrientes, cuando la República volvía á entrar bajo la garra de su tirano. No se entreveía un rayo de esperanza, y el destierro, como una fatalidad ciega, extendía nuevamente para aquellos desgraciados sus sombras implacables.

Apareció por ese tiempo un cometa cuya vuelta está anunciada para los primeros años del siglo próximo; no lo vimos subir en el horizonte, porque se halla éste cubierto por la alta montaña rocallosa que circunda por uno de sus costa-

dos la antigua villa de Tupiza, y sólo fué apercibido cuando se hubo elevado como un disco de luz rojiza sobre una de sus cumbres. Se salía á la plaza todas las noches, para contemplar el cometa durante horas enteras, — no había otro espectáculo, — hasta que se creyó notar como una disolución por la mitad de la cauda del cometa y que ella se desprendía como un fragmento roto. "Es un buen pronóstico" dijo uno, haciendo un signo. Otro lo comprendió rápidamente y ya dijo con claridad: "es la caída de Rosas". ¡La caída de Rosas! El anuncio no venía ya de los hombres, sinó de Dios. La voz corrió entre los hombres, y había algunos sensatos y graves; llegó hasta las mujeres, y se despertó á los niños, que tuvieron esa noche fiebre, para anunciarles la buena nueva.

III

El régimen presidencial desaparecía, nó porque el Congreso hubiera dado su famosa ley designando la ciudad de Buenos Aires para la capital de la Nación, lo que no era poner sinó en movimiento un resorte vital para el organismo argentino; y menos aún porque se hubiera proclamado Constituyente, puesto que, sin serlo, no habría tenido misión, en un país sin vínculo, sin gobierno, y que ensayaba salir de la desorganización política y social. ¿Puede ser serio aquel otro cargo de haber creado un ejército nacional, cuando iba á requerirlo tan pronto la guerra contra el Brasil? La designación de un Ejecutivo nacional no era tampoco sinó una medida inevitable, desde que era necesario proveer á la acefalía de la nación, y poner, al lado del Congreso que legislaba, el poder que debía ejecutar sus leyes. No. — Estas

no son las causas históricas del inmenso desastre. Fueron solamente los cargos contemporáneos, ó por mejor decir, las objeciones de la oposición, resistiendo actos que contrariaban naturalmente sus intentos, y no debe dárseles otro carácter ni mayor importancia. La observación opuesta nos parece, por el contrario, más próxima á la verdad: el régimen de los unitarios desapareció, porque después de haber instituído un gobierno y colocádolo sobre su asiento natural, lo abandonó sin combate delante del enemigo. El famoso Congreso, al proclamarse constituyente, sólo se dió, inducido por lejanos ejemplos, un título vano; y después de haber discutido su obra en debates luminosos que levantaron por vez primera una tribuna á la elocuencia argentina, la inutilizó en seguida, entregándola á la aceptación de pueblos enseñoreados por caudillos que eran los enemigos naturales de la forma ordenada que constituye un gobierno. ¿Cuál gobierno? Todos, sea unitario, sea federal.

El partido unitario estaba llamado, bajo la dirección del más célebre de sus hombres de Estado, á organizar la nación por la fundación real de su gobierno, combatiendo las anarquías y superándolas hasta hacer prevalecer el sentimiento nacional, por la razón y por la fuerza, sobre los instintos de disolución local. Era, sin duda, árdua la empresa, y era por esto mismo deber suyo desplegar en línea de batalla cuanto poder tenía el país para sostener sus proclamadas instituciones. Pudo así haber sucumbido bajo la derrota, — y era esto á la verdad mejor que desaparecer por la renuncia, para ir un poco más tarde á la proscripción de la que no se volvió, ó para bañar con su noble sangre viles cadalsos! ¿Era falta de valor? Nó! Los que quedaron sucumbieron heróicamente, y no se vió á los otros decaer de la fortaleza de su alma en el largo destierro. Eran además

patriotas, tenían abnegación, y la memoria de sus virtudes cívicas es uno de los timbres del nombre argentino. Hubo en sus actos, más que error, una obcecación; y la ceguera en la conducta de los hombres se explica hoy, como en los tiempos de Teofrasto, por no conocerse bien á sí mismos y por conocer mal á los otros. Presumían demasiado de sí y tenían por sus adversarios un desdén altanero. Veían á Dorrego tan inquieto, ardiente, ligero, que no podían concebir siquiera un gobierno manejado por sus manos. Vivían en Buenos Aires dentro de una atmósfera estrecha, escuchándose los unos á los otros, bajo las leyes de una cortesanía que ha quedado memorable en nuestros fastos sociales, y no tenían quizá una conciencia bien clara de las fuerzas políticas que se habían desatado contra su obra. — ¿Eran éstas invencibles? Nó! — Pero lo fueron cuando se les abandonó la escena.

Cuéntase que los labios altivos del más intencionado entre los corifeos de este partido, se entreabrieron una vez para dar en una sola frase la explicación de aquellos acontecimientos. "Esto es transitorio, dijo, hablando de los sucesos del día: volveremos pronto; seremos llamados". — ¿Por quién? — ¿Por qué afinidades de esa química exquisita de las almas, que Teofrasto, La Bruyère y Pascal conocieron, se mezcla siempre á estos despliegues de la vanidad soberbia, un grano de inocencia, de candidez casi infantil? — ¡Seremos llamados! — Lo esperaron todavía durante veinte años, primero de los hombres y después del destino, hasta que, con el desencanto tardío, llegó para ellos paso á paso la muerte inevitable!

Así concluyó la dominación del partido unitario. Funda un gobierno y lo abandona, dejando él mismo mutilada su figura histórica. No vale como partido, porque fundó un

gobierno para abandonarlo; aunque valgan sus hombres por el amor del bien, por la audacia de sus concepciones, por la pompa literaria de su palabra arrojada arrogantemente como un guante á la faz de la barbarie contra la que luchaban, y por sus sacrificios del destierro, que llegan todavía hasta nosotros trascendiendo la atmósfera con un perfume de virtud. Su pasaje por el poder no puede ser más ruidoso, lleva consigo una atmósfera de fiesta; y al notarlo tan efímero, el espíritu más desprovisto de crítica podría creer que hay en su actitud mucho de teatral. Rivadavia tenía desde años atrás su poeta, y era sin duda el que más desplegó, entre los de su tiempo, el don del canto. Cada decreto se convierte en una oda ó en un himno. Hay un volúmen del Registro Nacional que corresponde, por las inscripciones de sus títulos, á otro volumen de nuestro Parnaso. Los trabajos hidráulicos mismos, entrevistos entre lejanas perspectivas, estimulan la discreta musa de otro joven poeta. Se quiere sin duda el bien con patriotismo sincero, se le adivina, se le ve venir y se le proyecta en un decreto. Es sin embargo necesario que el aplauso estalle instantáneo, y para hacerlo dulce al oído y más penetrante al alma, debe acompañarlo el ritmo del poeta. Teníamos ya esta facultad nacional de dar simpática vibración, alas á nuestras palabras, y ellas corrían por la América y hasta por la Europa, siendo devueltas con el elogio de la gran Presidencia.

De esta situación engañosa de los espíritus, y hasta enervante, no era difícil que saliera la abdicación del gobierno, sin combate, y la dichosa explicación:— "seremos llamados".

IV

Pero es en Rivadavia mismo en quien es necesario buscar la explicación de los hechos; y más de una vez nos ha sucedido preguntarnos, por qué había desaparecido en 1826 el Rivadavia de 1811 y 1812. Rivadavia se había mostrado, efectivamente, en aquellos primeros años de la Revolución, como un hombre de voluntad poderosa, sin detenerse ante las dificultades de la acción política, por duras, crueles y hasta trágicas que ellas fueran. Es Secretario de la Guerra, y da nervio al gobierno, impulsando al mismo tiempo la revolución por una série de actos que son conocidos. Pertenece en seguida al Triunvirato, se impone á las disidencias de sus colegas, salva á la revolución de uno de sus mayores peligros, descubriendo y castigando con mano despiadada la conspiración de Alzaga. La ola sangrienta de las persecuciones se desata, y Rivadavia mismo le pone valla, con ánimo igualmente resuelto, por el célebre Decreto. — ¡ Basta de sangre! Quince años después, aquel hombre poderoso es buscado y no se le encuentra. ¿Qué modificaciones se habían obrado en su espíritu? El problema psicológico es siempre un misterio. Había pasado estos años dedicándolos en gran parte á la meditación y al estudio. Había residido mucho en Europa, observando en su conjunto el movimiento social y político de sus pueblos; había entrado en comunicación frecuente con los primeros sectarios de la doctrina económica de la que debía salir un poco más tarde, á favor de ciertos desarrollos, la escuela pacífica de Manchester, que abomina de los medios violentos y execra la guerra: y no es extraño que todo lo que había en su mente de teórico, — y

era mucho — de pensador, — éste era su rasgo predominante, — y hasta de filósofo, — como lo muestra su incesante tendencia de asignar á cada hecho su causa, — se hubiera extraordinariamente desenvuelto, dejando empobrecidos los resortes de su carácter y de su voluntad.

Penetremos ahora con algunos rasgos, en el fondo de esta gran figura histórica de nuestros anales. El hombre físico es por todos conocido; sus retratos son numerosos y todos son idénticos. La plancha litografiada misma, á la que faltará siempre el rayo de la vida, es en este caso casi igual al pincel. No habrá en la figura de Rivadavia ninguna de esas líneas elegantes ó de esos toques delicados que necesitan en cierto modo, para reproducirse, ser sentidos por la inspiración del artista. Hemos leído que cuando el señor Rivadavia paseaba por las calles de París, con su andar mesurado y grave, atraía la curiosidad de los transeuntes. Pero había en su rostro tal seriedad, su porte era tan grave, su ademán tan ceremonioso, que no hubo jamás hombre alguno, entre nosotros, que supiera imponer á los demás el sentimiento de su propia importancia, que se transparentaba en todos sus movimientos. Montesquieu lo ha dicho: "El mérito personal es una fuerza y puede sobreponerse á todo". El fisgón podía trazar con carbón en las paredes los contornos de la figura de Rivadavia, pero era casi imposible faltarle en su presencia al respeto: lo llevaba consigo y lo trasmitía.

El señor Rivadavia escribia poco, pero son suyos hasta por la redacción, casi todos los numerosos documentos que llevan su nombre. No perteneció á la Asamblea de 1813, ni al Congreso de Tucumán que cerró sus sesiones en 1819, y no tuvo ocasión para usar de la palabra en público, sinó asistiendo á la Junta Provisional como Ministro del General

Rodríguez. No poseemos un solo discurso suyo en el que se reconozca el vuelo ó siquiera la amplitud oratoria. La palabra pública ha tenido entre nosotros su crecimiento visible, y por aquellos años no llegaba sinó por accidente, á las formas del discurso. Hablando ó escribiendo, faltaba al señor Rivadavia la paciencia y el arte del desenvolvimiento. Su palabra no lleva su movimiento natural, y procede como por irrupciones, ó incrustando en la exposición un poco confusa, tales ó cuales frases salientes, que no son casi siempre aquellas palabras que llevan luz, según la expresión de Cicerón — *lumina verbi* — y que dan tanta claridad como esplendor al discurso. Tenía, sin embargo, algunas expresiones felices, como cuando dijo en la Legislatura que el decreto de 1811 sobre la prensa no había sido sinó "una máquina para hacerla andar". Cuando se leen las exposiciones del señor Rivadavia en la Legislatura, no solamente se nota la falta de cierta prontitud en su inteligencia, y que no sería á la verdad conforme á su índole, sinó de aquella perspicacia que se trasluce por la seguridad y el acierto de la réplica inmediata. Cuando se examinan los hechos de su conducta, algunos han creído hallar cierta ausencia de discernimiento; y la crítica es más segura si se refiere á la acción del momento, aplicada á los hombres y cosas sobre que se obra. Cuando se leen sus documentos, se descubre visiblemente que falta en el espíritu de Rivadavia lo que se llama con propiedad el sentimiento estético, es decir, el sentimiento de las proporciones: tal decreto es demasiado pomposo, para concluir con una prescripción vulgar. Se desciende desde lo alto para ordenar la bagatela.

V

En ese momento célebre de nuestra historia, Rivadavia dijo: "Soy la razón, y no quiero ser la fuerza", y descendió con la solemnidad de un pontífice las gradas de la Presidencia, para ir á la proscripción, que sólo tuvo dieciocho años después por desenlace la muerte quizá anhelada. La intención era elevada y recta, porque nunca hubo bajo el cielo argentino un patriotismo como el suyo, más comprobado; y el experimento fué terrible, porque hizo del más grande de nuestros hombres públicos también el más infortunado. Es necesario, sin embargo, sobreponerse á la admiración por el génio, y lo que es más difícil, á la piedad por el infortunio, para decir que la noción de Rivadavia sobre su papel era equivocada. El gobierno es la autoridad, y la autoridad se compone igualmente de estos dos elementos ineludibles: la razón como la fuerza. Los gobernantes no son pastores de almas, y ménos que orgullo, que es un sentimiento de dominación, puede haber hasta vanidad en confundir el gobierno con un pontificado.

La paz con el Brasil estaba hecha por sí misma, en los términos que conocemos, y se realiza muy luego por sus sucesores, casi sin negociaciones. ¿Era dolorosa? Adolfo Thiers ha mostrado que hay grandeza en subscribir con sus manos lo inevitable. Es necesario entrar en el fondo de la situación. La dimisión de Rivadavia no iba á dar temple á la guerra, ni crear mejores condiciones para negociar con ventaja la paz. Prevalecían de este modo, por el contrario, los opositores de la guerra, y hasta los caudillos que se habían confabulado para rehusar sus contingentes al ejército.

Digámoslo de una vez: la renuncia de Rivadavia no llevaba á los consejos de la nación un régimen diverso de gobierno, ni siquiera un cambio de política; sino que traía pura, simple y exclusivamente, la disolución nacional. Fué en aquellos días ya saludado en las antesalas del Congreso, como Gobernador de Buenos Aires, el Coronel don Manuel Dorrego, y lo ha contado en un discurso memorable un testigo presencial de la escena.

Buenos Aires, 1884.

INDICE

INDICE DEL TOMO I

	Págs.
Decreto	VII
Noticia Biográfica	IX
Buenos Aires en 1857 (Carta á don José Posse)	1
Domingo F. Sarmiento (Carta al doctor Vallejo)	9
El doctor Facundo Zuviría	21
Juan Chassaing	27
El Congreso de Tucumán (Fragmento)	33
Mateo Luque	55
Dos composiciones (Hojas de un diario)	61
Anales de la Universidad de Buenos Aires	63
El doctor Germán Burmeister	73
Un poeta colombiano (Al señor don Santiago Estrada)	77
Mazzini	85
Prometeo (Al señor don Olegario Andrade)	89
Thiers (Cartas al general Mitre)	91
Alberdi	95
Napoleón (De una carta á don José Manuel Estrada)	97
El doctor don Julián S. de Agüero	99
Voltaire	105
El gran Chaco (Libro de don Luis J. Fontana)	107
Don Pablo Groussac (Ensayo histórico sobre el Tucumán)	127
Una respuesta (Al señor Sarmiento)	161
Poesías de Rivarola	175
Sarmiento escritor	189
El Padre Mamerto Esquiú	191
El Maestro Antonio Gómez y su cátedra en Salamanca	215
El Pavorde don Juan Sala	241
Mr. Berryer	265
Rivadavia	287

F
2846
A94
t.1

Avellaneda, Nicolás
Escritos y discursos

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 13 29 12 08 011 2